2008 Ministerio de Cultura

2008 Ministerio de Cultura

AÑO III

NÚM. XXXIII.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

SETIEMBRE—1891

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

á cargo de D. Agustin Avrial,

SAN BERNARDO, 92

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

2008 Ministerio de Cultura

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

2008 Ministerio de Cultura

LOS ANTIGUOS MONUMENTOS

AMERICANOS

Y LAS ARTES DEL EXTREMO ORIENTE (1)

SEGUNDO Y ÚLTIMO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONES

Los monumentos que representan la gran cultura precolombina no es fácil apreciarlos en conjunto. Podrá decirse que su característica es un *hieratismo* de que han sido intérpretes unas gentes que vivían bajo el régimen despótico de una raza conquistadora que les imponían el trabajo por fuerza. Podrá decirse que son monumentos de carácter ciclópeo en los que la ornamentación sirve de vestidura viniendo á suplir á las formas arquitectónicas que caracterizan á otros estilos, como la columna que sólo aparece como excepción y la bóveda por aproximación que tampoco presenta muchos ejemplos. Podrá decirse, en fin, que su fórmula arquitectónica es la pirámide escalonada en los templos y el desarrollo de muros, con puertas colocadas simétricamente, coronados por grandes entablamentos donde campean ricos motivos ornamentales, en los palacios. Pero si se han de apreciar con alguna exactitud los monumentos americanos, es forzoso estudiar separadamente los de cada comarca. Todos responden al mismo sistema, en todos se adivina el proceso de una misma tradición artística; y sin embargo, ¡cuántas no son las diferencias que permiten adivinar distintas fechas, distintas razas, distintos grados de adelanto y hasta distintos gustos y necesidades locales!

Traspasaríamos los límites de este trabajo y los que necesariamente nos imponen nuestras pobres fuerzas si tratáramos de estudiar esas diferencias con la detención que se merecen, para trazar por fin el cuadro de los varios estilos que se produjeron en el arte americano. Estudio es este que necesita madurarse y que presenta serias dificul-

(1) Véase el tomo XXXI, pág. 22.

2008 Ministerio de Cultura

tades á causa de lo incompletos que aún aparecen los elementos necesarios. Pero es indudable que algún día se establecerán divisiones tales que permitan reconocer en Palenque, Yucatán, Méjico, Perú, etc., las variedades y modificaciones del arte en las obras de las diferentes razas y nacionalidades; como en la antigüedad reconocemos y diferenciamos el arte caldeo y el asirio, el persa, el fenicio y el cartaginés, que tanto de común tienen. M. Viollet-le-Duc, con aquella perspicacia genial que tanta originalidad é interés da á sus escritos, señaló las diferencias en cuestión comenzando por declarar que dichos monumentos no pueden pertenecer ni á una sola época ni á una sola raza; asignó mayor antigüedad á los monumentos de Palenque, como debidos á los indígenas amarillos mezclados con los blancos, y reconoció diferencias de estilo entre dichos monumentos, los del Yucatán, elevados después de las invasiones de los quiches, etcétera (1).

Los monumentos de Méjico, de la América central y de Palenque, ó sea del Yucatán, son sin disputa los mejores, es decir, los que dan más cabal idea del arte precolombino. En ellos saltan á la vista las analogías de ese arte con el de otros pueblos orientales ú occidentales. Estas analogías han dado motivo á sospechas más ó menos fundadas, á opiniones é hipótesis distintas y contradictorias; bien que siempre ha impuesto no pocas reservas la cuestión étnica aún no definida. Quién ha creido ver un parecido algo más que casual entre los bajo-relieves americanos de poco resalto con figuras llenas de un *hieratismo* severo y con jeroglíficos dispuestos en series paralelas y regulares, y los bajo-relieves egipcios en que los jeroglíficos acompañan también á las figuras. Quién, dejando llevar su fantasía á través de la Atlántida, aquel continente lleno de maravillas de que nos habla Platón y que un día quedó sepultado bajo las aguas del Océano, trata de justificar la presencia en América de construcciones de carácter ciclópeo como las que levantaron en Asia menor, en el continente griego, en Italia y hasta en España remotos pobladores, y de razonarse los hallazgos de piezas cerámicas en forma de pescado y de otros animales, ó con rostros humanos, de barro negro, muy parecidas á los vasos etruscos de búcaro negro, y de otros vasos de arcilla blanca con ornatos pintados de color rojo y pardo, que

(1) *Cités et Ruines Americaines*, págs. 45 y 103.

2008 Ministerio de Cultura

recuerdan los vasos chipriotas y los vasos griegos de estilo oriental. A nuestro modo de ver estas últimas analogías son más singulares y ofrecen caractéres de ser menos casuales que las primeras. No vemos entre lo egipcio y lo americano aquella relación mitológica que supuso el abate Brasseur de Bourbourg (1); ni el *hieratismo* de los bajo-relieves, ni los jeroglíficos, nos parecen otra cosa que el resultado de condiciones análogas en la cultura de ambos países. En una de las láminas de Waldeck (2) aparece el coronamiento de la puerta de uno de los templos de Ococingo, cuyo carácter decorativo y hasta simbólico, es menester confesar que guarda estrecha relación con el conocido emblema egipcio del disco solar alado que decora los cornisamentos y los dinteles de las puertas. Mucho habría que hablar de la interpretación decorativa de las alas estendidas en Egipto, en Asiria, en Persia, en el Japón y en América. Pero en suma, el hecho aislado que acabamos de señalar carece de elocuencia suficiente para persuadir de la pretendida relación entre la América y el Egipto. Respecto de las analogías con lo etrusco, con lo chipriota y con lo griego no hay que olvidar, dejando á un lado la presunción no inverosímil de que las naves fenicias llegaran á tocar en las costas orientales de América, que los americanistas distinguen dos grandes corrientes de población en el *Nuevo* mundo, una de raza amarilla que debió pasar del Asia por el estrecho de Bering y otra de raza blanca cuyo paso parece que debió ser la Groenlandia.

Partiendo de esta base M. Viollet-le-Duc, y del principio de que ciertas razas no han empleado nunca el mortero en sus construcciones, haciendo derivar su arquitectura del arte del ensamblaje, mientras que otras razas han empleado el mortero desde remota antigüedad, construyendo con tierra apisonada ó ladrillo, ha dicho que los monumentos de Méjico y del Yucatán construídos en piedra pero con mortero, están hechos por unos hombres que llevaban sangre turaní ó finesa en sus venas mezclada con sangre aria, pues según él, sólo á los arias semitizados y á los semitas les ha sido dable el construir con piedra solamente, ensamblándolas sin mortero, y á los arias puros deben atribuirse las construcciones de madera ensamblada; de suerte que allí donde se halle la tradición, el recuerdo de la construcción de madera, debe

(1) *Sil existe de sources de l'histoire primitiva du Mexique dans les monuments egyptiens;* París, 1864.

(2) Plancha 54.

2008 Ministerio de Cultura

reconocerse la influencia de la raza aria (1). Muy lejos nos parece que va M. Viollet-le-Duc, queriendo ver en cada género de construcción una característica de raza. Que cada raza tiene aptitudes distintas para cierta clase de trabajos, es indudable; pero tampoco puede negarse que la Naturaleza ha impuesto ciertas necesidades y procedimientos á las diferentes razas. En Egipto se construyó con piedra, en Caldea con ladrillo, en la India tallando y cavando las rocas, en la China y en el Japón con madera, porque así lo ha exigido la Naturaleza en cada país. Pero aunque nosotros no veamos el caso como una consecuencia étnica sino natural, admitimos desde luego la teoría de M. Viollet-le-Duc de que en los monumentos de Méjico y del Yucatán, se ve el recuerdo de las construcciones en madera. El mismo añade que ese recuerdo se descubre en los más antiguos monumentos de la India tallados en roca ó construídos en piedra, como también en los monumentos asirios, egipcios y aún en los de la Jonia. Con efecto, los monumentos egipcios del antiguo imperio, los mastalas ó tumbas de la necrópolis menfita y los mismos sarcófagos y estelas de aquel tiempo, unos y otros de piedra, están labrados imitando las construcciones ensambladas. En los hipogeos lidios de Myra, de que más arriba hemos hablado, es patente el recuerdo del ensamblaje.

Este recuerdo se manifiesta en los monumentos mejicanos y yucatecos, en la exornación del entablamento; es decir, que la decoración en piedra parece imitar la construcción de madera. Tómese como ejemplo el llamado *Palacio de las monjas* de las ruinas de Uxmal, en el Yucatán, que Viollet-le-Duc analiza escrupulosamente. Sobre cada uno de los muros que en aquella arquitectura hacen de pilares, apoya como una serie de vigas paralelas y superpuestas separadas cada dos por las cabezas de otro par de vigas. El todo forma un trapecio cuyo lado menor está abajo sirviendo de base; y hace notar dicho autor que esta estructura primitiva no fué comprendida por los artistas que levantaron aquellas fachadas, pues estos saledizos por apilamiento, aparecen indistintamente sobre macizos y sobre huecos, lo cual, como observa muy bien, es un contrasentido (1).

Pero aunque M. Viollet-le-Duc comprendía que dicho recuerdo ó tradición se encuentra en varios

(1) *Cités*, 27 y 28.

(1) *Cités*, págs. 65 y 66.

2008 Ministerio de Cultura

pueblos antiguos, entendió desde luego que á América debía llevarle la raza aria y que la India septentrional debió ser el lugar de procedencia (1). Sujetándose á aquella hipótesis, los en forma de pirámide ó *teocalis* se le ofrecían como una excepción, que trataba de justificar por la existencia de montículos ó construcciones análogas en la Siberia meridional, en la India, en el Asia menor, en Egipto, en Europa, que particularmente atribuye á las invasiones venidas del Oriente, si bien hace constar que en esos países eran tumbas mientras que en América eran templos (2). Esta diferencia nos parece ya bastante significativa. Admitido que una raza pobló la América en tiempos muy antiguos; admitido que los ários dominaron á aquella formando los grandes imperios que luego conquistaron los españoles, entendemos que los *teocalis*, el recuerdo del ensamblaje, los principios ornamentales indicados, tienen su explicación cuando se comparan los monumentos americanos no sólo con los de la India sino más principalmente con los de la China y el Japón. Cuando Viollet-le-Duc, hace treinta años, se ocupó de aquéllos, todavía se conocían muy poco los de estas comarcas del extremo Oriente. Pero hoy los estudios de M. Fergusson acerca de los antiguos templos indios cavados en las rocas; los que ha hecho M. Gonce del arte japonés (1) y los de M. Paléologue sobre el arte chino permiten formar claro juicio de los mismos. En honor á la verdad debe decirse que la semejanza de los monumentos americanos y japoneses fué ya reconocida por M. Viollet-le-Duc (2).

La China y el Japón son dos países en que la construcción de madera ó ensamblada se practica desde la más remota antigüedad, aunque en ambos países abunda la piedra. Ambas arquitecturas se desarrollan bajo iguales principios: predominio de los vanos sobre los macizos; predominio de las líneas horizontales sobre las verticales é importancia decorativa en las techumbres. Los monumentos americanos responden á los dos últimos principios, pues en los palacios las composiciones ornamentales ocupan el entablamento. Hay otros monumentos en China que son los *tai*, ó torres observatorias que responden á otra fórmula arquitectónica que las demás construcciones del país. M. Paléologue ha puesto en claro de un modo ad-

(1) *Cités*, pág. 83.
(2) *Cités*, pág. 84.

(1) Véase nuestro artículo *El Arte Japonés* en el tomo XIX de esta REVISTA.
(2) *Cités*, pág. 71.

2008 Ministerio de Cultura

mirable la cuestión del origen de los *tai*. Estos, según su fundada opinión, proceden de aquellos templos observatorios, en forma de torres escalonadas de los caldeos y de los asirios. Esta afirmación, que á primera vista parece algo atrevida, no tiene por único fundamento la analogía que pueda existir y existe entre los *tai* tal como nos los representan algunas estampas chinas y los templos caldeo-asirios, tal como nos los ofrecen restaurados Perrot y Chipiez en su *Histoire de l'Art dans l'antiquité*, sino que está justificada por las relaciones que existieron entre los pueblos del Asia central, los *Si-jung* ó «bárbaros occidentales», como los llaman en los anales chinos, desde el año tercero del reinado de Tai-Ou ó sea en el año 1634 antes de J. C. (1). Y el indicado origen de los *tai* es tanto más creible y verosímil, cuanto que según declara M. Paléologue en una nota, apoyándose en la obra del doctor Chalmers, *Chinese classics*, la astronomía primitiva de los chinos es indudablemente de procedencia caldea. ¿Procederán los *teocali* americanos de los observatorios chinos, aunque éstos estén construídos con madera y ladrillo y aquéllos en piedra? La idea de ambos es la misma y probablemente el uso sería también el mismo. Quizá los estudios que pueden hacerse de la cosmogonía americana esclarezcan este punto. Véase el *teocali* escalonada de Guatusco, y compárese con los monumentos caldeos y chinos á que nos referimos, y se descubrirá alguna analogía.

Es menester tener en cuenta además que la India ejerció grande influencia en la China y en el Japón por medio de los sectarios de Buda. El budismo, como toda idea religiosa importada, trajo á las artes de la China y del Japón nuevos elementos. La India además debió dar á los americanos la fórmula decorativa que éstos emplearon para cubrir los entablamentos de sus palacios con ricas y profusas composiciones; debió darles la bóveda que vemos empleada en Méjico y la columna, cuyos únicos ejemplares de que tenemos noticia, pueden verse en las ruinas del gran palacio de Mitla y en las del llamado *castillo* de Chichen-Itra, en el Yucatán. Y ya que á las columnas indias nos referimos, bueno será hacer constar que en algunos de sus capiteles, especialmente en los que están formados por dos cuerpos delanteros de toros (1), dan claro

(1) *L'Art chinois;* París, 87, págs. 100 á 104.

(1) Véanse las láminas de la obra de Fergusson *The Cave Temples of India;* Londres, 1880.

2008 Ministerio de Cultura

testimonio de las influencias asirio-babilonias que, según Lubke (1), pudieran haber llegado á la India en los tiempos de Alejandro el Grande (325 a. a de J. C.); y estas influencias se dejan también sentir en otros motivos ornamentales.

* * *

La semejanza que venimos señalando entre los monumentos americanos y los del extremo Oriente más que en los principios y las formas arquitectónicas está en la decoración. Ni la India, ni la China, ni el Japón, ni Méjico, ni el Yucatán, han sido pueblos constructores, aunque sus monumentos dan testimonio de potente esfuerzo. Su característica común es la decoración. A ella parecen supeditadas las formas, ella campea como señora absoluta combinando los elementos decorativos con los elementos de la construcción y cubriendo con rica, exuberante y profusa serie de motivos ornamentales, los paramentos de los edificios.

La decoración de los monumentos americanos consiste en relieves figurativos y en ornatos resaltados ó rehundidos. Los relieves, que son las obras más importantes de aquella escultura, ofrecen, en general, análogos convencionalismos á los que se observan en los estilos orientales de la antigüedad: las figuras humanas están representadas de perfil con el ojo de frente, y como dijo muy bien Humboldt, en Méjico desaparecen bajo el peso de los vestidos, cascos, cabezas de animales y las serpientes que las aprisionan.

Los detalles están decorativamente acentuados con grande habilidad. En suma, la característica de los relieves en cuestión es un *hieratismo* que no se inspiraba en aquella severidad austera é inflexible, de formas reposadas y de actitudes solemnes en que se inspiraba la escultura egipcia, sino que buscando los efectos por análogos medios que los indios, procuraban inspirarse en un naturalismo arcaico de formas blandas y sensuales que á veces en la actitud y la expresión toca en lo monstruoso y en un aparato suntuario, profuso y exuberante. Compárense los relieves monumentales de Palenque y del Yucatán con las esculturas de la India y se verán resaltar esas semejanzas. El museo Guimet, recientemente establecido en París, ofrece al público una curiosa colección de esculturas indias, que representan á las divinidades de los panteones brahamánico y búdico, en las cuales la semejanza de estilo se revela en la amalgama pe-

(1) *Histoire de l'Art*, págs. 76 y 77.

2008 Ministerio de Cultura

sada —*barroca*, nos permitiremos decir—de figuras, símbolos y accesorios y en la cargazón de adornos indumentarios, tocados, collares, cinturones, etc. En uno de los bajorelieves de Palenque hay una figura, al parecer de un dios, sentado de un modo especial, con una pierna sobre el asiento, como vemos á algunos dioses del panteón brahamánico, Siva, Vishnú, Gánega, en sus imágenes del museo Guimet.

No son menores ni menos acentuadas las semejanzas con lo chino y lo japonés en los relieves monumentales, en los frisos y sobrepuertas de Palenque, de Méjico y del Yucatán, donde se ve muy repetido un motivo ornamental de estilo completamente chino: nos referimos á los mascarones ó rostros monstruosos interpretados de un modo decorativo. Sirvan de elocuentes ejemplos el mascarón sobre el cual se alza la conocida *cruz* de Palenque, los que decoran la casa de las monjas en Chichen-Itra y el altar y el ídolo de Guatemala; y como términos de comparación los conocidos leones de Fó, los dragones y demás animales fantaseados ó quiméricos, chinos y japoneses. Los ídolos de Guatemala presentan un carácter chino, ó mejor dicho, indo-chino más marcado. El rostro de estos ídolos, especialmente el de Copán, tienen no poco de la expresión tranquila y del modelado redondo y fofo de los rostros de las esculturas chinas. La serie confusa y recargada de adornos y los rostros, mascarones, plumajerías y roleos que, cual si estuvieran amontonados cubren y agobian al ídolo, recuerdan aquellos seres monstruosos de múltiples cabezas y múltiples extremidades tan frecuentes en la India, y algunos motivos ornamentales de la China.

Pero á nuestro modo de ver, el simple ornato es otro nuevo testimonio de la influencia que deseamos comprobar. La ornamentación americana, como la china y la japonesa, es geométrica. El *meandro* ó greca y la celosía ó enrejado en diagonal, son los elementos principales. Tanto en los entablamentos y aun zócalos exteriores, como en los paramentos interiores de los edificios, campean los *meandros*, desarrollándose en fajas ó series horizontales, por lo común superpuestas, con ligeras variantes de unas series á otras. Cual si fueran una amalgama de los dos ornatos griegos, el *meandro* y la *onda*, los *meandros* americanos forman la solución de continuidad por medio de una línea escalonada. Esta forma de *meandro* no se encuentra exacta en la China ni en el Japón, pero sí muy parecida. Los bronces chinos llamados bronces rituales, de remo-

2008 Ministerio de Cultura

ta antigüedad llevan el *meandro* entre sus adornos especiales y característicos. Según M. Paléologue este *meandro* no fué importado á China de la Grecia y de la Etruria, como alguien ha sospechado, sino que se deriva de una antigua figuración simbólica y es un motivo formado por dos líneas, una continua, que representa el principio masculino *(rang)*, y otra cortada que representa el principio femenino *(yin)*, símbolo que dió nacimiento á cuatro diagramas que figuraban las fuerzas y los poderes de la naturaleza y que, dividido en ocho trigramas ó *Pa-Kua*, representaba el cielo, el curso de las aguas, el fuego, el trueno, el viento, el agua, las montañas y la tierra. La tradición afirma que estas figuras de procedencia sobrenatural, fueron vistas por el Emperador Fou-hi, fundador del imperio chino (2800 años antes de J. C.) sobre el lomo de un caballo dragón (1).—¿Pudo tener el *meandro* en la América central algún simbolismo análogo al que tuvo en China? La frecuencia con que se ve repetido y su especial forma ya descrita, dan algún motivo á pensarlo. En el gran palacio de Mitla, el *meandro* se presenta como elemento dominante y casi único, en frisos superpuestos al exterior y al interior del monumento dando á los lienzos de muro el aspecto de grandes tapicerías extendidas. Razón tiene el citado historiador del arte, Lubke, cuando al hablar de la ornamentación de los monumentos americanos, dice que los adornos derivados de los tejidos son siempre los más ricos, los mejor encontrados y mejor interpretados, como los *meandros*, los zis zas, las postas y aun las nebulosas ó líneas onduladas; y añade que tan diversos motivos de ornamentación, especialmente los *meandros*, son comunes á toda la humanidad, se aliaron desde muy temprano á las obras de arquitectura y no tardaron en plegarse á las necesidades de la gran construcción; pero que en un principio no fué así, pues la decoración no acompaña á la construcción, sino que la cubre como en los monumentos de la civilización mejicana, cuyos muros están tratados como cuadros de tapicería (1).—En lo que no estamos conformes es en la idea de que el *meandro* haya sido común á la humanidad. No es esta ocasión propicia para combatirla. De todos modos tampoco esa opinión podría oponerse á la de que el *meandro* haya sido importado á América, tal vez en telas chinas y japonesas,

(1) *L'Art chinois*, pág. 22.

(1) *Histoire de l'Art*, pág. 10.

2008 Ministerio de Cultura

en las que todavía se emplea ese ornato.

Resumiendo: nosotros encontramos lo que los franceses llaman aire de familia, entre los monumentos americanos y los del extremo Oriente, lo cual nos induce á pensar que deben tener razón los que piensan que en América se dejó sentir una influencia búdica, la cual dado que á China no llegó hasta el siglo I de nuestra era, debió ir á América después. Nuestro objeto ha sido indicar las analogías que parecen dar testimonio de cercano parentesco. Pero este punto importantísimo entendemos que no puede resolverse hasta que los americanistas aclaren el gran problema étnico y conozcan de un modo satisfactorio las tradiciones míticas de los constructores de aquellos monumentos.

El día que se alcance ese resultado y si se alcanza en el sentido que nosotros creemos y esperamos, sabremos el origen de las civilizaciones americanas y podremos establecer el proceso del arte de un modo racional y lógico. Tendremos de un lado la corriente del gusto artístico que nació en Egipto, pasó á Caldea, de Caldea á Asiria, que por mediación de los fenicios vino á Grecia y de Grecia á Italia; y tendremos de otra parte una corriente que desde el mundo caldeo-asirio fué á la China y á la India y de estas comarcas pasó á América.

José Ramón Mélida.

. 2008 Ministerio de Cultura

ESCENAS DE NIÑOS

(POEMA)

A la memoria de Roberto Schumann

Países Misteriosos.

Allá, muy lejos, muy lejos,
Donde se acaba la tierra,
Hay un país muy hermoso
Que nadie ha visto de cerca.
Las flores de sus jardines
Brillan más que las estrellas;
Vencen á los ruiseñores
Sus pájaros si gorjean;
En alcázares de plata
Con minaretes de perlas
Viven apuestos galanes
Y encantadoras doncellas
Que visten á toda hora
Trajes de vistosas telas;
Un fiero dragón con alas,
Cual perpétuo centinela,
Guarda de día y de noche
De sus murallas la puerta,
Y solo los niños buenos
Entran en él, cuando sueñan.

2008 Ministerio de Cultura

Historia Curiosa.

Pues señor... El viejo rey
Del noble pueblo de Lija
Para casar á su hija
Promulgó una sabia ley.
En ella tomó por guía
No se que santo versículo,
Y en su principal artículo
Solamente se decía:
Que de la infanta hechicera,
Orgullo del soberano,
Alcanzaría la mano
Quien más méritos tuviera.
De los solteros el gremio
A certámen tan glorioso
Concurrió en masa, afanoso
De lograr el alto premio.
Quién fiando en su riqueza,
Quién en su gallardo porte,
Uno en su puesto en la corte,
Otro en su rancia nobleza,
Sus virtudes y primores
Cada cual fué enumerando,
Y cada cual encomiando
Los suyos como mejores.
Tras de muchos pretendientes
Que, discurriendo en su abono,
Ensalzaban ante el trono
Sus prendas sobresalientes,
Llegó un pobre mal vestido,
Sin comitiva ninguna,
Pintándose su fortuna
En su rostro decaído.
Vióle el rey con mal humor
Y dijo de mal talante:

2008 Ministerio de Cultura

—¿Eres sabio?—Un ignorante.
—¿Eres rico?—No señor.
—¿Y noble?—De pesar lleno
Que soy plebeyo declaro.
—Pues, dí, ¿que mérito raro
Tienes que alegar?—Soy bueno.
De semblante el rey cambió;
Llamó á la princesa hermosa,
Y al dársela por esposa,
De esta manera exclamó:
—Ninguno se me desmande
Si el fallo no es de su gusto,
Que la bondad, para el justo,
Es el mérito más grande.

La gallina ciega.

A jugar van las niñas
A la gallina ciega:
Se cogen de las manos
Formando alegre rueda
Que de rayos circundan
Sus rubias cabelleras;
Una de ojos azules
En el centro se queda,
Y otra, que es directora
Del juego, por traviesa,
En los ojos la pone
Una tupida venda.
El círculo de niñas
Gira en rápidas vueltas
Cual vaporosa ronda
De ninfas hechiceras;
Se cruzan inocentes
Preguntas y respuestas;
La pobre cieguecita
Un nombre balbucea...

2008 Ministerio de Cultura

¡Que burlas si se engaña!...
¡Que risas cuando acierta!...
Otra ocupa su puesto,
Gira otra vez la rueda...
No hay juego más alegre
Que la gallina ciega.

El niño reza.

Angel que guardas mi sueño
Bajo tus alas de oro,
Y me consuelas risueño
Cuando lloro;
Diligente centinela
Puesto por Dios á mi lado,
Que siempre por mi bien vela
Con cuidado;
Amoroso mensajero
Del Dios que en el cielo mora,
Al que, con culto sincero,
Mi alma adora;
Guíame por el camino
Del bien y de la justicia,
Y aparta de mi destino
La malicia;
Dame propósito fuerte
Para ir de Cristo en pos,
Y haz que después de mi muerte
Vea á Dios.

¿Dicha Completa?

Padrino del alma mía:
Obediente á los consejos
De mi abuela,
Voy, saltando de alegría,

2008 Ministerio de Cultura

Cargado de libros viejos,
A la escuela.
Son aquellos veteranos
En que atento y estudioso
Tú leías,
Y los profundos arcanos
De este mundo misterioso
Descubrías.
Sobre sus hojas parleras
Que revelan mil secretos
Escondidos,
Se posan horas enteras
Mis ojuelos indiscretos
Y atrevidos.
Hallar quiero en su lenguaje
De mis anhelos sin nombre
La medida.
¿Qué fin á este mundo traje?
¿Dó está la dicha del hombre?
¿Qué es la vida?
¿Porqué, si hay dentro del alma
De perdurable existencia
Ansia fuerte,
Turba su apacible calma
La aterradora evidencia
¿De la muerte?
¿Porqué en nuestras venas late
Viva corriente de fuego
Que nos quema?
¿Porqué en eterno combate
Es la frase «sin sosiego»
Nuestro lema?
¿Porqué nos predica el cura
Que los bienes de este mundo
Son mentira,
Y la humana criatura

2008 Ministerio de Cultura

Con anhelo sin segundo
Los admira?
¿Porqué sin querer nacemos
Y esclavos de la desdicha
Caminamos,
Y cuando ilusos creemos
Tocar la anhelada dicha
Espiramos?
¿Porqué influjo misterioso
El amor al hombre lleva
Por la vida
Tras su carro victorioso,
Sin que á dolerse se atreva
De su herida?
¿Porqué si el alma, cual ave,
Busca en la lejana estrella
Su consuelo,
No puede el hombre, ó no sabe,
Remontarse como aquella
Por el cielo?
¿Porqué el dolor y el placer
En combate singular,
Con ardor
Se disputan nuestro ser,
Y siempre logra triunfar
El dolor?
¿Porqué va el hombre sin tino
Con mentidas esperanzas
Tras la gloria
Y señalan su camino
Tan horrorosas matanzas
En la historia?
¿Qué es mejor, en régia cuna
Nacer, cual rey poderoso
Y admirado,
O de modesta fortuna

2008 Ministerio de Cultura

Gozar sólo, ni envidioso
Ni envidiado?
¿Qué razón indiscutible
Al sufrimiento nos ata
De tal suerte
Que su nudo indestructible
Solamente se desata
Con la muerte?
Busco á todas mis preguntas
En tus libros de chiquillo
La respuesta:
Más todas sus letras juntas
No hacen el renglón sencillo
Que contesta.
¿Quién me dirá lo que anhelo
Y hará la dicha que ansío
Verdadera?
¿El impenetrable velo
Rasgaré, padrino mío,
Cuando muera?

Gran noticia.

César es un niño rubio,
Travieso y angelical,
Que por honor á su nombre
Sólo piensa en pelear.
Llegá el Carnaval alegre
Y le han prometido ya
Llevarle á un baile de trajes
Vestido de general,
Convirtiendo así sus sueños
En hermosa realidad.
¡De general! ¡Gran noticia!
¿Quién con aire más marcial
Llevará la roja faja,
La alta bota de montar,

2008 Ministerio de Cultura

La manga llena de oro,
El poderoso alazán
Cortando el viento, las cruces
Cubriendo el pecho leal,
El sable limpio y luciente
Y alta y severa la faz?
¡General! César ¿Quién sabe
Si algún día llegará
En que le hiera la muerte
Vestido de general?

Ensueño.

Vedle dormido en su movible cuna
Sonriendo á mil mágicas visiones;
Pálido rayo de naciente luna
Viste de luz sus cándidas facciones.
¿Qué sueña? Con alados serafines
Habla quizá del cielo que ha dejado;
Tal vez recorre edénicos jardines
Y respira su ambiente perfumado;
O sueña que su madre le acaricia
Y le cubre de besos delirante;
O que liban sus labios con delicia
El lácteo jugo de su seno amante;
O que rompen sus dedos sonrosados
Juguetes mil, de los que ignora el nombre...
¿Nacido ayer é instintos tan malvados?
Del ángel al través ya se ve al hombre.

Junto al hogar.

Se acerca la hora del sueño:
Saltando de leño en leño
Brilla en el hogar la llama,
Como pájaro pequeño
Que salta de rama en rama.

2008 Ministerio de Cultura

De su corte rodeada
De nietezuelos hermosos,
La anciana abuela, sentada,
Les narra con voz cascada
Mil cuentos maravillosos.
La historia de aquel enano,
Cuyo palacio cabía
En la palma de la mano,
O del titán que solía
Bañarse en el Oceano.
O la narración cruenta
Del ogro que devoraba
De niños ración sangrienta,
O la existencia de esclava
De la pobre Cenicienta.
O el del mísero pastor
Que fué luego Emperador,
O el cuento del viejo mago
Que está por encantador
Preso en el fondo del lago.
Y así, en torno de la abuela,
Hay, admirando la tela
Que bordaron cien Merlines,
En perpetua centinela
Un corro de querubines.
Llega al fin la hora del sueño,
Y con el último leño
Muere en el hogar la llama,
Como pájaro pequeño
Que al fin se duerme en su rama.

2008 Ministerio de Cultura

Sobre el caballo de madera.

Arre, caballito,
Galopa ligero,
Subiendo montañas,
Vadeando arroyuelos,
Pisando los prados,
Saltando los setos,
Sin parar un punto,
Sin tomar aliento,
Sin que la fatiga
Detenga tus remos,
Veloz como el rayo,
Sutil como el viento,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito,
Que andando ligero
Por el de la vida
Camino risueño,
Seré pronto un joven
Garrido y discreto,
Con ojos azules,
Con rubios cabellos,
Bigote sedoso
Y genio resuelto,
De frase tan dulce
Y hablar tan ameno,
Que mil corazones
Sensibles y tiernos,
Sintiéndose heridos
De amor y de celos,
Lanzarán al aire
Suspiros sin cuento.
De dicha tan grande
Gozar quiero presto.
Corre, mi caballo,
Corre sin sosiego,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito;
De unos ojos negros
Voluntario esclavo
Llegaré á ser luego.
En sus dulces redes
Para siempre preso,
Rendiremos juntos
Al dios Himeneo
El culto que tiene
Tan gratos misterios.
Partiré con ella
Mis gozos y duelos,
Y en el de la vida
Alegre sendero,
Haré de mi esposa,
Por orden del cielo,
Alma de mi alma,
Cuerpo de mi cuerpo.
Tras de tal ventura
Padre seré tierno
De dos ó tres niños
Hermosos y buenos,
Que con sus alegres
Continuos gorjeos,
Darán en mi choza
Divinos conciertos.
Ya tarda tal dicha...
No vayas tan lento...
Corre como el rayo,
Caballo careto,

2008 Ministerio de Cultura

Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito;
Después seré un viejo
De faz venerable,
De blancos cabellos.
Sobre mis rodillas
Enjambre de nietos
Subirán amantes
Dejando sus juegos;
Cubrirán mis canas
De sonoros besos,
Pidiéndome todos
Un cuarto ó un cuento;
Y yo, no acordándome
De ser un abuelo,
Del sillón vetusto
Alzándome trémulo,
Querré por el campo
Correr como ellos.
¿Habrá en este mundo
Placer más inmenso?
No, corre caballo,
Deja atrás al viento,
Que va más aprisa
Que tú mi deseo.
Arre, caballito...
Más no, ¿qué habrá luego
Cuando entre unas tablas
Forradas de negro
Inmóvil y rígido
Descanse mi cuerpo,
Y mis hijos lloren
Diciendo que he muerto,
Y luego me lleven
A algún cementerio
Y cubran de tierra
Mis pálidos restos?
No sé, mas no importa,
La muerte está lejos.
Si empiezo el viaje,
¿Quién piensa en el término?
Corre, mi caballo,
Corre sin aliento,
Que vá más aprisa
Que tú mi deseo.

Quizá muy serio.

Cuando inunde mi cuerpo mortal frío,
Antes de que mis ojos queden ciegos,
Cantad, reid, jugad en torno mío
A vuestros locos juegos.
No quiero que entristezcan mi partida
Tristes sollozos ni angustiosos llantos;
Quiero oir, como eterna despedida,
Vuestros alegres cantos.
Así, al huir la pobre prisionera
De la cárcel estrecha en que ha vivido,

2008 Ministerio de Cultura

Y remontarse por la azul esfera
Al cielo prometido,
De uno á otro coro angélico llevada,
Al cruzar de la gloria los confines,
Eco será de vuestra voz amada
La de los querubines.
Y cuando guarde la pesada losa
Mi cuerpo yerto en límites escasos,
Moved sobre la tierra en que reposa
Vuestros inquietos pasos.
Filtrándose el calor del brote tierno
A través de la piedra seca y fría,
Olvidaré que duermo el sueño eterno
Y soñaré que vivo todavía.

Miedos infantiles.

—No te alejes de mi lado
Madre, porque tengo miedo.
Ven, y te diré muy quedo
La causa de mi temor.
Mil fantasmas me asaltaron
Anoche, cuando dormía;
Tu presencia, madre mía,
Las hará huir con terror.
Unas eran esqueletos
Y, con las órbitas hueras
De sus secas calaveras,
Me miraban sin cesar.
Quise huir, pero no pude...
—No tiembles más, hijo mío,
Que, estando yo aquí, te fío
Que no te han de atormentar.
—Otras, en blancos sudarios
Iban por completo envueltas
Y sus cabelleras sueltas
Flotaban en derredor.

2008 Ministerio de Cultura

En torno mío giraban...
—No te asustes, vida mía,
Que á esa falange sombría
La sabrá ahuyentar mi amor.
—Otras, entre negras telas
Su deformidad velando,
Silenciosas, avanzando
Iban lentas hacía mí.
Cada vez más se acercaban...
—Desecha miedos pueriles
Que huirán los fantasmas viles
Estando yo junto á tí.
—Dormir en tus brazos quiero...
—Ven, que lleno de cariño
Está para el tierno niño
El seno que le engendró.
Ven y confiado cierra
Tus negros ojos al sueño,
Que por tí, mi dulce dueño,
Velaremos Dios y yo.

El niño se duerme.

Duerme, bien de mi vida, luz de mis ojos,
Encanto de tu madre, flor de las flores,
Querubín hechicero de labios rojos,
Preciosísimo fruto de mis amores,
Esperanza en que fundo la dicha mía,
De mi modesta casa sola alegría,
Duerme, lucero,
Duerme, nadie te quiere
Cual yo te quiero.

—

Hermosa está la noche; por la ventana
Entra un pálido rayo de blanca luna,

2008 Ministerio de Cultura

Que manda cariñosa su luz lejana
A acariciar al niño que está en la cuna.
Cual palaciega corte de damas bellas
La rodean y sirven miles de estrellas...
Duerme, lucero,
Que nadie ha de quererte
Cual yo te quiero.

—

Te manda el heliotropo su dulce aroma,
Su perfumado incienso las azucenas,
El tomillo que crece sobre la loma
Vuelve hacia tí sus ramas de olores llenas;
De entre todas las flores brota un perfume
Que el viento en honor tuyo trae y consume...
Duerme, lucero,
Nadie te querrá nunca
Cual yo te quiero.

—

Un ruiseñor amante canta en el huerto
Llenando la callada noche sus trinos.
¿Te recuerdan las notas de su concierto
Los que oiste en el cielo cantos divinos?
Olvida, por cantarte, su tierna ingrata,
Y á tí dedica el triste su serenata...
Duerme, lucero,
Ninguno ha de quererte
Cual yo te quiero.

—

Duerme. Junto á tu cuna doy al olvido
Mis duelos, mis angustias y mis temores.
Cuadro como el que ofreces, así dormido,
No lo trazan más bello grandes pintores.

2008 Ministerio de Cultura

Siento que de tí en torno, dulce alma mía,
Irradia una aureola de poesía...
Duerme, lucero,
Duerme, nadie te quiere
Cual yo te quiero.

Habla el poeta.

¡Oh venturas, oh encantos, oh alegrías
De la edad infantil! Lejos os veo,
Como á través de niebla vaporosa
Risueña imágen que el sentido halaga.
Lejos, muy lejos ya. Pasan los años
—Alígeros corceles de hipodromo—
Con rapidez fatal, y cada uno
Sobre el hombro cansado, indiferente
Nos arroja al morir pesada carga.
El candor que embellece la existencia;
El divino impudor, casto legado
De los helenos dioses; la sonrisa,
Huésped perpetuo de la fresca boca;
La aguda voz, al trino semejante
De ave canora que en el bosque habita;
Todo despareció.
Doquier me asalta
De la perdida edad recuerdo grato.
¿En dónde estáis, alegres compañeros
De aquel tiempo feliz é inolvidable?
¿Sois, como yo, la miserable presa
Del humano dolor? ¿Clavó en vosotros
Su destructora garra el desengaño?
¡Ah, sí! Empapada en corrosivo líquido
La desdicha pasó su amarga esponja
Sobre mi corazón, y, una por una,
Las dulces ilusiones de mi vida
Implacable borró. Me resta sólo
Risueña, compasiva, cariñosa,

2008 Ministerio de Cultura

La idea de morir. ¡Ventura cierta
Que anhela el alma de vivir cansada!
¿Lejos ó cerca está de mi viaje
El término fatal? Problema obscuro
Que nadie descifró: mas de mi vida
La jornada que queda, larga ó corta,
Héla de hacer con el semblante vuelto
Al tiempo que pasó, á aquellos años
En que fué todo goce y alegría,
A mi primera edad...
¡Si á tí volviera,
De mi vida infeliz rosada aurora!

LUIS CÁNOVAS.

9 de Julio de 1891

2008 Ministerio de Cultura

EL FAUSTO EN LA MÚSICA

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA ATENEO BARCELONÉS

III

LA CONDENACIÓN DE FAUSTO

Hasta ahora he examinado obras musicales escritas para el Teatro, por tanto, subordinadas al fin de la representación, con todas las cortapisas y convencionalismos que ese fin impone. Existe otro linaje de obras que son de concierto, aunque no en absoluto irrepresentables, sobre todo para tramoyistas y escenógrafos como los de Bayreuth. El compositor, libre de trabas, puede seguir los vuelos de la fantasía poética; detenerse en unas escenas, prescindir de otras, callar los enlaces lógicos, descartar la evolución de los caractéres y el encadenamiento cronológico de los sucesos. Su trabajo es el del dibujante, y las piezas, extrictamente, podrán recibir el nombre de ilustraciones musicales. Como es absolutamente libre de elegir las escenas, debe siempre en su elección encerrarse dentro de los límites propios del arte músico, y ajustarse, asimismo, á la índole de su talento personal, no pulsando otras cuerdas que las que maneje con destreza. La crítica tiene derecho á aplicar inexorablemente el principio de que la responsabilidad aumenta con los grados de libertad, y exigir que los músicos, puestos en esas circunstancias de soltura y desembarazo, observen rigurosamente el precepto de la antigua sabiduría: *nosce te ipsum*.

Berlioz y Schumann han escrito obras que se inspiran en el *Fausto* para ser cantadas y no representadas. Pero entre la de Berlioz y la de Schumann, aparte de las intrínsecas, existe, en cuanto obras de arte, una diferencia notable. Berlioz trata el asunto como si hubiera de representarse; desarrolla una acción dramática, mientras que

2008 Ministerio de Cultura

Schumann comenta musicalmente ciertos pasajes, sin poner trabazón ninguna entre ellos. El auditor ha de conocer préviamente el poema, y tener dispuesto y aderezado su espíritu para decir: veamos cómo entiende Schumann tal y cual escena, y sumar con la impresión poética la musical, más penetrante en casos dados. Resulta que el género de Berlioz es de transición entre la ópera y la mera ilustración lírico-instrumental. Es, propiamente, una ópera que se representa en el teatro libre de la imaginación.

Berlioz forma parte de esa categoría de genios inquietos, audaces, aventureros, impacientes, enamorados de lo grande y de lo sublime, solícitos de gloria y desdeñosos de popularidad. Erguido en la áspera y escarpada roca de su orgullo, contempló con sarcástica amargura y sañuda cólera la inmensa planicie de las medianías, cubiertas por las flores del aplauso. Vengador, á la par, de la dignidad del arte y de su propio genio desconocido y despreciado, revelóse en la crítica musical como escritor de raza, vehemente y cáustico, intensísimamente impresionable é irritable, abriendo con su pluma de oro y hierro anchas y envenenadas heridas, que hostigaban más y más á la jauría de los espíritus rutinarios, mediocres y envidiosos, amotinados contra su nombre. El efecto que le causa la audición de la mala música lo describe en los siguientes términos: «Entonces me sonrojo como de vergüenza, la indignación se apodera de mí, y quien me mirase pensaría que acababa de recibir un ultraje imperdonable. Verifícase, para expeler la impresión recibida, una náusea general, un esfuerzo de secreción en todo el organismo, análogo á las arcadas del vómito, cuando el estómago quiere lanzar un líquido nauseabundo. Son el asco y el odio completamente apurados; esa música me exaspera y la vomito por todos los poros» (1).

Hasta los aplausos y encomios de Berlioz sonaban á escándalo y reto. Su devoción á Beethoven pasaba, aun entre los más benévolos, plaza de fingida manía y artificio polémico para cohonestar extravagancias artísticas é impotencia creadora personales. Eran aquellos los felices tiempos del predominio de la escuela italiana, de la melodía *á outrance*, discretamente acompañada de acordes de guitarra. Aclamábase á Rossini como al más grande de los músicos, y con dificultad lograba Meyerbeer, gracias á su habilidoso eclecticismo de judío, insinuar en la afición del público su

(1) *A travers chants*, pág. 6.—No es menos significativa la descripción que la precede, relativa á la impresión de la buena música.

2008 Ministerio de Cultura

vigorosa personalidad dramática. Berlioz revolvíase contra el gusto dominante con la salvaje furia del jabalí. «Mil veces me he preguntado á mí mismo cómo podría yo arreglármelas para minar el teatro Italiano, de suerte que una noche de representación estallase con toda su población rosiniana. Y cuando tropezaba con alguno de esos *dilettanti* á quienes abomino: ¡Infame, mascullaba yo, clavándole una mirada de Shylock; quisiera poder empalarte en un hierro candente!» Tan estrecho y cerrado era el criterio dominante, que pocas personas, relativamente, admitían existiese otro ideal de la música, capaz también de producir obras maestras. Los epítetos de obscuro y complejo derrocaban una reputación; la sentencia «carece de melodía,» traía aparejada pena de muerte en garrote vil. En vano replicaban otros: es que vosotros no la oís; es que tenéis el sentido del oído entumecido y embotado por la melodía cuadrada, sencilla y cantable, por la constancia de las modulaciones, cadencias y ritmos, por la servil simplicidad del acompañamiento; es que padecéis una oclusión auditiva, causada por el estilo italiano; esta defensa era calificada de insolente grosería. ¿Qué arte es ese—decían los melodistas—que há menester de iniciación? Nosotros no vamos al concierto ó la opera como el que acude á los misterios de Eleusis. ¿No véis cómo entendemos y aplaudimos, de buenas á primeras, el concertante de *Lucía?* Cállense, pues, en buen hora, y váyanse mucho con Dios vuestras sinfonías *heróicas* y con coros, vuestras sonatas y cuartetos en aburrimiento *mayor* y *menor;* la lengua de la música no es el sanskrito, ni el público descifrador de jeroglíficos con bemoles y becuadros. Y Berlioz agotaba sus fuerzas cercenando las renacientes cabezas de la inepcia, luchando á favor de la declaración de derechos de una escuela importantísima, tan merecedora del agua y el fuego como la italiana, por lo menos, y abriendo el camino al triunfo de los altos ideales del arte, que eran los suyos.

En aquel tiempo no hubo músico en Francia que llegase á la amplitud y profundidad de los intentos artísticos de Berlioz, ni quien después le haya sobrepujado tampoco. Aunque la inspiración quedó á menudo por debajo de la idea directriz y del fin apetecido, siempre fueron idea y fin nobles y grandiosos, el esfuerzo de la voluntad heróico y la conciencia artística, irreprochable. Como el sacerdote, únicamente celebró ante su Dios. Bien denotaba su perfil romano el

2008 Ministerio de Cultura

temple austero y fiero de su carácter. Negóse á bajar hasta su tiempo; esperó á que su tiempo subiese hasta él. Consolábanle en su soledad los hijos de su genio, el coro maravilloso de sus obras; la *cantata de Sardanápalo*, la *Marcha fúnebre para las víctimas de* 1830, el monodrama *Lelio*, la *Sinfonía fantástica*, el oratorio *La niñez de Cristo*, la ópera *Los Troyanos*, la leyenda *La condenación de Fausto*, las sinfonías dramáticas de *Romeo y Julieta*, *Haroldo*, *Waverley*, *El corsario*, *Rob-Roy*, *El Rey Lear*, *Los Francos-Jueces*, *El Carnaval romano*... marcadas todas por la uña del león. Pero la gloria llegó tarde; hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que Francia comprendiese que poseía un músico más grande que el por ella ponderado Auber. Héctor Berlioz había muerto; pero la estátua alzada sobre su tumba jamás la arrancarán de su pedestal.

La condenación de Fausto fué denominada por su autor *leyenda dramática*. El asunto lo constituye el episodio de Margarita, que reproduce varias escenas del *Fausto* de Goëthe, modifica otras y aumenta algunas, á gusto del músico poeta. Los personajes, sin incluir en la cuenta los coros, están reducidos á cuatro: Margarita, Fausto, Mefistófeles y Brander; éste es un personaje de poca importancia, sacado de la escena de la taberna de Auerbach; representa el elemento cómico. El carácter de Fausto está entendido más á la manera de Byron que no á la de Goëthe (1). Fausto busca el placer á costa de la salvación de su alma, mediante la ayuda de las potencias infernales; recorre la nueva carrera con la vehemencia del que logra satisfacer reprimidas aspiraciones. Déjase de análisis sabios y ensueños poéticos; vida y naturaleza son manantial de suspirados goces, cuyos raudales procuran agotar labios insaciables. Teófilo Gautier opina que *La condenación de Fausto* contiene precisamente lo que le falta al *Fausto*, por otra parte tan notable, de Gounod; la profundidad siniestra y misteriosa, la sombra en que pálidamente fulgura la estrella del microcosmo, el abatimiento del saber humano frente á lo desconocido, la ironía diabólica de la negación y el cansancio del espíritu dirigiéndose á la materia (2). Este *Fausto* recibió el sello de la época romántica en que fué concebido; es un personaje, en cierta manera, fatal y demoniaco, un sublevado contra las

---

(1) Sabido es el cercano parentesco que une á *Manfredo* y *Fausto*. Goëthe solía decir: «Lord Byron me ha quitado mi *Fausto* y lo ha hecho suyo.»

(2) *Historia del Romanticismo*.

2008 Ministerio de Cultura

leyes divinas del cielo, que con auxilio de la magia pretende captar para sí una parte del Supremo Poder. Por poco repite las horrendas blasfemias del *Fausto* de Marlowe: «No hay otro jefe sino Belcebú, á quien yo, Fausto, me consagro. La palabra *condenación* no me causa ningún espanto, porque equiparo al Infierno con el Elíseo; que mi sombra habite con los antiguos filósofos... ¿Cómo el gran Mephistóphilis se angustia tanto por estar privado de los goces celestiales? Aprende de Fausto la firmeza varonil, y desprecia esos goces que no has de poseer... Aunque tuviese tantas almas como hay estrellas, diéralas todas por Mephistóphilis. Por él seré el gran Emperador del Mundo...» (1). Y cuando Lucifer le dice: «No debes de pensar en Dios, piensa en el demonio...» Fausto le contesta: «Jamás volveré á hacerlo; perdóname por esta vez,» y Fausto se compromete á no «elevar sus ojos al cielo, á no mentar el nombre de Dios, á nunca rezarle, á quemar sus Escrituras, á matar á sus Ministros y á derruir, por medio de sus espíritus, sus Iglesias» (2). El *Fausto* de Berlioz, como el *Manfredo* de Byron, es un carácter de esta veta y cantera: lógicamente se condena, como se condenaron el de Marlowe y el de la leyenda alemana medioeval.

Berlioz concedió mucha importancia al elemento fantástico que le ha inspirado páginas de extraordinario mérito. Obedecía de esta suerte al imperativo de su temperamento artístico, á la vez que se conformaba con el espíritu del asunto.

La condenación de Fausto se divide en cuatro partes. La primera es á modo de introducción. Sirve para que trabemos conocimiento con el héroe, pero nada tiene que hacer con la acción dramática de la leyenda. Fausto se pasea por los campos de Hungría al levantarse el sol. Una melodía plácida y risueña, propuesta primeramente sin acompañamiento y desarrollada luego sinfónicamente con mucho claro-obscuro de sonoridad, variedad de timbres, modulaciones y acordes, adornada con mil caprichosos arabescos y filigranas delicadamente trazados, vale para pintarnos un deleitoso paisaje. Los sonidos opacos ceden lentamente el puesto á sonidos vibrantes, con muchas alternativas en la sucesión de unos á otros. La idea inspiradora de este número es el paso del amanecer al claro día; la luz solar, rosado reflejo, conviértese poco á poco en torrente de oro deslumbrador que

(1) Marlowe, *Fausto*, escena III.
(2) Idem, íd., escena V.

2008 Ministerio de Cultura

solicita y despierta todos los ruidos de la vida campestre: gorjean los pajarillos, tintinean los rebaños, y limpio el aire de vapores recoje y prolonga los jubilosos acentos con la voz imitadora del eco. Los aldeanos cantan y bailan, mezclando el contento de los hombres á la alegría de la naturaleza. Fausto se aleja, envidioso de la dicha de aquellos gañanes y pastoras; reaparece en punto distante de la llanura; resuenan clarines; un ejército avanza. También envidia esa manifestación de la actividad de la vida iluminada por la gloria, vivo contraste á la suya de sabio desconocido, entre polvorientos mamotretos y secos esqueletos. Los batallones húngaros desfilan al son de la marcha patriótica de Rakoczy; cierto hálito de desenfadado heroísmo inunda el espacio. Esta marcha está prestantísimamente instrumentada, y Berlioz aprovechó diestramente el animado canto original, realzándolo con las variantes que le sugirió su propia inspiración: es una de las piezas más populares de la partitura.

La segunda parte nos introduce en el gabinete gótico del Doctor. Hastiado de la vida resuelve suicidarse. El canto de la fiesta de Pascua, rocío que baja del cielo, «reanima en su corazón los sentimientos de la juventud y le aparta de la muerte. Brota una lágrima y la tierra lo reconquista» (1). Es la influencia de la fe que aun obra sobre el alma escéptica. Este coro, himno de la resurrección, desarrollo grandioso de una melodía religiosa de mucho vuelo, es una página soberbia desde sus primeros hasta sus últimos compases. Al monólogo precedente y á la escena del pacto les faltan entonación, aunque contienen detalles buenos. Como en el poema de Goëthe, Fausto, remozado ya, entra en la vida por la puerta de la taberna de Auerbach (2). El coro de borrachos, los *couplets* de Brander, la canción de Mefistófeles conservan el grosero y bullicioso buen humor de aquella escena. La sal gala interpreta, á maravilla, este cuadrito de la escuela holandesa; los alegres compadres se ríen de veras y descargan tremendos puñetazos sobre la mesa; Mefistófeles bromea como un buen diablo á la pata la llana; es, sobre todo, muy chistosa, la fuga compuesta sobre el tema de la canción de Brander.

Pero Fausto se cansa pronto de estas burdas chanzas y Mefistófeles determina calmar su inquieto anhe-

---

(1) Goëthe, *Faust*, primera parte.

(2) «Mefistófeles.—Quiero, ante todo, que trates á gentes divertidas, para que veas con cuánta agilidad se soporta el peso de la existencia...» (Id., íd., íd.)

2008 Ministerio de Cultura

lo con más exquisitos entretenimientos: no en vano forma parte del mundo sobrenatural de los espíritus. Mientras Fausto duerme á orillas del Elba, acostado sobre las flores del prado y á la sombra de los bosques, los Silfos y Gnomos cantan y bailan; las melodías tenues y ligeras, cuya urdimbre parece formada con *hilos de la Vírgen*, se mecen, ahora suspendidas en alegre rayo de sol, ahora en melancólico fulgor de luna, al suave vaivén de las aterciopeladas notas de las trompas y de la madera, ó al rápido impulso de la agilísima cuerda. Después de este delicioso *intermezzo* que causa la impresión de los *scherzos* que ponen en sus sinfonías los grandes maestros alemanes y no rehuye la comparación con los mejores de ellos, vienen un coro de soldados, de ritmo y melodía marciales y decididos y un coro de estudiantes, juguetón y alegre, que luego unos y otros cantan al mismo tiempo, produciendo ingeniosas combinaciones. Esta pieza coral, hábilmente trabajada, produce gran efecto, pero es preciso cantarla con soltura y aplomo.

El primer número de la tercera parte es un toque de retreta, encomendado á las trompetas y tambores que van recorriendo las calles y se alejan. Al apagarse sus ecos, penetra Fausto en el cuarto de Margarita: *Merci doux crépuscule*, exclama; la nitida melodía de esta aria revela los sentimientos de Fausto: arrobamiento, terneza, veneración. Los medios artísticos usados, son sencillos, pero el efecto obtenido es profundo; hay compases henchidos de acariciadora languidez que preanuncian la *manera* de Gounod. Fausto recorre el cuarto de Margarita examinándolo con exaltada curiosidad; la cuerda, al unísono, dibuja una vagarosa melodía, apoyada en alguna nota tenida, al mismo tiempo que un fragmento melódico de la romanza la surca, por dos veces, como un comprimido movimiento de pasión. Mefistófeles y Fausto en breve pero expresivo diálogo, conciertan la seducción. La orquesta propone el motivo de la serenata y Fausto se oculta. Margarita, con una lámpara en la mano, entra en el cuarto; la orquesta saluda su presencia con melodías de graciosa suavidad; el *raconto* alterna con los comentarios y réplicas de la orquesta, en diálogo ingenioso y delicado.

Margarita comienza á desnudarse y canta la balada del Rey de Thulé. El autor la bautizó de «canción gótica». Bueno es advertir que este gótico no es el florido; apenas me atrevería yo á decir que apunta la ojiva. Imposible imaginar nada que sea más escueto y desnudo de

2008 Ministerio de Cultura

adornos; la frase, tierna y melancólica, no puede desarrollarse; tiende las alas, pero le ataja los vuelos rápida y rígida cadencia. Esta, siempre rota, como si le sirvieran de aprendizaje las anteriores tentativas, al final de la estrofa se hace perfecta y posa sobre la nota inicial ampliamente tenida. La balada es una obra maestra de intencional arcaismo; parece una miniatura medioeval; el alma se transparenta á través del cuerpo contrahecho.

Mefistófeles determina perturbar los sentidos y la imaginación de la dormida vírgen, sugestionarla, como se dice ahora: parado delante de su morada, en medio de la solitaria calle, evoca los espíritus. El espacio se puebla de fosforescentes fuegos fátuos que bailan al son de un minué delicioso, desarrollado sinfónicamente con la pericia propia de su autor; el motivo de la serenata, con ritmo binario y movimiento velocísimo, pasa, como una ráfaga fulgurante por la orquesta, excitando el jugueteo de los fuegos fátuos; óyese, dos veces, fragmentariamente, el motivo principal del *minuetto* y después de un recitado, Mefistófeles entona su serenata. La melodía, escrita para voz de bajo, tiene sabor y corte español pronunciados, y como la acompañan, principalmente, las partes altas de la orquesta, se exhibe mucho; los fuegos fátuos la corean delicadamente. Con su rápido movimiento de wals, su endiablada animación, sus sensuales inflexiones y las carcajadas que en ella retozan, es, propiamente, una invitación al pecado, cuya inminencia alegra siniestramente al enemigo. La seducción tan largamente preparada, se verifica; Margarita cae en brazos de Fausto y cantan el tiernísimo y apasionado duo que comienza en la frase:

Ange adoré dont le céleste image

Mefistófeles, sarcásticamente, celebra la embriaguez amorosa de los amantes. El terceto final es de gran expresión dramática.

La romanza de Margarita junto al torno, abre la cuarta parte; las tristezas del olvido, el recuerdo de los goces que huyeron, la perspectiva lúgubre de la deshonra revoloteando sobre ella como el gavilán sobre la paloma y el amor que persiste y dura y se consume en su propio fuego, píntanse en la sencilla melodía, paulatinamente engrandecida y caldeada por la interna congoja: lo que fué suspiro, es luego sollozo, y por último, evocación del ingrato. Queda pensativa y silenciosa un momento, y hieren sus oídos los lejanos toques de la retreta, la canción marcial de los soldados que se recogen á los cuarteles,

2008 Ministerio de Cultura

el coro alegre de los estudiantes que salen de las tabernas. Estos últimos ecos de la vida de la ciudad al sonar la queda, ¡cuán complacida los escuchaba antes! Ahora le hielan de espanto y pesadumbre. Reina el silencio; la ciudad duerme; pero la infeliz Margarita ya no puede dormir.

Fausto, acompañado de Mefistófeles, corre tras de nuevos placeres; rodeado de bosques y cavernas invoca á la Naturaleza; panteístico ardor quema su sangre y perturba su cerebro. Experimenta la necesidad de vencer, por medio de violentos ejercicios físicos la excitación perenne de su espíritu, y se da á cazar, recorriendo ásperas sierras. La escena de la invocación retrata fidelísimamente los anhelos de Fausto; la melodía rueda, se encrespa y cae en revueltos movimientos de exaltación y depresión, como de ola que toca el cielo y baja á los abismos. El recitado de la cacería, frío de suyo, parécelo mucho más por el contraste, á pesar de los graciosos juegos de las trompas que los ecos montañeses repiten. Pero de esta suerte parece como que quedamos mejor dispuestos para recibir la violenta sacudida nerviosa de la escena siguiente. Tocamos ya al desenlace; el estado de alma de Fausto, algunos puntos de semejanza presenta con el viajero de Baudelaire:

«O Mort, vieux capitaine, il est temps levons l'ancre!
Ce pays nous ennuie, o Mort! Appareillons!
Si le ciel et la mer sont noirs comme de l'encre,
Nos cœurs que tu connais sont remplis de rayons!
Verse-nous ton poison pour que il nous reconforte!
Nous voulons, tant ce feu nos brule le cerveau,
Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?
Au fond de l'Inconnu pour trouver du *nouveau*» (1).

Pero lo que en Baudelaire es sensaciones agotadas, es en Fausto insaciabilidad sobrehumana que, desviada de los caminos que conducen á la fuente del Todo Bien donde únicamente se templa la sed de lo infinito, ha de buscar y hallar en los infiernos grandiosa y horrenda satisfacción. Semejante á Manfredo, podría decirle á Mefistófeles: «El alma inmortal se da á sí misma la

cultivado *dilettantismo* de la novedad, ó á lo sumo *spleénico* tedio de una vida vaciada de todo su tuétano y meollo por la succión de los goces materiales, herida purulenta abierta por la mano vengadora del Fastidio en la fibra nerviosa de las

(1) *Le voyage* (Les Fleurs du Mal).

2008 Ministerio de Cultura

recompensa ó el castigo de sus buenos y malos pensamientos. Es, para sí misma, el principio y el fin de su propio mal... Tú no me has tentado, no eres tú capaz de tentarme. Ni me engañaste, ni soy tu presa. Yo soy mi propio destructor...» (1). La mágia, la naturaleza, el amor, las riquezas, el poder fueron tesoros echados á un abismo sin fondo; el orgullo, el endiosamiento frenético del yo humano le impiden doblar las rodillas delante de la divinidad, y Fausto se precipita en los infiernos, llevando ya de antemano sus llamas prendidas en el alma. Ginetes sobre caballos negros, Fausto y Mefistófeles galopan camino del abismo del «eterno dolor». La orquesta marca el ritmo del galope que se pierde y aleja, y crece y se acerca como un torbellino; coros de brujas y aparecidos aclaman la vertiginosa carrera: misteriosos ruidos, extrañas sonoridades, fúnebres lamentos, pueblan el aire; silva el viento, retuércense las ramas, y todo este estrépito lo dominan las voces de los ginetes que se llaman y contestan con sarcástica alegría el uno, con sombría y altiva resolución el otro (1). Las escenas que siguen á esta obra maestra lírica y sinfónica, prodigio de altísima idealidad dramática y fantástica, como son el pandæmonium, el epílogo en la tierra, valen menos, y el interés decae hasta que el coro celeste publica y celebra la apoteosis de Margarita, despertando en parte, el dormido entusiasmo.

ARTURO CAMPIÓN.

---

(1) Lord Byron, *Manfredo*.

(1) Esta escena la inspiró la siguiente de Goëthe, sóbriamente escrita pero de vigoroso efecto:

«En campo raso. Fausto y Mefistófeles galopando ruidosamente sobre yeguas negras:

Fausto.—¿Por qué se mueven aquellos en torno de esa horca?

Mefistófeles.—Ignoro lo que manipulan y guisan.

Fausto.—Van, vienen, se inclinan y encorvan.

Mefistófeles.—¡Aquelarre de brujas!

Fausto.—Rocían y consagran.

Mefistófeles.—¡Adelante, adelante!»

2008 Ministerio de Cultura

CARMENCITA

ELEGÍA

Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino,
¿Qué negro abismo te absorbe,
Adónde, adónde te has ido?
¿Porqué, cruel, me halagabas
Con tus fulgentes cariños,
Para dejarme de pronto
En las tinieblas hundido?
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
¡Yo amé, y de mi amor brotaron
Graciosos y dulces niños,
Y mi hogar creció en rumores
Y lumbres de paraíso!
¡Oh, cómo el alma se enciende
Y se dilata en los hijos,
Cobrando fuerzas y empuje
Para triunfar del destino!
Flores son que se desprenden
De los verjeles divinos,
Y luz de cielo reflejan
En sus chispas de rocío.
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
Entre las flores suaves
De mi jardín escondido,
Una hermosa, descollaba
Por su sexo y sus hechizos.

2008 Ministerio de Cultura

Carmencita era su nombre,
Y creciendo entre cariños,
La dulce edad alcanzaba
De un lustro, aún no cumplido.
En lluvia de oro el cabello
Por la espalda desceñido
La caía; eran sus ojos
Grandes, dulces, persuasivos.
Tímida, fresca y risueña,
Llena de gracia y de mimos,
A su lado se aspiraba
Puro aroma campesino.
Eran sus padres su encanto,
Y ellos, como dón divino,
Sin cesar la contemplaban
Gozosos y embebecidos.
¡Luz radiante, luz serena,
Que alumbrabas mi camino!
¡Mas ¡ay! que llegó un momento,
Tan negro como imprevisto,
En que, recordando acaso
Que era un ángel peregrino,
Tendió las cándidas alas
Hacia su celeste nido,
Dejando en mis yertas manos
Sus juguetes y sus rizos.
Tal es la sencilla historia
De mi dolor infinito.
Desde ese día, ¡por siempre
Se dobló mi cuello erguido!
¡Adios yo os digo por siempre,
Contentos y ensueños míos,
Palpitantes entusiasmos,
Reposo dulce y tranquilo!
Ya se extinguen nuestros ecos,
Ya se apagan nuestros nimbos;

2008 Ministerio de Cultura

De hoy más, el dolor tan sólo
Será mi constante amigo.
¡Misterio profundo, horrible,
Abominable al cariño,
Hundir al hijo en la muerte,
Y dejar al padre vivo!
¡Se llega á pensar entonces,
Del alma al tremendo grito,
Que tras de ese cielo inmenso
Se esconde algún Dios maligno!
A veces, tras largo insomnio,
Imagino en mi delirio
Que mi pena inenarrable
Mueve estupendo prodigio;
Y llega á mi triste casa,
Y abre mi puerta sin ruido,
Trayéndola de la mano,
Algún ángel compasivo.
¡Y á ella corro, en mis brazos
La levanto enloquecido,
Y el eco de mi contento
Retumba en cielos y abismos!
Mas ¡cuán pronto en mi amargura
¡Ay! se deshace el hechizo!
¡Los que perdísteis un ángel,
Venid á llorar conmigo!
¡Pobre madre, en cuyo seno
Brotó con infausto sino,
El verde y gentil retoño
Que hoy yace mustio y marchito!
Con su corona de madre
Ya deshojada y sin brillo,
Vagar llorando la veo
Como absorta y sin sentido.
¿Quién puede contar su pena?
¿Quién su perenne martirio?

2008 Ministerio de Cultura

¡Ella miró al ángel suyo
Plegar sus alas de armiño,
Y quedarse en su regazo
Eternamente dormido!
Y ni aún á hablarla me atrevo
Cuando tan triste la miro,
Pues al querer consolarla,
Se desborda el llanto mío.
¡Carmencita! ¡Hija amada!
¡Flor de mi huerto escondido,
Que en la mañana, violento
Me arrebató un torbellino!
¡Con qué profunda amargura
Suena en mis labios marchitos,
Como perpetuo lamento,
Tu dulce nombre querido!
¡Tras de tí se me va el alma,
En tí mi recuerdo abismo,
Y aun agrandarse parece
Mi amor por tí, inmenso y vivo!
Si de la región que habitas
Contemplas el dolor mío,
¡Ruega á Dios que pronto sea
El instante bendecido
En que reposen por siempre,
Amorosamente unidos,
Nuestros cuerpos en la tumba,
Las almas en el empíreo!

CALIXTO OYUELA.

Buenos Aires.

2008 Ministerio de Cultura

ANGEL GUERRA

NOVELA CONTEMPORANEA POR B. PÉREZ GALDÓS

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONES

Angel Guerra es la historia íntima de un racionalista empacatado que pára en creyente y místico por obra y gracia de un amor «de la más fina idealidad». El mismo nombre del protagonista parece emblemático signo de su doble naturaleza; pues mientras Angel es de la soberana extirpe de aquellos hombres que sienten hondo y piensan alto, enemigos de toda bajeza y vulgaridad, Guerra, extremoso, colérico, de imaginación volcánica, se pasa la vida riñendo batalla con su iracundia y con la realidad de las cosas. En el primer capítulo, le hallamos refugiándose en un cuchitril, donde vive de incógnito con su querida, malherido en la fracasada intentona del 19 de Setiembre, abrumada su conciencia con un homicidio, y en pugna con su madre y la sociedad entera: ¡á tal estremo le conduce, á él, rico y noble, su espíritu arrojado á quien sedujo la utopia de remediar el mal ajeno por medio de la revolución! Y en el último capítulo, hemos de verle, vuelto al catolicismo y en vísperas de abrazar la carrera eclesiástica, perecer asesinado persiguiendo el mismo propósito, por camino diametralmente opuesto: la práctica de la más encendida caridad; el malogrado ensayo de una nueva, y también utópica, congregación religiosa.

Entre aquel paréntesis y este claudato se extiende la novela. Esta consiste en la pintura de las desgarradoras crisis que llevan á Guerra de una á otra alucinación. Primero, le abate y tunde la muerte de su madre doña Sales, tan inflexible, terca y apasionada como su hijo, que expira, ya enferma del corazón, tras inevitable y mal reprimida disputa con él. Luego, le rinde otra desdicha inexperada, otra muerte: la de su hijita Ción (Angel es viudo) delicia de su padre, loco de ternura por ella. Aquí aparece Leré (Lorenza) el aya de la niña, que ha de ser

2008 Ministerio de Cultura

la mística Dulcinea del quebrantado racionalista. Leré es una pobre toledana, de recto juicio, de alma limpia y serena, ingénua y sencilla, pero exaltada como su amo por ardiente amor al prójimo, y con irresistible vocación religiosa. Angel se enamora de ella. Leré no piensa un instante en corresponderle, y cumple su propósito de profesar en la congregación del Socorro. El amor de Guerra se trueca en adoración que inflama su fantasía propensa á lo extraordinario; la virtud de Leré, en alto influjo espiritual, ejercido suavemente día tras día. Leré se guarda muy bien, sin embargo, de compartir el afecto de Guerra, ni aun en la etérea forma de la unión mística. Pero aún así, el racionalista se transforma, abandona á su querida, depura y acrisola su pasión por Leré, la sigue á Toledo, y con ayuda de las vivas emociones estéticas que le causa el culto católico, el abandono de toda relación vulgar, y la soledad de su alma tormentosa y visionaria, siente renacer al fin las creencias de la niñez: acaba por concebir el proyecto de un nuevo asilo de caridad, donde muere á manos de criminales, albergados y socorridos á la buena de Dios, con errado optimismo evangélico.

No es únicamente la novela, como ya se comprende, la historia de esa transformación puramente psicológica. Al rededor de ambos personajes se mueve todo el mundo que los cerca: la oculta corriente de aquel misticismo, se deslíe y revuelve en el turbio caudal de la vida contemporánea y sus prosaicas ó pintorescas realidades.

De aquí, una prolija variedad de episodios, y una copiosa galería de tipos.

Nos hallamos, primero, en Madrid, entre Dulcenombre, la amiga de Angel, y la quevedesca familia de ésta, los Babeles, aventureros y sablistas, con el ingenio agudo de los eternos hambrones de la novela picaresca y con el alma desquiciada y podrida de los últimos vástagos de incierta prosapia. Conocemos luego á doña Sales, la respetable señora, el tipo de «la nobleza secundaria y modesta que ha sido el nervio de la sociedad desde la desamortización», modelo de la vieja educación castiza; á sus contertulios, sandios ó vulgares, «de la clase de antipáticos», enemigos del hijo pródigo de la casa... etc., etc. Ya en Toledo, los tipos, panoramas y perspectivas se multiplican. Toledo, la artística, Toledo, museo arqueológico de tantas generaciones, Toledo, con su catedral y sus posadas de novela ejemplar, con sus patios de azulejos y sus moriscas, tortuosas calles, el Toledo de los

2008 Ministerio de Cultura

contornos, sus cigarrales y dehesas, dan al novelista su contingente de clérigos y monjas de todas condiciones, sus devotas de distinta estameña, el cargante *elemento ilustrado* de la población, los mendigos-cicerones, las familias humildes de franca y tosca hidalguía, «que recuerdan aún los villanos de Lope y Tirso» y hasta sus arrieros y pastores rústicos que conservan el habla fenecida de los *autos* y romances primitivos. Todo un pedazo de tierra española, con extrañas supervivencias de poética realidad, trajo el autor á esta segunda parte; todo el hechizo del arte misterioso é ideal, perpetuado por el catolicismo con su magnificencia asiática, y sus símbolos fascinadores, puso Galdós ante el alucinado Guerra para trocarle en nuevo y singular apóstol. —Esto y mucho más contiene la novela.

***

Excuso decir ahora cómo todo ese mundo vive, siente, habla y se rebulle con evocación admirable en todas las páginas del libro. Tras la genial tentativa de una nueva forma, en *Realidad*,—á mi ver, el libro más original y fuerte de nuestra literatura contemporánea—Pérez Galdós ha vuelto en Angel Guerra al procedimiento común á todas sus novelas, salvo algún pormenor que parece reminiscencia de aquella obra. En la última, está el Galdós de siempre todo entero, con su observación escrutadora que alcanza á revelarnos la verdadera vida nacional desde un punto de vista de pensador moderno, sustraído á toda influencia de raza, y con su narración llena, robusta, abonada con toda suerte de conocimientos, que ahonda calladamente línea tras línea en el ánimo de los personajes.

No he de citar, porque sería interminable la lista, los tipos parlantes y vivos que pululan en la obra. No señalaré las situaciones que, preparadas y dispuestas con arte, se ofrecen de tal modo al lector en toda su complejidad, que se diría colocado y sumergido en medio de ellas. Incluso las sistemáticas predilecciones de Galdós hallamos de nuevo: su decidida afición á los casos frenopáticos, su propensión singular á mostrar los *tics*, mañas, pesadillas y visiones de los personajes, que con sus actitudes grotescas é incoherencias de neuróticos, dan á la novela un tinte fantástico, é interrumpen la narración, firme y sana, con episodios secundarios, cháchara de alcoholizados, soliloquios de maniacos, divagaciones de la fiebre...

2008 Ministerio de Cultura

Pero repito que excuso el exámen da tan exuberante variedad de creaciones parciales, para llegar rectamente al protagonista: Angel Guerra, y al caso principal: su conversión y su humanitarismo. Angel me parece por de pronto, antes que un carácter, antes que un pensamiento, un *estado de imaginación*, Guerra es un racionalista—el racionalista de siempre en la novela de Galdós,—convertido. Pero basta observarle desde las primeras páginas para advertir que ni el pensamiento, ni el carácter, predominan en su conducta, en el fin á que se dirige, en los medios de que se vale, y que su conversión y su misticismo son obra de su imaginación acalorada, antes que de su inteligencia: son el resultado de una crisis de la fantasía soñadora, y del atribulado corazón, pero no una crisis intelectual. Se vé forzado á domar una pasión compartida, de suyo espiritual y noble pero al fin humana, y logra engañarse á sí mismo depurándola é idealizándola. Tras la pasión, el *diletantismo* estético del culto; tras éste, la aversión á una sociedad burguesa; tras ésta, su vehemente bondad nativa... pero siempre y por encima de todo su adoración por Leré. Rara vez se le ocurre entrar en cuentas con sus pasadas convicciones: cuanto se refiere á la lucha de éstas con el dogma y la filosofía que se dispone á aceptar, permanece entre sombras y vaguedades: nunca se muestra explícito sobre este punto. Y si por acaso habla de él, harto se vé en el hombre nuevo la levadura del hombre viejo. Hay un momento sobre todo en que parece abrazar la religión católica con carácter perentorio, y para afianzar en ella su caridad y sus propósitos humanitarios, como los basaría en otra creencia positiva.

Y cuando adelantó ya más en el camino de su conversión, mezcla con sus sueños, aspiraciones y esperanzas nada concordes con la unidad y perpetuidad de su Iglesia: el mismo plan de su fundación benéfica traspasa por lo quimérico los límites impuestos á las congregaciones religiosas. En fin, para que no quede lugar á la duda, él mismo, próximo á morir, creyente si pero ni místico ni mucho menos, confiesa haber sido víctima de sus propias alucinaciones que revistieron su pasión por Leré con las apariencias de una vocación espiritual.

Se vé, pues, que es su imaginación la que obra, encendida y caldeada por el sentimiento. Y se vé más: que el autor pone singular empeño en que no creamos otra cosa, atento á describirnos á su héroe, como un gran visionario, como un admirable iluso, que no acierta

2008 Ministerio de Cultura

todavía á ser ortodoxo, por más que quiera.

Pero esa preponderancia de su fantasía, que lo atrae y seduce hacia lo divino y lo eterno, se extiende de igual modo á todos los demás conceptos de la vida y los alumbra y tiñe con los colores propios del momento presente. En este sentido, encarna y personifica á miles. Guerras los hay muchos hoy, en uno ú otro sentido, como Rochs y Monsaludes eran otros tantos quince años hace. No tiene el héroe una palabra, una sola, no muestra una predilección, la más insignificante, que no parezca destinada á despertar en el ánimo de muchos otra idéntica, concorde y viva. Se alienta y nutre su imaginación—siempre su imaginación antes que su pensamiento, no precisado y determinado con todo relieve y seguridad—con aquellas aspiraciones nacientes á un realismo ideal en arte y en filosofía; con el anhelo de hallar la solución á los conflictos sociales en la caridad evangélica, aunque ignora en qué forma; con la sentida necesidad de Guerra se ofrece como un tipo doblemente interesante y nuevo. Es el racionalista de siempre, pero influído y transformado por las últimas ideas de la generación actual, alentado por todas las aspiraciones coetáneas, empezando por la espiritualista que vuelve los ojos suplicantes á un dogma, á una creencia positiva. Es Monsalud, es León Roch... pero de la década del 90; aquel estado de su imaginación parece en suma, el de la imaginación contemporánea. Mucho de lo que se halla en *Realidad*, como flotante y disperso, y repartido entre distintos personajes; algo de lo que circula entre ellos, como ambiente que los vivifica ó sofoca, se condensa aquí en un sólo individuo, y éste llegar á una síntesis, á una armonía que refunda y aune las verdades fragmentarias de las opuestas escuelas que con su fragorosa batalla han llenado el siglo.

En el fondo de todos sus pensamientos late y se divisa alguna de aquellas aspiraciones, como su origen é impulso inicial. En lo estético: Guerra es un artista á quien se revela con nueva intensidad la belleza y los explendores de un arte simbólico y espiritualista, real é ideal á un tiempo. Sus fruiciones artísticas—descritas por cierto en el libro de un modo magistral—son cabalmente, en aquella forma, con aquel matíz, con aquella vibración interna, indefinible, las propias del artista contemporáneo. Sería curioso—ya que precisamente se trata de Toledo, tantas veces admirado—comparar las distintas versiones de esta admiración hasta llegar á la de Galdós: el Toledo romántico de los

2008 Ministerio de Cultura

Recuerdos y bellezas, el Toledo de Becquer (la segunda manera de una escuela análoga), con el Toledo visto y sentido hoy por Guerra, de este tercer modo: una síntesis singular en que la realidad actual, ni velada ni embellecida, antes realzada de propósito con la descripción lejos de excluir, desentraña y refuerza el ideal sentimiento de lo pasado.

Desde un punto de vista semejante, por no decir idéntico, Guerra siente el encanto de las viejas costumbres, próximas á fenecer, y de aquéllas humildes gentes en que sobrevive una raza, como sin ellas percibiera—ya con mayor imparcialidad, que no es tampoco una reacción estrecha y rutinaria de los *laudatores temporis acti*—como si percibiera, digo, lo que tenía de mejor, de más sólido y magnífico, de más conforme á la vida, y sobre todo á la vida nacional, toda aquella cultura fenecida é insepulta en una ciudad de tercer orden. Para Guerra resucita allí más holgada y más rica, que la híbrida civilización material desequilibrada é incompleta que sugiere á D. José Suárez *(elemento ilustrado)* el risible proyecto de abrir en Toledo *grandes arterias* de comunicación y embellecer los casinos.

Un sentimiento de la misma índole, lleva á Guerra á mirar con desdén á toda esa burguesía que con tan mezquinas mudanzas sustituyó lo antiguo, y con odio á todo ese positivismo más ó menos grosero que invadió el alma de una sociedad de transición, y que hace exclamar á Guerra en los mismos comienzos del libro: «Las personas que hacen »gala de proscribir todo lo espiri»tual—le dice á Leré—me son odio»sas. Los que no ven en la vida más »que el triste pedazo de pan... me »parecen muertos que comen». A esos *muertos que comen* prefiere Angel los humildes, los cuitados, los miserables que soportan las cargas de la vida, modestos, risueños, inconscientes.

Y por este camino, tras esta palabra inicial, vedle ya desdeñar con la burguesía, la solución política caduca é impotente (¡un desengañado de una intentona revolucionaria!) y alzarse á mirar frente á frente el problema social, sintiendo latir en su alma esa compasión viva por toda humana desventura que tantas obras nuevas van infiltrando en el corazón de una gran masa de lectores. Angel Guerra es un apóstol de la caridad, del Evangelio puro. Pero observad también el último rasgo de su fisonomía. Por un lado, desconfía á estas fechas, del laicismo, de la filantropía puramente filosófica: lo hemos repetido, quiere poner su amor al prójimo al abrigo de un dogma; por otro, no halla

2008 Ministerio de Cultura

para él molde que no le parezca estrecho. Su compasión ardorosa y viva, se extiende al mismo vicio: tiene sus raices en una comprensión más clara y honda de las humanas imperfecciones: su indulgencia es laxa y nihilista: la institución benéfica soñada, sin orden interior, sin disciplina, es en el fondo anárquica. En su optimismo iluso, espera sofocar el mal con la abundancia del bien, derramado al acaso, sin cautela, sin limitaciones, con aquel ardor, aquella abnegación, el sacrificio, la humildad y la paciencia de los primitivos cristianos. Tal es Guerra. ¿No ocupa su imaginación lo que á muchos ocupa? ¿No hay en tan inflamadas visiones, centelleos de su estado contemporáneo?

*
* *

Pero el libro termina bien tristemente y se cierra con un contraste. El visionario yace mortalmente herido á manos de aquella perversidad que en vano juzgó aplacable; se creería que le lleva á este fin, no la caridad, sino la indisciplina en la caridad. Contra su anarquismo benéfico se ha levantado el anarquismo del mal, siempre ingrato, siempre redivivo. Pero junto á la cabecera de su cama está Leré, hermana del Socorro; Leré, que le alentó en su empresa y compartía sus arrebatadas aspiraciones. Una sola diferencia los distingue: una disciplina secular. En el punto en que Guerra expira, tras haber lanzado Leré sublime exclamación de dolor, recobra la calma y sale de allí, en virtud de su obediencia, para asistir á otro moribundo. Guerra perece en la demanda; pero Leré triunfa y permanece. ¿Quiso el autor este contraste? Lo ignoro. Lo que sé es que bien puede llamarse una gran obra la que tales y tantas ideas suscita y remueve sin apartarse un ápice de su letra viva.

J. YXART (1).

(1) Este artículo ha visto la luz en *La Vanguardia* de Barcelona.

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

RIMA

Por cada beso tuyo, me decía,
se enciende un astro en la región vacía!
Y entonces no creí sus frases bellas,
Porque pensé que hubieran en un día
Faltado cielos y sobrado estrellas.
Más tarde—¡Cada lágrima vertida
Mata un astro!—me dijo conmovida.
Y no creí sus frases de quebranto,
Porque pensé que hubieran en mi vida
Faltado estrellas y sobrado llanto.
Muerto ya el corazón, comprendo ahora
De aquella alma sensible y soñadora
Las palabras de amor ó de reproche,
Pues de mi triste vida en el derroche,
Yo tuve noches de color de aurora
Y tengo auroras de color de noche.

F. Rivas Frade.

2008 Ministerio de Cultura

LA NOVELA ARISTOCRÁTICA

Escribiendo contra D. Juan Pérez de Montalván, pone Quevedo en boca de aquella pelinegra con ojos de rua vestidos de negro, cara con reposo de aguileña y gracia de fea las siguientes razones: «Libro que es para todos, guárdele para sí su autor, porque sea quien fuere en el mismo título dice que es obra vulgar y bazofia, porque universalmente para encarecer el valor de una cosa buena se dice que no es para todos. ¿Es acaso bodegón y olla de mondongo? Guárdese su libro, repito, que el que yo he de celebrar y aplaudir, quiero que sea para pocos y por esta misma razón siendo para todos es preciso que sea obra de baratillo, papel de ciego y librote de tendajo». Pues nada de esto es, y en mano de todos anduvo, no sólo leído, sino manoseado por todos con comentarios impertinentes, la novela *Pequeñeces*, y sin embargo ahí queda ese texto que escogí de propósito, no para desmentirlo, sino para confirmarlo con ocasión de esta novela, sobre la cual también yo—*tu quoque*—quiero hacer algunas observaciones repitiendo por escrito lo que ya de palabra manifesté, cuando era este tema único de discusión en los círculos madrileños, de donde trascendió muy pronto á los provincianos. Para el artículo ó folleto de sensación, y cuenta que no han escaseado folletos y artículos de esa clase, sería sin duda tarde, pero no lo es para el trabajo de revista tan distinto del de la polémica cotidiana; más bien señala momento oportuno y propicio, este mismo apaciguarse de las controversias, discusiones y aún disputas, que tanto apasionaron algunos ánimos y tan ágrias y descompuestas fueron á raíz de la publicación de la novela. ¡Cualquiera salía haciendo consideraciones imparciales y desinteresadas, como cuadra tratándose de letras cuando éstas eran lo de menos y lo de más, los cuentos, chismografías y pequeñeces que fueron como rastro y secuela de la novela de este nombre. Por lo bien concebida y narrada, por lo singular de sus méritos literarios, antes mere-

2008 Ministerio de Cultura

cía es verdad la fama entre los pocos, que la celebridad de los muchos. Supo dar soláz literario á los primeros y espolear la curiosidad de los segundos, presentando á sus ojos un cuadro de escándalos y vergüenzas; y de la corte nada menos, ó sea de lo que más se comenta, de lo que más se censura y de lo que más se imita. Para la mayor parte, al interés literario se sobrepuso ese interés social, dando á *Pequeñeces* un éxito sumamente parecido al que obtuvieron en París *El Nabab y los Reyes en el destierro*. El público en general sin preocuparse de hondas enseñanzas, tomó ésta como punto de sus murmuraciones sin pasar más allá de la superficie, ó lo que tanto vale parándose á notar parecidos, viendo en Sabadell y el Buey Apis tales ó cuales políticos y colgando á estas ó aquellas señoras los milagros de la Mazacán y de la Albornoz. Y no es que el P. haya cometido las discutibles indiscreciones de Daudet, pero las ha cometido el público. Porque algún rasgo —¿y como evitarlo?—coincidiese con el de un personaje real, ya el público murmurador lo delataba; y esto aumentó el éxito, avivó el escándalo é hizo á lo que pienso muy otra la novela, en la consideración de las gentes de lo que había sido en la intención de su autor. Ya en el curso de la obra lo nota éste: la sociedad de Madrid es cáustica, es sangrienta: y mostrando estas cualidades y confirmando estos juicios, ha entrado á saco en la novela, recogiendo censuras que dirigirse los unos á los otros, y los rasgos satíricos que abundan en *Pequeñeces* al pasar por los labios de los murmuradores, personalizándose tomaron mayor calor y violencia, la violencia y el calor que algunos suponen en la novela.

Claro que son los de ésta, tipos sociales y que en ellos se dan entremezclados varios rasgos que traen á la memoria tipos reales, pero mientras no haya más que esto y por mi parte no veo más, el autor no cae en libelista como han supuesto aquí algunos que venían á serlo por el hecho de hacer ligeras y no exactas aplicaciones. Me parece que no holgaba alguna manifestación del P. sobre el particular, por donde vieran los que aún lo ignoran, que no iba buscando para su libro ese éxito ruidoso y exagerado, sino aquél aunque más modesto más valioso, en que no se mezcla con lo literario, cosa que es y debe ser extraña al arte por completo.

Desde que he vuelto de Madrid, muchos creyéndome en el secreto me han preguntado.—¿Conque á quién ha pintado el P. Coloma en la Villasis?—¿Y quién es Villamelón? Cualquiera puede contestar á

2008 Ministerio de Cultura

esta pregunta. ¡Como si no hubiera más que un Villamelón en Madrid! Y también hay más de una Villasis.

Lejos de resentirse las que tienen alguna semejanza moral con la Mazacán y la Albornoz, su acostumbrada frivolidad las hizo divertirse á su propia costa, y aún se han seguramente lisonjeado con los instintos aristocráticos que revela el P. y con la elegancia que las reconoce y la distinción de que las rodea. ¿Qué se las da á ellas de que otros, aprovechando la ocasión ofrecida por el P., las hayan mordido á su gusto? ¡Si la ocasión la suelen ofrecer ellas mismas! Y después de todo es condición humana; las que más lucen, brillan y se distinguen más enemigos tienen: ocupan la más encumbrada posición social; la enemiga comienza en el escalón inmediato. ¿Qué importa? Su afán es estar siempre en candelero; la misma murmuración es parte y complemento de su éxito. ¿Ponen el cánon de la moda? ¿Su distinción no es discutida? Pues basta. Como ellas dicen, y no dicen mal, las mismas que las censuran lo hacen muertas de envidia; y menos que en las frivolidades y escándalos que exajeran y abultan para más morder, piensan las murmuradoras en aquel lucimiento que las atormenta, porque no lo pueden alcanzar. Estas así han comentado y repetido con fruición lo que escribió para fin más alto el P. Coloma. Pero si al fin á que apuntaba este no han llegado todos, han pasado más allá algunos. Los más, se han quedado enredados en el comentario del detalle, principalmente en la cuestión de parecidos, buscando la clave de la novela, creyendo sorprender en cada personaje ficticio otro real, pero algunos en cambio han descubierto el pensamiento trascendental, la intención recóndita y oculta que no fué otra al decir de estos muy avisados, que hacer el proceso de la sociedad de la restauración asestando duro golpe á la restauración misma. Tal era la frase, y tal la contestura de un párrafo que oí en el Congreso en aquellos días en que se antojaban P. Colomas, cuantos clérigos asomaban su teja, por los pasillos del salón de conferencias. Se fijó el P. Coloma en la aristocrática sociedad española en uno de sus más interesantes momentos: artista la describió dándola realce —no realce moral sino literario—y cristiano fervoroso, no ocultó sus sentimientos ante las liviandades del gran mundo. Es el P. Coloma un artista *doublé* de un misionero: él lo dice por elocuente modo «así como en otros tiempos subía un fraile sobre una mesa en cualquiera plaza pública, y predicaba desde

2008 Ministerio de Cultura

allí rudas verdades á los distraidos que no iban al templo, hablándoles para que bien entendieran, su mismo grosero lenguaje, así también armo yo mi tinglado en las páginas de una novela, y desde allí predico á los que de otro modo no habían de escucharme». Lo que hay de malo es que así tampoco le escuchan, pues leen los más con espíritu profano y ligero buscando el entretenimiento del relato, la satisfacción de la curiosidad. Ni hay que extrañarlo; ciertas demostraciones y pruebas son ajenas al arte que tiene su propio fin en la belleza, y se termina en su recreo y contemplación. Van fuera de camino los que se preocupan al novelar de esos fines de aleccionamiento; una de dos ó se sacrifica á ellos el arte cayendo en un convencionalismo, ó el arte se sobrepone, guiado el autor por la atracción de la belleza. En el primer caso el mismo artista se rebaja, puede decirse que no lo es; su intención está puesta en que la lección aproveche y el arte es accidente no más: en el segundo caso el accidente es la lección en que ni siquiera se repara por los que van tras el deleite que produce lo bello. Después de todo ¿que valor tiene la demostración que deriva del hecho aislado, del caso concreto? Generalizarlo, sería torpeza y equivaldría á caer en error, y no generalizándolo nada se concluye y demuestra.

Eso no quita para que todo hecho—y de ahí que importe los guarde la historia—tenga su filosofía, sus causas, conexiones y consecuencias; merced á la solidaridad de cuanto es y á su vida de relación, y por consiguiente que de manera natural é indirecta produzca enseñanzas.

Para un lector reflexivo, es lo principal el análisis de los elementos de la obra, hasta dar con la idea que el novelista se forma y con la concepción que tiene del mundo real; lado el más interesante y profundo en el exámen de la producción y que supone no la simple vocación de lector sino la de verdadero crítico. En *Pequeñeces* trasunto fiel de la vida, los Frasquitos y Diógenes, las Pastor y Bara, tipos secundarios, son tan verdaderos y exactos como los principales. Habrá quien opine, que esos personajes son peores que los del mundo real, quien trate de exagerado al autor, quien le defienda de esa tacha. Pero todos esos comentaristas, quiénes con sus censuras, quiénes con sus alabanzas reconocen lo notable del novelista y lo hermoso y verdadero de la novela. ¿A qué tanto preocuparse sino estuviera llena de realidad? Por lo que tiene de sátira, el autor, sin al-

2008 Ministerio de Cultura

terarlos, exajera, abulta vicios y defectos; ¿y qué sátira hay en que no suceda eso mismo? Si se pone á escribir el P. Coloma un razonado dictámen, sobre lo que usos y costumbres de la sociedad aristocrática tienen de ejemplar ó de vitando seguramente saldrá cosa muy distinta. Pero el novelista no tiene que preocuparse de eso: no formula un juicio sobre la sociedad; la describe según se ofrece á través de su imaginación, caldeada por la fiebre de la producción misma. Ve el mundo por un lado, de manera parcial, por tanto no examina reflexivamente todos sus aspectos como el que juzga, ni se le puede pedir frialdad y reposo en los juicios; ó mejor dicho no se le pueden pedir juicios á quien novela.

¿A qué pues tanto decir si el Padre Coloma juzga muy desfavorablemente la sociedad que describe? Pero no sólo se ha dicho eso: se ha dicho que era ese el *juicio* que formaba de la sociedad aristocrática la compañía de Jesús. Esto conociendo las relaciones de la aristocracia con la Compañía, y sabiendo lo que tiene la Compañía de aristocrática, no necesita comentarse: quiénes lo dicen, desconocen que la novela y aún más la sátira por la exacerbación de ánimo que supone, es algo personal, íntimo, enteramente propio del autor y aun eso en el momento pasajero de la inspiración, que tampoco siempre. Despojado del rigorismo de juicio que torpemente se le da, y que de ningún modo le cuadra, tomado como lo que es, como impresión de novelista, soy de los que creen que la impresión que produce *Pequeñeces* es profundamente verdadera. Y cuenta que en nada es tan difícil lograr esta impresión, como en la pintura de una sociedad aristocrática, que por serlo vive una existencia muy complicada, convencional y ficticia. Toqué prácticamente las dificultades que ahora teorizo, cuando escribí *La Vizcondesa de Armas*, y eso que el temor á dejarme correr por la fácil pendiente de la murmuración, tan cultivada en los círculos de la Corte, puso tiento en mis manos, con lo que recortados los ya escasos vuelos de mi imaginación, hube de quedar á medio camino. Dejé apenas esbozadas algunas figuras, medio ocultas sus inclinaciones en cierta penumbra moral, por igual modo distante de claridades meridianas y de oscuridades nocturnas, tono de luz que á despecho de la brillantez de la obra, creo ser el que mejor cuadra al mundo que pinté que por su ya notado convencionalismo sabe evitar todo extremo. Creo enteramente conforme á realidad la concepción que formé de ese mundo. ¡Ojalá tu-

2008 Ministerio de Cultura

viera otros méritos mi novela! Séame dado encarecer las dificultades del género, puesto que no las vencí. Lo cual nada prueba ciertamente en pro de esas dificultades que acreditan los autores de más monta, con sus ensayos de este género. Así Pereda en la *Montálvez* dando nueva gallarda muestra de sus talentos literarios, hizo una recargada pintura que podría ser exacta en sus detalles, pero no lo era en su conjunto. Acumuló en una sola figura errores, aberraciones y extravíos, que aislados pueden darse, que reunidos rayan en lo inverosímil y sobre todo se salen de lo verdadero.

El Sr. Palacio Valdés se equivocó al escribir novela aristocrática. La misma señora Pardo Bazán, como novelista, vacila de entrar en ese mundo é hizo sólo ligerísimos tanteos; también trató de él sólo por incidencia y como de lado el ilustre Galdós. Es muy conocedor del gran mundo y muy asíduo además en su trato, el ínclito don Juan Valera, pero este *dilettanti* de la literatura, este excelso escritor que tanta boga tiene, se ha dejado de escribir novelas, son ya las que escribió novelas de otra etapa; no es pues esta ocasión de juzgarlas.

Entre todas nuestras novelas aristocráticas, *Pequeñeces* es la más exacta y fiel en la pintura de personas y cosas, la más distinguida y propia en su tono y carácter general, que cuadra á maravilla con el de la clase aristocrática.

En Pereda, á través de *La Montálvez*, se descubre al provinciano montañés; en Palacio al tertulio de la cervecería, en Valera al mundano académico. El P. Coloma es por instinto verdadero aristócrata. Por esto añade á sus superiores facultades de artista, un tino y una discreción exquisitas: así que, retirado en Deusto, sin rodar por salones y teatros, acierta más que ninguno al describirlos. No necesita de esfuerzos para evitar el peligroso escollo de la cursilería. Lleva en sí mismo la distinción, siente esa vida, y la explica y comenta con la misma naturalidad, con que pisa los salones la dama principal en quien son innatas la elegancia y el señorío. Se ha supuesto que el P. Coloma tiene animadversión á la clase alta; apreciación de todo en todo equivocada. No hace falta ser muy ducho para ver entre renglones cómo siente su atractivo, tal vez enlazado con recuerdos de su mocedad. Esto aparte, la compañía de Jesús es, como antes indiqué, aristocrática en su carácter, hábitos y relaciones. ¿Quién ignora la influencia de los Jesuítas en la clase alta? La sociedad de *Pequeñeces* está llena de discípulos de los Je-

2008 Ministerio de Cultura

suítas. Las señoras de esa sociedad son sus hijas de confesión, las que vuelven anualmente al *Sacre Cœur*, abriendo un paréntesis en su más ó menos mundanal y regocijada existencia, para practicar devotos ejercicios espirituales. Los Jesuítas instruyen, educan, sermonean y confiesan el gran mundo. Teniendo con él tantas conexiones, ejerciendo sobre él por tan variados modos semejante influjo, ¿cómo ha de sentir ni el P. Coloma ni la Compañía esa supuesta animadversión?

En Chamartín, llenas sus aulas como las de Deusto por muchachos aristócratas, estaba Paquito, el hijo de Curra Albornóz, y Curra misma era esperada á la solemnidad de fin de curso con que da principio la novela. Por esto no me explico la contestación del padre Pedro Fernández á Curra cuando su visita á Loyola. ¿Se querrá cohonestar la repulsa con el acompañamiento de su cortejo? Pero ni era Sabadell el único de la partida, toda ella desairada, ni en tan apartado retiro tendrían noticia cierta —en caso debía justificarse—de las ilícitas relaciones de Curra. Lo más de presumir era, que al convento hubiese llegado el rumor con el acostumbrado *se dice* que suele encubrir tantos inventos de la maledicencia, suelta de lengua y áun larga de pluma en ciertos centros de la corte. Para imponer correctivo tan duro como el del P. Fernández, para excluir de la sociedad determinada persona por aquello de que los malos no deben andar con los buenos, según razonaba la marquesa de Villasis, es preciso no guiarse por el simple *se dice*, hijo de la mera sospecha de un desconfiado ó de la murmuración de un malévolo.

No me refiero ya en estas observaciones al caso concreto de Curra Albornóz: hablo en general. Cuantos conocen la vida de las grandes capitales, saben lo difícil que es aquilatar lo que hay de verdadero en esos rumores: son los menos los iniciados en estos secretos, en los cuales, por lo que tienen de recónditos, siempre queda margen para la duda aun de los iniciados mismos. Las *flirtaciones* de una mujer tonta, ligerilla, suele ser nonada, pero no para su honra, que en la opinión y en el lenguaje de las gentes queda maltrecha, y sólo á tanta costa satisface una vanidad, que en muchos casos, es, sobre torpe y mala, pueril. En cambio á muchas maldades que se ocultan, no es posible imponerlas el correctivo social. Y salvo en algún caso, como el de Currita, las picardías mayores y los pícaros de más cuenta saben cubrir las apariencias á maravilla.

2008 Ministerio de Cultura

De estas dificultades que noto estaría perfectamente convencida la marquesa de Villasis. ¿Cuántos de quiénes se murmura no convidó á sus viernes? Basta saber que quedaron desiertos los salones de la Albornoz. Como decía la duquesa de Bara, triunfa la Villasis. Curioso, interesante y bien estudiado episodio es éste. Hasta Leopoldina Pastor y el tío Frasquito faltan á casa de Currita, «pájaros que se retiran á tiempo del arbol que pierde su sombra, y tienden su vuelo hacia el que comienza á verdear.» El *grand complet* era aquella noche en casa de la marquesa de Villasis, la del salón de refugio á que sólo debían asistir caballeros decentes y mujeres honradas.

El P. Coloma trascribe la siguiente subdivisión de las damas de la corte en aquel tiempo:

Bastantes buenas.

Pocas malas.

Muchas que siendo de las primeras se parecen á las segundas.

Y de aquí dimana la confusión que dije, y que seguramente daba en que cavilar á la marquesa de Villasis al hacer los convites. Lo que ella diría: es muy difícil acertar en materia tan espinosa y delicada, el punto en que terminan las habladurías y empiezan las realidades. Y obsérvese que la marquesa de Villasis era una mujer excepcional de las que en todo tiempo y en toda clase escasean; ¿qué sería sino tuviese extraordinaria virtud unida á grandísima discreción, y fuese, aunque buena, vulgar como tantas y tantas? Porque otra cosa se le ocurriría á la Marquesa poniéndola en mayor embarazo, y es que en la sociedad habría muchos que no fuesen sensuales, pero sí avaros, egoístas, soberbios, y por varias maneras inmorales y escandalosos, con detrimento de la ley de Dios, que no se puede reducir á un sólo mandamiento. Y le ocurrirían á la Marquesa aún más delicadas cuestiones, que aquí ni esbozo, que en novela no se pueden presentar ni mucho menos resolver, y que tienen su lugar propio en la serie de consideraciones y reglas de un tratado de moral casuística.

Son los menos los casos en que la maldad se presenta al descubierto, aparejada con el escándalo: uno recuerdo, en que la sociedad marcó desvío y hostilidad hacia cierta dama, por cierto de filiación política muy distinta de la que asigna el P. Coloma á la Albornoz. De señoras así no tiene ninguna causa la exclusiva; puede haberlas en todas. Las que presenta el Padre del bando de la baronesa del Bivot, son — mera casualidad — grandes señoras, mujeres modelos. ¡Quién sabe si alguna se quedaría en casa

2008 Ministerio de Cultura

ó andaría con caballero su igual, entretenida en tejer historias que compitiesen con las de *Pequeñeces!* El lector, por muy poco despierto que sea, y el Padre que lo es tanto, saben de sobra hasta dónde deben llevar esta alusión. Después de todo, los usos y costumbres de las cortesanas y las sociedades de este carácter tuvieron su origen y su apogeo en el absolutismo, cuando el Estado era el Rey y si á mano viene la voluntad del Rey esclava de una Pompadour. Cuentan que por no haber querido el P. Sacy confesar á la que había trocado por el de marquesa de Pompadour el nombre de Mad. d'Etioles, y el trabajar la Compañía contra aquél su ascendiente en la corte, para el cual pedía ella la absolución del P. Sacy, fué la causa de que tan famosa consejera áulica prometiese codesterrar de la corte y expulsar del reino á los Jesuítas. ¿Cree el padre Coloma que hubiera podido escribir una novela como *Pequeñeces* si privaran aquel absolutismo y aquellas cortesanías? No lo haría al menos, sin riesgo grave de que alguna del corte externo de la Mazacán, pero vengativa como la Pompadour, y aunque no señora del Monarca influyente con alguno de aquellos consejeros de calzón, casaca y peluca, ensoberbecida por su poderío—y nada halaga y emborracha tanto como el abuso de éste—hiciera iguales juramentos y desenvolviera las mismas intrigas de aquella célebre Marquesa, prototipo de cortesanas, á pesar de lo bajo de su extracción, no igualada en arte para disponer una conjura por todas las que andaban al retortero de Butron. Y aprovecho el citar este ridículo personaje para decir por vía de paréntesis lo muy descaminados que anduvieron cuantos creyeron ver en este diplomático burdo y político pequeño, la representación de un político ilustre y diplomático gala de la restauración, que ya hace algunos años goza de mejor vida. No tuvo presente el novelista al tomar alguno de los caractéres externos de fisonomía del personaje verdadero y verdaderamente ilustre, lo superficial y ligero del público de Madrid que conoce á un político por el gesto nervioso y displicente, al otro por el tupé, á éste por lo peludo y al de más allá por lo barbilampiño. Y terminada esta digresión, vuelvo á notar lo que hubiera ocurrido si el Padre lanzara su novela contra una sociedad cortesana, en que los caprichos de las favoritas se convirtiesen en disposiciones reales. ¿No es verdad que al llegar á este punto ya puedo declarar con el asentimiento del mismo P. Coloma, que no en algo sino en mucho aventaja

2008 Ministerio de Cultura

al espíritu de ese tiempo viejo el espíritu del tiempo actual? Sus libertades, en algún momento sustituídas por licencias, devolvieron á la patria esos hijos que la enaltecen y la honran, como decía reciente carta atribuída á Valera; pero además volvieron—y esto es lo principal—no por gracia del poder, sino por propio derecho, alta la frente, libre la lengua, no atada la pluma, que ha podido trazar en las páginas de *Pequeñeces* con desenfado singular, una de las sátiras mejores que han tomado forma de novela. Es muy de celebrar que fuese escrita por un jesuíta: lo uno porque su carácter presta autoridad moral á sus censuras; lo otro porque sus libertades de expresión, que alguno llamó atrevimientos, han recibido para cierta parte del público, con exceso tímida y pudorosa, patente de legitimidad: no en vano rechaza el Padre «con cierto fastidio y hasta con cierta *ira literaria* el extremo propio de algunas conciencias timoratas que se empeñan en ver un peligro donde quiera que aparece algo que deleita.» Conciencias timoratas, sí, pero lenguas timoratas no, pues condenando por propio juicio como cosa vitanda la novela, ponen de oro y azul al novelista.

Ya no cogieron en las manos, á pesar del atractivo de decir mal, muy mal del gran mundo madrileño, *La Montálvez* de Pereda, y alguno que la cogió sé que hubo de soltarla enseguida, pero fué por no haberse enterado á tiempo de que el P. Coloma la encomiaba. ¡Ah, si *Pequeñeces* no fuese la obra de un jesuíta! Una señora muy perspicaz y discreta me lo decía: la mayor parte la hubiesen puesto en entredicho, y así, añado yo, ha venido á levantar entredichos el P. Coloma, reconciliando con el género á quienes le tenían santo horror. Dios se lo pague. Lo malo es si el criterio que ensancharon para *Pequeñeces* vuelve á estrecharse para las obras de los demás novelistas. Contraste curioso; mientras las devotas se entusiasman con la novela del jesuíta, algunas mundanas—pocas en honor de la verdad—dicen que no se puede leer. Viven novelas realistas, y gustan de leerlas idealistas, sin duda porque encuentran en su lectura más fuerza sugestiva de ensueños é ilusiones. Y á eso están, á pasar la vida lo más alegre y frívolamente posible, viéndolo todo de color de rosa. ¡Puf, el pesimismo de las novelas modernas, qué cosa tan desagradable! No quieren la desnuda realidad, sino la realidad medio oculta por velos y gasas que la encubran, pero la trasparenten, sirviendo de acicate á la curiosidad

2008 Ministerio de Cultura

BIBLIOTECA ATENEO BARCELONA

y de espuela á la imaginación, que goza con adivinar lo que apenas ve y rehacer lo que á medias descubre y lo que por esa misma vaguedad atrae, con la atracción fascinadora y peligrosa de los falsos idealismos.

El P. Coloma presenta viva, fresca, manando sangre, la llaga social y eso es grosero, eso es muy fuerte para las naturalezas delicadas de ambos sexos. ¿Y la inocencia? ¿y el riesgo de abrirla los ojos? A esto contesta desdeñosamente, que es como cuadra el mismo P. Coloma en el prólogo de *Pequeñeces*. Esa confusión de la inocencia con la ignorancia, me recuerda el caso de cierta señora tonta que delante de sus hijas, sus niñas como las llamaba ella, y la menor ya pasaba de moza pues no cumplia los 30, se guardaba muy mucho de decir que alguna señora hubiese dado á luz ó la perrita hubiese parido, pues era todo su empeño mantener en sus inocentes niñas la ilusión de que los niños y los perritos vienen de París.

¿Y no es cosa fuera de razón que aten al novelista convenciones semejantes á la muy ridícula de la señora del cuento? Bien hizo el P. Coloma en desligarse de semejantes ataduras.

Contribuyó á que recargase las tintas del mal el mismo deseo de hacer bien, dando al cuadro fuerte colorido y abultado relieve por donde la sociedad lo rechazase.

Algun escritor, y no de fuste, ha dicho, no sé si con intención de azuzar, que *Pequeñeces* era una provocación á la clase aristocrática. Nada tan perjudicial como el abuso del espíritu de clase que conduciría al mayor menoscabo de los fueros y libertades del escritor, cosa por ningun concepto admisible.

Bastan los respetos á la opinión y la consideración á sí mismo del escritor, para señalarle aquel prudente límite que nunca debe rebasar; ni lo rebasa el P. Coloma al escribir de la vida aristocrática. Escogiera para su estudio la clase plebeya describiendo los lugares que frecuenta la gente de la hampa; analizára la vida burguesa, y bajo la medianía correcta y vulgar de esta ó bajo las originalidades y desenfados de aquélla, encontraría su inspiración cristiana, hostil á todo lo mundanal, no menos motivos de censura, ni menos elocuentes rasgos de pesimismo. Pesimismo relativo no esterilizador, como el materialista que todo lo destruye incluso la esperanza del alma, pesimismo de tejas abajo, pesimismo cristiano, espiritual, labrado por el desengaño de lo terreno, por la desilusión de lo humano. Vario el pesimismo en sus caractéres, da

2008 Ministerio de Cultura

por donde quiera su fruto negro y amargo. Siente la sociedad moderna en medio de sus progresos y adelantos un supremo anhelo moral, un deseo inconsciente de algo indeterminado, un vacío en el alma: no acierta á colmarlo y lo acibara y lo aumenta, recreándose en sus mismas mortificaciones y en sus propias dudas. Después de tanto correr tras la Dulcinea libertad, la ve negada de muchos que no comprendían que la libertad es forma, continente, y que para calmar sus ánsias deben buscar otra cosa. Por eso en el seno de la libertad é impulsado por ella—sépanlo los que desde ambos extremos pugnan por destruirla—se indica un espontáneo movimiento que en espíritus privilegiados claramente se manifiesta, de retorno á las afirmaciones espiritualistas. Así las cosas y en medio de tan grandes mudanzas aquél lleva ventaja que mas se afirma, ó mejor, que se afirma siempre en los claros y eficaces preceptos de la moral cristiana de que está llena la mente y en que está imbuído el corazón del P. Coloma. Al estado del ánimo á que me refería responde la afición á la novela psicológica, al estudio pasional, al drama interior, el género de Paul Bourget. El público concilia la sed de lo espiritual con su superficialidad y ligereza, buscando en vez de otros espiritualismos más altos, más profundos, más sólidos, los tal vez falaces de la novela. Por tan indirectos caminos vuelve á la metafísica. El cultivo de ésta y el carácter, sacerdotal predispone al padre Coloma para todo lo que sea consideración y exámen de esa vida interior que conoce en sus móviles más secretos como ministro en el tribunal de la penitencia.

Pequeñeces, se limita á un fin puramente negativo, á poco que escudriñe entre las intrigas y vanidades del mundo, ha de descubrir su autor grandezas morales que no sentirá con menos fuerza ni trazará con menos brío. Bastará que abandonen su pasividad, que salgan de la lejanía en que quedaron los Algar y Benhacel, representación caballeresca de la lealtad monárquica, que personificó Daudet en el preceptor del príncipe, hijo de la admirable reina de Iliria.

Hablando del P. Coloma no ceso de recordar á Daudet: y es que hay singulares semejanzas entre nuestro jesuíta y el bohemio que describió las pequeñeces del segundo imperio. Daudet despues de los dos grandes cuadros, las dos novelas citadas, escribió por el modo novísimo limitando el asunto, desbrozándo de accidentes, proyectando toda su observación sobre una pasión ilícita, fecunda en estragos, la pa-

2008 Ministerio de Cultura

sión de Gaussin por Safo. Antes, había escrito Daudet una série de cuentos en que hay camafeos preciosos, mas de una vez recordados al leer los cuentos del autor de la *Gorriona*. Una coincidencia más que da razón de las anteriores; el P. Coloma y Alfonso Daudet son meridionales; atraen á sí por amables en el carácter, ligeros y elegantes en el estilo, rápidos en la concepción, brillantes en el ingenio, que encendido por el sol de Andalucía y de Provenza, produce todas sus fascinaciones y todos sus espejismos.

El Marqués de Figueroa.

2008 Ministerio de Cultura

UN INCENDIO EN EL MAR

Era en el mes de Mayo de 1838. Yo me encontraba con otros muchos pasajeros á bordo del *Nicolás I*, que hacía la travesía de San Petersburgo y Lübeck.

Como en aquel tiempo no estaban todavía en auge los ferrocarriles, todos los viajeros tomaban la vía marítima; y, por la misma razón, muchos llevaban su silla de posta para continuar el viaje por Alemania, por Francia, etc. Veintiocho coches iban en nuestro vapor—me acuerdo bien.—Eramos doscientos ochenta pasajeros, entre los cuales había unos veinte niños.

Yo era entonces muy joven, y como no me mareaba, me distraía mucho con todas las impresiones nuevas. Teníamos á bordo varias señoras, algunas hermosísimas, y otras agraciadas. ¡Ay! ¡La mayoría han muerto!

Era la primera vez que mi madre me dejaba salir sólo; así que tuve que jurarle portarme juiciosamente, y sobre todo no tocar las cartas; pero esta última promesa fué cabalmente la primera que infringí.

Una noche había gran reunión en el salón común, hallándose entre los concurrentes varios banqueros muy conocidos en San Petersburgo. Todas las noches jugaban á la banca (especie de sacanete), y las monedas de oro, que entonces se veían más á menudo que ahora, resonaban con un tin tin ensordecedor.

Uno de aquellos caballeros, viendo que yo me quedaba aparte y sin saber la causa, me propuso de repente que tomase parte en su juego. Al explicarle con el candor de mis diez y ocho años el motivo de mi abstención, soltó la carcajada; y dirigiéndose á sus compañeros, exclamó que había encontrado un tesoro: un joven que jamás había tocado una carta, y predestinado por lo mismo, á tener una suerte loca, inaudita, lo que se llama una verdadera suerte de inocente... Ignoro como fué, pero el caso es que á los diez minutos estaba yo en la mesa de juego, con las cartas en la

2008 Ministerio de Cultura

mano, y juega que te jugarás como un loco.

Preciso es confesar que no mintió el añejo proverbio. Me venía el dinero como llovido, y á ambos lados de mis manos trémulas y sudorosas se alzaban dos montones de oro. El banquero que me había engatusado no cesaba de animarme y excitarme... ¡Positivamente, yo creía hecha mi fortuna!... De pronto se abre de par en par la puerta del salón; se precipita en él una señora; grita fuera de sí con voz angustiosa: «¡Fuego en el buque!», y cae desmayada en el sofá. Fué como una conmoción violenta; todo el mundo saltó de su sitio; rodaron el oro, la plata y los billetes, desparramándose por todas partes, y nos precipitamos fuera. ¿Cómo no habíamos notado antes el humo que nos envolvía? ¡No me lo explico! Ya había invadido la escalera. Brillaban acá y allá reflejos de un rojo oscuro, de un rojo de carbón de tierra. En un abrir y cerrar de ojos todos estuvimos en el puente. Por los dos lados de la chimenea y á lo largo de los mástiles subían densos remolinos de humo; levantóse un vocerío espantoso, que no cesó ya en lo sucesivo. Fué un desorden indescriptible; de todos aquellos seres humanos, y de mí el primero, se había apoderado violentamente el instinto de la propia conservación. Me acuerdo de que cogí á un marinero por el brazo, prometiéndole mil rublos en nombre de mi madre, si conseguía salvarme la vida. Claro que el marinero no podía tomar en serio mis palabras; lo que hizo fué desprenderse de mí, y yo no insistí, por mi parte, comprendiendo que no tenía sentido común lo que decía. Por supuesto, tampoco lo tenía cosa mayor lo que pasaba alrededor de mí. Con razón se dice que nada iguala á lo trágico, si no es lo cómico de un naufragio. Por ejemplo: un rico propietario, sobrecogido de terror, se arrastraba por el suelo besando las tablas frenéticamente; pero luego, como la abundancia de agua arrojada por las aberturas de los depósitos de carbón dominase momentáneamente la violencia de las llamas, se alzó muy erguido, exclamando con voz de trueno: «¡Hombres sin fé! ¿Habéis podido creer que nuestro Dios, que el Dios de los rusos nos abandonaría?» Lo malo fué que en aquel mismo punto se avivaron las llamas, y el infeliz creyente volvió á caer de bruces á besar el suelo. Un general, con la mirada extraviada no cesaba de gritar: «¡Hay que despachar un correo al Emperador! ¡Cuando la sublevación de las colonias militares, en donde estaba yo, yo en persona, se le envió un correo, y así pudimos salvarnos algu-

2008 Ministerio de Cultura

nos de nosotros!» Un caballero, paraguas en mano, acometió con furia á un retratucho al óleo (que se encontraba alli, en su caballete, entre los equipajes), abriendo cinco agujeros con la contera en el sitio de los ojos, de la nariz, de la boca y de las orejas. En medio de su obra de destrucción exclamaba: «¿De qué va á servir esto ahora?» ¡Y el caso es que el lienzo no era suyo! Un gordinflón, bañado en lágrimas, y con toda la facha de un cervecero alemán no cesaba de clamar con voz lacrimosa: «¡Capitan! ¡capitán!» Y cuando el capitán, impacientado, le cogió al fin de la solapa gritándole: «¡Vamos! ¿qué? Yo soy el capitán. ¿Qué se le ocurre?», el gordinflón lo miró alelado, y empezó á gemir: «¡Capitán!»

Ese capitán, sin embargo, fué el que nos salvó á todos la vida: en primer término, cambiando á lo último, cuando todavía se podía entrar en la máquina, la dirección del navío, que, á seguir derecho hacia Lübek, en vez de virar bruscamente hacia la costa, habría ardido indefectiblemente antes de llegar al puerto; y en segundo término, mandando á los marineros que sacasen los cuchillos y quitasen de en medio sin contemplaciones al primero que intentase tocar una de las dos lanchas que aún quedaban, porque las otras habían zozobrado por inexperiencia de los pasajeros que quisieron botarlas al agua.

Los marineros, dinamarqueses en su mayoría, con sus semblantes enérgicos é impasibles, y sus cuchillos teñidos por el reflejo casi sanguinolento de las llamas, inspiraban un respeto involuntario. Soplaba un viento bastante fuerte, y arreció más con el incendio que aullaba en una tercera parte del buque. Debo confesar—dicho sea sin ánimo de agraviar á mi sexo—que las mujeres demostraron más valor que la mayoría de los hombres en aquellas circunstancias. Pálidas y blancas, sin más vestido apenas que las ropas de cama, porque el siniestro las había sorprendido en sus lechos, pareciéronme, á pesar de mi incredulidad de entonces, ángeles bajados del cielo para avergonzarnos y alentar nuestro espíritu abatido.

Bien es verdad que tampoco faltaron hombres que dieron pruebas de intrepidez. Me acuerdo sobre todo de un señor D..., ex embajador de Rusia en Copenhague, se había quitado los zapatos, la corbata y la cazadora—atándose al pecho las mangas de la última—y, sentado en un recio cable tendido, con los pies colgando, miraba á unos y otros con una cara de compasión muy taimada. Yo, por mi parte, me había refugiado en una de las escalas exteriores, y estaba sentado en

2008 Ministerio de Cultura

uno de los últimos travesaños. Miraba con estupor la espuma rojiza que hervía debajo de mí, salpicándome á veces la cara, y me decía: —¡De manera que habrá que perecer ahí, á los diez y ocho años!— Porque estaba firmemente decidido á ahogarme antes que dejarme tostar. Las llamas se encabritaban por cima de mi cabeza, y yo distinguía perfectamente su aullido del mugido de las olas.

En la misma escala estaba sentada, no lejos de mí, una viejecita, evidentemente cocinera de alguna de las familias embarcadas para Europa. Con la cabeza sepultada entre las manos, parecía murmurar oraciones. De pronto me lanzó una rápida mirada, y bien porque creyese leer en mi semblante una funesta resolución, ó por otra causa cualquiera, me cogió de un brazo, y en tono casi suplicante, me dijo: «No, Barine (1), ni V. ni nadie tiene derecho á disponer de su vida. Hay que sufrir la suerte que le reserve la Providencia; lo contrario sería un suicidio, y sería V. castigado en el otro mundo.»

Maldita la gana que tenía yo de suicidarme; pero, por una especie de baladronada, harto explicable en mi situación, hice ademán dos ó tres veces de poner por obra el designio que me atribuía, y la pobre vieja se precipitaba siempre sobre mí para impedirme consumar lo que era á sus ojos un gran crimen. Me contuvo al fin una especie de vergüenza, porque ¿á qué representar, en efecto, aquella comedia delante de una muerte, que, á la sazón, creía yo inminente é inevitable? Por lo demás, no tuve tiempo de darme cuenta de esos sentimientos singulares, ni de admirar la falta de egoísmo (lo que hoy se llamaría el *altruísmo)* de la pobre mujer, porque en aquel momento redoblaron por encima de nuestras cabezas los rugidos de las llamas; pero también en aquel mismo momento tronó encima de nosotros una voz de bronce (era la de nuestro ángel salvador):—¿Qué hacen ahí, desgraciados? ¡Van á perecer, síganme!—E inmediatamente, sin saber quién nos llamaba, ni adónde había que ir, la buena mujer y yo nos levantamos, como movidos por un resorte, y nos lanzamos al través del humo en pos de un marinero de blusa azul, que delante de nosotros trepaba por una escala de cuerda. Sin saber por qué, subí, por aquella escala siguiendo á mi hombre; creo que, si en aquel instante se hubiese tirado al mar ó hecho cualquier otra cosa extraordinaria, yo le hubiera imitado ciegamente. Después de salvar dos ó tres escalones, el marinero se plantó de un

(1) No, señor.—*N. del T.*

2008 Ministerio de Cultura

salto encima de uno de los coches cuya parte inferior empezaba ya á arder. Salté tras él, y tras mí saltó la vieja; luego, desde lo alto de ese primer coche, el marinero saltó á otro, y después á un tercero; yo tras él siempre, hasta que nos encontramos en la proa del buque.

Allí estaban reunidos casi todos los pasajeros. Varios marineros, vigilados por el capitán, bajaban al mar una de las dos lanchas, felizmente la mayor. Por encima del extremo opuesto del navío, divisé el abrupto acantilado que desciende hacia Lübeck, vivamente iluminado por el incendio. Había, á buen seguro, cerca de dos kilómetros hasta aquel acantilado. Yo no sabía nadar. El sitio en que nos encontrábamos encallados—porque lo estábamos sin haberlo advertido—debía ser poco profundo, pero en cambio las olas eran muy altas. No obstante, en cuanto eché la vista á las peñas, se apoderó de mí el convencimiento de que estaba salvado, y con estupefacción de las personas que me rodeaban, me puse á dar brincos y á gritar: «¡Viva, viva! ¡Albricias!» Yo no quise acercarme al lugar en que se agolpaba la multitud para alcanzar la escalera que llevaba á la lancha. Había demasiadas mujeres, demasiados viejos y niños; sobre que yo, desde que ví mi acantilado, no tenía prisa ninguna, estaba seguro de mi salvación. Noté con asombro que casi ninguno de los niños tenía miedo, y hasta hubo algunos que se durmieron sobre el hombro de su madre. Ninguno pereció.

En medio del grupo de los pasajeros distinguí un general de elevada estatura, con la ropa chorreando agua, el cual permanecía inmóvil reclinado en un banco colocado horizontalmente, que acababa de desprender del buque. Supe que en un primer momento de terror había rechazado brutalmente á una mujer que quería pasar delante de él para saltar á una de las embarcaciones que zozobraron. Cogido por un despensero, que lo echó hacia el buque, el viejo soldado se avergonzó de su momentánea cobardía, y juró no abandonar el navío sino el último, después del capitán. Estaba pálido, tenía una desolladura ensangrentada en la frente, y paseaba en torno suyo miradas contritas y resignadas, como si pidiese perdón.

En el ínterin, me había yo acercado á la banda izquierda del buque, y contemplé nuestra lancha pequeña bailando como un juguete sobre las olas. Dos marineros que en ella había hacían señas á los pasajeros para que se arriesgasen á saltar. No era cosa fácil, porque el *Nicolás I* era un buque de alto bordo, y

2008 Ministerio de Cultura

había que caer bien á plomo para no hacer zozobrar la lancha. En fin, me decidí: empecé por poner los pies en una cadena de áncora tendida por fuera á lo largo del navío, y ya iba á lanzarme, cuando cayó sobre mí una masa pesada y blanda. Era una mujer que se había aferrado á mi cuello, y quedó colgando de él inerte. Confieso que mi primer movimiento fué asir violentamente su mano y desembarazarme de aquella carga tirándola por encima de mi cabeza; pero afortunadamente no seguí ese primer movimiento. El choque estuvo á punto de precipitarnos á los dos en el mar; pero quiso la suerte que acertase á oscilar por delante de mis narices, colgando, no sé de dónde, una cuerda, á que me agarré desesperadamente con una mano, despellejándome hasta hacerme sangre; mirando luego hacia abajo, ví que mi carga y yo nos encontrábamos precisamente encima de la lancha, y... ¡gracias á Dios! me dejé resbalar... Crugió el barco... «¡Hurra!» gritaron los marineros.

Deposité á mi compañera desvanecida en el fondo de la lancha, y en seguida me volví á mirar al navío, donde ví una infinidad de cabezas, sobre todo de mujeres, que se apiñaban febrilmente en el borde. «¡Salten ustedes!» exclamé, tendiendo los brazos. El éxito de mi proeza y la certidumbre de hallarme aislado de las llamas, me daban en aquel instante una fuerza y un valor indecibles, y recibí á las tres únicas mujeres que se decidieron á saltar á mi lancha, con la misma facilidad con que atrapa uno las manzanas en el aire al tiempo de la recolección. Es de advertir que todas aquellas señoras lanzaron un grito penetrante en el momento de tirarse desde lo alto del buque, y que al llegar abajo estaban desmayadas. Un caballero, que seguramente había perdido la chabeta, por poco si no mata á una de esas infelices, arrojando una cajita pesada, que se rompió al caer en nuestro bote, descubriendo un *necessaire* de bastante valor. Sin preguntarme si tenía el derecho de disponer de él, se lo regalé inmediatamente á los dos marineros, que lo tomaron sin hacerse de rogar. Acto contínuo bogamos con alma hacia la ribera, seguidos de los gritos: «¡Vuelvan en seguida! ¡Tráigannos la lancha!» Así que fué preciso apearse en cuanto no hubo más que un metro de agua. Hacía una hora que había empezado á caer una lluvia menuda y fría, que para el fuego fué tanto como nada, pero que á nosotros nos caló hasta los huesos.

Llegamos por fin á aquella bienaventurada orilla, que no era sino

2008 Ministerio de Cultura

un inmenso pantano de lodo líquido y pegajoso, en que se hundía uno hasta las rodillas. Nuestra barca se alejó rápidamente, y entre ella y el lanchón empezaron el trasiego de viajeros desde el buque á la ribera. Pocos habían perecido: ocho en total; uno había caido en el pañol del carbón, otro se había ahogado, por empeñarse en llevar consigo todo su dinero. Este último, cuyo nombre apenas conocía yo, había estado jugando conmigo al ajedréz durante una gran parte del día, y con tal fe y ahinco, que el Príncipe W., que nos miraba, acabó por exclamar: «¡Cualquiera diría que le va á V. la vida ó la muerte en el juego!» En cuanto á los equipajes, casi todos se perdieron, lo mismo que los coches.

Entre las damas que se salvaron del naufragio había una señora T..., muy guapa y muy amable, pero que llevando la impedimenta de cuatro niñas con sus correspondientes niñeras, permanecía abandonada en medio de la playa, con los pies descalzos y los hombros apenas cubiertos. Yo me creí en el caso de echármelas de galante, y la broma me costó la cazadora que había conservado hasta entonces, la corbata y hasta las botas; para fin de fiesta, un campesino á quien fuí á buscar á lo alto del acantilado, y á quien mandé ir delante de mí con una carreta tirada por dos caballos en busca de las náufragas, no juzgó conveniente esperarme y se marchó á Lübeck con todas mis viajeras; de suerte que yo me quedé sólo, medio desnudo y empapado hasta los huesos delante del mar, donde acababa de consumirse lentamente nuestro buque. Bien digo acabado, porque jamás creí que semejante mole pudiese destruirse *tan rápidamente*. No era ya más que una dilatada mancha llameante, inmovil en el mar, surcada por los negros contornos de las chimeneas y de los mástiles, y sobre la cual volaban las gaviotas pesada é indolentemente; á poco se redujo á una inmensa montera de cenizas sembrada de chispitas que se esparramaban, trazando extensas curvas sobre las olas, ya menos agitadas. ¿No es más que eso? pensé; y toda nuestra vida ¿no es más que un puñado de ceniza que se dispersa á los cuatro vientos?

Por fortuna para el filósofo que empezaba á dar diente con diente, fué á recogerme otro carretero. El bueno del hombre se hizo pagar dos ducados, pero en compensación me envolvió en su recia hopalanda y me cantó dos ó tres canciones mecklemburguesas, que me parecieron muy bonitas. Así llegué á Lübeck á la salida del sol; allí encontré á mis compañeros de infortunio, y partimos para Hamburgo.

2008 Ministerio de Cultura

En esta ciudad nos encontramos con veinte mil rublos que el Emperador Nicolás, de paso por Berlín, nos enviaba con un ayudante de campo. Reunidos todos los hombres, se acordó ofrecer esa suma á las viajeras. Nos era bien fácil obrar así, porque en aquella época todo ruso que iba á Alemania gozaba en ese país de un crédito ilimitado. ¡No sucede ahora lo mismo!

El marinero á quien prometí en nombre de mi madre exorbitantes sumas si me salvaba la vida, se presentó á reclamarme el cumplimiento de mi promesa. Pero como yo no estaba muy seguro de su identidad, y como después de todo no había hecho nada por mí, le ofrecí un thaler, que aceptó con reconocimiento.

En cuanto á la pobre vieja, que había demostrado tanto interés por la salvación de mi alma, no la he vuelto á ver, pero no me cabe duda de que, achicharrada ó ahogada, tiene su puesto señalado en el Paraíso.

IVAN TURGUENEFF.

2008 Ministerio de Cultura

DE CÓMO ESPAÑA
NO TENDRÁ NUNCA UN BUEN GOBIERNO

El español se quitó el cigarrillo de la boca, lanzó una columna de humo que desde hacía diez minutos almacenaba en su pecho, y luego respondió con gravedad:

—España no tendrá nunca un buen *Gobierno*.

Como esta respuesta no daba ni quitaba razón, no satisfizo á nadie.

—Permítame decirle, señor español—repliqué riendo,—que usted me parece un poco pesimista. ¿España no tendrá jamás un buen Gobierno, dice V.?

—Jamás.

—¿A quién deberá culpar de esa falta de perfección; á su pueblo, á sus reyes, á su clero ó á su nobleza?

—Ni á unos ni á otros.

—¿Pero de quién es la culpa entonces?

—La culpa es de Santiago.

—Pero cómo—repliqué yo con la misma gravedad, aunque la conversación parecía degenerar en burla—¿Santiago que es el patrón de España y que goza de cierto crédito en el cielo, puede oponerse á la primera dicha de un pueblo, cual es su progreso político?

—Hé aquí cómo pasó la cosa—respondió el español.—Sucedió que un día, cansado Dios de oir á los pueblos quejarse eternamente, á estos de una cosa, á aquéllos de otra, y no sabiendo en medio de las lamentaciones generales á cuál atender, envió á un ángel á anunciar á son de trompeta que cada nación tuviese á bien pedir lo que deseara, enviándole dentro de un año, en el mismo día cada una, un diputado encargado de su petición, comprometiéndose de antemano á recibirle. La noticia hizo gran ruído, y cada nación nombró su diputado.

Francia á San Dionisio, Inglaterra á San Jorge, Italia á San Jenaro, España á Santiago, Rusia á San Nieski, Escocia á San Dunstan, Suisa á San Nicolás de Flue, y qué sé yo. No se quedó ni la República de San Marino sin ser representada y

2008 Ministerio de Cultura

tener parte en la munificencia celeste; hubo una elección general en toda la tierra; al fin el día llegó, y cada Santo se puso en camino, provisto de sus instrucciones.

El primero que llegó fué San Dionisio, saludó al Padre Eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino la cabeza de encima de los hombros; esa era una manera honesta de recordar á Dios el martirio que había sufrido por su nombre; este saludo lo dispuso muy bien á su favor.

—Y bien—le dijo—¿tú vienes de Francia?

—Sí, monseñor—respondió san Dionisio.

—¿Qué pides para los franceses?

—Deseo que tengan el más bello ejército del mundo.

—Consiento en ello—dijo Dios.

San Dionisio, encantado, volvió á ponerse la cabeza sobre los hombros y se fué.

Apenas había marchado, cuando el ángel que estaba de servicio anunció á San Jorge.

—Hazlo entrar—dijo Dios.

San Jorge entró y levantó la visera de su casco.

—Y bien, mi bravo capitán, ¿vienes en nombre de Inglaterra, no es verdad? ¿qué pide?

—Monseñor—respondió San Jorge—pide tener la mejor marina del mundo.

—Muy bien—dijo Dios—la tendrá. San Jorge había obtenido todo lo que quería; baja la visera de su casco y se va. En la puerta encuentra á San Jenaro.

—Buenos días, mi santo Obispo—dijo Dios encantado de verlo;—por otra parte no dudaba que fuera usted el que los italianos me enviaran: ¿qué le han encargado que pida?

—Tener los primeros artistas del mundo, monseñor.

—Sea—dijo Dios—se lo prometo. San Jenaro no pidió más; volvió á ponerse su mitra y salió.

—Haced entrar—dijo Dios.

—Señor—respondió el ángel—no hay nadie.

—¡Cómo! ¿No hay nadie? ¿Y qué hace ese gran vago de Santiago, que galopa siempre y nunca llega?

—Señor—replicó el ángel—lo diviso allá muy lejos.

—Perezoso como un español—murmuró Dios...—En fin, hélo allí.

Santiago llega sofocado. Saltó de su caballo y se presentó ante el Señor.

—Y bien, señor hidalgo—dice Dios—veamos que quiere.

—Quiero—respondió Santiago—que España tengo el más bello clima del mundo.

—Acordado—dijo Dios.

—Quiero...

2008 Ministerio de Cultura

—¡Eh! ¿pero todavía hay más? —interrumpió Dios.

—Yo quiero—continuó Santiago—que España tenga las más bellas mujeres del mundo.

—Y bien, sea...—replicó Dios, consiento todavía en eso. Acordado.

—Quiero...

—¡Cómo! ¡Cómo!—exclamó el Señor.—¿Todavía quiere otra cosa!

—Quiero...—continúa Santiago, que España tenga los más bellos frutos del mundo.

—Vamos—dijo Dios—es necesario hacer algo por los amigos. Acordado.

—Quiero—continuó Santiago—que España tenga el mejor Gobierno del mundo.

—¡Oh!—exclamó Dios cortándole la palabra—basta con cuanto he dado... Es preciso que quede algo para los otros. ¡Rehusado!...

Santiago quiso insistir; pero el Señor le hizo señal de volver á Compostela. Santiago volvió á montar en su caballo y partió al galope.

Hé aquí por qué España no tendrá jamás un buen Gobierno.

ALEJANDRO DUMAS.

2008 Ministerio de Cultura

LA MUERTE DEL DELFÍN

El Delfinito está enfermo, el Delfinito se muere. En todas las iglesias del reino el Santo Sacramento permanece expuesto noche y día y grandes cirios arden para la curación del real enfermo. Las calles de la antigua residencia yacen tristes y silenciosas, las campanas no suenan ya, los coches caminan lentamente, y en los alrededores del Palacio los vecinos curiosos atisban por entre las rejas hacia el interior de los patios donde los suizos conversan con aire imponente.

Todo el castillo está conmovido. chambelanes y mayordomos suben y bajan á carrera los escalones de mármol. Las galerías rebosan de pajes y cortesanos vestidos de seda, que van de corrillo en corrillo indagando en baja voz las últimas noticias. En los vastos corredores, las damas de honor, desconsoladas, se hacen graves reverencias, enjugándose los ojos con lindos pañuelos bordados.

En el Naranjal se efectúan numerosas consultas de médicos togados. A través de los vidrios se les distingue cómo agigantan sus anchas mangas negras, cómo inclinan doctoralmente sus descomunales pelucas. El ayo y el caballerizo del Delfinito se pasean por delante de la puerta aguardando las decisiones de la Facultad. Los marmitones pasan á su lado sin saludarlos. El caballerizo reniega como un pagano, el ayo recita versos de Horacio. Y á la vez, por el lado de las caballerizas, se oye un largo y quejumbroso relincho: el alazán del Delfinito, el alazán olvidado de los palafraneros que llama tristemente al pie de su comedero vacío. ¿Y el Rey? ¿Qué es de Su Majestad el Rey? el Rey, completamente sólo, se ha encerrado en un cuarto, al extremo del castillo. ¡Las majestades no gustan de que las vean llorar! Respecto á la Reina, la cosa es distinta: sentada á la cabezera del Delfinito, con el hermoso rostro bañado de lágrimas, solloza á gritos en presencia de todos, como lo haría una trapera.

2008 Ministerio de Cultura

En su camita de encajes, más blanco que los almohadones en que se halla extendido, el Delfinito reposa con los ojos cerrados. Parece que durmiera; pero no, el Delfinito no duerme. Se vuelve hacia su madre, y al verla llorar, le dice: «Señora Reina, ¿por qué llora usted? ¿También usted cree como los demás que voy á morirme?» La Reina quiere responder, los sollozos ahogan sus palabras.

«No llore usted, pues, señora Reina: usted olvida que yo soy el Delfín y que los Delfines no pueden morir de este modo»... La Reina solloza con más fuerza, y el Delfinito empieza á tener miedo «¡Hola —dice—no quiero que la muerte venga á llevarme, y yo sabré impedir que llegue hasta aquí... que ahora mismo vengan cuarenta de los más fornidos lansquenetes para montar la guardia alrededor de nuestra cama... Que cien cañones de grueso calibre velen noche y día, con la mecha encendida, al pie de nuestras ventanas. Y desgraciada de la muerte si tiene el atrevimiento de acercarse á nosotros!»...

Por complacer al real enfermo la Reina hace una seña. Al instante se oye ruído de gruesos cañones arrastrados en el patio, y cuarenta de los más fornidos lansquenetes, con la partesana en el puño, vienen á colocarse alrededor del cuarto. Son veteranos de bigotes grises. El Delfinito al verlos empieza á palmotear. Conoce á uno y le llama: «Lorrain! Lorrain!» El veterano avanza un paso hacia la camita. «Te quiero mucho mi viejo Lorrain... Enseña un pedazo de tu enorme sable... Si la muerte quiere llevarme, habrá que matarla... ¿no es así?»—Lorrain responde: —«Sí, Monseñor»...—y dos gruesas lágrimas corren por sus curtidas mejillas.

En este momento el Capellán se acerca al Delfinito y le habla mucho en baja voz, enseñándole un crucifijo. El Delfinito le escucha con aire de asombro, y súbitamente le interrumpe:

—«No comprendo bien lo que usted me dice, señor Abad; pero, en fin, ¿mi amiguito Beppo no podría morirse en mi lugar pagándole bastante dinero?» El Capellán sigue hablándole en baja voz, y el Delfinito tiene un aire más y más asombrado.

Cuando el Capellán ha concluído, el Delfinito prosigue dando un hondo suspiro:

—«Todo lo que usted acaba de decirme es muy triste, señor Abad; pero una cosa me consuela: arriba en el paraíso de las estrellas, voy á ser todavia el Delfín. Sé que Dios es mi primo, y me tratará según

2008 Ministerio de Cultura

mi gerarquía.»—Después agrega volviéndose á su madre: —«Que me traigan mis vestidos más hermosos, mi jubón de armiño blanco y mis escarpines de terciopelo. Quiero adornarme como Rey para los ángeles y entrar en el paraíso con vestido de Delfín.»

Por tercera vez el Capellán se inclina hacia el Delfinito y le habla mucho en baja voz... A lo mejor del discurso el niño real le interrumpe con rabia: —«¡Pero entonces, grita, es nada ser Delfín!»— Y sin querer oir más el Delfinito se vuelve hacia la pared y llora amargamente.

ALFONSO DAUDET.

2008 Ministerio de Cultura

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA ATENEO BARCELONÉS

SAN SULPICIO Y LOS SULPICIANOS

La Revolución no trajo consecuencias para san Sulpicio. Uno de esos espíritus fríos y enérgicos que nunca han faltado en la sociedad, reedificó la casa exactamente sobre las mismas bases. M. Émery, sacerdote instruído y galicano moderado, merced á la confianza absoluta que supo inspirar á Napoleón, obtuvo las autorizaciones necesarias. Se hubiera asombrado extraordinariamente, si alguien le hubiese dicho que la solicitud de tales autorizaciones era una baja concesión al poder civil y una especie de impiedad. Todo, pues, quedó restablecido como antes de la Revolución; las puertas giraron sobre sus antiguos goznes, y, como desde Olier á la Revolución nada había cambiado, hubo un punto de París donde subsistió el siglo XVII sin modificación ninguna.

San Sulpicio fué, en medio de una sociedad tan diversa, lo que había sido siempre: moderado, respetuoso con el poder civil, ageno á las luchas políticas. En paz con la ley, gracias á las acertadas medidas de M. Émery, no supo nada de lo que pasaba en el mundo. Después de 1830 hubo un instante de emoción bastante viva. El eco de las apasionadas discusiones del tiempo franqueaba á veces los muros de la casa; los discursos de M. Mauguin sobre todo—no sé por qué—tenían el privilegio de alarmar á los jóvenes. Cierto día, uno de ellos leyó al superior, M. Duclaux, un fragmento de sesión que le pareció de una violencia espantosa. El anciano sacerdote, medio sumido en el ni vana, apenas escuchó. Al fin, despertándose y estrechando la mano del joven: «Bien se ve, querido, —le dijo—que esos hombres no rezan.»

Aquellos venerables y sensatos varones no se conmovían por nada. Para ellos, el mundo era un organillo que repite las mismas tocatas eternamente. Un día se oyó algún ruído en la plaza de san Sulpicio:

2008 Ministerio de Cultura

«Vamos á la capilla á morir todos juntos»—exclamó el excelente M.***, pronto en inflamarse.—«No veo la necesidad»—respondió M.***, más sosegado y prevenido contra los excesos de celo; y los grupos continuaron paseándose bajo los pórticos del patio.

En medio de las dificultades religiosas de los tiempos, aquellos señores de San Sulpicio, guardaron la misma actitud comedida y neutral, demostrando un poco de calor solamente cuando la autoridad episcopal se veía amenazada. Descubrieron en seguida el veneno de Lamennais, y lo rechazaron. Tampoco sintieron grandes simpatías por el romanticismo teológico de Lacordaire y de Montalembert; miraban con prevención la ignorancia dogmática y la suma debilidad de esa escuela en punto á razonamiento. Vierón siempre el peligro del periodismo católico. El ultramontanismo no pareció al pronto á esos maestros austeros más que una manera cómoda de apelar á una autoridad lejana mal informada frecuentemente, de una autoridad cercana y más difícil de engañar. Los viejos que habían hecho sus estudios en la Sorbona antes de la Revolución, se atenían con ahinco á las cuatro proposiciones de 1682.

Bossuet era su oráculo en todo. Uno de los directores más respetados, M. Boyer, cuando su viaje á Roma, sostuvo una discusión con Gregorio XVI sobre las proposiciones galicanas. Pretendía que el Papa no pudo responder á sus argumentos; bien es verdad que disminuía su victoria, confesando que en Roma no lo tomó en serio nadie, y que en el Vaticano se reían mucho de *l'uomo antediluviano:* así lo llamaba á él el círculo de los que rodeaban al Papa. Mejor hubieran hecho en oirlo. Todo eso cambió hacia 1840. Los viejos anteriores á la Revolución habían muerto; los jóvenes transigieron casi todos con la infabilidad papal; pero todavía subsistió una profunda diferencia entre esos ultramontanos de última hora y los atrevidos menospreciadores de la escolástica y de la Iglesia galicana formados en la escuela de Lamennais. San Sulpicio no ha creído nunca prudente hacer tabla rasa hasta ese punto de las reglas establecidas.

Difícil sería sostener que no influyese en esas reservas cierta antipatía contra el talento, y algo de la rutina de escolásticos que veían perturbadas sus añejas tesis, por importunos innovadores. Pero había también en la norma seguida por aquellos directores prudentes, un tacto práctico segurísimo. Veían el riesgo de ser más papistas que el

2008 Ministerio de Cultura

Papa, y sabían que fácilmente se cae de un extremo en otro. Hombres menos exentos que ellos de todo amor propio se hubiesen crecido el día en que Lamennais, el maestro de aquellas brillantes paradojas, que casi los había tildado de herejes y de tibios para con la Santa Sede, se hizo heré-tico á su vez y dió en tratar á la Iglesia de Roma de tumba de las almas y madre de errores. Lo que es viejo, viejo debe quedar; á ese título es respetable; nada más extraño que ver al hombre de otra edad disimular su modo de ser y copiar las modas de los jóvenes.

Por esa franca confesión de las cosas representa San Sulpicio en religión una gran honradez. Allí no se admitía atenuación ninguna de los dogmas de esa escritura; los Padres, los concilios y los doctores parecían las fuentes del cristianismo. No se probaba la divinidad de Jesucristo por Mahoma ó por la batalla de Marengo. Esas bufonadas teológicas, que se hacían aplaudir en Nuestra Señora á fuerza de aplomo y de elocuencia, no tenían éxito ninguno entre aquellos serios cristianos. No opinaban que era menester mitigar y disfrazar el dogma, vistiéndolo á la usanza de la Francia del día. Pecaban contra la crítica, figurándose que el catolicismo de los teólogos ha sido la religión misma de Jesús y de los apóstoles, pero no inventaban para uso de las gentes de mundo un cristianismo revisado y adaptado á sus ideas. He ahí por qué el estudio serio—¿diré la reforma seria?—del cristianismo vendrá de San Sulpicio más bien que de direcciones como la de M. Lacordaire ó de M. Gratry, ó con mayor razón, de M. Dupanloup, que todo lo suavizan, falsean y liman, ofreciendo, no el cristianismo según resulta del concilio de Trento y del concilio del Vaticano, sino un cristianismo deshuesado en cierto modo, sin armazón sólido, sin nada de lo que constituye su esencia. Las conversiones que operan predicaciones de ese linaje no son buenas para la religión ni para el espíritu humano. Se cree haber hecho cristianos, cuando lo que se hace son espíritus falsos, políticos fallidos. ¡Malhaya lo vago! Más vale lo falso. «La verdad, como dijo muy bien Bacon, antes sale del error que de la confusión.»

Así, en medio de las pretenciosas declamaciones que han invadido en nuestros días la apologética cristiana, consérvase una escuela de sólida doctrina, que aborrece el relumbrón y abomina del éxito. Siempre fué la modestia atributo particular de la compañía de San Sulpicio. He ahí por qué no hace aprecio de

2008 Ministerio de Cultura

la literatura, y casi la excluye y rechaza de su seno. La regla de los sulpicianos es no publicar nada sino bajo el velo del anónimo, y escribir siempre en estilo liso y llano. Ven á maravilla la vanidad y los inconvenientes del talento, y huyen de poseerlo. Los caracteriza una palabra: la medianía; pero una medianía deliberada y sistemática. Se proponen expresamente ser mediocres. «Maridaje de la muerte y del vacío,» decía Michelet á propósito de la alianza de los jesuítas y de los sulpicianos. Indudablemente; pero no ha reparado bien Michelet que aquí se ama el vacío por sí mismo, lo cual no deja de tener su faz interesante: se evita el pensamiento, por temor de pensar mal. A esos piadosos maestros paréceles el error literario el más peligroso de los errores, y por eso cabalmente descuellan en la verdadera manera de escribir. Sólo en San Sulpicio se escribe como Port-Royal, es decir, con aquel olvido completo de la forma, que es prenda de la sinceridad del alma. Ni por un instante soñaban esos excelentes maestros que debiese haber entre sus discípulos un escritor ó un orador. El principio que más predicaban era no dar nunca que hablar de sí, y cuando era preciso decir algo, decirlo sencillamente y como ocultándose.

Hablábais de esas cosas muy fácilmente, queridos maestros, y con esa completa ignorancia del mundo que tanto os honra. Pero si supiéseis que poco estimula el mundo la modestia, veríais cuán difícil es amoldar la literatura á vuestros principios. ¿Qué hubiera pasado, si M. de Chateaubriand hubiese sido modesto? Razón os sobraba para ser severos con la charlatanería de una teología *in extremis*, que buscaba el aplauso por los procedimientos más mundanales; pero ¡ay! en cuanto á vuestra teología, ¿quién habla de ella? No tiene más que un defecto, y es que está muerta. Vuestras máximas literarias se parecían á la retórica de Crisipo, de la cual decía Cicerón que era excelente para aprender á callarse. En cuanto se habla ó se escribe, se busca el éxito fatalmente. Lo esencial es no sacrificarle nada, y eso es lo que enseñaban á la perfección vuestra seriedad, vuestra rectitud, vuestra honradez.

Así San Sulpicio, donde se menosprecia la literatura, es sin quererlo una excelente escuela de estilo; porque la regla fundamental del estilo es preocuparse exclusivamente del pensamiento que se quiere inculcar, y por consecuencia, tener un pensamiento. Eso valía mucho más que la retórica de M. Dupanloup y el gongorismo de la es-

2008 Ministerio de Cultura

cuela neo-católica. San Sulpicio no se cura más que del fondo de las cosas. Allí la teología es el todo, y si la dirección de los estudios carece de vigor, es porque el conjunto del catolicismo, sobre todo del catolicismo francés, inclina poco á los grandes trabajos. Después de todo, San Sulpicio ha tenido en nuestro tiempo como teólogo á M. Carrière, cuya inmensa obra es notablemente profunda en algunos puntos; como eruditos, á M. Gosselin y á M. Fraillon, á quien se deben tan concienzudas investigaciones; como filólogos, á M. Garnier y sobre todo á M. Lettir, los únicos maestros eminentes que ha producido la escuela católica de Francia en el campo de la crítica sagrada.

Pero no es en tal terreno en el que quieren ser alabados esos piadosos educadores. San Sulpicio es ante todo una escuela de virtud, y en lo tocante á la virtud principalmente constituye cosa arcaica, un fósil de doscientos años. Muchos de mis juicios asombran á las personas de mundo, porque no han visto lo que he visto yo. Yo he visto en San Sulpicio aunque asociados, lo confieso, á ideas estrechas, los milagros que pueden producir nuestras razas en punto á bondad, á modestia, á abnegación personal. La virtud que se encierra en San Sulpicio bastará para gobernar un mundo, y eso me ha hecho descontentadizo respecto de lo que he encontrado en otras partes. No he tropezado en el siglo más que un sólo hombre que mereciese compararse con aquéllos: es M. Damiron. Los que hayan conocido á M. Damiron han conocido un sulpiciano; los restantes no sabrán nunca los tesoros que encierran esas viejas escuelas de silencio, de seriedad y de respeto, para la conservación del bien de la humanidad.

Tal era la casa donde pasé cuatro años en el momento más decisivo de mi vida. Me encontré allí como en mi elemento. Mientras la mayoría de mis condiscípulos debilitados por el humanismo un poco insulso de M. Dupanloup, no podían hincar el diente á la escolástica, yo tomé extraordinario gusto á esa amarga corteza, y me apasionaba por ella como un titi por su nuez. En aquellos sacerdotes graves y bondadosos, llenos de convicción y del pensamiento del bien, volvía á ver mis primeros maestros de Bretaña: Saint Nicolás du Chardonnet y su retórica superficial no eran ya para mí más que un paréntesis de dudoso valor. Yo abandonaba las palabras por las cosas.

ERNESTO RENÁN.

2008 Ministerio de Cultura

MARIDO Y MUJER

NOVELA

I

Llevábamos el luto de mi madre á quien perdimos en el otoño, y nos habíamos quedado enteramente solas en nuestra casa de campo para pasar allí el invierno.

Estaban conmigo Katia y Sonia.

Katia era nuestra institutriz, que nos había educado como una *niania* cariñosa. Mis más lejanos recuerdos me la representan como una antigua amiga de la casa, á quien yo quería con todo mi corazón.

Sonia era mi hermana menor.

¡Qué invierno tan triste y tan sombrío pasamos en nuestra casa de campo de Pokrovskoe! ¡Qué frío hacía! El viento acumulaba la nieve en montículos más altos que nuestras ventanas. Nuestros vidrios estaban casi siempre empañados por el hielo, y en todo el invierno salimos ni una sola vez para hacer una visita.

Las personas que iban á vernos de tarde en tarde, no llevaban á nuestra casa la animación y la alegría. Todas tenían semblantes compungidos y hablaban en voz baja, como si temiesen despertar á alguien; jamás reían; al contrario, todas exhalaban suspiros mirándome, y frecuentemente se deshacían en lágrimas al ver á mi hermanita Sonia vestida de luto.

La muerte se cernía aún sobre nuestra morada, llenándola de tristeza y espanto.

La habitación de mi madre permanecía cerrada; cuando yo pasaba por delante de su puerta para ir á mi cuarto, me sentía poseída de un sentimiento de temor, á la vez que de un deseo irresistible de abrirla para ver lo que pasaba en aquella pieza fría y desierta.

Tenía yo entonces, diez y siete años. Mi madre, en el momento de arrebatármela la muerte, acababa

2008 Ministerio de Cultura

de decidir que aquél invierno iríamos á San Petersburgo, y me presentaría en sociedad.

La idea de haber perdido á mi madre me causaba suma pena; pero, en medio de mi aflicción, no olvidaba que era joven y linda, según decía todo el mundo, y que estaba condenada á vivir otro invierno en el campo, en medio de la soledad.

Antes de terminarse la estación, se me hizo insoportable esa impresión de aislamiento, me devoraba el hastío, y no podía ya decidirme á salir de mi cuarto, ni á abrir el piano ó cojer un libro.

Cuando Katia me instaba á ocuparme en algo para distraerme, le respondía invariablemente: «No puedo hacer nada», y en el fondo del alma me decía: «¿Para qué?»

«¿Para qué leer, tocar, bordar, cuando los mejores años de mi vida se consumen en el aislamiento? ¿Para qué?»

A esta pregunta desanimadora, no encontraba otra respuesta que las lágrimas.

Me decían que adelgazaba y me demudaba visiblemente, pero me era lo mismo. ¿Para qué ser bonita? ¿Para agradar á quién? Se me figuraba que debía pasar toda mi vida sola, que estaba condenada á aquel tedio mortal que no tenía fuerzas para sacudir.

Hacia el fin del invierno Katia se alarmó por mi salud, y dijo que había que llevarme á todo trance al extranjero. Mas, para emprender ese viaje necesitábamos dinero, y no sabíamos á ciencia cierta que fortuna nos había dejado mi madre. Esperábamos de un día á otro la llegada de nuestro tutor que debía arreglar todos nuestros asuntos.

Llegó en el mes de Marzo.

Un día que andaba yo vagando como una sombra de aposento en aposento, sin pensar, ni desear, ni hacer nada, exclamó Katia:

—¡Albricias! Ha llegado Serguei Mikhailovich, y ha mandado á saber de nosotras y á decir que vendrá á comer... Ea, querida Mariquita — continuó — despavílate. ¿Qué va á pensar de tí? Ya sabes cuánto nos quiere.

Serguei Mikhailovich era un pariente cercano y amigo de nuestro difunto padre, aunque mucho más joven que él. El anuncio de su llegada me llenó de alegría, no sólo porque su presencia podía favorecer nuestros proyectos y permitirnos abandonar el campo más pronto, sino porque había llegado á quererlo y respetarlo desde mi infancia.

Katia, al exhortarme á sacudir mi apatía, adivinaba que Serguei Mikhailovich era de todos nuestros conocidos aquel á quién

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

más me hubiese contrariado parecer mal.

Yo lo quería por hábito, como todo el mundo en la casa, empezando por Katia y Sonia, ahijada suya, y acabando por el último mozo de cuadra; pero, para mí, tenía, á más de eso, un atractivo especial, á consecuencia de una expresión que había oído á mi madre.

—Mariquita—exclamó un día—yo quisiera para tí un marido como Serguei Mikhailovich.

Esas palabras me parecieron al pronto extrañas y casi desagradables. Mi ideal era muy distinto. Mi ideal debía ser un hombre esbelto, pálido y melancólico. Serguei Mikhailovich, al contrario, había pasado ya de la primera juventud; era alto, robusto, y siempre estaba de buen humor, á lo que me parecía. A pesar de todo, acudió á mi imaginación el deseo de mi madre, y recuerdo que seis años antes, cuando apenas tenía yo doce, y Serguei Mikhailovich jugaba conmigo, llamándome «Violetita», me había preguntado ya con espanto lo que sería de mí, si de repente le diese la idea de elegirme por su mujer.

Serguei Mikhailovich llegó poco antes de la comida; Katia, había mandado añadir á lo ordinario una salsa de espinacas y un pastel de crema.

Yo aceché desde mi ventana la llegada de su trineo; pero, en cuanto volvió la esquina de la casa, bajé á la sala, resuelta á no dejar traslucir que lo había esperado.

Sin embargo, cuando distinguí el ruído de sus pisadas en la antecámara, su voz sonora y las exclamaciones de Katia, que había salido á recibirlo, no pude contenerme, y corrí á su encuentro.

Tenía cogida la mano de Katia, y hablaba en alta voz sonriendo. Al verme, se puso serio, y me miró algunos instantes sin saludarme. Yo me quedé cortada, y comprendí que me sonrojaba.

—¡Cómo! ¿Es posible que sea usted?—dijo sencillamente en su tono habitual. Separó los brazos con ademán de asombro, y se acercó á mí.

—¿Es posible transformarse de esa manera? ¡Cómo ha crecido usted! Ya no es V. una violetita, sino una rosa abierta.

Cogió con su manaza la mía, y la estrechó noble y vigorosamente hasta el punto de hacerme casi gritar. Figurándome que me besaría la mano, me incliné hacia él; pero se contentó con estrechármela nuevamente, clavando en mis ojos su alegre y firme mirada.

No había vuelto á verlo desde hacía diez años. Había cambiado mucho. Me pareció envejecido y

2008 Ministerio de Cultura

más moreno; se dejaba las patillas, lo cual no le hacía bien á la cara; pero conservaba aún su sencillez de maneras, su abierto y franco semblante de enérgicas facciones, sus ojos brillantes é inteligentes, y su sonrisa cariñosa, casi infantil.

Al cabo de cinco minutos, no era ya un amigo de visita, sino una persona que formaba parte de la familia, incluso para los criados, cuya diligencia en servirlo atestiguaba el placer que sentían en volverlo á ver.

Se conducía en todo á la inversa de nuestros demás vecinos, que, al ir á visitarnos después de la muerte de nuestra madre, creían preciso guardar un silencio lúgubre ó llorar durante todo el tiempo de la visita. El, al contrario, hablaba lleno de animación y de alegría, y no hizo una sola alusión á la muerte de nuestra madre.

Al pronto me pareció extraña esa reserva, y hasta inconveniente de parte de una persona tan allegada á nosotros. Pero luego comprendí que no callaba sobre el particular por indiferencia, sino por respeto á la memoria de mi madre, y se lo agradecí en el alma por ella.

Llegada la noche, Katia se sentó á la mesa entre mi hermana y yo, en el mismo sitio que ocupaba en vida de nuestra madre, y sirvió el té; nuestro antiguo criado Gregorio sacó una pipa vieja de mi padre y se la presentó á nuestro amigo. Serguei Mikhailovich empezó á pasear por la estancia, con la pipa en la boca, como en otros tiempos.

—¡Cuando pienso en los terribles cambios que han sobrevenido en esta casa!...—exclamó de repente, parándose.

—Sí—respondió Katia suspirando; y tapando el *samovar*, miró á nuestro amigo, pronta á dar rienda suelta á las lágrimas.

—¿Se acuerda V. de su padre?—me preguntó Serguei Mikhailovich.

—Apenas.

—¡Qué feliz hubiese V. sido con él!—dijo en voz baja con aire pensativo, y mirando mi cabeza sin fijarse en mis ojos.

—Yo quería mucho á su padre de V.—continuó aún más bajo.

Me pareció que sus ojos se ponían más brillantes.

—¡Y durante este tiempo, Dios les ha arrebatado también su madre!—repuso Katia, y volvió á tapar precipitadamente la tetera con la servilleta, sacó el pañuelo, y empezó á llorar.

—Sí, esta casa ha visto cambios terribles—repitió Serguei Mikhailovich, volviéndose.

Pero algunos segundos después dijo á mi hermana:

2008 Ministerio de Cultura

—Sonia, enséñame tus juguetes.

Y acto contínuo la acompañó á la sala.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Miré á Katia.

—¡Oh! ¡Es un amigo raro!— murmuró.

Y en efecto: la simpatía de aquel hombre tan bueno, á pesar de ser un extraño para mí, era como una brisa cálida que difundía en mi corazón una sensación de bienestar inefable.

Ya oíamos en la sala los gritos alegres de mi hermanita y la risa de Serguei Mikhailovich.

Hice que le llevasen una taza de té, y poco después adiviné que se sentaba al piano, y se entretenía en pasear por las teclas las manitas de Sonia.

—¡María Alexandrovna—exclamó de pronto—venga V. á tocar algo!

Esa manera de llamarme, tan amistosa y familiar, me causó gran placer. Me levanté enseguida para ir á su encuentro.

—Toque V. esto—dijo, abriendo un cuaderno de Beethoven por el adagio de la sonata *quasi una fantasía*. Vamos á ver cómo toca usted eso—añadió, retrocediendo á una esquina de la sala, con su taza de té en la mano.

No sé por qué comprendí que era imposible hacerse de rogar con un hombre como él, so pretexto de que no dominaba la música. Me senté docilmente al piano, y empecé á tocar lo mejor que pude. Temía, no obstante su juicio, porque sabía que era un aficionado inteligente.

El tono del adagio cuadraba perfectamente con el de las reminiscencias y sentimientos, bajo cuya impresión me encontraba; me parece que no lo toqué muy mal. Cuando quise pasar al *scherzo*, me interrumpió.

—No—dijo, no tocaría V. bien el *scherzo*; déjelo. Pero el adagio está bien. Me parece que entiende usted la música.

Ese elogio moderado me produjo tal placer, que me puse muy colorada.

¡Era tan nuevo y tan agradable para mí verlo á él, al amigo y al igual de mi padre, hablarme con tanta seriedad, en vez de tratarme como una niña, según pasaba en otras épocas!

Katia había salido de la sala con Sonia, que iba á acostarse y me me quedé sola con Serguei.

Me habló de mi padre, me dijo cómo se conocieron, y lo alegre que era la vida de la casa en los días en que yo no me ocupaba más que de mis cuadernos y de mis juguetes. Al oirlo, creía ver á mi padre bajo un aspecto enteramente

2008 Ministerio de Cultura

nuevo, y Serguei Mikhailovich se me aparecía por primera vez como un hombre bondadoso y sencillo, bajo una faz familiar desconocida de mí hasta entonces.

Me preguntó también acerca de mis gustos, de mis lecturas y de lo que pensaba hacer, y me dió consejos. No era ya para mí un compañero retozón y bromista que me hacía rabiar y me daba juguetes, sino un hombre serio y cariñoso, por quien sentía nacer un respeto y una simpatía involuntaria.

Hablando con él, experimentaba viva satisfacción, al par que cierta tensión de espíritu. Temía el efecto de cada palabra que pronunciaba, y deseaba merecer por mí propia el afecto que poseía ya como hija de su amigo.

Cuando Katia dejó en la cama á mi hermanita, volvió con nosotros, y se quejó á Serguei de mi apatía, de la cual me había yo guardado mucho de decirle un palabra.

—¡Hola!—exclamó él sonriendo, y moviendo la cabeza con ademán de reconvención. Veo que se me ha ocultado lo principal.

—¿Por qué le había de hablar á usted de eso, una cosa que no vale la pena? Además, que ya pasará...

En aquel instante me parecía que estaba libre de mi enojo, y hasta que no había existido nunca.

—No está bien eso de no saber soportar la soledad—dijo.—¿Es posible que sea V. toda una señorita?

—Una [señorita, no cabe duda —respondí sonriendo.

—No, sino una tontuela, que no vive más que cuando hay alguien que la admire, y que, en estando sola, se queda anonadada, sin gusto para ninguna cosa; una señorita que no vive sino para agradar á los demás y no á sí misma; una señorita cuya vida está toda por fuera, y que no tiene nada dentro de sí.

—¡Bonita opinión tiene V. de mí!—respondí por decir algo.

—¡No!—añadió después de una corta pausa. No en vano se parece usted á su padre. ¡Hay algo en usted!...

Y su bondadosa y penetrante mirada volvió á llenarme de una turbación alegre y lisonjera.

Al través de la expresión de su semblante, tan jovial á primera vista, noté por primera vez aquella mirada particular, que parecía tan clara al pronto, y luego se hacía cada vez más penetrante, y se teñía de un matiz de tristeza.

—Usted no tiene el derecho de aburrirse, y no debe aburrirse—dijo. Tiene V. para distraerse la música, que comprende bien, y libros que debe estudiar. Tiene usted además delante de sí toda una

2008 Ministerio de Cultura

vida á que necesita prepararse inmediatamente, si no quiere acumular arrepentimientos para el porvenir. Dentro de un año será demasiado tarde.

Me hablaba como un padre ó un tío, pero yo veía que hacía esfuerzos para tratarme de igual á igual; y, aunque me mortificaba el que me considerase como inferior á él; me lisonjeaba que se esforzase en parecer distinto de lo que era tan sólo por mí.

El resto de la noche habló de negocios con Katia.

—Con que adios por ahora, queridas amigas—dijo levantándose.

Se acercó á mi, y me tomó la mano.

—¿Cuándo volveremos á vernos?—preguntó Katia.

—Esta primavera—respondió sin soltar mi mano. Desde aquí voy á Danilovka.—Era una de nuestras propiedades. Arreglaré las cosas lo mejor que pueda; luego iré á Moscou para asuntos míos, y este verano nos veremos frecuentemente.

—¿Por qué se marcha V. para tanto tiempo?—pregunté con tristeza.

Yo esperaba, en efecto, verlo ya todos los días, y de repente me acometió un miedo terrible de que volviera á apoderarse de mí el aburrimiento. Creo que mi voz y mi mirada delataban ese temor.

—Sí, trabaje V. mucho, no se deje dominar por el *spleen*—dijo con voz que me pareció fría é indiferente. En la primavera le haré á usted sufrir un examen—añadió, sin mirarme, y soltando mi mano.

Lo seguimos á la antecámara. Se puso precipitadamente el abrigo, y persistió en apartar sus ojos de mí.

«¿Por qué tanto empeño en aparentar que no me mira?—me pregunté. ¿Si se figurará que á mí me importa nada?.. Es un hombre perfecto... una excelente persona... pero eso es todo...»

Aquella noche, Katia y yo, pasamos charlando mucho tiempo antes de dormirnos. No hablamos de él, sino de la manera cómo pasaríamos el verano y dónde estaríamos al invierno siguiente.

No me asediaba ya la terrible pregunta: «¿Para qué?» Me parecía evidente que hay que vivir para ser felices, y no veía en el porvenir más que felicidad, mucha felicidad.

Nuestra antigua y sombría casa de Pokrovskoe me pareció de repente llena de vida y de luz.

2008 Ministerio de Cultura

ATENEO BARCELONES BIBLIOTECA

II

Volvió al fin la primavera. Mi antiguo sentimiento de hastío cedió el puesto á una vaga abstracción henchida de esperanzas y de deseos confusos.

No vegetaba ya como al principio del invierno, sino que me ocupaba de la instrucción de Sonia, trabajaba en música y leía. Sin embargo, me gustaba ir sola al jardín, errar horas seguidas por los paseos y sentarme en un banco, sumida en no sé que pensamientos, que me llenaban de zozobra y esperanza.

Muchas veces, sobre todo durante la luna llena, solía pasar las noches de codos en el alféizar de la ventana hasta ver lucir la aurora. En ocasiones salía con la ropa de dormir, á escondidas de Katia, bajaba al jardín y corría por el rocío hasta la orilla del estanque. Una vez me alejé hasta el campo completamente sola, en medio de la oscuridad, y dí la vuelta á todo el dominio.

Ahora me cuesta trabajo recordar y comprender los ensueños que obsediaban entonces mi imaginación. Cuando logro evocarlos, me parecen tan extraños, tan distantes de la vida, que me pregunto cómo pude recrearme en ellos.

Serguei Mikhailovich, fiel á su promesa, volvió del viaje hacia fines de Mayo.

Hizo su primera visita á la caída de la tarde, en el momento en que menos lo esperábamos. Estábamos tomando el té en la azotea.

El jardín se hallaba cubierto de verde, y en los bosquecillos de arbustos habían construído sus nidos los ruiseñores. Las lilas, que empezaban á cuajar, anunciaban el despertar de las flores con sus racimos matizados de blanco y de azul rosa. El follaje de los abedules se hacía transparente con el fulgor de la puesta. El rocío humedecía el césped.

En el patio, á espaldas del jardín, se apagaban los últimos rumores de la actividad del día, con el ruído del ganado que entraba en el establo.

Nikon el bobo llevaba el carro de la cuba por las calles del jardín que había delante de la terraza; la fría lluvia que brotaba de la regadera describía círculos negros alrededor de la tierra amontonada al pié de las dalias y de los soportes.

En medio de la azotea relucía y

2008 Ministerio de Cultura

zumbaba sobre el blanco mantel el limpísimo samovar; al lado había nata, hojuelas y tortas.

Katia, como buen ama de gobierno, lavaba las tazas con sus manitas rollizas. A mí me había abierto el apetito el baño, y devoraba una rebanada de pan y un platazo de nata, sin aguardar á que se sirviese el té. Llevaba una bata de lienzo con mangas abiertas, y recogido el pelo húmedo en un pañuelo.

Katia fué la primera que divisó á Serguei Mikhailovich detrás de la ventana de la sala.

—¡Ah!—le gritó.—¡Precisamente hablábamos de V.!

Me levanté enseguida con el intento de ir á echarme una falda; pero él me sorprendió en el instante en que franqueaba el umbral de la puerta.

—¿A qué andar con etiquetas en el campo?—dijo mirando mi cabeza envuelta en el pañuelo, y sonriendo.—A V. no le importa que la vea Gregorio. Pues hágase V. cuenta de que yo soy Gregorio.

—Estaré aquí al momento—respondí, y me esquivé.

—Pero ¿por qué?—gritó él de nuevo.—Si parece V. una hermosa aldeana recién casada.

«¡Qué original era su mirada!» pensaba al ponerme la falda apresuradamente... Es igual; me alegro de que esté de vuelta... Ahora estará esto más animado.

Después de darme un vistazo al espejo, bajé alegremente; sin disimular mi prisa, llegué á la azotea acalorada por lo que había corrido.

El estaba en la mesa exponiendo á Katia el estado de nuestros asuntos. Al verme, sonrió sin interumpir la conversación.

Al punto comprendí que todo iba bien; nuestra situación era brillante. No teníamos que pasar en el campo más que el estío; en invierno éramos libres de ir donde nos pareciese, á San Petersburgo ó al extranjero, para completar la educación de Sonia.

—¿Y si V. viniese con nosotras al extranjero?—propuso de repente Katia.—Sin V. nos perderíamos allí como en un bosque.

—¿Qué más podría yo desear que dar la vuelta al mundo con ustedes?—dijo medio en broma, medio en serio.

—¿Y por qué no?—pregunté á mi vez.—Eso precisamente: ¡demos la vuelta al mundo!

Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Y mi madre? ¿Y los negocios?—dijo.—Vamos, dejemos eso, y cuénteme V. lo que ha hecho en mi ausencia. ¿Ha tenido V. mucho *spleen?*

Cuando le respondí que había

2008 Ministerio de Cultura

trabajado mucho y que no me había aburrido nada, después de confirmar Katia mis palabras, me dijo algunas frases alhagüeñas y me acarició con la mirada como á un niño, y como si tuviese el derecho de obrar así.

Sentí la necesidad de contarle en pormenor y sinceramente todo lo bueno que había hecho, y de confiarle, como si fuese un confesor, todo lo que me parecía que podía desagradarle.

Hacía una tarde hermosa, y permanecimos en la azotea después de levantado el servicio del té. Yo estaba tan embebida en la conversación que no noté la calma que empezaba á reinar en torno de nosotros. Por todas partes subía el perfume de las flores, cada vez más penetrante. Cubría la hierba un copioso rocío; empezó á gorjear el ruiseñor en el soto de lilas, pero espantado por el sonido de nuestras voces, calló. El cielo estrellado parecía descender sobre nosotros para envolvernos.

No eché de ver la creciente oscuridad hasta que entró sin hacer ruído un murciélago bajo el toldo de la terraza y empezó á revolotear alrededor de mi chal blanco. Me arrimé á la pared, é iba á gritar cuando el avechucho nocturno salió silenciosamente, desvaneciéndose en la sombra del jardín.

—¡Cómo me gusta el campo de ustedes! — exclamó Serguei Mikhailovich, interrumpiendo la conversación.—De buena gana pasaría toda mi vida sentado así en esta azotea.

—¿Y quién le impide á V. estarse sentado aquí siempre?

—Sí, sentado siempre—repitió —pero lo que es la vida no está sentada.

—¿Por qué no se casa V.?—interpuso Katia.—Haría V. un excelente marido.

—¡Porque me gusta estar siempre sentado!—respondió rompiendo á reir.—No, Catalina Carlovna, no; el matrimonio no reza ya con V. y conmigo... Todo el mundo ha dejado de considerarme como un hombre casadero, y yo he hecho lo propio mucho antes que los demás, y desde entonces todo va á maravilla...

Me pareció que pronunciaba estas palabras con una jovialidad forzada.

—¿Qué está V. diciendo ahí?—exclamó Katia.—¿A los treinta y seis años desengañado ya de todo?

—De todo... ¡y de qué manera!... No deseo ya más que una cosa—continuó—¡el reposo! Y el matrimonio es todo lo contrario... Diríjase V. á esta joven—añadió, designándome con un movimiento de cabeza.—Ahí tiene V. una persona

2008 Ministerio de Cultura

á quien casar. A nosotros sólo nos toca felicitarnos de su ventura.

Creí descubrir en el acento de su voz alguna violencia y un pesar oculto. Calló un instante, y Katia y yo respetamos su silencio.

—Figúrese V.—dijo al fin, revolviéndose en la silla—que por artes diabólicas del destino me casase con una muchacha de diecisiete años... por ejemplo, con María Alexandrovna... Sí, es un ejemplo inmejorable, y me alegro de haberlo elegido... ¡Ya lo creo! ¡No podía encontrarlo mejor!...

Me eché á reir, no comprendiendo por qué se alegraba tanto y por-qué le parecía ese ejemplo más concluyente que ningún otro.

—Vamos, dígame V. con toda sinceridad—añadió en tono de broma—¿no sería para V. una desgracia unir su vida á la de un viejo que, como yo, estuviese pasado y no aspirase más que al reposo, cuando Dios sabe lo que bullirá en su interior de V. y las cosas con que soñará?...

Me ví en un apuro y guardé silencio no sabiendo qué responder.

—No le hago á V. una proposición de matrimonio—continuó riendo—pero respóndame con toda franqueza: ¿Es en un marido como yo en el que sueña V., al pasearse sola por el jardín? ¿No sería para usted una desgracia casarse conmigo?

—No, una desgracia no; pero...

—Pero tampoco una felicidad—dijo para concluir mi pensamiento.

—No, pero puedo engañarme... Me interrumpió de nuevo.

—Ya lo ve V.—prosiguió dirigiéndose entonces á Katia.—Tiene razón; de todos modos, yo le agradezco su franqueza, y me alegro mucho de que hayamos tenido esta conversación... Es más: ese matrimonio sería para mí la mayor de las desdichas.

—¡Qué singular es V.!—dijo Katia.—¡Bien se conoce que no ha cambiado V. nada!

Y hablando así, se levantó para mandar que sirviesen la cena.

Después de salir Katia, uno y otro nos quedamos en silencio; á nuestro alrededor todo estaba en calma. Sólo se oía al ruiseñor, que cantaba ahora, no tímidamente como al principio de la noche, y parándose á cada momento, sino con voz reposada y sin darse prisa; llenaba todo el jardín con sus cascadas de notas, cuando desde el fondo de la cañada empezó á responderle otro ruiseñor. El del jardín calló un instante como para escuchar á su vecino; luego reanudó su canto con mayor energía y viveza, prorrumpiendo en escalas y trinos sonoros. Los dos pájaros se

2008 Ministerio de Cultura

contestaban, y sus voces se difundían por aquel mundo nocturno, poblado de misterios para nosotros, pero en el cual reinan ellos como en su propio dominio.

Pasó el jardinero para ir á la estufa en donde se acostaba, y resonó en la avenida el ruído de sus pasos. Partieron de la colina dos agudos silbidos; después todo volvió á quedar en silencio. El follaje se extremeció levemente, un soplo agitó el toldo, y alrededor de nosotros se difundió por la terraza un perfume sutil.

Me contrariaba aquel silencio después de las palabras precedentes, pero no encontraba nada que decir. Miré á Serguei; sus ojos brillaban en la semioscuridad; los dirigió hacia mí y dijo en voz baja:

—¡Oh! ¡qué hermoso es vivir!

Exhalé un suspiro involuntario.

—¿Decía V?...—preguntó.

—¡Sí, es hermoso vivir!—repetí.

Se restableció el silencio, y volví á sentirme cohibida. No podía menos de pensar que debía haberle entristecido asintiendo á su opinión cuando manifestó que era demasiado viejo para ser mi marido. Hubiese querido poder consolarlo pero no sabía cómo.

—¡En fin, no tengo más remedio que volverme—dijo levantándose.—Mi madre me espera para cenar... Apenas si la he visto hoy.

—¡Y yo que quería que oyese usted mi nueva sonata!—exclamé.

—La tocará V. la próxima visita.

Me pareció que pronunciaba esas palabras muy friamente.

—Hasta la vista—añadió.

Comprendí más claramente que lo había herido, y me dió lástima. Katia lo acompañó conmigo hasta la escalinata, y las dos nos quedamos en el patio para verlo alejarse por el camino.

Cuando se apagó el ruído de las pisadas de su caballo, volví á la azotea, dando la vuelta á la casa. Me puse á contemplar de nuevo el jardín, de donde subía la niebla de la noche y cuyos ámbitos llenaban todas las voces nocturnas, y empecé á fantasear, según costumbre.

Serguei Mikhailovich volvió por segunda y tercera vez. La impresión penosa que había dejado en mi espíritu la conversación precedente se borró por completo para no reproducirse.

Durante todo el verano vino regularmente dos ó tres veces en semana, y yo me hice tanto á sus visitas, que cuando las espaciabá más de lo usual, encontraba mi soledad muy amarga y le daba mis quejas, acusándolo de abandonarme. El me trataba como á un compañero joven, me interrogaba, me invitaba á abrirle mi corazón, me daba con-

2008 Ministerio de Cultura

sejos, me alentaba, y á veces me reñía también y trataba de contener mis arranques. Pero á pesar de todos sus esfuerzos por tratarme como á un igual, adiviné que había en su interior mucho más de lo que yo veía, todo un mundo cerrado para mí, donde él no juzgaba necesario dejarme penetrar; y eso era precisamente lo que más me atraía hacia su persona y lo que alimentaba el respeto que le tenía.

Supe indirectamente por Katia y por nuestros vecinos del campo que, aparte de los cuidados que Serguei Mikhailovich consagraba á su madre, aparte de la administración de sus bienes y de la gerencia de nuestros negocios, tomaba parte en las asambleas de la nobleza, que le suscitaban muchos sinsabores. Sin embargo, jamás logré que me expusiese sus ideas y sus planes, ni que me hablase de sus esperanzas.

Cuando yo dirigía la conversación hacia ese tema, hacía un gesto muy particular que parecía decir:

—¿Qué interés puede tener eso para V.!—y hablaba de otra cosa.

Al pronto me confundió esa reserva, pero luego me acostumbré tanto á no hablarle sino de las cosas relativas á mí, que acabó por parecerme lo más natural del mundo.

Otra circunstancia que me disgustó en un principio, pero que me agradó después, fué la indiferencia absoluta y hasta el desdén, puede decirse, con que miraba mis prendas físicas. Jamás me dió á entender, ni con palabras ni con la mirada, que le pareciese bonita; al contrario, cuando otras personas me dirigían cumplidos en su presencia, se echaba á reir, haciendo su gesto habitual.

Hasta se complacía en descubrirme defectos y en ridiculizármelos.

Los vestidos de moda con que á Katia le gustaba adornarme los días de fiesta y cuando esperábamos visitas, tenían el don de excitar sus sarcasmos, lo cual desconsolaba á la pobre Katia y me desconcertaba á mí completamente.

Ella se empeñaba en que Serguei Mikhailovich me encontraba de su gusto, y no podía comprender que no le agradara ver á la mujer preferida presentarse en sociedad de la manera más ventajosa. En cuanto á mí, penetré inmediatamente el pensamiento de mi amigo: anhelaba creerme exenta de coquetería.

En cuanto adiviné su deseo, no volví á dejar traslucir una sombra de coquetería en mi tocado ni en mis galas de los días de fiesta; pero en cambio caí en la afectación de la sencillez á una edad en que todavía no sabe una ser sencilla.

También á mí me constaba que

2008 Ministerio de Cultura

me quería, aunque sin preguntarme si como á una niña ó como á una mujer; pero deseaba su cariño, y sobre todo tenía empeño en que me considerase como la joven más perfecta del mundo, y conservase esa opinión de mí, aun cuando fuese errónea quizá.

Me parecía que él había sabido apreciar á la primera ojeada mis cabellos, mis manos, mi cara, mis maneras, mis cualidades exteriores, en suma, tales y como eran; creía que las conocía á fondo y que yo no podía alterar en nada su juicio sin tratar de inducirlo á error.

Pero no conocía mi alma, porque la amaba, y porque mi alma, además, estaba formándose y desenvolviéndose entonces. En este punto podía hacerse ilusiones, y se las hizo.

Desde el instante en que comprendí todo esto, me sentí maravillosamente libre y desahogada en su presencia.

Se acabaron los encogimientos y la turbación sin motivo. Sabía que podía contemplarme de perfil ó de frente, sentada ó de pie, con el pelo recogido ó suelto; me conocía ya, y creía que estaba siempre satisfecho de mí.

Me parece que, sí contra su costumbre, me hubiese dicho, como los demás, que era guapa, no hubiese experimentado ningún placer.

En cambio, cuando acertaba á expresar una reflexión que le agradaba, ¡qué alegría iluminaba todo mi espíritu! ¡qué feliz era! Entonces fijaba en mí los ojos, y con voz emocionada, aunque afectando un tono de broma me decía:

—Sí, sí: *hay algo en V.* Debo confesarlo, es V. una chica excelente.

¿Qué es lo que me valía esa recompensa que llenaba mi corazón de satisfacción y de orgullo?

Bien poca cosa: haber expresado mi simpatía por el cariño que nuestro viejo Gregorio profesaba á su nieta, ó exclamar que tal poesía ó tal novela me conmovían hasta hacerme casi llorar, ó simplemente porque prefería Mozart á Schulhoff.

A mí misma me asombraba la intención maravillosa con que adivinaba todo lo que debía querer para agradarle, cuando en realidad yo no sabía discernir lo bueno de lo malo.

La mayoría de mis hábitos y de mis gustos antiguos no estaban conformes con los suyos; pero bastaba un fruncimiento de cejas, una mirada de desaprobación ó su gesto desdeñoso, para que al punto perdiese su encanto para mí todo lo que antes me gustaba.

Cuando me interrogaba, me miraba á los ojos, y su mirada me

2008 Ministerio de Cultura

inspiraba la idea que quería oirme expresar.

Sus pensamientos y sentimientos habían sustituído á los míos, transformando de golpe mi vida é iluminándola por entero.

Insensiblemente había llegado á mirar todas las cosas y personas con otros ojos: á Katia, á Sonia, á los criados, á mí misma y mis ocupaciones.

Antes leía por matar el tiempo; ahora los libros eran mis delicias, porque me los traía él, los leía conmigo y me hablaba de ellos.

Antes las horas que consagraba á la instrucción de mi hermanita me parecían muy largas; esa tarea era un deber que cumplía penosamente. Bastó que Serguei Mikhailovich asistiese una vez á mi lección para que á partir de ese día disfrutase en seguir los progresos de mi alumna.

Antes me parecía imposible tocar de memoria toda una pieza de música; ahora la idea de que me escucharía él y quizá me dirigiría alabanzas me daba ánimos para repetir un mismo pasaje hasta cuarenta veces; la pobre Katia se tapaba los oídos con algodón, pero yo era infatigable. Fraseaba mis sonatas de otro modo y resultaban mucho más expresivas.

No había nadie, incluso Katia á quien conocía y quería como á mí misma, que no se me apareciese bajo un nuevo aspecto. Sólo entonces comprendí que nada la obligaba á ser lo que era para nosotras una amiga, una madre y una esclava á la vez. Adiviné la extensión del sacrificio que hacía por mí y por Sonia aquel ser amante, el cariño que nos profesaba, todo lo que le debía, y lo quise doblemente.

Bajo el influjo de Serguei Mikhailovich aprendí á considerar de otra manera á nuestros campesinos y á los criados.

Parece broma, pero debo confesar que había cumplido diez y siete años, pasando toda mi vida en medio de esas gentes, y sin embargo, me eran tan desconocidas como personas á quienes no hubiese visto nunca. Jamás se me había ocurrido que pudiesen amar, esperar y sufrir como yo.

Nuestro jardín, nuestras arboledas y nuestros campos adquirieron de repente un atractivo enteramente nuevo á mis ojos. No en vano me había dicho Serguei Mikhailovich que en la vida sólo hay una manera segura de ser dichoso: vivir para los demás.

Estas palabras me parecían extrañas, no las comprendía; pero penetraban en mi corazón, aunque mi pensamiento no desvelase su sentido.

Sin alterar mi modo de ser, Serguei Mikhailovich me había reve-

2008 Ministerio de Cultura

lado toda una vida de felicidad; bastóle para ello entrar á formar parte de mi existencia. Todas las cosas á que estaba acostumbrada desde niña me eran indiferentes; pero vino él, y todas adquirieron un lenguaje para hablar á mi alma y llenarla de júbilo.

Durante ese estío me ocurrió muchas veces subir á mi cuarto, tenderme en la cama, y sentirme penetrada suavemente de la emoción de la felicidad, en vez del tedio henchido de deseos y de esperanzas vagas que me abrumaba en tiempos anteriores.

No pudiendo dormirme, me levantaba é iba á sentarme en la cama de Katia para decirle lo contenta que me sentía.

No necesitaba Katia de esas confidencias para adivinar mi dicha. Se limitaba á asegurarme que también ella era feliz, y me daba un abrazo. Yo me dejaba convencer fácilmente, porque tenía necesidad de creer dichosos á cuantos me rodeaban.

Pero Katia no olvidaba que era hora de descansar; hacía como que me regañaba, me echaba de su cama y se dormía. Yo continuaba pensando en todo lo que constituía mi ventura. A veces me salía de la cama y me ponía á orar con mil efusiones para dar gracias á Dios por la felicidad que me había concedido.

Una noche reinaba en mi cuarto un profundo silencio; no se oía más que la respiración de Katia y el sonido de su reloj que tenía cerca de sí. Yo daba vueltas en la cama, y balbucía oraciones, besando la cruz que llevaba al cuello. Todas las maderas estaban cerradas; se oía zumbar un moscardón ó un mosquito que andaba dando vueltas; y yo sentía deseos de no salir jamás de aquel cuarto, yo hubiese querido impedir que luciese el alba, permanecer de aquella manera eternamente y que jamás viniese nada á disipar mi éxtasis.

Me parecía que mis divagaciones, mis ideas y mis rezos revestían una forma animada, vivían conmigo en la oscuridad, revoloteaban alrededor de mi cama y se inclinaban hacia mí.

Y cada uno de mis pensamientos era su pensamiento, y cada uno de mis sentimientos el sentimiento suyo.

Pero yo ignoraba que todo eso es el amor; pensaba que un sentimiento que nacía tan fácilmente debía durar siempre, sin fin.

2008 Ministerio de Cultura

III

Un día, durante la siega, fuí á sentarme con Katia y Sonia después de la comida, en nuestro banco favorito del jardín, á la sombra de los tilos que dominan la cañada más allá de la cual se extiende la vista por los campos y el bosque.

Hacía tres días que no habíamos visto á Serguei Mikhailovich, y esperábamos su visita, porque el subintendente nos había dicho que iría á examinar los trabajos.

En efecto: hacia las dos lo ví de lejos entrar á caballo en un sembrado de cebada. Katia mandó servir melocotones y cerezas — manjar regalado para él;—después me miró sonriendo, se acomodó en el banco, y se quedó traspuesta.

Yo arranqué una rama encorvada de tilo, cuyas hojas y cuya corteza rebosaban de sávia que me corría por la mano, y empecé á agitarla como un abanico sobre mi *nanía* dormida. En la otra mano tenía un libro, y leía levantando los ojos á cada momento, para mirar hacia el camino por donde debía pasar Serguei Mikhailovich para reunirse con nosotros. Sonia sentada al pié de un añoso tilo, construía un pabellón para su muñeca.

El día era caluroso, no se levantaba un soplo de aire, y la atmósfera estaba caldeada en exceso. Se habían formado nubes que iban acumulándose en una masa negra; desde por la mañana se preparaba una tempestad.

Me sentía sobreexcitada, como me sucede siempre antes de la tormenta.

Sin embargo, entrada la tarde, disipáronse las nubes en todos sentidos, é irradió el sol en un cielo puro.

A lo lejos, no obstante, zumbaba el trueno, y de vez en cuando dibujábanse los pálidos zigzags de un relámpago al través de una densa nube que se confundía en el horizonte con el polvo de las eras.

Evidentemente aquel día no tendríamos tempestad.

Por el camino que se descubría á trechos más allá del jardín rodaban sin interrupción rechinando altos carros repletos de mies; cruzaban sin cesar otros carros de adrales, que volvían de vacío con gran estrépito conduciendo á los segadores cuyas piernas saltaban y cuyas blusas flotaban al viento.

Yo vislumbraba al través del follaje el espeso polvo, que no corría

2008 Ministerio de Cultura

arremolinado para volver á caer al camino, sino que permanecía inmóvil en el aire, detrás de la valla del jardín.

En el cercado se oían las mismas voces y el mismo rechinar de ruedas; se veían pasar de contínuo las mismas mieses doradas, desfilando lentamente para volar después al aire, y á mis ojos iban creciendo las hacinas cónicas como casas de agudo tejado, sobre las cuales corrían á manera de hormigas las siluetas de los campesinos.

Más allá, en el campo polvoriento, movíanse asimismo los carros, veíanse también espigas de oro, y mezclábase en un murmullo confuso el mismo ruído de ruedas, de voces y de canciones.

Hacia una parte se descubría más campo segado cada vez y aparecía el linde cubierto de ajenjos. Un poco más á la derecha, en medio de gavillas esparcidas confusamente, se distinguían las sayas de variados colores de las mujeres que ataban los haces. Se encorvaban sus cuerpos, se agitaban y cruzaban sus brazos, se alineaban á poco hermosas mieses, y al punto se restablecía el orden en la era. Aquel espectáculo que anunciaba el fin de la cosecha me entristeció, pareciéndome de repente que el estío había cedido su puesto al otoño.

Por todas partes reinaban el polvo y el calor, excepto en nuestro rincón resguardado del jardín. Por todas partes iban y venían muchedumbres de segadores, hablando y moviendo gran bullicio, en medio de aquella atmósfera pesada y caldeada por un sol de justicia.

Durante ese tiempo, Katia echada á la sombra en nuestro banco, roncaba suavemente, cubierta por su pañuelo de blanca batista; las sabrosas y suculentas cerezas brillaban en la canastilla; jamás habían parecido más frescas y primorosas nuestras faldas, jamás el agua de la jarra había reflejado más vistosos arcos iris en las facetas de cristal, jamás había sentido yo un bienestar tan profundo.

«Después de todo (pensé), ¿tengo yo la culpa de ser tan felíz?... Pero ¿con quién compartir mi felicidad? ¿Cómo y á quién puedo consagrarme y hacer partícipe de toda mi ventura?

El sol había desaparecido tras las copas de los abedules; volvía á bajar el polvo sobre el campo; el horizonte se dibujaba con mayor claridad y limpieza á la luz oblícua del poniente; las nubes se habían desvanecido; al través de los árboles distinguíanse en el cercado tres nuevas hacinas que acababan de abandonar los campesinos; los ca-

2008 Ministerio de Cultura

rros partían al galope, y los segadores lanzaban gritos de alegría: aquel viaje debía ser manifiestamente el último de la jornada.

Las mujeres, con las mielgas al hombro y ceñida dè mieses la cintura, volvían á la casa cantando á grito herido; pero Serguei Mikhailovich no llegaba. Sin embargo, ya hacía mucho tiempo que lo había visto bajar de la colina.

Lo divisé de repente en la calle de árboles hacia el lado por donde menos lo esperaba; había dado la vuelta al barranco.

Avanzaba presuroso hacia mí, con el sombrero en la mano y la cara alegre y radiente; pero, advirtiendo que Katia dormía, se mordió los labios, cerró los ojos y empezó á andar de puntillas.

Conocí al momento que se encontraba en ese estado de alegría sin razón de ser, en que tanto me gustaba verlo, y que llamábamos «su alegría salvaje.» En esos instantes era como un chiquillo escapado de la escuela: toda su persona, desde los pies hasta la coronilla, respiraba satisfacción y júbilo, y retozaba en sus ojos la picardía juvenil.

—Buenas tardes, buenas tardes, violetita, ¿qué tal, bien?—me dijo en voz baja, estrechándome la mano.

Le pregunté por su salud, y me respondió:

—Perfectamente bien; tengo trece años, ni un día más, y unas ganas locas de jugar al caballo y de trepar á los árboles.

—Se encuentra V. en su «alegría salvaje»—le dije mirando sus ojos risueños, y sintiéndome invadir también por aquella *alegría salvaje*.

—Sí—respondió guiñando los ojos, y reprimiendo la risa—pero ¿por qué pega V. á Katia en las narices?

Con el placer de verlo, no había notado que, abanicando á Katia, le había quitado el pañuelo que le tapaba la cara, y la cosquilleaba con las hojas de la rama.

Me eché á reir.

—Verá V.; va á sostenernos que no ha dormido—le dije quedo, como si temiese despertar á Katia, pero en realidad porque me causaba un placer inexpresable hablar tan bajo á Serguei Mikhailovich.

Por toda respuesta, movió los labios remedándome, como si no pudiese oirme por bajar demasiado la voz.

Después, atisbando la canastilla de cerezas, la cogió haciendo como que la robaba, corrió hacia el tilo en que se hallaba Sonia, y se sentó encima de sus muñecas. Mi hermanita empezó por enfadarse, pero Serguei hizo en seguida las paces con ella, preguntándole quién de

2008 Ministerio de Cultura

los dos comería más cerezas en el mismo tiempo.

—¿Quiere V. que mande traer más? O, si no, ¿vamos á cogerlas nosotros mismos?—repuse.

Tomó la canastilla, metió dentro las muñecas, y echó á correr hacia el huerto de frutales; Sonia lo perseguía gritando y tirándole de los faldones para que le devolviese sus muñecas.

Se las entregó con mucha gravedad, y, volviéndose hacia mí, me dijo á media voz, aun cuando ya no tenía que respetar el sueño de Katia:

—Vamos ¿no tengo razón para llamarle á V. violeta? Después de todo el polvo y de todo el calor de este día de trabajo, me basta acercarme á V. para respirar el perfume de esa dulce flor... Y ¿sabe usted? No es el de la violeta embalsamada, sino el de esa violeta de un azul sombrío que trasciende á la nieve derretida y á la hierba primaveral.

—¿Van bien las faenas de los campos?—pregunté por disimular la emoción que habían excitado en mí esas palabras.

—¡Muy bien! La gente del pueblo se presenta excelente por todas partes. Cuanto más se la conoce, más se la quiere.

—Es verdad—respondí.—Hoy, antes de venir V., estaba sentada en el jardín, y, mirándolos trabajar, me ha dado vergüenza verlos afanarse de ese modo, mientras yo permanecía al fresco de brazos cruzados y...

—Amiga mía—dijo, interrumpiéndome gravemente, pero hundiendo en mis ojos una mirada cariñosa—no gaste V. esa clase de coqueterías: el trabajo del pueblo es cosa sagrada... Dios la libre de hacer ostentación de semejantes sentimientos.

—Pero si estas cosas no se las digo á nadie más que á V...

—Ya lo sé, ya lo sé... Pero ¿y nuestras cerezas?...

La cerca de los árboles frutales estaba cerrada, y todos los jardineros ausentes, porque Serguei Mikhailovich los había llevado á la siega. Sonia corrió á buscar la llave, pero nuestro amigo, sin esperar su vuelta, trepó á lo alto del muro, levantó el enrejado que protegía los árboles, y saltó al huerto.

—¿Quiere V. cerezas?—me gritó desde abajo...—Alárgueme la cesta...

—No, quiero cogerlas yo misma; voy por esa llave... Sonia no vuelve...

En ese momento me entró una comezón irresistible de ver lo que hacía y cómo se encontraba, figurándose que nadie podía verlo. Por

2008 Ministerio de Cultura

nada del mundo hubiese querido perderlo de vista un sólo instante en aquella hora.

Me deslicé de puntillas por entre las ortigas, y de ese modo dí vuelta á las tapias hasta que encontré un sitio donde bajaba la cerca; subiéndome en un tonel vacío que allí había, el muro no me llegaba ya más que á la cintura; é inclinándome, pude mirar al interior. Empecé por admirar el espectáculo que ofrecían aquellos árboles viejos, de anchas y recortadas hojas, cuyas ramas se doblaban con el peso de los negros racimos de sabrosas cerezas, y luego, metiendo la cabeza por debajo del enrejado, vislumbré al que buscaba detrás del retorcido tronco de un viejo cerezo.

Creía sin duda que yo me había ido, y que se hallaba al abrigo de toda mirada. Estaba sentado sobre las raíces del árbol, con la cabeza descubierta y cerrados los ojos, entreteniéndose en pasar de una mano á otra una cereza. De repente se encogió de hombros, abrió los ojos, balbuceó alguna cosa y sonrió.

Aquella sonrisa y aquel murmullo se parecían tan poco á cuanto yo sabía de él, que me dió vergüenza haberle espiado.

Me pareció que había dicho: ¡Mariquita!.. ¡No, no es posible!—pensé.

—¡Querida Mariquita!—repitió más suavemente y con acento más cariñoso aún.

Esta vez le había oído con perfecta claridad.

Empezó á palpitarme el corazón con tanta fuerza é invadió todo mi ser tan violentamente una alegría llena de turbación, como si se tratase de un placer prohibido, que tuve que apoyarme en el muro con las dos manos para no caer y delatarme.

Ese movimiento le reveló mi presencia; miró alrededor de sí soliviantado; bajó los ojos, se sonrojó y se puso tan encarnado como un niño. Quería decirme algo, pero no acertaba y su rostro se encendía más cada vez.

Con todo, sonrió mirándome; yo le respondí con otra sonrisa, y entonces su semblante irradió de gozo. No era el tío venerable que me acariciaba y guiaba paternalmente; era un igual, que me amaba y temía como yo á él.

Nos mirábamos sin cruzar una palabra, cuando de pronto se oscureció su frente, se borró de sus labios la sonrisa, se apagó el brillo de sus ojos, y, recobrando en seguida su tono protector, dijo friamente como para ponerme sobre aviso y advertirme que pasaba algo malo entre nosotros:

—Pero bájese V., puede hacerse daño.

2008 Ministerio de Cultura

Parecía entrar súbitamente en posesión de sí mismo y querer invitarme á volver en mí. Añadió:

—Arréglese V. el pelo; ¡no sé que parece V.!

—¿Por qué esta comedia?—pensé en mi interior.—¿Por qué ese empeño de contrariarme? Y al punto me acometió un deseo irresistible de ponerlo á prueba nuevamente, y ensayar mi imperio sobre él.

—No—respondí—quiero coger las cerezas yo misma.

Y agarrándome con las dos manos al árbol más próximo, me lancé al borde del muro; Serguei Mikhailovich apenas tuvo tiempo de acercarse á tenderme la mano para sostenerme, cuando ya había saltado al jardín.

—¡Qué tonterías hace V.!—exclamó sonrojándose de nuevo, y esforzándose en disimular su turbación aparentando enfadarse.—Hubiera V. podido herirse—continuó y ¿cómo va V. á hacer para salir de aquí?

Estaba aún más confuso que antes, pero ahora me asustó su emoción, en vez de causarme placer.

Me sentí alterada á mi vez, me sonrojé, y para evitarlo, y no sabiendo qué decir, me puse á coger cerezas, sin saber dónde echarlas. Me reconvenía á mí misma, me arrepentía, tenía miedo, me parecía que esa travesura me había perdido irremediablemente á los ojos de Serguei Mikhailovich.

Los dos callábamos, y nos encontrábamos tan atados el uno como el otro.

Por fin, llegó Sonia con la llave, y nos sacó de aquella situación embarazosa.

Pero durante largo rato no hablamos más que á mi hermanita sin atrevernos á cruzar una mirada.

Poco después volvimos al lado de Katia, la cual nos afirmó que no había dormido y que lo había oído todo. Yo me calmé un poco, y Serguei Mikhailovich se esforzó en recobrar su tono paternal y protector, pero sin conseguirlo, porque ya no me imponía.

Entonces volvió á mi memoria con una viveza extraordinaria una conversación que habíamos tenido algunos días antes.

Sostenía Katia que á un hombre le es más fácil que á una mujer amar y declarar su amor.

—Un hombre—decía—puede declarar siempre su amor, mientras que una mujer no se atreve.

—A mí me parece—replicó Serguei Mikhailovich—que tampoco debe ni puede declararlo un hombre.

—¿Por qué no?—pregunté.

—Porque su declaración será siempre una mentira... Ama... ¡Qué

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE CATALUÑA

descubrimiento! Oyéndolo, se diría que en el instante de hacer esa revelación estalla dentro de él alguna cosa. ¡Bah!... ¡A...ma!... Parece que, cuando un hombre dice á una mujer «te amo», debe pasar alguna cosa extraordinaria, como una aparición... como si se tirase un cañonazo. Creo—añadió—que los hombres que toman en serio esas palabras sacramentales: «Yo amo á V.», se engañan á sí mismos ó engañan á los demás, que es más grave.

—Pero ¿cómo va á saber una mujer que la aman, si no se lo dicen?—preguntó Katia.

—¡No sé!—respondió.—Cada hombre expresa el amor á su manera. Ese sentimiento se manifiesta constantemente. Siempre que leo novelas, no puedo menos de representarme el desconcierto del protagonista, al exclamar: «¡Yo te amo, Leonor!», esperando que van á suceder grandes cosas, cuando el hecho es que no pasa nada nuevo ni en él ni en su heroína, sino que los dos siguen con su misma cara, su misma naríz y sus mismos ojos.

Comprendí inmediatamente que esas bromas contenían alusiones serias dirigidas á mí; pero Katia no entendía de bromas, en tratándose de héroes de novela.

—¡Siempre paradojas!— exclamó.—Ahora dígame francamente si jamás ha declarado V. á una mujer que la amaba.

—En mi vida he dicho cosa semejante ni me he puesto de hinojos delante de una mujer—respondió riendo—ni lo haré jamás.

Acordándome de esas palabras, pensé:

«No necesita decirme que me ama, Lo sé sin que me lo diga. Y no me engañarán todos sus esfuerzos por parecer indiferente.»

—Toque V. algo—dijo, entrando detrás de mí en el comedor.

—Hace mucho tiempo que no la he oído á V.

—Eso me decía yo—respondí.

Y en seguida, clavando bruscamente mis ojos en los suyos, le pregunté:

—Serguei Mikhailovich, ¿no está V. enfadado conmigo?

—¿Por qué?—interrogó.

—Por no haberle escuchado después de la comida—respondí sonrojándome.

Comprendió, meneó la cabeza y sonrió. Su mirada decía que habíamos merecido que nos riñesen, pero que él no se sentía con fuerzas.

—¿No hay ya nada entre nosotros? ¿Volvemos á ser buenos amigos?—insistí, sentándome al piano.

—¡Ya lo creo!—respondió.

Durante toda la noche habló poco conmigo; pero en todos sus movi-

2008 Ministerio de Cultura

mientos, en todas sus miradas, hasta en las palabras que dirigía á Katia y á mi hermanita, se traslucía el amor. De ese amor no me cabían ya dudas; pero compadecía á Serguei, y no le perdonaba que juzgase necesario disimular sus sentimientos y afectar frialdad respecto á mí, cuando yo veía tan claro lo que había, y nos hubiese sido tan fácil ser perfectamente felices.

Entre tanto, no cesaba de atormentarme como un crimen el recuerdo de mi travesura. Me parecía que él había dejado de respetarme desde que franqueé las tapias del jardín, y que estaba enfadado conmigo.

Después de tomar el té me aproximé al piano. El me siguió.

La espaciosa sala de alto techo no estaba alumbrada más que por dos bujías puestas en el piano. Una luna de noche de estío nos sonreía al través de las ventanas abiertas. Todo estaba en calma; no se oían más que las pisadas de Katia que hollaban de vez en cuando la arena, y el caballo de nuestra visita; el animal estaba atado debajo de la ventana, y resoplaba golpeando el suelo con el casco.

Serguei estaba sentado detrás de mí; yo no podía verlo, pero en la penumbra de la sala, en los sonidos del piano, en mí misma, en todas partes, sentía su presencia.

No distinguía su mirada ni sus movimientos, y, sin embargo, recabían en mi corazón. Me puse á tocar la sonata-fantasía de Mozart que él me había llevado, y que había aprendido con él y para él. No pensaba en mi música, y, sin embargo, me parece que no salí muy mal de mi empeño, y que Serguei Mikhailovich me escuchaba con placer.

Adivinaba que me miraba y que estaba contento. De pronto, sin querer, y sin dejar de tocar, volví la cabeza y dirigí una ojeada hacia su sitio. Su cabeza se destacaba sobre el claro fondo de aquella noche luminosa. Tenía la mejilla apoyada en la mano, y posaba en mí dulcemente sus brillantes ojos.

Sonreí al encontrar esa mirada, y paré; él también sonrió, y, reconviniéndome con un ademán, señaló el papel de música para que continuase.

Cuando acabé la sonata, ya estaba alta la luna, y su claridad más intensa, reforzando el ténue resplandor de las bujías, inundaba el suelo de una ola de argentada luz.

Katia dijo que había tocado mal, porque me había parado en el pasaje más hermoso, pero Serguei Mikhailovich declaró al contrario, que

2008 Ministerio de Cultura

no había tocado nunca mejor que aquella noche.

Se puso á pasear, yendo de la sala al comedor, y cada vez que volvía hacia mí me miraba y sonreía. Yo le devolvía su sonrisa, y hasta me daban unas ganas locas de reir, sin venir á cuento, sino sólo porque estaba muy contenta de todo lo que había pasado aquel día. Cuando él salía del comedor, yo abrazaba en seguida á Katia que se había acercado al piano, y le plantaba un beso debajo de la barba, en el sitio favorito para mí de su rollizo cuello; en cuanto él volvía á entrar, me ponía muy seria, aun cuando pasaba los mayores apuros por contener la risa.

—¿Qué tiene hoy? — preguntó Katia.

Serguei Mikhailovich no respondió; se limitó á mirarme y á sonreir. Sabía lo que tenía yo aquel día.

—¡Vean ustedes que noche tan hermosa! —exclamó desde la sala deteniéndose delante de la puerta que daba á la azotea.

Katia y yo nos unimos á él. En efecto: jamás había visto una noche semejante.

La luna llena se encontraba encima de nuestra casa, y no podíamos verla. La mitad de la sombra del techo, de las columnas y del toldo se proyectaba oblícuamente sobre el paseo de arena y el redondel de césped. Todo el resto de la azotea resultaba en relieve á la luz de la luna y brillaba con el rocío.

Sobre la ancha avenida guarnecida de flores, que se perdía á lo lejos en la bruma, se dibujaban las siluetas de las dalias al lado de la faja luminosa y fría en que centelleaban los guijarros desiguales. Al través del ramaje se veía relucir el techo liso de la estufa, mientras que del fondo del barranco subía una niebla y avanzaba espesándose. En las ramas de las lilas, desfloridas ya en parte, se distinguían claramente los racimos de flores húmedas de rocío. La sombra y la luz se combinaban en los paseos con efectos tan fantásticos, que no eran ya árboles y sendas lo que se veían, sino especies de casas trasparentes que se balanceaban con suaves ondulaciones.

A la derecha, dentro de la sombra de la casa, todo aparecía negro, siniestro, espantoso. En ese fondo oscuro destacábase por contraste brillantemente la atrevida copa del álamo. Se preguntaba uno por qué esa copa había detenido su vuelo á la altura de la casa para bañarse en esa cruda luz, en vez de lanzarse más arriba, allá á lo lejos, á las profundidades del cielo azulado.

—¡Vamos á pasear! —exclamé.

2008 Ministerio de Cultura

Katia consintió á condición de que me pusiese zuecos.

—No, no es menester—respondí. Serguei Mikhailovich me dará el brazo.

No es fácil ver cómo podía preservar mis pies de la humedad el brazo de Serguei Mikhailovich, pero á todos tres nos pareció muy natural la observación.

El no me había ofrecido nunca el brazo; aquella noche lo tomé yo por mí misma, y no le pareció una cosa extraña. Bajamos los tres á la azotea.

Se me figuraba que el cielo, el jardín, el aire que respiraba y el mundo entero eran nuevos para mí.

Cuando miraba hacia adelante por el paseo que seguíamos, me figuraba que no había nada más allá, que el mundo de la realidad concluía al extremo, que aquella noche debía cristalizarse para siempre con toda su belleza. Pero á medida que avanzábamos el muro mágico de la belleza, alejaba sus límites para dejarnos pasar, y por doquiera encontrábamos más jardín, más árboles, más caminos y hojas secas.

Y así era la verdad, porque pasábamos de una calle á otra, hollando círculos de sombra y de luz, y crujían bajo nuestros pies verdaderas hojas secas, y acariciaba nuestra cara fresco follaje.

El era, sin duda, el que iba junto á mí, sosteniendo blandamente mi brazo, y andando de una manera acompasada y sosegada; y Katia era también positivamente la que iba junto á nosotros haciendo crujir la arena con sus pisadas.

La luna debía ser la que derramaba su luz desde lo alto del cielo entre las ramas inmóviles.

Pero á cada paso que daba hacia adelante y hacia atrás, cerrábase el muro mágico, y dejé de creer en la posibilidad de avanzar, dejé de creer realidad todo lo que veía.

—¡Ah! ¡una rana!—gritó de repente Katia.

«Sí (pensé maquinalmente), una rana; pero, ¿á qué ese grito?» Entonces recordé que Katia tenía miedo á esos batracios, y miré al suelo.

Saltó una rana pequeña, se detuvo delante de mis pies, y también ella proyectó su sombra menuda en la arena brillante del paseo.

—¿Y V. no tiene miedo á las ranas?—me preguntó Serguei Mikhailovich.

Dirijí los ojos hacia él. Faltaba un tilo en el sitio del paseo donde nos encontrábamos, y pude distinguir claramente las facciones de mi amigo. ¡Qué hermoso me pareció su semblante, y cuánta felicidad expresaba!

Serguei Mikhailovich me había

2008 Ministerio de Cultura

dicho: «¿No tiene V. miedo á las ranas?», y yo creía oir su pensamiento:

—«¡Te amo, querida niña!»

«Te amo, te amo», me decían sus manos y su mirada; «¡te amo!» me repetían la luz, la sombra y el aire.

Habíamos dado la vuelta al jardín. Katia nos acompañaba constantemente, jadeante de fatiga.

Por fin anunció que era hora de entrar, y tuve lástima de ella.

«¿Por qué no siente lo que sentimos nosotros? (pensé). ¿Por qué esta noche no es tan feliz todo el mundo como él y yo?»

Entramos en la casa, pero Serguei Mikhailovich permaneció todavía mucho tiempo, á pesar de haber cantado ya una vez los gallos, á pesar de estar sumida en el sueño toda nuestra casa, y á pesar de los resoplidos del caballo que golpeaba con el casco debajo de la ventana más fuerte cada vez.

Katia no nos hizo observar que era una hora avanzada, y continuamos hablando, sin cansarnos, de cosas indiferentes. Al tecer canto del gallo, cuando empezaba á rayar la aurora, se levantó Serguei Mikhailovich; eran las tres de la mañana.

Se despidió sin decir nada, como de costumbre, pero yo estaba segura de que á partir de ese día me pertenecía, y nada podría arrebatármelo.

Ahora que me había confesado que amaba á Serguei Mikhailovich, me apresuré á confiárselo á Katia. Se enterneció y regocijó con mis confesiones; pero la alegría no le impidió dormir tranquilamente. Yo seguí paseándome aún por la azotea mucho tiempo, y volví á andar las calles del jardín que habíamos recorrido juntos, repasando en mi memoria todas las palabras que había pronunciado y hasta sus movimientos más insignificantes.

Aquella noche no dormí, y por primera vez de mi vida, ví la salida del sol y el comienzo de la mañana.

Jamás he vuelto á ver una noche igual ni mañana tan radiante.

Me preguntaba á mí misma: «¿Por qué no me dice sencillamente que me ama? ¿Por qué crea obstáculos imaginarios? ¿Por qué se hace más viejo de lo que es, cuando todo es tan sencillo y tan bello? ¿Por qué pierde tiempo, ese tiempo que es oro... que quizá no volverá nunca? ¿Por qué no me dice: «yo te amo»? ¿Por qué no toma mi mano para descansar en ella su cabeza, y decirme: «¡yo te amo!»? ¿Por qué no se sonroja y baja los ojos delante de mí, y yo también se lo diría todo?... ¡Oh, no! yo no podría decírselo, pero lo abrazaría, me apoyaría en su seno y lloraría...

2008 Ministerio de Cultura

Pero ¿y si me engañase? Esa duda atravesó de pronto por mi mente.

Tuve miedo de mi propio sentimiento. Dios sabe hasta donde hubiera podido conducirme. Me acordé de su turbación y de mi confusión cuando salté al huerto, y sentí un peso en el corazón. Corrieron las lágrimas de mis ojos. Me puse á rezar.

Cruzaron por mi espíritu una esperanza y una idea extraña: resolví empezar á prepararme para la comunión aquel mismo día, y decidí tomarla el de mi cumpleaños, dando por supuesto que en esa misma fecha me desposaría con Serguei Mikhailovich.

¿Por qué esa combinación? ¿Cómo había de cumplir ese designio?... Lo ignoraba, pero en aquel instante tenía el presentimiento de que sería así, y lo creí.

Cuando entré en mi habitación, era ya día claro y se levantaba la servidumbre.

IV

Estábamos en la cuaresma, y nadie se asombró de que me preparase para comulgar.

Serguei Mikhailovich no vino á casa en toda la semana, y, lejos de sorprenderme ni disgustarme, aprobé su reserva, y conté que aplazaría su visita para el día de mi cumpleaños.

Durante esa semana madrugué mucho todas las mañanas, y, mientras enganchaban el coche, me paseaba sola por el jardín para hacer examen de conciencia, repasando en mi memoria las faltas que había podido cometer la víspera, formando resoluciones para aquel nuevo día, y, prometiéndome que al siguiente no tendría que reconvenirme el más pequeño pecado. Me parecía que nada era más fácil que ser una persona cabal, y que, para conseguirlo, me bastaría un pequeño esfuerzo.

Interrumpía mis reflexiones la llegada de larga *ligneika* en que ya se encontraba Katia; yo me sentaba á su lado, y nos dirigíamos á la iglesia situada á tres kilómetros de nuestra casa. Al acercarme, me acordaba siempre de que se nos ordena rezar por todos nuestros hermanos «en el temor del Señor», y al subir las dos gradas cubiertas de hierba, procuraba penetrarme bien de ese sentimiento.

No había en la iglesia más que una decena de campesinas y algunos criados de nuestra casa que se preparaban también para la comunión. Esforzábame en responder á sus saludos con una humildad estu-

2008 Ministerio de Cultura

diada; después me dirigía á la caja de los cirios, que guardaba el viejo sacristán, un soldado retirado; cogía uno é iba á colocarlo yo misma delante de los icones, pareciéndome siempre que acababa de realizar un acto heroico.

Las puertas del Tsar estaban abiertas, y se veía en el santuario el velo del altar bordado por mi madre; sobre el iconostasio estaban los dos ángeles rodeados de estrellas, que me parecían tan grandes, cuando era niña, y la paloma con su nimbo de oro, objeto de mi admiración.

Detrás del coro distinguía las fuentes bautismales, donde tantas veces había tenido yo á los hijos de nuestra servidumbre y donde me habían bautizado á mí misma.

Salió del santuario el anciano sacerdote con la casulla hecha del paño mortuorio que había cubierto el sarcófago de mi padre; dijo el oficio con la misma voz que he oído siempre desde que vine al mundo, con aquella voz que celebró el bautismo de mi hermanita, y pronunció el *De profundis* delante de los cadáveres de mis padres.

Reconocía asimismo la voz temblona del sacristán que dominaba siempre el coro, y la anciana campesina que había visto invariablemente en el mismo sitio, encorvada, arrimada al muro, levantando los ojos llenos de lágrimas hacia el icón colocado sobre el coro, estrechando con las manos cruzadas sobre el pecho un pobre chal ajado, y murmurando oraciones con los labios descoloridos y hundidos.

Todas esas cosas familiares crecían á mis ojos; revestían un carácter sagrado; no me eran ya queridas sólo por el recuerdo, sino que me parecían llenas de alta significación.

Escuchaba atentamente todas las palabras de la oración, y procuraba experimentar sentimientos en armonía con esas palabras; cuando no las comprendía, rogaba á Dios que me iluminase, ó rezaba mentalmente una oración mía en sustitución de la que no había podido seguir.

Al llegar el *Confiteor*, evocaba todo mi pasado, y ese pasado infantil é inocente me parecía tan sombrío en comparación del luminoso estado de mi alma, que lloraba por mis pecados temerosa y trémula, pero creyendo á la vez que me serían perdonadas mis faltas, y que cuanto más culpable fuese tanto más dulce sería el arrepentimiento.

Cuando el sacerdote decía después del oficio: «La bendición de Dios es sobre vosotros», se apoderaba de mí inmediatamente una

2008 Ministerio de Cultura

sensación de bienestar, sentía penetrar en mi corazón un cálido rayo, que me inundaba de luz.

Terminado el oficio, el pope se acercaba á mí, y me ofrecía ir á decir las primeras vísperas á la casa; yo le daba las gracias vivamente por esa atención y anunciaba que iría yo misma á la iglesia.

El insistía:

—¿Para qué ha de tomarse usted ese trabajo?

Y no sabía ya qué responder, temiendo pecar por orgullo.

Cuando no me acompañaba Katia, despedía el coche al llegar, y volvía á pie, completamente sola; saludaba humildemente y muy bajo á todos los que encontraba, buscando la ocasión de hacerme útil á alguien, de sacrificarme por cualquiera, dando un consejo á éste, ayudando á aquél á levantar su carro, meciendo á un niño, ó cediendo la orilla del camino á un aldeano y yendo yo á meterme en medio del lodo.

Una noche oí á nuestro administrador, cuando iba á dar á Katia su parte diario, que el *mugik* Simeón había pedido unas tablas para hacer el ataud de su hija y un rublo de plata para mandar decir una misa, y que se lo había dado todo.

—¿Tan pobres son?—exclamé.

—Muy pobres, señorita; no tienen siquiera para comprar sal.

El corazón se me oprimía, pero al mismo tiempo experimenté cierta satisfacción. Dije á Katia que iba á pasearme. Lo que hice fué correr á mi cuarto, coger todo mi dinero, cuanto yo poseía—que, á decir verdad, no era mucho—santiguarme, y dirigirme sola por el terrado y el jardín hacia la aldea en busca de la cabaña de Simeón.

Habitaba en la primera *isba*. Pude acercarme á la ventana sin ser notada, dejé el dinero en el reborde y golpeé en los vidrios.

Al momento se abrió la madera, y salieron de la *isba* preguntando quién llamaba: pero yo huí, sin responder, temblando y helada de terror como una criminal.

Katia me preguntó dónde había estado y qué me había sucedido. Yo pasé delante de ella sin desplegar los labios, ni poder comprender la significación de sus palabras.

Cuanto me rodeaba me pareció de repente pequeño, mezquino. Permanecí largo rato en mi habitación sin poder ocuparme de nada, ni fijar mi pensamiento, ni darme cuenta de lo que sentía.

Pensaba en la alegría de aquella pobre familia, en su gratitud hacia el desconocido que había puesto el dinero en la ventana, y casi me pesó no habérselo entregado yo misma. Luego pensé en lo que hubiese dicho de ese acto Serguei

2008 Ministerio de Cultura

Mikhailovich, y me holgaba creyendo que todo el mundo lo ignoraría siempre.

¡Qué feliz era en aquel momento! Por una parte, me parecía que todos éramos muy malos, pero, por otra, no podía menos de juzgarme á mí misma y á los demás con tanta indulgencia, que la idea de la muerte se ofreció á mis ojos como un venturoso sueño. Lloraba orando, sonreía en medio de mis lágrimas, y sentía desbordarse de mí un amor que abrazaba al mundo entero y me hacía enternecerme por mí misma.

Entre los oficios leía el Evangelio, y ese libro se me presentaba más claro cada vez; á cada instante me parecía más sencillo y conmovedor el relato de aquella vida divina, y más impenetrable y sublime la profundidad de sentimiento y de pensamiento que encontraba en la palabra santa.

Pero, en cambio, cuando después de la lectura miraba en torno mío, y dirigía mi pensamiento hacia la vida cuotidiana, ¡qué fácil y sencillo me parecía todo! Creía que nada era tan difícil como vivir en el pecado, ni tan sencillo como amar al prójimo y conseguir su amor. ¡Todo el mundo se había hecho tan bueno y cariñoso para mí! Hasta Sonia, á quien seguía dando lecciones, estaba transformada, y se esforzaba en comprenderme, en serme agradable y en no darme que sentir.

Es que los demás obraban conmigo como yo con ellos.

Después pensaba en mis enemigos, á quienes debía pedir perdón antes de confesarme. Me acordé de una joven, una vecina, sobre quien me había permitido una broma en sociedad un año antes. Ella dejó de ir á vernos. Le escribí una carta, en que confesaba mi falta, pidiéndole perdón, y la joven me dirigió otra, pidiéndome perdón también al par que me concedía el suyo.

Lloré de alegría al leer aquellas sencillas líneas en que encontraba un sentimiento profundo y conmovedor.

Cuando fuí á pedir perdón á mi *nianía*, se deshizo en lágrimas.

—¿Por qué son tan buenos para mí? ¿Qué he hecho yo para merecer su cariño?—me preguntaba.

E involuntariamente me acordé de Serguei Mikhailovich, y pensé en él largo rato. No podía menos de hacerlo, y no creía pecar en eso.

Pero pensaba en él muy de otro modo que la noche en que me confesé á mí propia que lo amaba; pensaba en él como en mí misma, y lo asociaba de continuo á todos mis ensueños de porvenir.

2008 Ministerio de Cultura

Habíase desvanecido aquel sentimiento abrumador de su superioridad que me oprimía en su presencia. Me reputaba igual á él, y, juzgándolo desde las alturas á que me elevaba el estado presente de mi espíritu, penetraba en su alma entera. En aquel momento comprendí por primera vez por qué decía siempre que la felicidad consiste en vivir para otro; yo era ahora de su misma opinión.

Me parecía que los dos juntos disfrutaríamos de una felicidad tranquila y sin fin. No soñaba á su lado ni viajes al extranjero, ni sociedad, ni lujo, sino sólo una dulce vida de familia en el campo, con un eterno y mutuo sacrificio de la propia persona, con un eterno amor y con la conciencia permanente de que velaba á todas horas sobre nosotros una bondadosa Providencia.

Según me había prometido, confesé el día de mi cumpleaños.

A mi regreso de la iglesia experimenté tal plenitud de contento, que sentí como miedo de vivir, temiendo la menor impresión que pudiese venir á turbar mi serenidad.

Pero apenas nos dejó el coche en el patio, rodó en el mismo patio con estruendo una victoria bien conocida, y se unió á nosotros Serguei Mikhailovich.

Me felicitó, y entramos juntos en la sala.

Desde que nos conocíamos jamás me había encontrado tan tranquila y tan independiente en su presencia como aquella mañana. Sentía en mi interior todo un mundo nuevo, impenetrable para él y superior á él; por eso, no experimentaba ninguna cortedad.

El debía tener la intuición de lo que en mí pasaba; lo comprendí por el cariño lleno de deferencia que me atestiguó con un furor casi religioso.

Me acerqué al piano, pero él lo cerró, y se guardó la llave en el bolsillo.

—No turbe V. la paz de su alma; acaba V. de oir una armonía superior á toda música terrestre.

Le agradecí esa atención, pero al propio tiempo llevé un poco á mal que penetrase tan fácilmente el secreto de mi espíritu. Al comer manifestó que había ido para felicitarme y á la vez para despedirse, porque debía marchar á Moscou al día siguiente.

Al pronunciar estas palabras miró á Katia; después dirigió una ojeada furtiva hacia mí, como si temiese notar en mi semblante algunas señales de emoción.

Pero no me asombré, ni me preocupé, ni le pregunté siquiera si se ausentaba para mucho tiempo.

Sabía de antemano que anunciaría su marcha y que no partiría.

2008 Ministerio de Cultura

¿Cómo lo adiviné? Me es imposible explicármelo ahora. Sólo sé que en aquel día memorable tenía presente en la memoria todo lo que había sucedido y presentía todo lo que debía suceder.

Me hallaba como sumida en un hermoso ensueño donde ni el porvenir ni el pasado tenían ya secretos para mí.

Serguei quiso retirarse inmediatamente después de la comida, pero, como Katia, fatigada por una mañana entera de iglesia, se fué á descansar, tuvo que esperar á que despertara para despedirse.

Como hacía demasiado sol en la sala, bajamos á la azotea. Apenas nos sentamos, empecé á hablar con la mayor calma de lo que debía decidir de la suerte de mi amor.

Entablé la conversación en el momento preciso de sentarnos, ni un minuto antes, ni un minuto después. No habíamos cambiado aún ni una sola palabra, y podía dar á nuestra conversación el carácter y el tono que me conviniesen.

Yo misma no me explico de dónde saqué la calma, la decisión y la claridad de mis expresiones. Parecía que no era yo la que hablaba, sino algo independiente de mi voluntad.

El estaba sentado enfrente, apoyado en la balaustrada; había atraído hacia sí una rama de lila y se entretenía en deshojarla.

Cuando me puse á hablar, soltó la rama, y apoyó la cabeza en la mano. Su actitud era la de un hombre perfectamente tranquilo ó presa, al contrario, de una intensa emoción.

—¿Por qué se va V.?—pregunté, acentuando las palabras, y mirándole al rostro.

No respondió en seguida.

—¡Los negocios!—balbuceó bajando los ojos.

Ví el trabajo que le costaba eludir una pregunta formulada con tanta sinceridad.

—Escuche V.—le dije.—Usted sabe lo solemne que es este día para mí. Está llamado á representar un gran papel en mi vida bajo más de un aspecto. Si le hago esta pregunta, no es para probarle que me intereso por V.—Usted sabe que estoy habituada á verlo desde que tengo uso de razón, y conoce mi cariño;—se lo pregunto porque debo saber á qué obedece su marcha...

—Me es muy difícil—respondió —decirle á V. el verdadero motivo de mi partida... Esta semana he pensado mucho en V. y en mí, y he decidido que debía marcharme. Usted comprende por qué, y, si me quiere, no insista...

Se pasó la mano por la frente, y después se la llevó á los ojos.

—Yo soy el que sufro—añadió—

2008 Ministerio de Cultura

y usted... usted comprende por qué parto...

Mi corazón latió violentamente.

—No puedo comprender—respondí—*no puedo*, y yo le ruego, yo le pido como un favor, que usted me concederá por ser el día de mi cumpleaños, que me lo diga todo; puedo oir con calma todo lo que tenga V. que decirme.

Cambió de postura, volvió á coger la rama de lila, y, procurando afectar una voz firme, contestó:

—Aunque sea ridículo é imposible expresar eso en palabras, y aunque me haga sufrir, voy á esforzarme en explicárselo.

Contrajo la cara como si experimentase un dolor físico.

—Veamos—le dije.

—Figúrese V. que había una vez un hombre, sí, un hombre de cierta edad que había dejado ya tras de sí la juventud, y una señorita N..., una joven perfectamente feliz, y que no conocía aún la vida ni los hombres. Se vieron acercados por relaciones de familia, y él quiso á esa joven con un afecto paternal sin tener la menor idea de que pudiese un día amarla de otro modo...

Guardó silencio. Yo no hice ninguna observación. Al cabo de un instante continuó apresuradamente, con tono decidido, y sin mirarme:

—Había olvidado que la señorita N... estaba en la edad en que la vida parece aún un juego, que era demasiado fácil amarla de otro modo que como un padre, y que ella se encontrase satisfecha. Se forjó ilusiones hasta el día en que se deslizó en su alma un sentimiento distinto, pesado como el remordimiento, y temió ver destruídas sus relaciones amistosas. Entonces resolvió partir para conservarlas intactas.

Al decir esto, Serguei volvió á pasar maquinalmente la mano por los ojos, y acabó por tapárselos.

—Pero ¿por qué temía amarla?—pregunté muy bajo, y conteniendo mi emoción.

Mi voz permaneció tranquila, y debió parecerle burlona.

Respondió con un tono casi ofendido:

—Usted es joven, y yo no. Usted no desea más que jugar, y yo deseo otra cosa. Juegue V., pero no conmigo, porque yo podría tomar en serio ese juego, y entonces sería desgraciado, y V. misma se avergonzaría. Así hablaba el Sr. A...—añadió—pero dejemos todas esas niñerías... Usted comprende ahora por qué parto. No hablemos más, se lo ruego.

—¡No, no, hablemos!—exclamé, y las lágrimas hicieron temblar mi voz.—¿La amaba él, sí ó no?

Serguei Mikhailovich no respondió.

2008 Ministerio de Cultura

—Y, si no la amaba—continué—¿por qué ha jugado con ella como con un niño?...

—Sí, sí—dijo precipitadamente, interrumpiéndome—pero, habiendo acabado todo entre ellos, se han separado... como buenos amigos.

—¡Pero todo eso que V. dice es terrible!... Todo eso ¿no podía terminar de otro modo?

Yo misma tuve miedo de lo que acababa de decir.

—Sí, hubiera podido terminar de otro modo—dijo, descubriendo la cara alterada por la emoción, y mirándome al fondo de los ojos.

—Hay dos desenlaces posibles—continuó.—Pero, por favor, no me interrumpa V., y procure escucharme con calma. Los unos dicen—añadió levantándose y con una leve sonrisa amarga y nerviosa—los unos dicen que el Sr. A... se ha vuelto loco, que ha amado á la señorita N... hasta la demencia, que se lo ha dicho... y que ella se ha contentado con reírsele en las barbas. Para ella, eso no era más que una broma; para él era cuestión de vida.

Me extremecí, quise interrumpirle é impedirle hablar por mí, pero me contuvo poniendo su mano sobre la mía.

—Aguarde V.—murmuró con voz trémula.—Otros dicen que la señorita N... tuvo lástima del señor A...; que esa pobrecilla, que jamás había visto el mundo, se figuró que podía amarlo, y consintió ser su mujer. Pues bien: el pobre loco creyó que iba á empezar de nuevo su vida... pero no tardó en descubrir que ella se hacía ilusiones, y que él se había engañado... No hablemos más de eso—dijo para concluir.

Le faltaba la voz. Empezó á pasearse silenciosamente delante de mí.

Acababa de decir: «No hablemos más de eso,» y yo veía, sin embargo, que esperaba mi respuesta.

Lo miré: estaba pálido, y le temblaba el labio inferior.

Me dió lástima.

Hice un supremo esfuerzo y rompí de repente aquel silencio que me oprimía, empezando á hablar con una voz sosegada, contenida, pero que esperaba ver alterarse de un momento á otro.

—Hay un tercer desenlace...

No tuve fuerzas para continuar...

Serguei Mikhailovich seguía guardando silencio.

—Ese tercer desenlace (continué con esfuerzo) es éste: El no la ha amado nunca, y le ha hecho un mal al partir, creyendo hacerle un bien, y hasta alabándole de esa acción... V. es el que se alegra de marchar-

2008 Ministerio de Cultura

se; en cuanto á mí, lo he amado desde el primer día.

A esta palabra «amado» mi voz tranquila y contenida se trocó en un grito salvaje que á mí misma me dió miedo.

El permanecía en pie delante de mí, muy pálido; se acentuó el temblor convulsivo de sus labios, y corrieron dos lágrimas por sus mejillas.

—¡Es una mala acción!—grité fuera de mí, ahogándome y llenándoseme la garganta de lágrimas de rabia.—¿Porqué?—repetí, y quise levantarme para alejarme de él.

Pero no tuve tiempo; su cabeza estaba ya sobre mis rodillas; sus labios besaban mis manos, temblorosas aún y mojadas por sus lágrimas.

—¡Dios mio! ¡Si yo pudiese creerlo!—balbuceó.

—¿Por qué, por qué dudar?—murmuré.

¡Pero ya en mi alma irradiaba la felicidad, esa felicidad hoy desvanecida y que no volverá nunca!

Cinco minutos despues Sonia corría en busca de Katia, y gritaba bastante alto para que en toda la casa la oyesen:

—¡Sabe usted que Mariquita se casa con Serguei Mikhailovich!

V

No había ninguna razon para diferir nuestro matrimonio, y ni él ni yo teníamos deseos de esperar. Katia hubiera querido seguramente ir á Moscou para encargar mi canastilla de boda, y la madre de mi futuro insistía en que comprase un coche nuevo y renovase el mobiliario y los tapices de su casa. Pero nosotros estábamos de acuerdo en pedir que se nos casase por el pronto, y que se aplazasen para después todas esas cosas, si se creían precisas. Teníamos empeño en que el matrimonio se celebrase de allí á dos semanas, sin ruído, sin canastilla, sin cena de boda, sin campo, ni ninguno de los demás accesorios convencionales que acompañan siempre á un desposorio.

El me confió que para su madre era un desencanto que nuestra unión se celebrase sin música, sin que se transformase la casa desde el sótano al desván, y sin ver acumularse montañas de ropa en las filas de baules nuevos, como sucedió cuando su matrimonio, que había costado más de treinta mil rublos. Así que, sin saberlo su hijo,

2008 Ministerio de Cultura

la buena señora pasaba revista á sus armarios y celebraba consejo con su ama de llaves Mariuchka á propósito de los tapices, de las colgaduras y de las bandejas que, no sé por qué, le parecían indispensables para nuestra felicidad.

Katia hacía otro tanto con Kuzminichna. A Katia no le hacía gracia que yo me permitiese bromas sobre el particular. Estaba firmemente convencida de que Serguei Mikhailovich y yo, al hablar de nuestro porvenir, decíamos una porción de niñerías propias de novios, pero que nuestra felicidad futura dependía en rigor de la manera como estuviesen hechas las camisas y dobladilladas las servilletas.

Entre Pokrovskoe, nuestra propiedad, y Nikolskoe, la de mi futuro, se estableció un cambio diario de comunicaciones con motivo de lo que en una y otra casa se preparaba. Y áun cuando las relaciones entre Katia y la madre de Serguei Mikhailovich tuviesen el carácter más afectuoso, se insinuaba ya en sus tratos cierta fina diplomacia que dejaba traslucir su puntita de rivalidad.

Tatiana Semionovna, la madre de Serguei Mikhailovich, con quien intimé entonces, era un ama de casa muy severa, muy altiva, toda una gran señora del siglo pasado.

Serguei Mikhailovich quería á su madre, no sólo como un buen hijo, sino como un hombre que veía en ella la mujer más inteligente, más amante y mejor del mundo.

Ella se mostraba siempre buena para nosotros, y sobre todo para mí; estaba evidentemente contenta de ver á su hijo casarse. Sin embargo, cuando fuí á su casa como prometida de Serguei Mikhailovich, me pareció interesada en hacerme comprender que su hijo hubiese podido encontrar un partido mejor, y que yo haría bien en no olvidarlo nunca.

Yo la comprendía perfectamente, y era en todo de su opinión.

Durante las dos semanas que precedieron al matrimonio, ví á mi futuro diariamente. Llegaba á la hora de la comida, y se estaba hasta media noche. Pero, por más que declarase que no podía vivir sin mí —y bien veía yo que decía la verdad—no pasó el dia entero á mi lado una sola vez, y todo el tiempo de nuestras relaciones se esforzó en consagrarse á sus asuntos.

Nuestras relaciones siguieron siendo exteriormente lo que antes; nos llamábamos de V.; no me besaba siquiera la mano; y no sólo no buscaba la ocasión de quedarse á solas conmigo, sino que la rehuía, como si temiera abandonarse al cariño demasiado intenso que me

2008 Ministerio de Cultura

profesaba, y tratase de evitar la explosión.

Ignoro quién de nosotros había cambiado, pero yo me sentía completamente su igual. No encontraba ya en él aquella afectacion de sencillez que me desagradaba, y descubría á menudo, que tenía delante de mí un verdadero niño, loco de alegría y lleno de humildad, en vez de aquel hombre que me inspiraba temor y me imponía respeto.

Me parecía ahora que conocía su alma entera, y encontraba muy de mi gusto cuanto sabía de él. Hasta los planes que formaba para nuestra vida futura eran los míos, con la sola diferencia de que él los exponía mucho más claramente y mejor que yo.

Hacía mal tiempo, y pasábamos la mayor parte del día en la casa. Nuestras conversaciones más dulces é íntimas las tuvimos en el ángulo de la sala comprendido entre el piano y la ventana.

La luz de las bujías se reflejaba en los vidrios oscurecidos sobre los cuales rebotaban sonoramente gotas de lluvia que caían del tejado; el agua salía con violencia de las canales, y esa humedad de fuera realzaba la alegría, el calor y la luz del rinconcito de la sala en que nos refugiábamos.

—¿Sabe V. que hace tiempo tengo algo que decirle?—esclamó una noche que se había prolongado nuestra conversación hasta más tarde que de costumbre al lado del piano.—He estado pensando en ello todo el tiempo que tocaba V.

—¡No me lo diga! ¡Lo he adivinado todo!—repliqué.

—Sí, tiene V. razón, no hablemos más.

—No, no, dígamelo V... ¿De qué se trata?—repuse mudando de parecer.

—Verá V. lo que es. ¿Se acuerda V. de la historia del Sr. A... y de la señorita N...?

—Me acordaré siempre de esa necia historia... es una suerte que haya terminado tan bien.

—Sí, un poco más, y yo mismo hubiese destruído mi ventura. Usted me ha salvado. Pero lo importante es que yo mentí entonces, y me avergüenzo; por eso quiero esplicarme ahora...

—Le suplico á V. que no añada una palabra...

—¿Qué teme V?—dijo sonriendo.—No trato más que de justificarme. Cuando le hablé á V., quise razonar.

—¿A qué razonar?—respondí.—No hay que razonar nunca los sentimientos.

—Sí, yo he razonado mal. Después de todos los desengaños y de todas las faltas de mi vida, cuando volví á mi casa aquella vez, formé

2008 Ministerio de Cultura

la resolución de no volver á amar, pensando que ya no me quedaba otra cosa sino acabar mi vida honradamente. Mi resolución era tan firme, que durante mucho tiempo no me dí cuenta del sentimiento que me atraía hacia V., y no previ hasta dónde me llevaría... Esperaba sin atreverme á esperar—añadió después de una pausa.—Tan pronto me parecía que V. coqueteaba, como creía en su amor, y no sabía qué hacer. Pero después de aquella noche... ¿Se acuerda V...? Aquella noche en que nos paseamos por el jardín, tuve miedo... mi ventura me pareció demasiado grande para ser verdadera... Y, en efecto. ¿Qué hubiera sido de mí, si llegando á esperar, hubiesen resultado vanas mis esperanzas? El mal es que no pensé más que en mí, porque soy un egoista indigno.

Calló y me miró.

—Con todo, yo no andaba completamente desacertado—prosiguió.—Tenía perfecto derecho á temer un fracaso. ¿Qué puedo darle á V. á cambio de lo que le debo? ¡Tan poca cosa! ¡V. es todavía una niña, un capullo que aguarda el momento de abrir! V. ama por primera vez, y yo...

—¡Oh! diga V. toda la verdad...

Pero en seguida temí la respuesta que hubiera podido darme, y exclamé:

—No, no; no me diga V. nada.

—¿V. quiere saber si he amado ya?—dijo penetrando mi pensamiento.—Puedo responder á V... No, no he amado nunca: no he sentido jamás un afecto como el que esperimento por V.

Pero de improviso pareció asaltarle un recuerdo penoso, y añadió tristemente:

—No, y por eso me hace falta el corazón de V. para darme el derecho de amarla. Ya ve que tenía el deber de reflexionar mucho, antes de decirle que la amo. ¿Qué le ofrezco yo á V. en cambio de su vida? ¡El amor! Eso es todo.

—¿Y es poco?—pregunté levantando los ojos para encontrar su mirada.

—Poco, amiga mia; para V. es poco—continuó.—¡V. posee belleza y juventud!... Mi felicidad es tal que frecuentemente no duermo noches enteras pensando en nuestra vida futura. He vivido mucho, y creía haber encontrado al fin lo que necesitaba para ser dichoso: una vida tranquila y retirada en nuestro rincón del campo, con la posibilidad de hacer bien á los campesinos—cosa bien fácil á que no están acostumbrados, y que será para mí un trabajo útil;—además, por distracciones, la naturaleza, los libros, la música, el amor del prójimo... tal era mi sueño de ventu-

2008 Ministerio de Cultura

ra, y no concebía nada más allá... Y he aquí que sobre eso encuentro una amiga como V., y acaso la familia y todo lo que pueda desear un hombre.

—¿Por qué no?

—Eso es muy bueno para mí que he pasado de la juventud, pero no para V.... Usted no conoce aún la vida, V. sentirá quizá deseos de buscar la felicidad en otra parte, y quizá acabará por encontrarla... En este momento le parece á V. que posee la felicidad entera, porque me ama...

—No, no, yo he soñado siempre una vida tranquila, una vida de familia—exclamé. Eso es lo que me gusta...—Ya ve V. que soñamos lo mismo.

—Le parece á V. que es así, amiga mía, pero es poco para V. Usted posee la belleza y la juventud—repitió pensativo.

Me hirió el que no me creyese y el que pareciera echarme en cara mi juventud y mi belleza.

—¿Por qué me ama V.?—le pregunté con acento de enojo. ¿Por mi juventud ó por mí misma?

—No sé por qué amo á V.; lo que sé es que la amo—respondió fijando en mí su mirada profunda, que llamaba irresistiblemente la mía.

Guardé silencio; mis ojos permanecían clavados, á mi pesar, en sus pupilas.

Experimenté de repente una extraña sensación: empezó por borrarse de mi vista todo lo que me rodeaba; después se desvaneció la cara de Serguei Mikhailovich, y no ví ya más que sus ojos que brillaban delante de los míos; en fin, me pareció que sus ojos penetraban dentro de mí misma; entonces ya no ví ninguna cosa, y tuve que bajar los párpados para arrancarme al sentimiento de éxtasis y de temor que excitaba en mí la fascinación de aquella mirada.

La víspera del día señalado para el matrimonio se despejó el cielo por la noche. A las lluvias, que no habían dejado de caer desde el fin del verano, sucedió la primera noche de otoño: clara y fría. Todo estaba impregnado de una frescura húmeda, y por primera vez se veía en los paseos ya aclarados del jardín las alfombras matizadas del otoño, que temblaban aún alrededor de los árboles en parte desnudos. El cielo aparecía límpido, con un azul pálido de fríos reflejos.

Me dormí muy contenta, pensando que amanecería despejado el día de mi boda.

Me desperté con el sol, y la idea de que era ya *ese día* me llenó de temor y de asombro; me apresuré á bajar al jardín. El sol, bajo aún, formaba portillos luminosos entre las ramas amarillas y despojadas

2008 Ministerio de Cultura

de los tilos. Las calles estaban cubiertas de hojas rumorosas. Los frutos de los serbales ostentaban su color rojo, un poco sombrío, en medio de los restos de follaje abarquillado y mustio por la helada; las dalias, marchitas, se habían vuelto enteramente negras.

El invierno había sembrado por primera vez su polvo de plata sobre el césped amarillento y sobre los cuadros que se extendían delante de la casa. El cielo estaba demado frío para no ser claro y puro.

«¿Es posible sea hoy?—pregunté; y me costaba trabajo creer en mi felicidad.—¿Es posible que esta noche no me despierte ya en mi cuartito, sino en Nikolskoe, en aquel caserón de columnas, en aquella casa extraña? ¿No lo esperaré más aquí para retenerlo, hablándole toda la noche de Katia y de Sonia? ¿No estaré más con él en nuestro rincón favorito de la sala, cerca del piano? ¿No volveré ya á acompañarlo ni me quedaré intranquila por él al volverse solo á su casa en medio de la oscuridad de la noche?»

Me acordé entonces de que me había dicho la víspera que iba por última vez, y de que Katia, al probarme el vestido de boda, me dijo: «es para mañana,» y por un instante me cercioré de que estaba tan cerca el acontecimiento, pero enseguida empecé á dudar nuevamente.

«¡Cómo! ¿Desde hoy viviré allá con mi suegra, sin Katia y sin las demás gentes familiares para mi? ¿No besaré ya todas las noches antes de acostarme á mi buena *nanía*, ni le oiré decir, como de costumbre, después de hacer la señal de la cruz: «Buenas noches, señorita?» ¿No daré ya lecciones á Sonia, no jugaré más con ella, no me entretendré más en dar golpecitos sobre el muro que separa nuestros cuartos, ni volveré á oir su risa sonora? ¿De modo que hoy me convierto en una extraña para mí misma? ¿Va á abrirse ante mí una nueva vida, que debe realizar todos mis sueños y todas mis esperanzas? ¿Y esa vida nueva es realmente para siempre?»

Esperaba con impaciencia la llegada de Serguei Mikhailovich; encontraba demasiado pesados mis pensamientos para llevarlos yo sola.

Vino temprano, y sólo en su presencia me cercioré totalmente de que aquel día sería su mujer, y dejó de asustarme esa idea.

Antes de comer nos fuimos todos á nuestra capilla para oir una misa por el reposo del alma de mi padre.

«¡Ah! ¡Si viviese aún!»—pensé cuando volvíamos á la casa, y me apoyé sin decir una palabra en el brazo de mi prometido, que había sido el mejor amigo de mi padre.

2008 Ministerio de Cultura

Durante el servicio, cuando estando arrodillada toqué con la frente las losas frías de la capilla, me representé tan al vivo á mi padre, que me pareció que su alma estaba presente entre nosotros y que me bendecía.

Todos esos recuerdos, esas esperanzas, esa alegría y esa tristeza, se fundieron en un sentimiento solenme y lleno de encanto, que estaba en armonía con aquel aire tan fresco y tan en calma, con aquellos campos desnudos y aquel pálido cielo, de donde caían rayos brillantes, pero impotentes, que en vano procuraban quemar mis mejillas.

Me parecía que aquel á quién daba el brazo me comprendía y participaba de mi sentimiento. El marchaba en silencio lentamente, y en su semblante, que miraba yo á hurtadillas de vez en cuando, encontraba esa mezcla de tristeza y alegría que había en la naturaleza y en mi corazón.

De pronto se volvió y ví que quería hablar.

«Con tal que no haga alusiones á lo que llena mi corazón en este momento»—pensé con espanto.

Me habló de mi padre sin nombrarlo siquiera. Me acuerdo en particular de estas palabras:

—Un día me dijo: «¡Cásate con mi Mariquita!»

—¡Qué felíz sería hoy!—dije estrechando enérgicamente el brazo en que mi mano se apoyaba.

—Sí, V. era todavía una niña—continuó mirando á mis ojos.—En aquel tiempo besaba yo esos ojos y los quería únicamente por su parecido... ¡Estaba muy lejos de pensar que un día los querría por sí mismos!... Entonces le llamaba á usted Mariquita.

—¿Por qué no me llama V. de tú?—murmuré.

—Iba á tutearte hace un momento: ahora es cuando siento que eres enteramente mía.

Y posó sobre mí su mirada atractiva, serena y venturosa.

Ibamos constantemente por en medio de la paja pisada ó amontonada que había quedado en el campo después de la siega. No oíamos más que el ruído de nuestras vòces y de nuestros pasos amortiguados.

A la otra parte de la cañada se extendía un campo parduzco hasta un desnudo bosquecillo; un labrador trazaba enfrente de nosotros un surco negro que iba siempre ensanchándose. Al pie de la colina pacían varios caballos diseminados; parecía que no había más que alargar la mano para tocarlos.

Por el lado opuesto de la cañada desarrollábase ante nosotros hasta el jardín que dominaba nuestra casa otro campo negro y deshelado, por donde apuntaban aquí y allí los

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONÉS

brotes verdes de las siembras de otoño.

El sol desmayado abrillantaba en el aire la enredada madeja de los hilos de la Virgen, que se cruzaban en todos sentidos, giraban sobre nuestras cabezas, se agarraban á nuestros ojos, al pelo ó á la ropa, y volvían á caer al suelo.

Cuando hablábamos, vibraban nuestras voces con extraña sonoridad, y parecían quedar suspensas en el aire inmóvil; experimentábamos la sensación de estar completamente aislados en la tierra, solos bajo el cielo, recogiendo las pálidas sonrisas de un sol moribundo.

También yo hubiese querido llamar de tú á Serguei Mikhailovich, pero me detenía una especie de vergüenza.

Por fin, dije animosamente y á media voz, con la mayor rapidez posible:

—¿Por qué vas tan deprisa?

Y no pude menos de sonrojarme.

Acortó el paso, y me contempló con más cariño, con más satisfacción y alegría aún.

Al entrar en la casa, encontramos á la madre de Serguei Mikhailovich y á los convidados, sin los cuales parece que no puede celebrarse decorosamente una boda; y á partir de entonces hasta nuestro regreso de la iglesia después de la bendición, no pudimos vernos solos ni un instante.

Cuando entré en la iglesia se hallaba casi vacía; con el rabillo del ojo divisé desde mi sitio á la madre de Serguei Mikhailovich, que estaba cerca del coro, en pie sobre una alfombra, y junto á ella á Katia, con cintas color de lila en el tocado y lágrimas en las mejillas; por último, dos ó tres criados nuestros, que me miraban con curiosidad.

En cuanto á él, no necesitaba verlo para sentir su presencia cerca de mí.

Seguí atentamente las oraciones, y las repetí; pero no encontraron eco en mi alma. No podía rezar; miraba distraidamente las santas imágenes, los cirios, la cruz bordada de la casulla del pope, el iconostasio y las vidrieras, pero no comprendía nada de lo que pasaba. Sentía sólo que se realizaba en mí algo extraordinario.

Cuando el pope se volvió hacia nosotros con la cruz en la mano, y nos felicitó, diciendo que él, que me había bautizado, se congratulaba de que Dios le hubiese concedido la gracia de darme la bendición nupcial, y cuando nos abrazaron Katia y la madre de mi marido, y oí á Gregorio llamar á nuestro cochero, me sorprendí y asusté al ver que ya había concluído la ceremonia sin que hubiese notado en mi

2008 Ministerio de Cultura

alma nada que correspondiese al sacramento religioso de que acababa de participar.

Mi marido me besó, pero ese beso que le devolví me pareció extraño. ¡Estaba tan poco en consonancia con la intensidad de nuestro pensamiento!

«¿No es más que esto?» pensé.

Bajamos al pórtico; resonaron las ruedas bajo la bóveda de la iglesia; azotó mi cara una bocanada de aire fresco; Serguei Mikhailovich se puso el sombrero y me ayudó á subir al coche; después se sentó á mi lado, y cerró la portezuela.

Sentí una punzada en el corazón: me había herido aquella seguridad con que tiró hacia sí de la portezuela.

Oí la voz de Katia recomendándome que me tapase bien la cabeza; retumbaron las ruedas sobre las piedras, y á poco se apagó su ruído sobre el terreno blando. Estábamos en el camino.

Acurrucada en el rincón del coche, miré al través del vidrio los vastos campos iluminados por la luna, y la carretera que se perdía á lo lejos en aquella viva claridad; y sin mirar á mi marido, lo sentía muy cerca de mí.

«¡Cómo!—me dije.—¡Esta hora solemne de que tanto esperaba no es más que esto!» Y de pronto me pareció humillante y depresivo encontrarme así enteramente sola tan cerca de él.

Me volví con intención de decirle algo. Pero me faltaron las palabras, como si el sentimiento de cariño hubiese dado puesto á un sentimiento de susceptibilidad y de temor.

—¡Hasta este momento no creía en mi felicidad!—dijo dulcemente para responder mi marido.

—Sí, amigo mío, pero... no sé por qué... ¡tengo miedo!...

—¿Tienes miedo de mí?—dijo cogiéndome la mano para llevarla á sus labios.

Mi mano permaneció inerte en la suya, y mi corazón se contrajo dolorosamente como bajo una impresión de frío.

—Sí—murmuré apenas.

Pero en el mismo instante empezó á latirme el corazón con mayor fuerza y á temblar la mano que tenía asida mi marido; se difundió por mí una impresión de bienestar; mis ojos buscaron su mirada en medio de las tinieblas, y sentí de repente que ya no tenía miedo de él, que aquel mismo temor era amor todavía, un amor nuevo, más tierno y más poderoso que antes; sentí, en suma, que le pertenecía por completo, y que me satisfacía el poder que había adquirido sobre mí.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

(Fin de la primera parte).

2008 Ministerio de Cultura

TEÓFILO GAUTIER

I

Monsieur Emilio Bergerat, casado con la hija menor de Teófilo Gautier y que permaneció al lado del poeta durante los últimos años de la vida de éste, ha publicado un libro cuyo título es: *Teófilo Gautier, conversaciones, recuerdos y correspondencia*. Emilio Bergerat estuvo admirablemente colocado para hablarnos del hombre y decirnos cuáles fueron sus pensamientos últimos y sus últimos proyectos. El libro está, por consiguiente, formado por sus recuerdos, por las conversaciones que el autor sostuvo con el poeta ya moribundo, y por algunas cartas que pudo reunir, en escaso número por cierto. De todas maneras, hay en todo esto documentos muy interesantes.

Holgaríame yo de exponer claramente lo que pensamos hoy de Teófilo Gautier. Para el Sr. Bergerat, no ya solamente el poeta, el crítico ocupa sitio muy preeminente. El autor del libro á que me refiero, dice: «Vendrá un día en que la crítica habrá menester de un estudio completo acerca de la vida y de las obras de Teófilo Gautier. ¿Quién escribirá ese estudio indispensable para la historia literaria del siglo diez y nueve? Algún Sainte-Beuve del porvenir. Pero, por hoy, no es posible realizar esto, porque Teófilo Gautier todavía no está bastante muerto para que se mida el gran espacio que ocupaba en nuestro cielo literario.» Y el Sr. Bergerat prosigue explicando que áun hoy se publican libros, ó mejor dicho, colecciones en que son clasificados y coordinados esos artículos innumerables que Gautier escribió al día y al correr de la pluma. Si se pretendiera publicarlos todos se llegaría á una cifra colosal de volúmenes. Y aquí copio: «Se ha formado un catálogo de las obras completas de Gautier, que por sí solo da ma-

2008 Ministerio de Cultura

terial más que suficiente para un volúmen abultado. La parte crítica de esta obra, reunida en libros, excedería seguramente en gran número de tomos á la colección de los *Lunes* de Sainte-Beuve; y hablo solamente de la crítica literaria, dramática ó bibliográfica. En lo que respecta á la crítica artística, propiamente dicha, salones, museos, exposiciones en Francia y en Europa, tengo para mí que llegaría al doble. El conjunto de novelas, poesías, cuentos, narraciones, viajes, comedias y obras de imaginación, equivale, poco más ó menos, á las obras de Balzac. Si nos obstinásemos en dar á la estampa cuanto Gautier ha escrito, no podríamos realizarlo en menos de trescientos volúmenes —Gautier mismo ha calculado esa cifra realmente asombrosa—pero habríase formado *La Enciclopedia del siglo décimo noveno.*»

El Sr. Bergerat habla con el religioso respeto de discípulo cariñoso. ¿No será extremar un poco las cosas, eso de sostener que las obras completas de Teófilo Gautier serían la *Enciclopedia del siglo décimo noveno?* Ya examinaremos este punto. Entre tanto bien será establecer que se puede perfectamente juzgar al poeta, al novelista, al crítico, desde hoy mismo, sin esperar á que se acabe de reunir sus numerosos artículos diseminados. Todos esos artículos son conocidos y —¿para qué ocultarlo?— el que ha leído uno, los ha leído todos; porque el mérito de sus trabajos sólo está en el lenguaje, no en el método crítico, ni en los juicios personales. Para hacerme entender mejor, voy á indicar, á grandes rasgos, lo que pienso de la personalidad de Teófilo Gautier.

Puede juzgársele en una sola frase, diciendo que fué un admirable gramático y un pintor admirable. Gautier llevaba consigo siempre, como un don innato, su lenguaje pintoresco y correctísimo. Ningún esfuerzo le costaba escribir una página perfecta. Otros sudan sangre y tinta para equilibrar sus frases, para pulir sus vocablos y llegar á la armonía, al color, al movimiento; Gautier dejaba correr la pluma y de ella caían hilos de perlas. Refiérense y circulan muchas y muy singulares anécdotas relacionadas con ese don verdaderamente prodigioso. El Sr. Bergerat cuenta cómo *El Capitán Fracassa*, fué escrito en un ángulo de la mesa en la librería de Charpentier. Los manuscritos de Gautier no llevan nunca ni un solo tachón. Erale posible interrumpir un período y reanudarlo muchos días después sin volver á leerlo. Por último, Teófilo Gautier solía decir que quien en el instante mismo de necesitarla, no

2008 Ministerio de Cultura

tuviese la palabra propia para expresar una idea ó pintar una sensación, no era escritor verdadero. Tómese en cuenta ese don del lenguaje correcto y pintoresco; tómese también, y más principalmente, esa manera peculiar de reducir una literatura á la pura exposición plástica, y tendremos cabal idea de todo lo que representa Teófilo Gautier.

El Sr. Bergerat habla de una época en que Teófilo Gautier manifestaba opiniones políticas; y explica la completa indiferencia que mostró después, diciendo que desgraciadamente había entrado á formar parte de la redacción de *El Monitor*, periódico oficial á la sazón, y en el que no tenía libertad para emitir sus juicios propios. ¿Fué esta la verdadera causa? Lo dudo. Gautier cuando se lo proponía, lograba perfectamente imponer su voluntad; así, por ejemplo, elogió más de una y más de dos veces á Víctor Hugo á pesar del imperio. A mi juicio, la verdadera causa de la completa indiferencia crítica en que había caído, era que en el fondo la verdad no le interesaba. Vivía para el mundo exterior, describía los cuadros de los que debía hablar, en vez de juzgarlos; daba noticia de un drama ó de una comedia como hubiese pintado una corrida de toros ó unos fuegos artificiales; en una palabra, Gautier solamente veía en un libro, asunto ó pretexto para digresiones poéticas ó sinfonías de frases. Es decir, que el mecanismo interior del temperamento de un artista ó de un escritor; que la construcción de una obra; que la cantidad de verdad ó de mentira que pudiera contenerse en un libro ó en un cuadro, según el método empleado, le dejaban casi indiferente. Gautier se limitaba á la vestidura, encontrábala hermosa ó fea y lo decía. A fuer de gramático, á fuer de retórico, á fuer de pintor, solamente por cuestiones de gramática, ó de retórica, ó de pintura, se conmovía.

No pretendo, ciertamente, al afirmar esto, convertir á Gautier en una máquina de fabricar buenas frases, si bien él mismo llevaba las cosas hasta el extremo de declarar que, si se prescindía de las frases hermosas, no había salvación posible. Teófilo Gautier poseía una inteligencia muy viva, sólo que su fantasía «la loca de la casa», le arrebataba con caprichos extraordinarios. Cuantos le habían oído charlar, afirmaban que en esto era una verdadera maravilla, un prodigio. Véase lo que dice Edmundo de Goncourt, que escribió un prólogo para el libro de Bergerat: «Ese lenguaje original, aquella conversación llena de energía, aquella ver-

2008 Ministerio de Cultura

bosidad pintoresca, daban á quién la oía, cuando Gautier estaba de vena, un goce que no he hallado nunca en la conversación de ningún otro hombre. No era aquello la sonrisa interior producida por chispazos del ingenio, era un engrandecimiento de todo nuestro ser artístico, un placer que casi penetraba hasta los sentidos, un contentamiento intelectual que algo tenía de material; algo comparable al bienestar físico en la contemplación de un buen cuadro al pastel.» Y Edmundo de Goncourt termina diciendo que Gautier hablaba mejor que escribía. El Sr. Bergerat, por su parte, insiste en lo de la universalidad de los conocimientos del poeta; torna muchas veces á lo enciclopédico de sus talentos, declara que ningún asunto le era desconocido y que un vocablo, cogido al vuelo, bastaba para lanzar á Teófilo Gautier en inagotables disertaciones. Pero, en el fondo, las pruebas en este punto son incontestables; todos esos discursos no pasaron nunca de ser brillantes variaciones. Gautier, á mi juicio, era puramente un aficionado inteligente; semejaba un instrumento delicado y hábilmente construído que sonaba al más leve contacto externo. Hoy, en todas sus obras, cualesquiera que sean, críticas, novelas, composiciones poéticas; en las conversaciones que Bergerat conserva y reproduce con minuciosidad respetuosa, en los más admirables trozos que de él se mencionan, sorprende bastante no encontrar otra cosa que aires musicales. Ni una sola idea nueva aportada, ni una sola verdad humana algo profunda, ni la presciencia de la evolución de los siglos; nada sino sinfonías sobre tópicos ya vulgares en nuestros talleres y en nuestros estudios de artistas desde 1830. Todas las obras, ya habladas, ya escritas de este poeta, se reducen á ejercicios gimnásticos prodigiosos en el terreno de la paradoja.

Sí, está dicho; esa es la palabra; la paradoja es el terreno propio en que Gautier se desenvuelve y brilla. No, no basta para ser un talento enciclopédico desflorar en son de broma todos los asuntos, sustituyendo las verdades con las imaginaciones de una fantasía siempre en movimiento. Sí, Gautier hablaba y hablaba bien de todos los asuntos; pero no para profundizarlos por la observación ó el análisis, sino para proceder de lo conocido á lo desconocido apoyándose en una serie de hechos; partía de ellos para soltar inmediatamente la brida á sus caprichos de poeta, para juzgar con la fantasía desdeñosa el terreno sólido de la ciencia. Era enciclopédico, sí, de la manera que lo son los charlatanes brillan-

2008 Ministerio de Cultura

tes, á quienes jamás faltan palabras; que hablan admirablemente de todo y por todo; sólo que, terminada la charla, extinguido el sonido, nada queda, sino aire en los oidos del auditorio. Se les ha encantado quizá, pero no se les ha instruído. De esto procede el vacío absoluto de sus obras desde el punto de vista de las verdades adquiridas. Podemos leer cuanto ha escrito, deslízanse las frases, se agotan, desaparecen; el lector sólo lleva consigo como la impresión de un canto sonoro oído en una carretera. Hablar de todas las cosas y no dejar nada concluyente, nada definitivo, tal ha sido la labor de Teófilo Gautier.

Aunque no puedo engolfarme en reproducir y citar párrafos, sí me es fácil apoyar mi opinión con ejemplos. Entiendo que el libro de Bergerat ha producido efecto contrario al deseo de este discípulo fiel y respetuoso: muestra de un modo evidentísimo la paradoja triunfante siempre en Teófilo Gautier. Las famosas conversaciones publicadas como documentos exactos, lejos de engrandecer la figura del poeta moribundo, son como la prueba decisiva de lo caprichoso de su método, de los saltos fantásticos de su imaginación, de esa actividad única de melodista, que ejecuta un aire romántico obedeciendo á la impresión producida por cualquier asunto.

Hé aquí, por ejemplo, una de sus ideas favoritas, la de crear una escuela de escritores, como existe la de calígrafos. «Cuando Saint-Víctor se me acercó—decía Gautier—le dí mis moldes; ahora es Pablo de Saint-Víctor. ¿Cree V., por ventura, que habría en Francia una escuela de escritores comparable con la que tendría yo aquí, rodeado por mis Ingres, mis Delacroix y mis Rousseau? En menos de un año quedaría por mi causa desierta la Sorbona y nacería la hierba en el colegio de Francia. Los pintores suelen colocar debajo de su firma: discípulo de Gerome ó de Cabanell; ¿por qué los poetas no habrían de llamarse de igual modo discípulos de Víctor Hugo ó de Teófilo Gautier? Solamente pido para esto una mesa, un tapete verde, algunos tinteros y alumnos, para dotar á mi país de una generación de buenos escritores, novelistas, críticos, dramaturgos y polemistas de primer orden.» Esto es muy característico. Si este sueño hubiera sido realizable, ¡qué triste generación habrían formado esos discípulos, usando todos el mismo procedimiento de estilo, profesando la religión de los mismos epítetos! En esto se ve la preocupación única de la forma, que dominaba siempre á

2008 Ministerio de Cultura

Gautier más que la idea. Era, como ya he dicho, un gramático, un retórico, nada más que eso. Su esfuerzo constante ha sido reducir el pensamiento escrito á la materialización de la forma pintada; así se explica su deseo de formar escuela de escritores como existen escuelas de pintores.

Voy á tomar un segundo ejemplo. Teófilo Gautier pretende fijar el idioma en una inmovilidad hierática. Nada de vocablos nuevos, dice, porque no hay cosas nuevas. De aquí parte; oigámosle ahora: «Arquímedes había descubierto seguramente, mucho antes que Fulton y Salomón de Caus, el empleo del vapor para la locomoción. Si los griegos no se han dignado utilizar ese invento, sus razones tenían para proceder de ese modo. Los griegos pensaban que ya se iba bastante de prisa en barcos de vela, y que el hombre apenas tiene tiempo para ver nada en el globo terráqueo, lo cual, por desgracia, es mucha verdad. No, yo no siento imperiosamente la necesidad de las voces nuevas, aunque se me tilde de retrógrado. ¡Bonitos son esos neologismos vuestros! ¡Mescolanzas de griego y de *caló!* ¡Aleaciones de inglés y de latín! ¡La confusión de Babel! Solamente los herborizadores y los boticarios son los que inventan neologismos.» Oyendo ó leyendo estas cosas puede uno sonreir y aun admirar la gracia con que están dichas. ¡Qué juego tan pueril! ¡Cuánto sonido hueco! ¡Qué absoluta inutilidad! Los idiomas marchan con movimiento contínuo, incesante; perdiendo alguna palabra en el camino y enriqueciéndose constantemente con vocablos nuevos; no puede ser, no será ciertamente una paradoja de más ó de menos lo que detenga ese movimiento. Los boticarios y los herborizadores nada tienen que ver con esto; el pueblo, todo el pueblo entero construye la lengua cuyos elementos toma á cada instante en el uso. Esta es la verdad muy sencilla. El intento de inmovilizar una lengua, la pretensión de que basta resucitar las palabras viejas, es un capricho de poeta. En cuanto á la diatriba contra las innovaciones, ó mejor dicho, contra el movimiento científico del siglo, es un síntoma todavía más grave. Es positivamente gracioso afirmar que los griegos habrían podido hacer ferrocarriles, y que no los hicieron porque no les convenía hacerlos. Sólo que detrás de esta broma, que no deja de tener gracia, existe un odio muy evidente contra la época moderna. He tenido ocasión de comprobar este mismo odio en todos los románticos; se enojan, verbi gracia, con los ferrocarriles, porque un ferrocarril, se-

2008 Ministerio de Cultura

gún ellos dicen, estropea los paisajes, y porque el carromato ó la galera hablaban más á la fantasía. En el fondo son enemigos de su tiempo, de todo cuanto la ciencia determina actualmente en nuestros hábitos y costumbres. En nombre de lo pintoresco condenan y anatematizan la edad nueva que empieza á dibujarse. Pero ¡cómo se vengará también de ellos esa edad! ¡Qué pronto envejecerán las obras de esos enemigos! ¡Cómo despreciará las mezquinas imaginaciones de los que la hostilizan! Imaginaciones mezquinas realmente si se comparan con el sólido y anchuroso monumento que el espíritu científico está labrando lentamente hace más de cien años.

Podría creerse que las pocas líneas que acabo de reproducir son una humorada pasajera en la obra general de Teófilo Gautier. Nada de eso; en Gautier era eso lo normal; su manera ordinaria y constante de discurrir. Nunca se sentía ni razonaba con mayor aplomo que cuando se colocaba en la cuerda tirante de la paradoja y realizaba milagros de equilibrios para andar por ella como en tierra firme. Tomaba como punto de partida una afición personal, una creencia propia, por absurda que fuese, y derramaba tesoros de estilo para darla apariencia de realidad, hasta tal punto, que acababa convenciéndose á sí mismo.

¿Es necesario que yo mencione aún esa respuesta á los críticos que le reprochaban—con mucha razón—el que en los libros de viajes veía solamente los árboles y las piedras de los países que atravesaba, sin llegar nunca hasta el hombre? Véase su peregrino razonamiento: «Un tigre real de Bengala es más bello que un hombre; pero si de la piel del tigre se corta el hombre una magnífica vestidura, el hombre resulta más hermoso que el tigre, y entonces comienzo á concederle admiración. De igual manera una nación no me interesa sino por sus monumentos. ¿Por qué? Porque esos monumentos son el resultado colectivo del genio de la población.»

Siempre los mismos escarceos; la confusión más tosca de verdades terminada con penachos de lirismo. Esto no puede discutirse. Otro tanto sucede con su opinión acerca de nuestro teatro. Léase lo que sobre ese punto escribe M. Bergerat: «Gautier no admitía que nadie imaginase, ni escribiese una comedia sino dentro de la preocupación de trajes y de decoraciones que correspondían á las obras escénicas. El interés y la originalidad de una obra de imaginación residían, á su modo de ver, en la realización de

2008 Ministerio de Cultura

los medios ambientes, en la reconstitución exacta de las épocas, en la precisión artística del lenguaje y del aparato y ornamentación. Lo que respecta á la verdad de los sentimientos puestos en juego, el hallazgo de los incidentes en que las pasiones chocan y producen la chispa, la terminación de esos incidentes, todo esto era para él mérito de orden inferior, arte algo vulgar en que puede sobresalir cualquier inteligencia mediana, en una palabra, trabajo de artesano, pero no obra de artista.» En resumen: «La más insignificante fábula de un amor contrariado le parecía pretexto suficiente para escribir una obra maestra.» Detengámonos y estudiemos esto. ¿Hay algo en el mundo más característico, ni que dibuje mejor la figura de Teófilo Gautier? Vésele ahí como siempre con la preocupación única del mundo tangible; pintor siempre, nunca observador, nunca analizador. Lo más curioso es que Gautier coincide, en un punto, con los escritores naturalistas, que también profesan gran respeto al medio ambiente; sólo que éstos, los naturalistas, estudian el medio con atención porque los medios completan y determinan al hombre, y Teófilo Gautier cuida de los medios y los quiere por ellos mismos, y sin pensar para nada en el hombre. Este es un retroceso á la naturaleza muerta de la dialéctica del arte por el arte de Delille. Nada más falso, como el sistema en el teatro, que solamente puede vivir de la humanidad. Por eso el teatro romántico, transcurrido un breve período de medio siglo, fué herido de muerte. Pero ¡qué brusca revelación! ¡Pensar que Teófilo Gautier ha juzgado nuestro teatro moderno al día, durante tantos años y con teorías semejantes! Sentía sin duda odio, rencor sordo á todo lo que se representaba, y si no combatía contra el naturalismo, más desbordado cada vez, era porque de su carácter se había apoderado una absoluta indiferencia; esa indiferencia de los meros aficionados, que pueden, quizá, embriagarse un poco con sus paradojas mismas en los postres, pero que no sintiendo bajo sus plantas el terreno firme de la verdad, se cansan pronto y no tienen el valor de las luchas muy empeñadas.

Resumiendo: Teófilo Gautier tenía ojo de pintor, y esta era su cualidad dominante. Toda su vida literaria, toda su obra procedía de eso: escribía lo mismo que se pinta, con el cuidado único de la línea y de los colores; juzgaba un cuadro y un drama con la misma medida común. Considerado así como gramático, como retórico, como

2008 Ministerio de Cultura

pintor, Teófilo Gautier es en nuestra literatura, no un talento enciclopédico —¡por Dios, no tanto!— sino por el contrario, una inteligencia que todo lo ve por el mismo prisma plástico, en una palabra, algo así como el escritor clásico del romanticismo.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

II

Héme engolfado en este estudio un poco á la ventura, sin gran método. Esto, antes que juicio, es una conversación. Sería menester que levantara yo una andamiada firme y lógica para señalar con el dedo la verdadera personalidad de Teófilo Gautier y explicar su papel eral en el movimiento romántico.

Pero no importa, continúo. Hé aquí una nota muy curiosa proporcionada por Bergerat: «Le oí hablar en muchas ocasiones, pero muy misteriosamente, de una colección de pensamientos que se habrían de publicar después de su muerte. En estos revelaría lo que realmente pensaba de los hombres, de las cosas, de la vida y del mundo. Su vasta inteligencia soñaba con legar un testamento de verdad á la humanidad entera. «¡Eso será horrible — decía Gautier — y se os erizarán los cabellos, porque yo diré lo que es!» ¿Qué idea puede formarse de este hombre que piensa tener la verdad en su mano y que cierra el puño por espacio de cuarenta años? Obsérvese que aún puede considerarse lícito el silencio al que vive retraído, sin elementos de publicidad á su alcance; pero él era periodista, empuñaba semanalmente la trompa; tenía obligación, por su oficio, de decir en voz alta su parecer; de suerte que, en su deseo de decir la verdad después de su fallecimiento, hay una confesión formal de haber mentido toda su vida. Y no se diga que Gautier callaba porque escribía en un periódico oficial, en que no tenía libertad para escribirlo todo, y en el cual debía mostrarse excesivamente dulce para que sus juicios no adquiriesen una importancia molesta. Todas estas son razones pueriles. Si el acicate de la verdad hubiese atormentado al periodista, habría abandonado el *Monitor* (admitiendo que en él no tuviese libertad); todos los periódicos de París estaban abiertos para él; todos se hubieran disputado su colaboración. No; la verdad es que Teófilo Gautier vivía muy feliz en el templado nido que él mismo se había fabricado en el *Monitor*. Allí dormía su sueño de artista, mecido por la música de sus frases, encantado

2008 Ministerio de Cultura

por no tener precisión de apasionarse, lleno de desdén hacia todo lo que no eran sus sueños. Permitía hasta que corrigiesen sus folletines. Una vez, una sola, impuso su voluntad, y lo hizo en obsequio de su maestro venerado Víctor Hugo. Entonces se había tocado á sus creencias y habló de presentar su dimisión. Veinte veces habría dimitido si el deseo de decir la verdad le hubiese estimulado en otras ocasiones. Por eso no dejó de producir alguna extrañeza su testamento, de que habla Bergerat, que había de poner al lector los pelos de punta. Es verdad que Teófilo Gautier necesitaba tomar un gran desquite; habríale sido menester un gigantesco esfuerzo para borrar con unas cuantas páginas de severidad, sus largos años de benevolencia desdeñosa. Este deseo de decir al fin lo que piensa, aparece como un remordimiento en el poeta ya anciano. Vésele inquieto bajo el enorme montón de elogios que ha distribuído á todo el mundo; parece sentir lo insustancial de su benevolencia sistemática y soñando en no dejar la tierra sin haber demostrado que pensaba y veía como hombre superior. Pero era ya demasiado tarde; Gautier no podía escribir semejante testamento sin que se le acusase de haber mentido durante mucho tiempo: en eso estaba su castigo. Teófilo Gautier ha tenido que permanecer abrumado bajo la pesadumbre inmensa de esa montaña de folletines que proclamaran eternamente su menosprecio á la verdad. Con este motivo recuerdo ahora una anécdota. Se cuenta que el pintor Flandrin, después de largo y desesperado silencio delante de sus cuadros, levantaba alguna vez sus manos temblorosas murmurando: «¡Ah! ¡Si yo me atreviera! ¡Si yo me atreviera!» ¡Qué soberbio grito de impotencia! ¡Qué conciencia tan cruel la de un artista apto para comprender, inepto para realizar! Pues bien, Teófilo Gautier parece haber lanzado también ese gesto el día en que, conociendo la ruindad de lo falso, se propuso lo que para él era imposible: decir la verdad.

Por otra parte, ¡cuántas pruebas de timidez literaria en este escritor tan seguro de su oficio; en este admirable hablador cuya facundia valiosísima se desbordaba de tal modo, que es imposible reproducir los atrevimientos de su improvisación! Así, por ejemplo, M. Bergerat nos asegura que si Gautier no ha escrito dramas ni comedias ha sido únicamente por miedo al público. «Las angustias de la primera representación son muy á menudo la causa única del horror que los grandes escritores sienten hacia

2008 Ministerio de Cultura

el teatro. Todo les hiere en el juicio de las muchedumbres, lo mismo lo espontáneo de los aplausos que lo brutal de los silbidos... Gautier temía lo que no es dable estas noches de abatimiento, y á ese terror suyo debe atribuirse la escasez de obras teatrales de este artista, universalmente dotado como Goëthe y apto para toda clase de trabajos literarios, cualesquiera que fuesen.» M. Bergerat agrega á lo dicho que él mismo, Bergerat, había escrito un drama, y que Teófilo Gautier había tenido el propósito de escribir en ese drama dos ó tres escenas, guardando sobre esto absoluto secreto. «De esta manera el poeta oiría sin temor cómo se le juzgaba, y semejante á un Haroun-al-Raschild disfrazado, recorrería así el país de la crítica, cuyo rey había sido durante treinta años.» ¿No es esta asimismo una confesión originalísima que proyecta sobre el hombre una luz inesperada? Teófilo Gautier para quien eran familiares todas las audacias del idioma, huía de la controversia literaria, de la afirmación de sus ideas y de su personalidad. Ese temible partidario del romanticismo, cuyo chaleco rojo en la primera representación del *Hernani* pertenece ya á la leyenda, parece haber llegado á una prudencia excesiva. Realmente Teófilo Gautier sólo había guardado la religión de Víctor Hugo; todo lo demás lo sacrificaba á sus placeres de artista, considerándose libre y considerando victoriosa la verdad, siempre que oía sonar armoniosamente los cascabeles de sus frases.

Pero lo que hay de más curioso en esto es que Gautier, á lo que parece, se proclamaba infalible. Esto no se compagina con su deseo de decir al fin la verdad, lo cual envuelve, lo repito, la confesión tácita de que hasta entonces no la había dicho. No tomo á mi cargo la tarea de armonizar estas contradicciones. Me limito á copiar lo que Bergerat dice: «Esta infalibilidad verdaderamente extraordinaria era, por otra parte, su sola coquetería, su única vanidad literaria. Agradábale mucho jactarse de ella. Uno de sus goces era demostrarnos, con textos y comedias en la mano, que ninguno de los juicios escritos por él y por él formados habían dejado de ser ratificados por el público inteligente.» Y Bergerat se concreta á decir que Teófilo Gautier había aplaudido cuando principiaban, á Eugenio Delacroix y M. Gerome. Estas dos pruebas son en realidad insuficientes. Dejemos á un lado á Eugenio Delacroix, cuyo talento se presentaba desde luego con vigor bastante para que todo hombre inteligente, sobre todo

2008 Ministerio de Cultura

para que todo escritor romántico pudiese augurarle un porvenir glorioso. En cuanto á M. Gerome, no puede negarse que ha llegado; pero treinta años de retraso no bastan para colocarle en su verdadero lugar; y estoy seguro, personalmente, de que los artículos encomiásticos de Gautier acerca de ese pintor han de sorprender andando los tiempos. Además, la dificultad no está aquí, está en los elogios que Gautier ha distribuído con mano pródiga á todos los artistas mediocres de quienes ha hablado. Cuando se hojean sus folletines queda uno estupefacto á la vista de las alabanzas que Gautier sirve igualmente á unos y á otros, á los de aquí y á los de allí, á cuantos tendían hacia él la mano para recibirlos. Si era infalible, ¿por qué no utilizaba su infalibilidad para colocar á cada uno en su sitio; para no prostituir así su admiración, repartiéndola entre pintores sin talento, la mayor parte de los cuales ni siquiera son conocidos del público? Peregrina infalibilidad que vocea: «He anunciado á Delacroix», que osa añadir: «He colocado á M. Gerome á la misma altura del otro»; y que podía gritar también: «He encontrado talento en todo el mundo menos en los partidarios del realismo.»

Lo más admirable es que monsieur Bergerat habla de la infalibilidad extraordinaria de Gautier con motivo del entusiasmo que el poeta mostró por el pintor Fortuny. Copio: «El célebre cuadro de monsieur Fortuny, expuesto en 1870 en casa de Goupil con el título de *Una boda en la Vicaría de Madrid*, es quizá, de todas las obras del arte contemporáneo, la que impresionó más profundamente á Teófilo Gautier... Esa obra señalaba, según él, una evolución equivalente á aquella cuyo romántico estandarte había plantado Delacroix años antes; Gautier nos auguraba que todos los pintores jóvenes iban á lanzarse por la senda señalada por el maestro español.» Después de esta declaración vése un tanto comprometida la infalibilidad de Gautier. Aún no han pasado diez años sobre la obra de Fortuny, y ya es fácil juzgar que ninguna influencia ha ejercido en nuestra escuela francesa. La preocupación favorable que los artículos del crítico habían determinado se halla hoy casi desvanecida. La equivocación de Gautier fué en esto completa, absoluta; porque la escuela naturalista es la que se encuentra hoy en el apogeo de su victoria. Era realmente un capricho singular establecer comparaciones entre Fortuny y Delacroix como influencias; caprichos de poeta que no se basan en la obser-

2008 Ministerio de Cultura

vación, que no se detienen en la lógica de las evoluciones literarias y artísticas, que procede, en fin, por predicciones de vidente. Un hombre así no puede ser infalible sino á la manera de Nostradamus, porque no hay más infalibilidad que la de los sabios apoyados en la experiencia.

Llego ahora á las cartas de Teófilo Gautier que M. Bergerat ha colocado al fin del tomo. Las cartas son de muy escaso interés. Es cierto que debían de ser mucho más numerosas, pero M. Bergerat explica cómo la señora Grisi (Carlota), después de haberle entregado cuarenta y seis cartas del poeta, ha vuelto á avistarse con él á última hora para prohibirle la publicación de aquellas cartas. A lo que parece eran justamente las más interesantes. El tomo no contiene más que treinta y nueve; y, lo repito, monsieur de Bergerat habría podido dejarlas en el cajón de su mesa sin perjudicar en lo más mínimo la gloria del escritor. Entiendo casi que esas cartas nos muestran un Teófilo Gautier inferior al que conocemos. Siempre es una prueba algo peligrosa la de poner á los ojos del público la correspondencia íntima de un gran escritor. Casi siempre el hombre sale de esa prueba empequeñecido. Es necesario ser Balzac para resultar grande, mostrándose en medio de lo afanoso de la existencia y entre el esfuerzo de un trabajo sobrehumano. Las treinta y nueve cartas de Gautier no contienen más que algunas ocurrencias que van dirigidas á sus amigos, y varios pormenores de su vida privada que eran ya conocidos; en ellas no se nos revela el hombre bajo ningún aspecto humano y profundo; es, casi siempre, el autor del prólogo de *Mademoiselle Maupin* el que lleva la pluma con su verbosidad de taller.

Escribe, por ejemplo, á su amigo M. Luis de Cormenin este lacónico billete: «Recibe con benevolencia á M. Bourdet, colaborador de á caballo de *Le Presse* y amigo mío, que pretende charlar cinco minutos contigo. Oyele entre los postres y el cigarro.» También escribe á Máximo Ducamp: «¿Qué puedo escribir á V., sino que me siento bajamente celoso de su felicidad, y que el criado de V. me causa envidia. Estoy para dar un estallido de puro aburrimiento, y me doy á mí mismo puntapiés en el trasero por mi cobardía. Debería yo robar al Banco de Francia, asesinar á cualquier burgués, estafar á un capitalista y trasladarme á donde V. está para acompañarle, pues se pagan tan poco las sílabas, que esos serían los únicos medios de realizarlo. Luis se parece á la sombra que él mismo proyecta en las paredes. ¡Tanto se

2008 Ministerio de Cultura

aburre! Y sin los cuatro meses de Italia rabiaríamos ambos como perros, ó de *spleen* como ingleses. Aquí se vive entre el doble lodo del cielo y de la tierra, tan sucios el uno como la otra, con burgueses de aspecto asqueroso y más feos todavía por dentro que por fuera. Será menester decididamente que yo me haga ayuda de cámara ó correo de gabinete de algún Nabab ó de un Boyardo, porque la permanencia en un mismo sitio, sea el que fuere, me es imposible y no puedo vivir sino en los caminos reales. Conozco que me muero de nostalgia del Asia Menor y si no hiciera algunos versos me abandonaría del todo; aunque, á decir verdad, me parece la muerte aún más repugnante que la vida. ¡Cuando pienso que hubiéramos podido encontrarnos en Nápoles! ¡Qué hermosa cuaterna habríamos podido formar! Mil recuerdos á Flaubert.» He reproducido íntegra esa carta porque es un ejemplar de todas las que Teófilo Gautier dirigía á sus amigos. Las cartas á sus hijos, Estrella y Judit, menos libres en el lenguaje, están escritas, sin embargo, en el mismo tono chancero; en dos ó tres se enternece un poco, pero no por eso dejan de tener la socarronería de su talento que se divertía jugando con las palabras. Por último, la escasez de las cartas de Gautier es característica. Si exceptuamos á Balzac, que por otra parte, se queja muy amargamente de lo mucho que necesitaba escribir, los hombres que han producido muchos tomos han dejado pocas cartas: billetes sencillos y muy cortos. Y esto se explica. Se llega á sentir el horror á la tinta, á poner negro en lo blanco, según la expresión de Gautier mismo, y cuando se ha enviado á la imprenta el número de cuartillas necesario, se resiste uno á tomar otra vez la pluma. Se escriben las cartas estrictamente indispensables. Ahora puedo ya terminar con Teófilo Gautier, aunque este estudio no sea tan completo como yo deseaba. En mi opinión, como ya tengo dicho, Gautier lanzó del primer golpe el romanticismo á la perfección clásica; hablo, por supuesto, solamente del lenguaje. Esto es capital. Compárese con Víctor Hugo, cuyas obras, enmarañadas y confusas, tienen asperezas y escabrosidades de forma. Pudo creerse que aquel intrumento del trabajo romántico aportado por el gran poeta, aquel diccionario ampliado, aquellas voces exhumadas y aquella oleada de adjetivos necesitarían cuando menos un siglo para adquirir pulimento y amoldarse dentro de frases perfectas. Pues bien, nada de eso ocurrió; hé aquí á Teófilo Gautier, que casi paralelamente á Victor Hugo, surge

2008 Ministerio de Cultura

y realiza inmediatamente la labor de pulimento y de ajuste. El romanticismo no tiene juventud, llega desde luego á la madurez, y se fija en el arte por el arte, que es su forma clásica. No es ocioso insistir en esto, y nunca será excesiva la insistencia, porque justamente en esto hay una causa de la temprana agonía de la fórmula. Cuando una literatura no vive más que de la palabra, muere. Con Teófilo Gautier el romanticismo, nacido la víspera, llega á la perfección de la frase hueca y sonora que anuncia el derrumbamiento. Debajo no hay idea, ni base humana, ni lógica, ni verdad. Dentro de muy poco, la escuela no tendrá más que dejarse manir por los idólatras del Parnaso y morir de muerte hermoseada. Tal es el carácter peculiar de Teófilo Gautier en la literatura del siglo.

Conste y entiéndase bien esto: que Teófilo Gautier, versificador y prosista, es un artista eminente. Estoy tratando sólo de precisar su influencia y su papel. Todos nosotros hemos tomado algo, quién más, quién ménos, de su retórica que no es, en resumidas cuentas, sino la retórica de Víctor Hugo refinada y exornada. Pero si ha ejercido sobre nuestra generacion influencia evidente como estilista, no ha conseguido inspirar su espíritu á ninguno de nosotros. Fuera de los poetas parnasianos, de los cuales muchos proceden directamente de Gautier, no ha dejado como prosista mas que un sólo discípulo M. Paul de Saint-Víctor. Este, siguiendo el ejemplo del maestro, es de profesión crítico dramático y trata además de crítica de arte. Es el mismo estilo grandioso, de brillantes colores, de un relieve extraordinario en la expresión. Gautier se vanagloriaba de haberle prestado sus *moldes*, y la frase es adecuada, por que es en efecto un estilo moldeado, adornado con oro. Pero ha sobrevenido á M. Paul de Saint-Víctor la desgracia más cruel del mundo. Al morir su maestro, esperaba Saint-Victor ocupar su puesto en el cariño del público y ascender por turno, á príncipe de la crítica. Pues nada de eso, M. Sarcey, un pachón de la literatura, un amasador de copias con sólo decir lisa y llanamente lo que él piensa, es quien logra el puesto de príncipe de la crítica.

El público, hastiado de frases, acometido de sed y hambre de verdad ha preferido los juicios del buen sentido común á los más bellos aires de música. Veamos á lo que ha llegado y dónde se halla el único discípulo de Teófilo Gautier. Prosiguen en el aislamiento sus variaciones de aficionado inteligente. Quizá se trate de embalsamarle en

2008 Ministerio de Cultura

la Academia, donde su maestro no penetró; y esto acabará de enterrar la escuela, de almidonarle en esa perfección clásica del romanticismo más insoportable y más hueco que las perfecciones de los Campistron y los Delille.

Medítese sobre todo esto. La lectura del libro de Bergerat ha sido para mí el rayo de luz que esclarece definitivamente un asunto. Nunca había yo comprendido tan bien esa escuela romántica, muerta apenas nacida, que ha sido un motín de retóricos, los cuales peleaban por la forma sin buscar para sus conquistas un asiento sólido en la evolución científica del siglo. Los románticos, esto se deduce naturalmente de la obra que acabo de leer, aborrecían la época actual más que la detestaron nunca los mismos clásicos. Sí, nacen como una reacción contra el espíritu clásico agonizante, no creen haber triunfado para adelantar con su época; antes al contrario, reniegan de la época, pretenden retroceder, y más allá del siglo décimo séptimo, al décimo sexto y al décimo quinto. Su victoria es una victoria de salto atrás. De ese modo su verbosidad se ejercita contra todo lo que la rodea; no acepta el terreno firme de la observación y del análisis y por consiguiente nada puede edificar sino sobre cimientos de sueños y de paradojas. Ved sinó á Teófilo Gautier, con su maravillosa facilidad de escritor: pasa la vida saltando por encima de la sencillez y de la evidencia para perderse en las más extravagantes lucubraciones. De todo esto quedará solamente el esqueleto del lenguaje; el ensueño que había debajo se disipa en humo, la paradoja cae hecha polvo; no hay mas que palabras. Ahora mismo la depreciación es grande. Cuando leemos á Gautier estamos reducidos á admirar al gramático y al retórico, porque hallamos en él menos humanidad aún que en Víctor Hugo, lo cual no es poco decir. Creo que su obra envejecerá si se admite que los libros vivan únicamente por lo que tienen de humanos. De todas maneras la posteridad reservará, á lo sumo, algunas páginas de los trescientos volúmenes de que habla M. Bergerat; y las conservará solamente á título de muestra y modelo de lenguaje. Cuando el lenguaje solo está en juego, una página basta. La multiplicidad de las ideas, la evolución de una inteligencia que, á cada nueva obra, ensancha sus investigaciones, son las circunstancias que obligan á la posteridad á conservar todas las obras de un escritor. Pero cuando se ha leído *Mademoiselle de Maupin*, es inútil leer el resto; esta obra, la primera, es tan per-

2008 Ministerio de Cultura

fecta, tan definitiva como la última. No hablo del inmenso bagaje de críticas que, á mi juicio, sólo alcanzan un valor mediano.

En fin, Teófilo Gautier tiene contra él el apresuramiento de su producción. Poco importa que estuviese admirablemente dotado para esa labor diaria; no se escribe impunemente folletines durante muy cerca de cuarenta años. Esa tarea ordinaria, constante, ha debido de acrecentar más todavía la facilidad de su estilo que en algunas ocasiones parece mecánico. A esa manera de trabajar se debe sin duda que Gautier acabase por desdeñarlo todo. Metíase en su máquina y daba vueltas al manubrio. La frase salía siempre construída con propiedad y con el color adecuado según el procedimiento, pero traía el olor de la fábrica, se comprendía allí que el articulista cobraba sus líneas á tanto la docena. Los dias en que tenía prisa nada ponía debajo de un capricho ó de una paradoja: hallábase al leerlo el vacío absoluto. Era el romanticismo victorioso y aclamado que se atollaba en sus mismos botes de colores para la iluminacion de cada género de frases.

Mi última palabra será esta. Creo que se hace un flaco servicio á Teófilo Gautier queriendo reunir en tomos la enorme masa de prosa que ha producido trabajando al día. Se ahoga el talento del escritor, se muestra el vacío absoluto del pensador y del crítico. Su familia y sus amigos debían trabajar en una edición de sus obras escogidas. Legarían de este modo á la posteridad un poeta maravilloso que se halla inmediatamente despues de Víctor Hugo; un prosista admirable por su corrección y su colorido; un gran inteligente que ha inventado el lenguaje romántico para la primera mitad de este siglo, la música más hermosa que puede oirse.

III

Una deducción última. Resulta evidentemente del libro de M. Bergerat, que Teófilo Gautier ni era amante del siglo en que había nacido, ni del país en que se había desarrollado. En cada línea tropezamos con una protesta contra los tiempos modernos; contra nuestro medio natural y contra nuestro medio social. Es aquella una rebelión contínua contra nuestras costumbres, nuestras artes, nuestras ciencias; una aspiración perpetua hacia los siglos ya pasados y hacia lejanos países. Podría yo probar estas as-

2008 Ministerio de Cultura

piraciones con citas numerosas. Me limitaré, no obstante, á recordar la carta de la que, hace poco, reproduje algún párrafo. «Qué puedo escribir á V. sino que me encuentro bajamente celoso de su felicidad y que el criado de V. me causa envidia.» Hay que prescindir naturalmente en esta carta de la exageración impuesta por el tono con que está escrita; pero de todas maneras, espresa un sentimiento que ha sido, en el fondo, el de una generación de escritores. Y no me refiero aquí á Teófilo Gautier, á quien he tomado como ejemplo, hablo de todo el grupo romántico. Los escritores de 1830, partían del principio de que éramos feos, de que nuestros tiempos y nuestro país eran horribles para vistos y para analizados. Esto era, ni más ni menos, el desdén de lo moderno tanto tiempo practicado por la escuela clásica. Solamente que en lugar de hacernos vivir en Atenas ó en Roma, la escuela romántica nos paseaba por Oriente y nos encerraba en las ciudades de la Edad Media.

Insistiré en esto, porque es extraordinariamente típico y esplica hoy muchas cosas. Recuérdense los documentos literarios de hace cincuenta años. Lo que en ellos prepondera es la inquina contra la edad actual. ¿Se ha vociferado bastante contra el burgués? ¿Se le ha ridiculizado, se le ha aplastado, suficientemente? Era feo, estúpido carecía de líneas y de formas estéticas. Se le ahorcaba, se le suprimía sin admitir, ni áun en hipótesis, que pudiera parecer á nadie interesante ni digno de ser pintado ó estudiado. Y sin embargo, ese burgués, era un hombre; y seguramente nunca las clases medias han ofrecido un estudio tan interesante como en nuestros dias. Desde la Revolución esas clases son las que rigen los negocios y las que determinan la historia. Los románticos no lo han echado de ver, á lo que parece, y han abrumado al burgués bajo la nostalgia lírica de antiguas edades.

Es menester, por otra parte, que observemos como el odio á la sociedad contemporánea—odio tan visible en el movimiento romántico—se dirigía principalmente al hombre exterior; al ciudadano vestido con gaban y que llevaba sombrero de seda. Cuando el burgués se nos presentaba vestido á la moda de Luis XIII, ya no era un burgués, era un personaje muy presentable al cual un artista podía jactarse de amar, sin que por eso desmereciese. La levita, el frac negro, el casquete de terciopelo, la ausencia de galones y de plumas; he ahí lo que, á los ojos de los románticos, condena irremisiblemente á nuestras socie-

2008 Ministerio de Cultura

dades modernas. También el ajetreo de la vida ordinaria les horripilaba. Los asuntos de dinero, el negocio, la olla, la existencia menuda y diaria era para ellos el colmo del fastidio; creían al parecer, que los siglos pasados no habían conocido esas pequeñeces. En una palabra, necesitaban edades despojadas de las realidades de la existencia; épocas suficientemente muertas para que pudiésemos resucitarlas en un carnaval de costumbres, de lenguas y de trajes.

Como todo está relacionado, sucedía lo mismo con respecto á los medios. Si el público que transita apresurado por nuestras aceras enojaba á los románticos, nuestras calles, nuestras ciudades mismas, les disgustaban, más acaso. Las construcciones modernas parecíanles el colmo de la fealdad y del absurdo. Agotaron el vocabulario de las palabras desdeñosas contra las alineaciones más correctas de las calles principales. Cuando se utilizó la piqueta para demoler el antiguo París, que emponzoñaba el aire y que se caía de podrido lanzaron gritos de desesperación; ¡aquéllo era insoportable! ¡era una profanación inaudita! Y gritaban tanto más fuerte cuanto más cierto era que, si bien vagamente, vislumbraban que cada golpe de aquellas piquetas arrancaba un trozo de su literatura. Francia no servía para nada, carecía de color local. Existían en ellos impulsos extraordinarios hacia las regiones muy apartadas: Africa, Asia, Rusia. Fué necesario el sitio, con su aspecto pintorescamente terrible para que Teófilo Gautier se dignase hablar de París; él que había consagrado obras enteras á Rusia, á Turquía, á España. Cuanto más apartada estaba una región, tanto más merecedora le parecía de ser pintada. En cuanto á nuestros horizontes, hacíanles morir de fastidio. Esta era la opinión corriente.

Pero no se detenía esto en las personas y en el paisaje, los románticos abominaban hasta del espíritu del siglo. El amplio movimiento científico é industrial era su sombra negra. Para ellos el ferrocarril, el telégrafo eléctrico estropeaban el más hermoso paisaje. No tenían nunca burlas bastantes contra los descubrimientos modernos; echaban de menos el carro como más ocasionado á las aventuras, declarando que las máquinas harían al hombre mucho menos interesante. Precisamente en eso estribaba lo más grave de sus quejas. Los románticos sentían que el espíritu científico hacía retroceder, cada día un poco, al espíritu idealista. La fórmula lírica se hallaba más comprometida. Por eso más ó me-

2008 Ministerio de Cultura

nos abiertamente lamentábanse de los progresos de la ciencia. Según ellos la poesía estaba amenazada, la poesía iba á morir. En lugar de andar con el siglo, se enojaban, echaban de menos el pasado, negaban el porvenir, se lamentaban de verse arrastrados por la corriente y profetizaban los tiempos más sombríos.

Tales era las razones por las que he dicho á menudo que el romanticismo había sido una parada, y hasta un retroceso en la marcha fatal de nuestra literatura. Todos los escritores de la escuela están caracterizados por ese aborrecimiento á la edad presente; todos protestan y no pudiendo cambiar en nada las cosas, huyen para refugiarse en la historia de los siglos muertos ó en los viajes por países extranjeros. Han menester el ruído de la leyenda, los cohetes del colorido local, el oriente inmóvil en su mugre, que cual chiquillos entusiastas por la iluminación de aleluyas, ponen enfrente de los jigantescos esfuerzos de las conquistas prodigiosas de nuestro siglo de ciencia. ¿Se quiere saber el sentimiento constante que exhalan esas protestas de los románticos? El hastío. Sí, no comprenden y se aburren. Veamos á Gautier. El jigantesco París le descorazona porque llueve. «Estallo de aburrimiento — dice — siento nostalgia de Asia Menor.» Y lo peor era que se aburría efectivamente. Gautier no veía el espectáculo colosal y enorme de París y necesitaba de un camello y cuatro beduinos sucios para estimular su cerebro. Por lo que respecta á nuestras máquinas, á nuestra inmensa labor, á la evolución de la humanidad—evolución tal que ningún otro siglo la habrá presenciado parecida—esas cosas no le conmovían. Se burlaba de ellas ligeramente y las acribillaba con paradojas.

Pues bien, yo lo digo, los románticos han vivido muy poco y desaparecerán pronto porque ni han comprendido, ni han amado su tiempo. Esta ha sido su debilidad irredimible. No hay que buscar otras causas que expliquen lo efímero de la existencia de esa escuela en que han militado tan admirables retóricos, hombres tan prodigiosamente dotados en lo relativo á la forma. Hoy nos sorprendemos mucho de encontrarlos hueros. De pronto se han convertido en extraños para nosotros; no nos sentimos hermanos suyos y nos sorprende que esos maestros que nos han traído la emancipación literaria, no sean en el fondo más que aficionados, cuya primera necesidad ha sido aislarse de su época para ejecutar melodías de flautas. Para nosotros, los recien llegados, hay verdadera y profun-

2008 Ministerio de Cultura

da tristeza en haber soñado el engrandecimiento del mundo moderno leyendo algunos de nuestros hermanos mayores, y no hallar, cuando evocamos sus recuerdos, más que adversarios de nuestra edad; instrumentistas de primer orden que nada, absolutamente nada, han descifrado en el libro del siglo abierto ante ellos.

El caso es grave. Estúdiese de cerca este caso en muchos de nuestros escritores. Se experimenta cierto malestar leyéndoles; siéntese como una nada bajo la rica vestidura de su lenguaje. Muy luego llegan á no conmovernos; sus hermosas páginas son siempre joyas que se admiran; pero el lector permanece frío, ningún calor se eleva de la obra para apoderarse de su corazón. Consiste eso pura y simplemente en que el autor no fué amante de su tiempo; no nos apasionan porque no han sentido las pasiones que nos animan. La gran fuerza del genio consiste en estar á la cabeza de su siglo, en caminar en el mismo sentido que él y hasta en adelantarse á su paso. Hoy, por ejemplo, cualquiera que no esté con la ciencia, debilita sus fuerzas propias. No se tiene idea del poder invencible que da á un hombre el útil de la época cuando lo empuña con sinceridad y de él se vale para cooperar á la evolución natural de los hechos. Entonces el individuo es elevado. Si anda tan de prisa y va tan lejos es porque tiene las pasiones de su tiempo, es porque su tarea resulta multiplicada por el trabajo de la humanidad en su desarrollo.

Sí, para ser verdaderamente fuerte en este momento histórico, es preciso no ridiculizar á los burgueses, que son asunto de estudio profundamente interesante; es preciso conocer Francia antes de ir á China para fumar opio; es preciso que se ame al París nuevo, una ciudad soberbia donde solamente los imbéciles puedan aburrirse y cuya transformación ha producido en menos de medio siglo cambios muy considerables en las costumbres; es necesario, en fin, no combatir la ciencia en nombre de no sé que mezquinas imaginaciones ó qué necesidad de oropeles y adefesios. Quien vaya contra la ciencia será destrozado. Nuestros hijos verán esto. En la ciencia, ó por mejor decir, en el espíritu científico del siglo es donde se halla la materia general de donde los creadores de mañana sacarán sus obras maestras.

Debemos aceptar la arquitectura de nuestros mercados y de nuestros palacios de exposiciones, las calles correctas y claras de nuestras ciudades, la potencia gigantesca de

2008 Ministerio de Cultura

nuestras máquinas, de nuestros telégrafos y de nuestras locomotoras. Tal es el cuadro donde el hombre moderno funciona, y no sería posible que existiera en él una literatura, una expresión social fuera de la sociedad de que forma parte y del medio en que se agita.

EMILIO ZOLA.

2008 Ministerio de Cultura

RECUERDOS DE MI VIDA

(1813-1842)

Me llamo Guillermo Ricardo Wagner, y nací en Leipzig el 22 de Mayo de 1813. Mi padre, del registro de la policía, murió seis meses después de mi nacimiento. Mi padrastro, Luis Geyer, que era actor y pintor, escribió también algunas comedias, entre las cuales alcanzó éxito *La degollación de los Inocentes*. Nos retiramos á Dresde con él. Quería hacerme pintor, pero yo era torpe para el dibujo. Mi padre político murió también pronto, dejándome en edad de siete años. Poco antes de su muerte había aprendido á tocar al piano *Sé siempre fiel y leal* y *La corona virginal*, en toda su frescura á la sazón; el día antes de morir tuve que tocar las dos piezas en la habitación contigua; entonces le oí decir á mi madre con voz débil: «¿Tendrá quizá disposiciones para la música?» Al día siguiente, de madrugada, cuando ya había muerto, entró nuestra madre en el cuarto de los niños, dijo algunas palabras á cada uno, y á mí me dirigió estas: «El quería hacer algo de tí.» Tengo una reminiscencia de haber fantaseado durante mucho tiempo qué yo haría alguna cosa.

A los nueve años entré en la *Kreuzschule* de Dresde para seguir mis estudios; no se pensaba en nada de música; dos de mis hermanas aprendían á tocar bien el piano, y yo las escuchaba, sin recibir por mi parte instrucción instrumental. Nada me gustaba tanto como el *Freischütz;* muchas veces veía pasar á Weber por delante de nuestra casa, cuando volvía de los ensayos; siempre lo contemplaba con un respeto religioso. Un pasante que iba á mi domicilio á explicarme Corne-

2008 Ministerio de Cultura

lio Nepote, tuvo que acabar por darme también lecciones de piano: apenas pasé de los primeros ejercicios de los dedos, aprendí por mi cuenta, secretamente y sin papel, la overtura del *Freischütz;* un día me oyó mi profesor y dijo que no se podría sacar partido de mí. Tenía razón: en la vida he aprendido á tocar el piano.

En aquella época no tocaba todavía más que para mí; mi fuerte eran las *overturas*, y las ejecutaba con las digitaciones más espantosas. Me era imposible hacer bien una escala, así que las tomé una gran aversión. De Mozart no me gustaba más que la *overtura* de la *Flauta mágica; Don Juan* no era de mi agrado por estar escrito sobre un texto italiano, que además me parecía muy insulso.

Pero esas ocupaciones musicales eran muy accesorias; lo esencial eran el griego, el latín, la mitología y la historia antigua. También hacía versos. Habiendo muerto un condiscípulo, los maestros nos impusieron la tarea de escribir una poesía sobre su muerte; la mejor debía imprimirse... Fué la mía, pero antes necesité despojarla de su excesiva ampulosidad. Tenía once años en aquel tiempo. Entonces quise ser poeta: emborroné dramas según el tipo griego, impulsado por el conocimiento que tenía de las trajedias de Apel, *Plydos*, *Los Etolios*, etc.; en el colegio pasaba por una cabeza fuerte *en literatura:* en la clase de *tercera* ya había traducido los doce primeros libros de la *Odisea.* Un día me puse también á aprender el inglés, aunque, á decir verdad, sólo por conocer á Shakespeare á fondo: traduje, imitando el metro, el monólogo de *Romeo.* No tardé en abandonar el inglés, pero Shakespeare siguió siendo mi modelo. Proyecté un gran drama, que venía á ser una mezcla de *Hamlet* y el *Rey Lear;* el plan era sumamente grandioso: en el curso de la acción morían cuarenta y dos personajes; pero al poner manos á la obra tuve que hacer reaparecer á la mayoría bajo forma de fantasmas, porque de otro modo no quedaba ya nadie en los últimos actos. Ese drama me ocupó dos años. En esto salí de Dresde y de la *Kreuzschule,* y fuí á Leipzig. Aquí me pusieron en *tercera* en el colegio Nicolai, cuando en Dresde me había sentado ya en los bancos de la clase de *segunda;* tanto me exasperó esa circunstancia que se apagaron todos mis ardores por los estudios filológicos. Me volví perezoso y abandonado; sólo tomaba á pechos mi gran drama. Mientras lo concluía conocí por primera vez la música de Beethoven en los conciertos del *Gewandhaus* de Leipzig:

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

su impresión sobre mí fué omnipotente. Me familiarizé también con Mozart, sobre todo con su *Requiem*. La música escrita por Beethoven para *Egmont*, me entusiasmó en tales términos, que por nada del mundo me hubiera resignado á dar á luz mi drama, ya concluído, sino provisto de una música de ese género. Sin más reflexión, me creí capaz de escribir yo mismo esa música tan indispensable; sin embargo, me pareció oportuno ponerme al corriente ante todo de algunas reglas esenciales de armonía y composición. A fin de hacer las cosas al vuelo, pedí prestado por ocho días el método de Logier, y lo estudié febrilmente. Pero ese estudio no dió frutos tan rápidos como yo pensaba; las dificultades que ofrecía me estimularon é interesaron: resolví hacerme músico.

En el ínterin, mi familia había descubierto el gran drama con profundo disgusto, porque fué patente que por él había descuidado mis estudios clásicos; en consecuencia, se me obligó con más rigor á proseguirlos de una manera asidua. En tales circunstancias, guardé para mí la íntima convicción que había adquirido de mi vocación musical, pero no sin componer en el mayor secreto una sonata, un cuarteto y un aria. Cuando comprendí que iba bastante adelantado en mis estudios personales de música, me atreví á revelarlos. Como es natural, encontré una oposición enérgica, porque los míos no podían mirar mi afición á la música sino como un simple capricho, máxime no estando justificada por ningún estudio previo ni por ningún mediano dominio de algún instrumento.

Tenía entonces dieciseis años, y me inclinaba al misticismo más extravagante, á consecuencia, sobre todo, de la lectura de Hoffmann: durante el día tenía visiones en una especie de semisueño, en las cuales se me aparecían en persona la *tónica*, la *tercera* y la *quinta*, desvelándome su importante significación: las notas que escribía entonces eran un tejido de absurdos. La familia me puso al fin un buen maestro: el pobre hombre lo pasó bien mal conmigo; tuvo que explicarme que lo que yo tomaba por seres sobrenaturales y potencias extrañas eran *intervalos* y *acordes*. ¿Qué podía haber más desconsolador para los míos sino saber que seguía ese mismo estudio con negligencia é irregularidad? Mi profesor meneaba la cabeza, y las cosas marchaban al parecer como si tampoco fuese posible sacar nada bueno de mí en aquella materia. Cada vez era menor mi afición al estudio; preferia componer *overtu-*

2008 Ministerio de Cultura

ras á toda orquesta, una de las cuales se ejecutó un día en el teatro de Leipzig. Esa *overtura* fué el punto culminante de mis absurdos; para facilitar la inteligencia de la partitura tuve la ocurrencia de escribirla con tres tintas diferentes; la cuerda en rojo, la madera en verde y el metal en negro. La novena sinfonía de Beethoven parecería una sonata de Pleyel al lado de aquella *overtura* de pasmosas combinaciones. Lo que más me perjudicó en la ejecución fué un redoble *fortíssimo* de timbales, que se reproducía invariablemente cada cuatro compases durante toda la pieza: la sorpresa que empezó por experimentar el público ante la obstinación del timbalero, se trocó en un mal humor no disimulado, y después en una hilaridad que me afligió mucho. Esa primera ejecución de una obra mía me dejó bajo el peso de una impresión profunda.

Entonces vino la revolución de Julio, y héme aquí convertido de pronto en revolucionario, y convencido de que todo hombre, por poco ambicioso que fuera, no debía ocuparse de nada más que de *política*. No disfrutaba sino en compañía de escritores *políticos*, y me puse á escribir también una *overtura* sobre un tema *político*. En esas circunstancias abandoné el colegio, y entré en la Universidad, no para consagrarme á Facultad ninguna (porque seguían destinándome á la música), sino para seguir los cursos de estética y filosofía. Saqué lo menos que cabía de esa ocasión de instruirme; en cambio me entregué á todos los extravíos de la vida de estudiante, y lo hice, á decir verdad, con tanto aturdimiento y tan poco recato, que no tardé en encontrarme pesaroso. En esa época dí mucho que sentir á mi familia; había dejado á un lado casi enteramente la música. Pero pronto volví á la razón; experimenté la necesidad de emprender de nuevo ese estudio con sujeción á un método rigoroso, y la providencia me deparó el hombre que necesitaba para inspirarme un nuevo entusiasmo é ilustrarme con la más profunda enseñanza.

Ese hombre era Teodoro Weinlig, *cantor* de la *Thomasschule* de Leipzig. Ya me había ejercitado en la fuga; pero sólo con él empecé el estudio profundo del contrapunto, estudio que él sabía hacer atractivo como un juego. Hasta esa época no aprendí á conocer y gustar profundamente á Mozart. Compuse una sonata, desprendiéndome de toda hinchazón y abandonándome á un impulso natural y espontáneo. Ese trabajo, sumamente sencillo y modesto, se grabó y publicó en casa de Breitkopf y Hærtel. En menos

2008 Ministerio de Cultura

de seis meses terminé mis estudios con Weinlig; él mismo me dispensó de continuar, después de haberme puesto en estado de resolver fácilmente los problemas más difíciles del contrapunto. «Lo que ha ganado V.—me dijo—con este árido estudio, es la *independencia.*» Durante esos mismos seis meses compuse también una *overtura* por el estilo de las de Beethoven, que entonces comprendía un poco mejor; esa pieza, tocada en uno de los conciertos del *Gewandhaus* de Leipzig, obtuvo una acogida simpática. Después de otros varios trabajos, me puse á escribir una sinfonía: á mi modelo principal, Beethoven, vino á unirse Mozart, sobre todo con su gran sinfonía en *do* mayor. Mi objetivo, al lado de algunas extrañas aberraciones, eran la claridad y el vigor. Terminada la sinfonía, me puse en camino para Viena durante el estío de 1832, sin más objeto que conocer rápidamente esa ciudad musical, tan alabada en otros días. Lo que allí ví y oí me edificó poco; por todas partes me perseguían *Zampa* y *pots-pourris* de Strauss sobre *Zampa*, dos cosas abominables para mí, sobre todo entonces. En desquite, me detuve algún tiempo en Praga, donde conocí á Dionisio Weber y á Tomaschek; el primero hizo tocar en el Conservatorio varias de mis composiciones, y entre ellas la sinfonía. También escribí en esa ciudad un poema de ópera en el género trágico: *La boda*. Ya no recuerdo de dónde saqué ese asunto de la Edad Media: un hombre, ciego de amor, escala la ventana de la cámara nupcial, donde la desposada de un amigo suyo espera á su esposo; la novia lucha con el insensato y lo lanza á la calle, donde entrega el alma; en el oficio mortuorio la desposada cae exánime sobre el cadáver, lanzando un grito. De vuelta en Leipzig, compuse en seguida el primer número de esa ópera; había un gran sexteto, que era las delicias de Weinlig. A mi hermano no le gustó el libreto, y lo destruí sin dejar rastro. En 1833 se ejecutó mi sinfonía en los conciertos del *Gewandhaus*, mereciendo una acogida muy lisonjera. Entonces conocí á Laube.

Con objeto de ver á uno de mis hermanos, me trasladé á Würzburgo, donde permanecí todo el año 1833; mi hermano, en su calidad de cantante experto, tenía para mí alguna importancia. Aquel año compuse una ópera romántica en tres actos, *Las Hadas*, cuyo libro saqué yo mismo de la *Mujer serpiente* de Gozzi. Beethoven y Weber eran mis modelos: en las piezas de conjunto había salido bien más de una cosa; el final del segundo acto, sobre todo, parecía destinado á producir

2008 Ministerio de Cultura

gran efecto. Lo que dí á conocer de esa ópera en los conciertos de Würzburgo agradó. Animado de las mejores esperanzas á propósito de mi obra, volví á Leipzig á principios de 1834, y la presenté al director del teatro de esa ciudad. A pesar de sus buenos deseos de favorecerme, declarados desde un principio, no tardé en convencerme de una cosa que hoy día tiene ocasión de saber todo compositor alemán: á consecuencia del éxito de los autores franceses é italianos hemos perdido todo crédito en nuestra escena, y necesitamos mendigar como un favor la ejecución de nuestras óperas. La de mis *Hadas* se eternizó. Durante ese tiempo oí cantar á la Dovrient el *Romeo y Julieta* de Bellini, y me asombré de ver una interpretación tan extraordinaria de una música tan completamente insignificante. Llegué á dudar sobre la elección de los medios que pueden conducir á los grandes éxitos: estaba muy lejos de conceder á Bellini un gran valor; pero, á pesar de todo, los elementos de su música me parecían más apropiados para difundir calor y vida que la penosa y laboriosa conciencia con que apenas conseguimos nosotros, los alemanes, producir un trasunto de verdad atormentada. El arte desmazalado y sin carácter de la Italia actual, de igual suerte que el espíritu frívolo y ligero de la Francia contemporánea, obligaban, en mi sentir, á los graves y concienzudos alemanes á hacerse dueños de los procedimientos más felices y perfeccionados de sus rivales, á fin de llegar á sobrepujarlos en la producción de verdaderas obras artísticas.

Tenía yo entonces veintiun años; estaba dispuesto á gozar de la vida y á recrearme en el espectáculo de las cosas; *Ardinghello* y *La joven Europa* me trastornaban la cabeza: Alemania no me parecía más que una ínfima porción del mundo. Había salido del misticismo abstracto, y empezaba á gustar la realidad. La belleza de la materia, el talento y el genio eran para mí cosas magníficas; en lo concerniente á mi arte todo eso lo encontraba en los italianos y los franceses. Renuncié á mi modelo, á Beethoven; su última sinfonía, conclusión de una gran época artística, me parecía la clave de una bóveda sobre la cual nadie podía elevarse, y á cuyo abrigo era imposible obtener la independencia. Es lo que, á mi juicio, había comprendido Mendelssohn, cuando dejando á un lado la gran forma de la sinfonía beethoviana, se hizo notar por composiciones orquestales más restringidas; yo estimaba que, al empezar por una forma más restringida y enteramente indepen-

2008 Ministerio de Cultura

diente, quería crearse á sí mismo una más grande.

Todo lo que me rodeaba me parecía en fermentación, y dejarme ganar por esa fermentación era á mis ojos la cosa más natural del mundo. En un hermoso viaje de verano á las aguas de Bohemia bosquejé el plan de una nueva ópera, *Prohibición de amar*, cuyo asunto tomé del drama de Shakespeare *Medida por medida*, con la sola diferencia de que yo suprimí su tono serio predominante, y lo ajusté tan bien al tipo de la *Joven Europa*, que la libre y franca sensualidad dominaba por su sola virtud al hipócrita puritanismo.

En ese mismo estío de 1834, acepté la plaza de *Musik-director* en el teatro de Magdeburgo. La aplicación práctica de mis conocimientos musicales en las funciones de director de orquesta me causó un vivo placer; las relaciones con los cantantes entre bastidores y en las tablas respondían por completo á mi afán de variedad de distracciones. Había empezado la composición de mi *Prohibición de amar*. Ejecuté en un concierto la overtura de mis *Hadas*, y agradó mucho. Yo, sin embargo, me disgusté de esa ópera, y no pudiendo, sobre todo, atender personalmente á mis intereses en Leipzig, resolví no preocuparme más de la obra, lo que equivalía á renunciar á ella. Con ocasión de un festival para celebrar el Año nuevo de 1835, compuse á la ligera una música que interesó generalmente. Tales éxitos, fácilmente obtenidos, me confirmaban en la opinión de que, para agradar, no había que andar con muchos escrúpulos en la elección de los medios. Con este sentido continué la composición de mi *Prohibición de amar;* no me tomé el menor trabajo por evitar las reminiscencias francesas é italianas. Interrumpida mi tarea durante algún tiempo, la reanudé en el invierno de 1835 á 1836, y la acabé poco antes de dispersarse la compañía del teatro de Magdeburgo. No me quedaban ya más que doce días hasta la marcha de las primeras partes, y era preciso que en ese intervalo aprendiesen y representasen mi ópera. Con más aturdimiento que reflexión dejé pasar á la escena después de un estudio de diez días una ópera que contenía papeles muy fuertes; fiaba en el apuntador y en mi batuta. A pesar de eso, no pude impedir que los cantantes apenas supiesen á medias sus papeles. La representación fué como un sueño para todo el mundo; nadie pudo formarse idea; lo que salió medianamente no dejó de aplaudirse, sin embargo. La segunda representación no pudo llevarse á efecto por diversos motivos.

2008 Ministerio de Cultura

Durante ese tiempo llamaron á mi puerta los rigores de la vida: la rápida toma de posesión de mi independencia exterior me había impulsado á toda clase de locuras, y me veía en la situación económica más apurada y acribillado de deudas. Pensé recurrir á cualquier medio excepcional para no caer en los baches de la miseria. Sin la menor esperanza me fuí á Berlín, y presenté mi *Prohibición de amar* al director del Teatro real municipal. Acogido al pronto con las mejores promesas, acabé por convencerme, después de largas dilaciones, de que esas promesas no habían sido leales. Salí de Berlín en la situación más desastrosa, y me dirigí á Kœnigsberg para solicitar la plaza de director de orquesta del teatro de esa ciudad, plaza que logré obtener más tarde. También me casé allí durante el otoño de 1836, y, para decirlo todo, en una situación de las más azarosas. El año que pasé en Kœnisberg en medio de las preocupaciones más mezquinas fué enteramente perdido para mi arte. No escribí más que una *overtura: Rule Britannia.*

Durante el verano de 1837 pasé una corta temporada en Dresde. Allí la lectura de la novela de Bulwer, *Rienzi,* vino á reanimar la idea que ya venía acariciando, de hacer del último tribuno romano el héroe de una gran ópera trágica. Me lo impidieron circunstancias exteriores adversas, y dejé de idear proyectos. Durante el otoño de ese mismo año fuí á Riga como primer director de orquesta del teatro recien inaugurado bajo la dirección de Holtei. Allí encontré reunidos excelentes elementos para la ejecución de la ópera, y empecé á emplearlos con gran ardor. Entonces fué cuando compuse para cada cantante varias piezas destinadas á intercalarse en óperas. Hice también el libro de una ópera cómica en dos actos, *La afortunada familia de los osos,* cuyo asunto tomé de un cuento de las *Mil y una noches.* Había ya compuesto dos números, cuando noté con disgusto que estaba escribiendo música á lo Adam; herida mi conciencia más íntima por ese descubrimiento, abandoné el trabajo horrorizado. El estudio y la dirección diaria de la música de Adam y de Bellini habían, pues, concluído por producir su efecto, y no tardaron en destruir el placer superficial que esa música me producía. La completa incapacidad del público de nuestras ciudades provinciales en lo tocante al primer juicio de una obra nueva (habituado como está á no ver más que obras ya apreciadas y acreditadas en el extranjero) me inspiró la re-

2008 Ministerio de Cultura

solución de no estrenar á ningún precio en teatros inferiores una obra de alguna importancia; así es que, sintiendo de nuevo la necesidad de emprender una obra de esa índole, renuncié completamente á su pronta y próxima ejecución; supuse que no faltaría en alguna parte un teatro de importancia que la representase un día, y me preocupé poco de saber cuándo y dónde. En esas disposiciones de ánimo concebí el proyecto de una gran ópera trágica en cinco actos: *Rienzi, el último de los tribunos;* el plan *a priori* era de tal magnitud que se hacía imposible presentar esa ópera, al menos por primera vez, en un teatro pequeño. Trabajé el asunto durante el verano de 1838, en cuya época hacía estudiar á nuestra compañía con mucho entusiasmo el *José* de Méhul.

Empecé en otoño la composición musical de mi *Rienzi*, decidido á ajustarme en absoluto al asunto y á no plegarme á ninguna otra cosa; no me propuse modelo, sino que me abandoné exclusivamente al sentimiento íntimo que entonces tenía de encontrarme ya bastante adelantado, para exigir del desarrollo de mis facultades artísticas algo original y huir de lo insignificante. Me era insoportable el pensamiento de ser trivial á sabiendas, así fuese en un solo compás. Seguí componiendo durante el invierno con tal entusiasmo, que en la primavera de 1839 había concluído los dos primeros actos. En aquel punto finalizaba mi compromiso con el director del teatro, y por circunstancias especiales no quería permanecer en Riga más tiempo. Hacía ya dos años que acariciaba el proyecto de ir á París, y con ese propósito había enviado á Scribe desde Kœnigsberg el plan de un asunto de ópera para que lo desenvolviese, si le agradaba, y me procurase el encargo de escribir la ópera para París. Scribe no hizo ningún caso, naturalmente. Con todo, no renuncié á mis designios; lejos de eso, los reanudé activamente en el verano de 1839, y, por último, decidí á mi mujer á embarcarse conmigo á bordo de un velero que debía llevarnos hasta Londres. Esa travesía será eternamente inolvidable para mí; duró tres semanas y media, y fué fecunda en accidentes. Tres veces tuvimos que sufrir las más violentas tempestades, y durante una, el capitán se vió obligado á refugiarse en un puerto noruego. El paso al través de las rompientes de las costas noruegas produjo en mi imaginación una impresión maravillosa. La leyenda del *Holandés errante*, tal y como volvía á oirla de boca de los marineros, revistió á mis ojos un color pronunciado, es-

2008 Ministerio de Cultura

pecial, que sólo pudieron prestarle mis propias aventuras.

Para reponernos de viaje tan fatigoso, nos detuvimos ocho días en Londres; nada me interesó tanto como la ciudad misma y las dos Cámaras; en los teatros no puse los pies. En Boulogne-Sur-Mer, donde estuve cuatro semanas, entré por primera vez en relaciones con Meyerbeer, y le dí á conocer los dos actos concluídos de mi *Rienzi;* me prometió su apoyo en París de la manera más amistosa del mundo. Entré, pues, en París con muchas esperanzas y muy poco dinero. Tenía por toda recomendación las señas de Meyerbeer; éste pareció ocuparse, con las mayores muestras de atención, de todo lo que podía servir á mis fines, y yo me creía seguro de alcanzar á muy poco el objeto anhelado; pero quiso la mala suerte que, durante mi estancia en París, Meyerbeer se hallase fuera casi constantemente. Verdad es que, áun ausente, se propuso servirme; pero, según sus propias predicciones, simples cartas no podían dar resultado, tratándose de un asunto en que sólo podía tener eficacia una insistencia personal incesante. Entré en relaciones primeramente con el teatro del Renacimiento, que daba entonces á la vez dramas y óperas. La partitura de mi *Prohibición de amar* me pareció muy á propósito para ese teatro, y áun me decía que el asunto, un si es no es ligero, sería fácil de arreglar á la escena francesa. Estaba tan recomendado por Meyerbeer al director, que este último no podía menos de darme las seguridades más completas. Ofrecióseme, pues, para el arreglo del libro uno de los dramaturgos parisienses más fecundos, Dumersan. Tradujo tres trozos destinados á una audición, y con tal acierto, que mi música parecía adaptarse mejor á la nueva letra francesa que á los primitivos versos alemanes; la música misma era de la que comprenden con menos trabajo los franceses, y todo me prometía el éxito más satisfactorio, cuando, así las cosas, hizo quiebra el teatro del Renacimiento. Todos mis esfuerzos y todas mis esperanzas estaban en tierra. Durante ese mismo invierno de 1839 á 1840 compuse, además de una *overtura* para la primera parte del *Fausto* de Goëthe, varias *melodías* francesas, entre las cuales figuraba una traducción hecha por mí de *Los dos granaderos* de Enrique Heine. En cuanto á la posibilidad de una ejecución de mi *Rienzi* en París, nunca pensé en ella; preveía con certidumbre que necesitaría esperar, por lo menos, cinco ó seis años, áun en el caso más favorable, antes de poder dar cima á la empresa; la misma

2008 Ministerio de Cultura

traducción de la ópera habría creado obstáculos insuperables.

Regresé, pues, en el estío de 1840, sin la menor esperanza por el momento; mis relaciones con Habeneck, Halévy, Berlioz, etc., no podían contribuir á abrirme ni remotamente ningún horizonte: en París no hay artista que tenga tiempo de trabar amistad con otro; cada cual se mueve y agita por su cuenta. Halévy, como todos los compositores parisienses de nuestra época, no se ha sentido inflamado de entusiasmo por su arte sino el tiempo estricto que necesitó para obtener un gran éxito. Una vez conseguido el éxito, y colocado el autor en la categoría privilegiada de los *lions* de la música, no pensó más que en una cosa: en hacer óperas y ganar dinero. El renombre lo es el todo en París: constituye la fortuna y la perdición de los artistas. Berlioz, á pesar de su carácter desagradable, me atrajo mucho más: lo separa de sus colegas parisienses la enorme diferencia de que no escribe música para ganar dinero. Pero tampoco puede escribir por el puro arte, porque le falta el sentido de lo bello. Permanece completamente aislado en su tendencia: no tiene á su lado más que una turba de adoradores que sin el menor discernimiento saludan en él al creador de un sistema de música flamante, y le han trastornado completamente la cabeza; fuera de ellos, todo el mundo huye de Berlioz como de un loco.

Mis opiniones prematuras é irreflexivas sobre los procedimientos musicales recibieron el golpe de gracia... de los italianos. Esos héroes tan alabados del canto, con Rubini á la cabeza, me han hecho perder el gusto á su música. El público que los oye ha contribuído por su parte á ese efecto. La Gran Opera me dejó absolutamente descontento por la falta de todo espíritu superior á mis interpretaciones: todo lo encontré común y adocenado. La manera de presentar las obras y las decoraciones—lo digo francamente—son lo que prefiero de toda la *Académie royale de musique*. Mucho más hubiera podido satisfacerme la Opera Cómica: posee los primeros talentos, y sus representaciones ofrecen algo de completo y original que desconocemos en Alemania. Pero lo que ahora se produce para ese teatro es de lo más detestable que apareció jamás en las épocas de degeneración artística. ¿Dónde ha tenido la gracia de Méhul, de Isouard, de Boïldieu y del *joven* Auber, ante los innobles ritmos de cuadrilla que llenan ese teatro con su estruendo á la hora presente?

Lo único que encierra París,

2008 Ministerio de Cultura

digno de nota para el músico, es la orquesta del Conservatorio. Las ejecuciones de las obras sinfónicas alemanas en esos conciertos han producido en mí una impresión profunda, y me han iniciado nuevamente en los maravillosos misterios del verdadero arte. El que quiera conocer á fondo la novena sinfonía de Beethoven debe oírsela á la orquesta del Conservatorio de París... Pero esos conciertos quedan completamente aislados; no hay nada que se asocie á ellos.

Yo no me rozaba casi nada con músicos: formaban mi sociedad literatos y pintores, é hice en París más de una buena amistad.

Encontrándome allí de esta manera, sin la menor perspectiva por delante, reanudé la composición de mi *Rienzi;* lo destinaba á Dresde entonces, porque sabía que en ese teatro se disponía de los mejores intérpretes, la Devrient, Tichatshek, etc., y porque allí podía esperar inmediato acceso, con ayuda de las relaciones de mi juventud. Renuncié, por tanto, casi enteramente á mi *Prohibición de amar:* su autor no tenía ya derecho á mi estima. Con eso me quedé en situación más desembarazada para ajustarme á mi verdadera fe artística durante la conclusión del *Rienzi.* Preocupaciones de diverso linaje y una negra miseria me atormentaron en esa época de mi vida. De pronto reapareció Meyerbeer en París durante algún tiempo; se informó con el mejor interés del estado de mis asuntos, y quiso ayudarme. Entonces me puso en relaciones con el director de la Gran Opera, León Pillet, y se trató de confiarme la composición de una en dos ó tres actos. En previsión de esa eventualidad tenía ya trazado un boceto de argumento. *El holandés errante*, que había conocido íntimamente en el mar, persistía cautivando mi imaginación; supe además el empleo característico que había hecho Enrique Heine de esa leyenda en una parte de su *Salón.* Sobre todo, el modo de redención de aquel Ahasvero del Océano, sacado por Heine de una obra holandesa del mismo título, acabó de poner en mi mano todos los medios á propósito para hacer de esa leyenda un libreto de ópera. Me entendí con el mismo Heine, tracé el plan y lo trasmití á M. León Pillet, proponiéndole que encargase un libreto francés con arreglo á aquella pauta. Llegadas á este punto las cosas, volvió á salir de París Meyerbeer, teniendo que abandonar al destino el cumplimiento de mis aspiraciones. No tardé en saber con asombro que el bosquejo presentado á M. Pillet le gustaba, tanto que deseaba se lo cediese. Decía que

2008 Ministerio de Cultura

una antigua promesa le obligaba á confiar un libreto á otro compositor lo más pronto posible; el bosquejo mío le parecía perfectamente apropiado para el objeto; pensaba que yo no vacilaría en avenirme á la cesión, si reflexionaba que antes de un plazo de cuatro años no podía prometerme obtener el encargo inmediato de una ópera, en atención á que él tenía que cumplir ante todo las promesas hechas á varios candidatos; naturalmente, se me haría muy largo andar de acá para allá con mi asunto en espera de esa fecha; podría inventar uno nuevo, y me consolaría seguramente de haber hecho ese sacrificio. Combatí con tenacidad tales pretensiones sin conseguir otra cosa que el aplazamiento provisional de la cuestión. Confiaba en una pronta vuelta de Meyerbeer, y guardé silencio.

Durante ese tiempo Schlesinger me invitó á escribir en su *Gaceta musical*, donde publiqué varios artículos *Sobre la música alemana*. Gustó mucho, sobre todo, una novelita titulada: *Una visita á Beethoven*. Esos trabajos contribuyeron no poco á atraerme la atención y estima de París. En el mes de Noviembre de aquel año terminé por completo la partitura del *Rienzi*, y la envié á Dresde sin dilación. Fué el punto culminante de mi situación deplorabilísima: escribí para la *Gaceta musical* una novelita, *El fin de un músico alemán en París*, en que hacía morir al infortunado héroe con esta profesión de fe: «Creo en Dios, en Mozart y en Beethoven.» Era una suerte que estuviese concluída mi ópera, porque me ví obligado á renunciar durante mucho tiempo al ejercicio de todo lo que fuese arte, dedicándome, por cuenta de Schlesinger, á hacer arreglos para todos los instrumentos habidos y por haber, incluso para el cornetín de pistón; á ese precio pude encontrar algún alivio. Pasé, pues, el invierno en 1841 de la manera menos gloriosa. En la primavera me retiré al campo, á Meudón; la cálida proximidad del estío me hizo suspirar de nuevo por un trabajo intelectual; la ocasión debía presentarse más pronto de lo que yo pensaba. Supe positivamente que mi proyecto de libreto para *El holandés errante* había sido comunicado ya á un poeta, Pablo Fouché, y ví que, si no acababa por cederlo pronto, me quedaría burlado completamente bajo cualquier pretexto: consentí, pues, en la cesión mediante cierta suma. Entonces no tuve más idea que desenvolver el asunto yo mismo en versos alemanes. Para ponerme á la obra me hacía falta un piano, porque habiendo interrumpido durante nue-

2008 Ministerio de Cultura

ve meses el trabajo de producción, necesitaba ante todo volver á colocarme en una atmósfera musical: alquilé un piano. Llegado el instrumento, dí vueltas en torno de él poseído de verdadera angustia: temblaba ante el temor de descubrir que había dejado de ser músico. Empecé por el coro de los marineros y la canción de las hilanderas; en un abrir y cerrar de ojos todo marchó á pedir de boca, y lancé gritos atronadores de alegría al cerciorarme con íntimo convencimiento de que era músico aún. En siete semanas quedó compuesta toda la ópera. Pero al fin de ese tiempo me agobiaron las preocupaciones materiales más vulgares: tuvieron que pasar dos meses largos antes de que pudiese escribir la *overtura* de la ópera terminada, por más que la llevase casi completa en mi cabeza. Naturalmente, no tuve más deseo que tratar de que esa ópera se representase en seguida en Alemania: de Munich y de Leipzig me respondieron con esta fórmula de negativa: que la obra no convenía á Alemania. ¡Cándido de mí! Yo había creído que no convenía más que á Alemania, porque tocaba cuerdas que no pueden vibrar más que en un alemán.

Acabé por mandar mi nuevo trabajo á Meyerbeer, que estaba en Berlín, rogándole procurase su admisión en el teatro Real de esa ciudad. La cosa se hizo bastante de prisa. Estando ya admitido mi *Rienzi* en el teatro Real de Dresde, al ver en perspectiva la representación de dos de mis obras en las principales escenas alemanas, me asaltó involuntariamente el pensamiento de que por suerte singular París me había servido extraordinariamente para Alemania. En cuanto á París mismo, nada tenía que hacer en él ahora durante el curso de algunos años; lo abandoné, pues, en la primavera de 1842. Por primera vez ví el Rhin... con los ojos humedecidos de lágrimas, juré, ¡pobre músico! una fidelidad eterna á mi patria alemana.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO BARCELONES

II

«LA PROHIBICIÓN DE AMAR»

De la segunda ópera que terminé completamente, *Prohibición de amar*, no doy á luz más que un resumen del argumento y una reseña de la tentativa de su representación con las circunstancias que á ella se asociaron. Si me abstengo de una comunicación semejante por lo que se refiere á mi primera ópera, *Las Hadas*, atendiendo á que no llegó á la publicidad, no

2008 Ministerio de Cultura

creo posible pasar en silencio esta segunda obra de mi juventud, puesto que pudo obtener una publicidad verdadera, como va á verse, y abrogó entonces la atención sobre sí.

Bosquejé el poema de esta ópera en el estío de 1834 durante una temporada de vacaciones en Tœplitz, de la cual conservé recuerdos precisos consignados en las siguientes páginas.

Durante algunas hermosas mañanas huí de la gente para ir á almorzar solo á la *Schlatenburg* y trazar en mi cuaderno de apuntes el plan de un nuevo libro de ópera. Me apoderé al efecto del asunto de Shakespeare, *Medida por medida*, y, conforme á mis disposiciones de entonces, lo transformé libérrimamente en un libreto para mi uso, á que puse por título *Prohibición de amar*. Las ideas de la *Joven Europa*, que obsediaban entonces los cerebros, y la lectura de *Ardinghello*, exasperadas una y otra por las disposiciones personales de que yo estaba animado contra la música alemana, me sugirieron la nota fundamental de mi concepción, dirigida especialmente contra el puritanismo hipócrita, y destinada en consecuencia á la glorificación atrevida de la «libre sensualidad.» No me tomé el menor trabajo para entender de otra manera el austero pensamiento de Shakespeare; no ví más que el gobernador sombrío y rigorista inflamado de una pasión formidable por la bella novicia, y la bella novicia que, al implorar la gracia de su hermano condenado por un delito de amor; encendía en el puritano rígido la llama más funesta, merced á la irradiación de sus calorosos sentimientos. Que Shakespeare no desenvolviese con tal riqueza esos poderosos motivos dramáticos sino para que pesasen al fin con mayor fuerza en la balanza de la justicia, cosa era de que yo me preocupaba muy poco; á mí no me importaba sino desvelar lo que había de culpable en la hipocresía y de antinatural en el papel cruel de censor. Separándome, pues, completamente de *Medida por medida*, sólo me cuidé del castigo del hipócrita por el amor vengador. Transporté el asunto de la Viena fabulosa á la capital de la ardiente Sicilia: aquí un gobernador alemán, indignado de la libertad de costumbres del país, incomprensible para él, intenta un ensayo de reforma puritana, y sucumbe en la demanda de la manera más lamentable. Es verosímil que entrase por algo en esa composición la *Muda de Pórtici*, y aun que cooperasen también algunas reminiscencias de las *Vísperas sicilianas:* cuando considero que hasta el dul-

2008 Ministerio de Cultura

ce siciliano de Bellini tiene algo que ver con la tal obra, no puedo menos de sonreirme del extraño *quid pro quo* á que conspiraron entonces los descarríos más singulares.

No terminé la partitura de esa ópera hasta el invierno de 1835 á 1836. La cosa se hizo en medio del gran desorden de impresiones originado por mi entrada en el teatrito municipal de Magdeburgo, donde había dirigido la ópera durante dos temporadas de invierno. De mi contacto inmediato con el personal de la ópera alemana resultó una extraña depravación, visible entonces en todo el plan y en el desarrollo de esa obra, y visible hasta el punto de que nadie hubiese podido reconocer en el autor de semejante partitura al joven entusiasta de Beethoven y Weber.

He aquí ahora cuál fué su destino.

A pesar de un apoyo regio, y á pesar de una ingerencia de la Junta del teatro en la administración, nuestro digno director andaba enredado en una quiebra continua, y no había que esperar de ningún modo en la continuación de su empresa. Así era menester que la representación de mi ópera por el excelente personal de canto, que se hallaba completamente á mis órdenes, sirviese de punto de partida á un cambio radical en mi crítica situación. Desde el último estío tenía derecho á un beneficio como indemnización de ciertos gastos de viaje; y, naturalmente, pensé consagrar ese beneficio al estreno de mi obra, procurando hacer lo menos costoso posible para la dirección ese favor que me debía. A este fin, y como quiera que corriesen á su cargo algunos desembolsos que exigía la nueva ópera, convine en dejarle los ingresos del estreno, percibiendo yo en cambio los de la segunda representación. No me pareció enteramente desfavorable que se aplazase el estudio de la obra hasta fines de la temporada, porque daba por supuesto que el público prestaría singular atención á las últimas representaciones de un personal acogido frecuentemente por un favor poco común. Por desdicha no llegamos á ese excelente fin de la temporada, señalado para los últimos días de Abril; porque ya el mes antes, á consecuencia de inexactitud en el pago, se despidieron las partes favoritas de la compañía, resueltas á buscar mejor colocación en otra parte, sin que la empresa, dada su insolvencia, tuviese medios de impedirlo. Entonces concebí verdaderos temores, pareciéndome más que dudoso que pudiese verificarse el estreno de mi *Prohibición de amar*. Gracias á la gran popularí-

2008 Ministerio de Cultura

dad de que gozaba cerca de toda la compañía, logré decidir á los cantantes, no sólo á prolongar su estancia hasta fines de Marzo, sino á emprender el estudio de mi ópera, estudio fatigosísimo, dada la premura del tiempo. Tan medido era ese tiempo, que, en el supuesto de celebrar dos representaciones, teníamos diez días solamente para todos los ensayos. Como no se trataba de una opereta fácil, sino, á pesar del carácter ligero de la música, de una gran ópera, con muchos trozos importantes de conjunto, el empeño bien podía considerarse como una locura temeraria. Yo fiaba, sin embargo, en el extraordinario esfuerzo que hacían los cantantes por darme gusto, estudiando sin reposo noche y día; y, aunque fuese imposible que los infelices llegasen á sentirse algo seguros de sí, todavía esperaba un milagro final de la pericia que había yo adquirido como director de orquesta. El poder que poseía de mantener á los cantantes, á despecho de la falta más absoluta de seguridad, dentro de cierta corriente á propósito para sostener la ilusión, manifestóse realmente en aquellos pocos ensayos generales: apuntándoles de continuo las palabras, cantando con ellos, y dirigiéndoles enérgicas llamadas de atención á propósito de la acción, encaucé el conjunto tan á maravilla, que al parecer debía producir un efecto muy tolerable. Desgraciadamente no habíamos reflexionado que, al llegar la ejecución, en presencia del público, todos esos enérgicos recursos para poner en movimiento la máquina dramático-musical deberían limitarse á las indicaciones de la batuta y al juego de la fisonomía. En realidad los cantantes, sobre todo los del personal masculino, andaban tan sumamente inseguros, que la acción se veía entorpecida y paralizada desde el principio hasta el fin. El primer tenor, que era el de menos memoria, trataba de suplir con el mejor deseo del mundo el carácter vivo y provocativo de su papel (el tarambana Lucio) con la rutina que había adquirido en *Fra Diavolo* y *Zampa*, y sobre todo con un penacho multicolor, desmesuradamente grande y ondulante. A pesar de eso no había que extrañar que el público no viese claros los pormenores de una acción simplemente cantada, sobre todo cuando la dirección no había conseguido llegar á imprimir el libreto por separado. A excepción de algunos pasajes de las cantantes, acogidos con éxito, el conjunto, que yo soñaba, de una acción atrevida y un diálogo movido y enérgico se redujo á un juego musical de sombras chinescas, á que prestó

2008 Ministerio de Cultura

generoso concurso la orquesta con sus confusas expansiones y con un estruendo frecuentemente exagerado. Como detalle característico de mi modo de tratar el color instrumental, citaré este hecho: el músico mayor de una banda militar prusiana, á quien le gustó mucho la obra, creyó preciso darme benévolas instrucciones para mis composiciones futuras en punto al empleo del bombo.

Antes de dar á conocer la suerte ulterior de esta obra singular de mi juventud, haré una breve reseña de su carácter, sobre todo en lo que afecta al poema.

La obra de Shakespeare, muy austera en el fondo, se modificó en mis manos al tenor siguiente:

Un rey anónimo de Sicilia abandona su reino para hacer un viaje á Nápoles, y transmite al gobernador que deja de regente (llamado Friedrich á secas á fin de darle carácter alemán) plenos poderes para que reforme las costumbres de la capital siciliana, de las cuales está escandalizado el rígido consejero.

Al comienzo de la obra se vé en funciones á los agentes de la fuerza pública, cerrando unos los establecimientos prohibidos de un barrio de Palermo, arrasándolos otros y llevándose presos á sus concurrentes y dueños. El pueblo se opone á esa medida: gran escaramuza. En lo más recio del tumulto el jefe de los esbirros, Brighella (bajo caricato), después de un redoble de tambor que restablece la calma, lee el bando del gobernador, según el cual se ha procedido en bien de la mejora de las costumbres. Una carcajada general y un coro irónico interrumpen la lectura; Lucio (tenor), mancebo hidalgo y libertino jovial parece querer erigirse en jefe del pueblo, y encuentra á poco la ocasión de interesarse más á fondo en la causa de los oprimidos: tropezándose en el camino con su amigo Claudio (otro tenor) á quien llevan preso, oye de su boca que, en virtud de una añeja ley exhumada por Friedrich, debe sufrir la pena de muerte por un delito de amor. Ha hecho madre á su amada, cuya mano le habían negado hasta entonces padres hostiles Al odio de la familia se osocia el celo rigorista de Friedrich; Claudio teme que el asunto acabe del peor modo, y no espera ya su salvación más que de la clemencia, si la intercesión de su hermana Isabel logra ablandar el corazón inflexible del regente. Lucio promete á su amigo ir en busca de su hermana al convento de las Hijas de Santa Isabel, en donde acaba de entrar como novicia.

Allí, en el tranquilo retiro del claustro, conocemos mejor á esa joven por un diálogo íntimo con su

2008 Museo Nacional Centro de Arte Reina

amiga Mariana, que ha entrado también como novicia. Esta última descubre á la amiga de quien ha estado separada mucho tiempo la triste suerte que la ha conducido á aquel sitio. Fiando en la promesa de una eterna fidelidad, se decidió á unirse secretamente con un hombre de alta jerarquía; pero se ha visto abandonada y hasta perseguida por él, porque el traidor se ha revelado finalmente como el hombre más poderoso del Estado: es, ni más ni menos, que el consejero actual del rey. Isabel desahoga su indignación en acentos inflamados, y no se calma sino después de resolverse á abandonar un mundo donde ha podido cometerse impunemente tan monstruosa hazaña.

Pero cuando Lucio le participa la suerte de su propio hermano, la aversión que siente por la falta de este último se trueca al momento en una cólera violenta contra la infamia del hipócrita regente. ¿Es él el que pretende castigar con crueldad tamaña aquella falta infinitamente menor que la suya, aquella falta de un hombre que al menos no se ha manchado con una traición? Su viva efervescencia le comunica irresistibles seducciones á los ojos de Lucio, que, inflamado de repente por un violento amor, la insta á abandonar para siempre el convento y aceptar su mano. Isabel, llena de dignidad, sabe tenerlo á distancia, pero acepta sin vacilaciones que la acompañe á presencia del regente.

Aquí se prepara la escena del juicio á que puse por introducción un interrogatorio burlesco de diversos delincuentes contra las costumbres, por el jefe de los esbirros Brighella. La seriedad de la situación resalta así más, cuando aparece el sombrío Friedrich reclamando silencio, en medio del tumulto del populacho, y cuando el mismo regente comienza el interrogatorio de Claudio en términos severos. Ya va á pronunciar la sentencia el juez inexorable, cuando llega Isabel solicitando hablarle antes á solas. Durante esa conferencia, la joven se domina con noble reserva ante aquel hombre á quien teme y desprecia, sin embargo, no dirigiéndose más que á su indulgencia y misericordia. Las objeciones que él opone aumentan el calor de sus sentimientos; presenta con colores conmovedores la falta de su hermano, é implora el perdón de un desliz tan humano y disculpable á la postre. Notando el efecto producido por sus expresiones calorosas, continúa con ardimiento creciente, apela á aquel corazón de juez que ahora se cierra con tanta dureza, á aquel corazón que no puede haber

2008 Ministerio de Cultura

permanecido cerrado siempre á los mismos sentimientos que arrastraron á su hermano, á aquel corazón cuya propia experiencia invoca, llena de angustia, para ayudarla en su empresa. Se ha roto el hielo: Friedrich, impresionado profundamente por la belleza de Isabel, no es ya dueño de sí mismo, y promete concederle lo que pide al precio de su amor. Apenas se da ella cuenta de haber producido ese efecto inesperado, corre á la ventana y á la puerta en un acceso de indignación contra infamia tan inconcebible, llamando al pueblo para desenmascarar al hipócrita á los ojos de todo el mundo. Ya la muchedumbre amotinada se precipita en la sala del Tribunal, cuando Friedrich, gracias á los esfuerzos de una energía desesperada, consigue demostrar á Isabel, mediante algunas indicaciones significativas, la imposibilidad de conseguir su objeto: él negaría atrevidamente su acusación, explicaría la proposición que hizo por su parte como un medio de prueba, y se prestaría crédito á sus palabras. Isabel, turbada y confusa, reconoce lo aventurado de su intento, y se abandona á la rabia muda de la desesperación. Pero cuando Friedrich anuncia al pueblo el supremo rigor y al acusado su sentencia, Isabel, movida por la dolorosa suerte de Mariana, concibe con la rapidez del relámpago el proyecto salvador de obtener por la astucia lo que parece imposible conseguir por la violencia abierta. Pasa entonces, por una transición brusca, de la más profunda aflicción á la más franca jovialidad: se dirige á su consternado hermano, á su afligido amigo, á la multitud perpleja, anunciándoles que les prepara á todos una sorpresa de las más agradables, porque los regocijos del carnaval, que el gobernador acaba de prohibir severamente, deben celebrarse aquel año con la mayor extravagancia: en efecto, aquel hombre temido no se muestra tan cruel sino en apariencia, á fin de sorprender más gratamente al pueblo con su alegre participación en todo lo que prohibe. Todos creen que se ha vuelto loca; Friedrich, con especialidad, le reconviene en los términos más duros su inconcebible demencia; pero algunas palabras de Isabel bastan para trastornar al mismo gobernador, porque murmura á su oido, en una confidencia furtiva, la promesa de colmar todos sus deseos y dirigirle á la noche siguiente una invitación anunciándole su ventura.

Así termina el primer acto en medio de la más viva agitación. ¿Cuál es el plan tan rápidamente concebido por la heroina? Lo sabe-

2008 Ministerio de Cultura

mos al empezar el acto segundo. Isabel va á la prisión de su hermano para saber ante todo si es digno aún de la absolución. Le descubre las proposiciones ultrajantes de Friedrich, y le pregunta si desea salvar su vida delincuente al precio del deshonor de su hermana. A las primeras explosiones de cólera de Claudio, á su abnegación para el sacrificio, sucede una disposición muelle que hace pasar al infelíz de la tristeza á la debilidad, cuando se despide por siempre de su hermana, encargándole un adiós conmovedor para la amada á quien abandona. Isabel, pronta á comunicarle su salvación, se detiene con desaliento, al verle caer del más noble entusiasmo hasta la débil confesión de su amor á la vida, hasta esta tímida pregunta: ¿le parece, pues, exorbitante el precio de su salvación? Isabel se levanta horrorizada, rechaza lejos de sí á aquel hermano indigno, y le anuncia que ya no le resta sino unir á una muerte ignominiosa todo su menosprecio. Después de restituirlo al carcelero, su actitud vuelve á revestir, por un cambio instantáneo, la expresión serena y altiva de un alma resuelta: es verdad, se decide á castigar las vacilaciones de su hermano, prolongando la incertidumbre en que se halla sobre su suerte; pero persiste también en su designio de librar al mundo del más afrentoso hipócrita que ha pretendido nunca dictarle la ley. Conviene con Mariana en que ésta última acuda en su lugar á la cita concertada con Friedrich para la noche próxima, y envía á Friedrich la invitación á ese encuentro, que, para envolver mejor al enemigo en su perdición, debe verificarse bajo disfráz en una de las casas prohibidas por el mismo regente. Habiendo formado el designio de castigar también al calavera de Lucio por la audaz declaración de amor hecha á la novicia, le da parte de los deseos de Friedrich y de la supuesta necesidad en que se halla de ceder; explica el caso con un desenfado tan inconcebible, que el joven aturdido de antes experimenta la mayor estupefacción y desesperación, y jura que, si conviene á la noble doncella sufrir ese inaudito ultraje, él intentará impedirlo con todo su poder: antes ahogaría en fuego y sangre á toda Palermo.

En fin, toma sus medidas para que todos sus amigos y conocidos se reunan aquella tarde á la salida del Corso so pretexto de inaugurar la gran mascarada prohibida. Allí, á la caída de la noche, en el momento en que empieza á manifestarse ya la alegría y la turbulencia, se presenta Lucio entonando una canción extravagante de cir-

2008 Ministerio de Cultura

cunstancias, que tiene por estribillo:

Al que no coree esta canción
Atravesarle el corazón.

Logra provocar á la multitud á la rebelión abierta. En el momento en que se acerca una partida de esbirros para dispersar á la muchedumbre, debe empezar á realizarse el plan sedicioso; pero Lucio reclama antes una última concesión: la de dispersarse en las cercanías, porque allí está el sitio de la pretendida cita con el gobernador, el sitio cuyo secreto le ha entregado Isabel. Lucio espía á Friedrich; lo reconoce bajo el disfraz, y lo detiene; el otro, desprendiéndose con energía, lo persigue, gritando, con la espada desenvainada; pero es detenido á su vez y extraviado merced á instrucciones de Isabel oculta en un bosque próximo. La joven sale entonces de su escondite, regocijándose á la idea de que en aquel mismo punto es restituído el esposo infiel á aquella Mariana á quien había hecho traición; en seguida, creyendo tener en su mano el indulto prometido, está á punto de renunciar á toda ulterior venganza, cuando, abriendo el escrito para leerlo á la luz de una antorcha, descubre con espanto la orden de ejecución agravada, orden que, gracias á la corrupción del carcelero, llegó á su poder en el instante mismo en que desistía de transmitir á su hermano la noticia de su perdón. Friedrich, después de rudos combates contra la pasión que lo devoraba, reconociendo su impotencia contra aquel enemigo de su reposo, había resuelto perecer, ya que criminal, como hombre de honor al menos. Una hora en los brazos de Isabel, y después su propia muerte... Sufriendo el rigor de la misma ley que condenaba á Claudio de una manera irrevocable. Isabel, no viendo en esa manera de obrar más que una nueva acumulación de ignominias, se abandona al furor de la desesperación. Al oir sus excitaciones á la rebelión inmediata contra el más infame de los tiranos, el pueblo entero se precipita en masa confusa; Lucio, que sobreviene también, aconseja á la multitud con expresiones amargas á no prestar oidos á los arrebatos de aquella mujer que la engañaría como lo ha engañado á él mismo. Nueva confusión y desesperación de Isabel; de pronto se oyen por dentro gritos burlescos de Brighella, pidiendo auxilio: envuelto en aquella intriga de los celos, acaba de apoderarse por equivocación, del gobernador disfrazado, y contribuye así á descubrirlo. Friedrich se ve desenmascarado. Se reconoce

2008 Ministerio de Cultura

á Mariana trémula junto á él; se propagan sucesivamente la sorpresa, la cólera y la alegría; se cambian con rapidez las explicaciones necesarias; Friedrich demanda con semblante sombrío el juicio del rey que vuelve, por haber incurrido en la pena capital. Claudio, sacado de la prisión por la multitud delirante, le dice que en aquel tiempo la ley no castiga con la muerte las faltas de amor.

Nuevos mensajeros anuncian la entrada inesperada del rey en el puerto; se decide formar una gran mascarada, y dirigirse así, á guisa de alegre homenaje, al encuentro del príncipe bien amado, que, en medio de su alegría, comprenderá seguramente el mal efecto que debe producir el sombrío puritanismo alemán en aquella ardiente tierra de Sicilia. A él se atribuye esta frase: «Yo me complazco más en la animación de las fiestas que en vuestras sombrías leyes.» Friedrich, con su esposa Mariana, unida nuevamente á él, debe abrir la marcha ahora; detrás forman una segunda pareja Lucio y y la novicia, perdida por siempre para el claustro...

Esa acción viva, esas escenas cuya concepción puede calificarse de atrevida en ciertos respectos, estaban redactadas en un estilo que no carecía de propiedad y en versos esmerados. La policía puso inconvenientes al título de la obra; de no sustituirlo, hubiese sido causa de la ruína completa de mis planes. Estábamos en Semana Santa, época en que se prohibían en el teatro las obras ligeras ó simplemente frívolas.

Felizmente, el magistrado con quien tuve que entenderme no se cuidó de entrar en pormenores sobre el libreto; y como yo asegurase que estaba compuesto con arreglo á una obra muy seria de Shakespeare, se contentó con la modificación del título, reemplazándose el que veía con malos ojos por el de *La novicia de Palermo*, en que no encontraba ya ninguna cosa escabrosa, y sobre cuya impropiedad no se formuló ningún escrúpulo.

No tuve la misma suerte en Leipzig donde poco tiempo después traté de hacer pasar mi nueva obra en sustitución de mis *Hadas* sacrificadas.

Esperaba lisonjear y ganar á mi proyecto al director del teatro, adjudicando el papel de Mariana á su propia hija, que se estrenaba en la ópera; pero encontró en la tendencia del asunto un pretexto muy plausible para rechazar la obra, diciendo que, si el magistrado de Leipzig permitía su representación, lo cual dudaba mucho en autoridad tan competente, él, como

2008 Ministerio de Cultura

padre de conciencia, no autorizaría á su hija á tomar parte.

Esa tendencia de mi libreto—cosa curiosa—no me perjudicó nada en la representación de Magdeburgo, porque, como ya he dicho, el público se quedó pura y simplemente sin enterarse del asunto á consecuencia del absoluto embrollo de la ejecución. La circunstancia, pues, de que no sè había manifestado ninguna hostilidad contra la *tendencia* hacía posible una segunda representación; nadie suscitó reclamación ninguna, porque nadie se preocupaba de tal cosa. Yo veía bien que mi ópera no había producido efecto, y que el público no sabía á qué atenerse sobre lo que podría querer decir todo aquello: me prometía, sin embargo, una recaudación considerable, en el supuesto de que era la última función de la compañía, lo cual no fué óbice para que reclamase lo que se llamaba la tarifa alta de los precios. ¿Había algunas personas en el teatro antes de empezar la overtura? Cuestión sobre la cual me es difícil pronunciarme seguramente; como un cuarto de hora antes del momento en cuestión sólo ví á mi casera y á su marido, y, cosa sorprendente, á un judío polaco, de toda gala, en los sillones de orquesta. Aún esperaba yo, á pesar de todo, mayor afluencia, cuando de repente sobrevinieron entre bastidores sucesos inauditos.

El marido de mi primera cantante—que hacía el papel de Isabel—pegaba al segundo tenor—que representaba el de Claudio;—este último era un jovencillo agraciado, que hacía tiempo excitaba los celos del susodicho esposo. Parece que el tal marido, después de notar, como yo, la ausencia del público, juzgó llegada al fin la anhelada hora de dejar caer su venganza sobre el amante de su mujer, sin causar perjuicios á la empresa. El infelíz Claudio, maltratado violentamente, tuvo que escurrirse al vestuario con la cara ensangrentada. Isabel, enterada dèl suceso, se precipitó desesperada al encuentro del marido furioso, y recibió tan tremendos cachetes que cayó presa de convulsiones. La confusión que se armó en un instante no tuvo límites; cada cual tomaba partido en pro ó en contra, y en poco estuvo que no se llegase á una contienda general: porque aquella malhadada noche les pareció á todos, por lo visto, la más oportuna para el ajuste final de cuentas de sus supuestas ofensas recíprocas. Era evidente que la pareja estropeada por la *prohibición de amar* del marido de Isabel no podía presentarse en escena aquel día; en consecuencia, anunciόse á la escogidísima concu-

2008 Ministerio de Cultura

rrencia de la sala que «por causas imprevistas» no podía verificarse la representación de la ópera...

Jamás hice ninguna otra tentativa por rehabilitar la obra de mi juventud.

III

TRASLACIÓN DE LAS CENIZAS DE WEBER Á DRESDE

Un hermoso y solemne suceso vino á influir sobre la disposición de espíritu en que terminaba la composición de *Tannhauser*, neutralizando la contínua distracción que me ocasionaban diversas relaciones exteriores. Fué la traslación desde Londres á Dresde de los restos mortales de Carlos María Weber, felizmente realizada en Diciembre de 1844. Dos años antes se había formado una comisión que venía haciendo propaganda al efecto. Sabíase por un viajero que el modesto sarcófago que guardaba las cenizas de Weber se había depositado en apartado rincón de la iglesia de san Pablo de Londres con tal falta de consideraciones, que se podía temer no volver á descubrirlo en algún tiempo. Mi enérgico amigo, el profesor Lœwe, utilizó esa noticia para excitar á la *Liedertafel*, de que era celosísimo presidente, á tomar á su cargo esa empresa de la traslación. El concierto que dieron los coros de hombres para subvenir á los gastos produjo un fruto relativamente importante: entonces hubo el proyecto de asociar á la misma causa á la intendencia del teatro; pero allí, en los lugares mismos donde dirigió el maestro, se tropezó con una resistencia tenaz. La dirección general participó á la comisión que el Rey experimentaba escrúpulos religiosos á propósito de aquella medida destinada á turbar el reposo de un muerto. Aunque fuese lícito no prestar gran crédito al motivo alegado, no por eso era menos evidente que no había que contar con nada; entonces fué cuando aprovechando mi nueva posición de *capellmeister*, lleno de esperanzas, me hicieron tomar parte en el plan. Me presté á ello con mucho entusiasmo; me dejé nombrar presidente, y se me asoció una autoridad en materia de arte, el consejero áulico Sr. Schulz, director del gabinete de antigüedades, y además banquero. Dióse nuevo impulso á la propaganda, se publicaron invitaciones por todas partes; se trazaron planes precisos, y se celebraron innumerables sesiones. Volvía, pues, á encontrarme en antagonismo con mi jefe Sr. de Lüttichau; á ser posible, no hubiera él dejado de

2008 Ministerio de Cultura

oponerme una prohibición absoluta en nombre de la autoridad real, ya pretextada; pero sabía por experiencia los inconvenientes de chocar conmigo en semejantes asuntos. Por otra parte, ni esa voluntad del Rey se había pronunciado tan abiertamente contra la empresa, ni hubiera podido oponerse al proyecto desde el punto de vista de la iniciativa privada; al contrario no hubiese hecho más que suscitar algún rencor contra la corte, si el teatro Real, á que había pertenecido Weber llegaba á encerrarse en una abstención hostil. Así el Sr. de Lüttichau apeló más bien á razones de sentimiento para ver de apartarme del asunto suponiendo que sin mi concurso no prosperaría. Me manifestó especialmente lo difícil que le era admitir que se tributasen honores tan exagerados á la memoria de Weber, cuando nadie pensaba en ir á buscar á Italia las cenizas de Morlacchi, cuyos servicios en la capilla real habían durado mucho más tiempo. «Supóngase V.—me decía—que llega á morir Reissiger en una estación balnearia, su mujer podría pedir con el mismo derecho que la viuda de Weber, que se trajese el cuerpo de su marido con cruz y pendón.» Yo procuré tranquilizarlo sobre ese punto; si no conseguí hacerle comprender claramente la diferencia de los casos que confundía, por lo menos logré convencerlo de que ahora el asunto iba por buen camino tanto más, cuanto que el teatro Real de Berlín acababa de anunciar una función á beneficio de nuestra obra. Efectivamente: á instigación de Meyerbeer, á quien se dirigió la comisión, llevóse á efecto ese beneficio con *Euriante*, y dió un ingreso líquido de 2.000 thalers. Siguieron el ejemplo algunos teatros de orden inferior, de modo que el teatro Real de Dresde no podía ya permanecer más tiempo á la zaga, y desde entonces pudimos presentar á nuestro banquero un capital suficiente para subvenir á los gastos de la traslación y encargar una tumba conveniente con monumento apropiado; pudimos también reservar un fondo para erigir en adelante una estatua á Weber. Uno de los dos hijos que habían sobrevivido al maestro marchó á Londres para traer las cenizas de su padre. El regreso se verificó por el Elba, y los despojos mortales llegaron al fin al desembarcadero de Dresde, donde por primera vez debían ser transportados en tierra alemana. La conducción debía efectuarse de noche, á la luz de las antorchas, con el desfile de un cortejo solemne; yo me encargué de la música fúnebre. La compuse con dos motivos de *Euriante:* utilicé el pasaje de la

2008 Ministerio de Cultura

overtura que caracteriza la aparición del fantasma como introducción á la *cavatina Aquí junto al manantial*, que transporté al *sí bemol* mayor, sin cambio ninguno, y enlacé después, para concluir, con la repetición del primer motivo transfigurado, como en el final de la ópera. Esa pieza sinfónica se adaptaba, pues, perfectamente á las circunstancias. La orquesté para ochenta instrumentos de viento escogidos, y tuve ocasión de estudiar á fondo, entre otras cosas, el empleo de sus registros más suaves; sustituí el trémolo de las violas, que acompaña la parte tomada de la overtura, con veinte tambores enfundados que tocaban *pianíssimo;* obtuve así, áun en los ensayos del teatro, una impresión de conjunto tan arrebatadora y sobre todo en tan íntima armonía con nuestros recuerdos de Weber, que la señora Schrader-Devrient, que había sido amiga del maestro y estaba presente en el ensayo, se sintió transportada á los últimos límites de la emoción, y yo pude felicitarme de no haber hecho jamás nada que respondiese tan perfectamente á su objeto. No fué menos felíz el efecto que produjo esa música ejecutada al aire libre durante el cortejo solemne. Como debían resultar dificultades especiales de la excesiva lentitud de la medida, que ninguna indicación rítmica caracterizaba claramente, hice que se evacuase la escena durante el ensayo general: así gané el espacio preciso para que los músicos marchasen alrededor de mí tocando la pieza, después de haberla estudiado convenientemente.—Espectadores que vieron llegar y pasar el cortejo desde las ventanas me aseguraron que la impresión de solemnidad había sido de una grandeza inexpresable.

Depositamos el féretro provisionalmente en la capillita funeraria del cementerio católico de Friedrichstadt, donde lo esperaba la señora Devrient con una corona, discreto y modesto homenaje de bienvenida; á la siguiente mañana tuvo efecto la solemne sepultura en el panteón preparado por nosotros. Al par que el otro presidente, recibí el honroso encargo de pronunciar una oración fúnebre. Me dió el asunto para componerla una circunstancia muy reciente y conmovedora: la muerte de Alejandro de Weber, el hijo menor del maestro difunto, acaecida poco tiempo antes de esa traslación. El fallecimiento inesperado de ese joven en la flor de la edad causó á su madre tan espantosa sacudida, que, á no estar ya tan adelantada nuestra empresa, hubiésemos tenido que abandonarla, al ver que la viuda parecía descubrir en esa nueva y terrible pérdida un castigo del cielo

2008 Ministerio de Cultura

por la vanidad de querer trasladar los despojos del sér que había perdido. Notando que el público, con su sentimentalismo especial, se entregaba también á preocupaciones de esa índole, me creí en el deber de presentar nuestra empresa bajo su verdadero punto de vista, y salí tan bien de mi empeño, que según el testimonio de todo el mundo, no hubo la objeción más mínima contra mi justificación. Entonces pude hacer sobre mí mismo una experiencia particular, porque era la primera vez de mi vida que me encargaba de pronunciar en público un discurso solemne. Después, cuando he tenido que hacer discursos, no he hablado nunca más que *ex tempore;* pero en aquel estreno, y á fin de dar á mi oración fúnebre la concisión necesaria, la escribí y aprendí de memoria. Completamente poseído de mi asunto y de las reflexiones que me había inspirado, me creía tan seguro, que no tomé ninguna medida para recibir auxilio; con eso causé á mi hermano Alberto, que estaba no lejos de mí durante la ceremonia, un instante de viva inquietud, hasta el punto de que llegó á maldecirme, según me confesó, por no haberle entregado el manuscrito para que me apuntase. Es el caso que, habiendo empezado mi discurso con voz clara y llena, me afectó tan profundamente durante un momento la impresión casi espantosa que produjeron sobre mí mi propia palabra, su acento y su sonoridad, que á la vez que me oía, creía *verme* enfrente de aquella multitud que contenía la respiración para escucharme; y, mientras me *objetivaba* de esa suerte fuera de mí mismo, caí en un estado de concentración absoluta, durante el cual esperaba el desarrollo de la acción subyugadora que iba á realizarse delante de mí, exactamente como si yo no hubiese sido la misma persona que ocupaba aquel puesto y tenía que llevar la palabra. Por mi parte no experimenté la menor ansiedad, ni siquiera la menor turbación; todo se redujo á que, después de una pausa natural, hubo una interrupción tan desmedidamente larga, que los que me vieron inmovil, absorto, con la mirada concentrada, no sabían qué pensar de mí. Por último, mi propio silencio y la muda inmovilidad de la multitud que me rodeaba me recordaron que estaba allí para hablar, no para escuchar; volví sobre mí en el acto, y pronuncié mi discurso hasta la conclusión con tal desenvoltura, que el célebre Emilio Devrient me aseguró luego que se había sentido impresionado asombrosamente, no sólo como espectador interesado en los funerales, sino ante todo en su calidad de actor dramático. La ceremonia ter-

2008 Ministerio de Cultura

minó con la ejecución de una poesía escrita y puesta en música por mí para voces de hombres—obra muy difícil, que fué perfectamente interpretada bajo la dirección de los mejores cantantes de nuestro teatro.—El mismo Sr. de Lüttichau, presente en la ceremonia, me declaró que salía convencido de la legitimidad de la empresa y ganado á nuestra causa.

Fué un resultado hermoso que me complació, satisfaciendo mis sentimientos más íntimos y profundos; si hubiese faltado aún alguna cosa, la viuda de Weber, á quien visité á la salida del cementerio, hubiera contribuído á disipar toda nube á mis ojos con la extrema cordialidad de sus efusiones. Para mí encerraba aquel hecho un sentido profundo: atraído á la música con una pasión tan exaltada en los primeros años de mi adolescencia por la aparición exuberante de la vida de Weber, y afectado tan dolorosamente después por la noticia de su pérdida, ahora, en la edad madura, acababa de entrar, por decirlo así, en contacto personal é inmediato con él, merced á esa segunda y última inhumación. Después de mis antiguas relaciones con los maestros supervivientes, y después de la experiencia que les debía, puede colegirse en qué fuente tendrían que fortificarse mis aspiraciones hacia un comercio íntimo con los genios del arte musical. No era consolador dirigir la mirada desde la tumba de Weber á sus sucesores vivos; pero la poca esperanza que dejaba esa perspectiva no debía manifestarse claramente en mí sino con el tiempo.

RICARDO WAGNER.

(Se continuará).

2008 Ministerio de Cultura

LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA

(1870-71)

PRÓLOGO GENERAL DE LAS MEMORIAS DE MOLTKE

Agradecida al interés y veneración universalmente demostrados al difunto capitán general en la última fiesta de su vida, la celebración de su cumpleaños, y con motivo de su muerte, se ve obligada la familia del difunto á no conservar su recuerdo en un círculo estrecho, sino presentarlo al pueblo alemán como él mismo se pintó de palabra y por escrito. Aún está su personalidad viva y fresca en la memoria y en el corazón de sus contemporáneos. Por esta razón queremos que se haga ahora el debido aprecio de su carácter, procurando que no se le juzgue solamente por sus hechos, sino que se conozca su alma grande para que se le tenga siempre en la memoria.

Es, por consiguiente, la publicación de estos escritos, una prueba de amor y de veneración al difunto, y la mejor ofrenda de su familia para el pueblo alemán.

La obra tiene por objeto dar un retrato fiel del Capitán general, y en ella se encontrarán sus escritos, sus cartas, datos de su vida y recuerdos de sus amigos. Se ha desistido por completo de la apreciación de sus hechos militares, cuyos méritos estimará y publicará el Estado Mayor. Por esta razón han sido excluídos todos los documentos oficiales y los escritos puramente científicos.

La elección y ordenación de las varias materias exigía una inteligencia que reuniese, no sólo el conocimiento del asunto, sino una gran afición al mismo. Especial mención y agradecimiento merece por esto y por su colaboración fiel y desinteresada, el Teniente Coronel del Estado Mayor von Leszczynski.

CONDE GUILLERMO MOLTKE.

Creisau, Julio 1891

2008 Ministerio de Cultura

PRÓLOGO DE ESTE LIBRO

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DE ATENEO BARCELONES

El Capitán general empezó á escribir la historia de la guerra de 1870-71 en la primavera del año 1887. Durante su estancia en Creisau trabajaba en ella diariamente cerca de tres horas. A su vuelta á Berlín, en otoño del mismo año, no estaba el trabajo todavía concluído; lo terminó allí en el mes de Enero de 1888, me lo entregó y no volvió á decir más palabra sobre su obra.

El motivo para escribirla fué el siguiente: Varias veces le había rogado yo que redactase en las horas de ocio en Creisau, algo del rico tesoro de sus recuerdos. Siempre se me negaba diciéndome: «Todo lo que he escrito sobre el arte de la guerra y lo que vale la pena de ser guardado, está en el archivo del Estado Mayor. Mis recuerdos personales vivirán mejor enterrados conmigo.» Tenía gran repugnancia á las Memorias, opinando que sólo sirven para satisfacer la vanidad personal del autor y muchas veces para desfigurar los grandes hechos históricos á causa de la concepción subjetiva del escritor y por la introducción de pequeñeces y mezquinos puntos de vista. Facilmente podría ocurrir que por la publicación de las Memorias personales se destruyese el nimbo ideal y el recuerdo de un personaje cuyo nombre honrará la historia como puro y levantado. Muy significativas para el modo de pensar del difunto son las palabras que pronunció una vez, en ocasión de una de estas conversaciones; dijo: «Lo que se publica en una historia de la guerra es siempre arreglado según el éxito obtenido; pero es un deber de la piedad y del amor patrio no destruir ciertos prestigios que anudan las victorias del ejército á determinadas personalidades.»

Poco después de llegar á Creisau en el otoño del año 1887, volví á importunarle de nuevo con mi súplica, para que publicase sus recuerdos de la campaña de 1870-71, á lo cual me contestó: «Tenéis la historia de la guerra editada por el Estado Mayor en la que todo se ha relatado. Pero ciertamente, añadió, está escrita con excesivos detalles para la gran masa de los lectores, pues para éstos se tendria que escribir un extracto.» Le pregunté si me permitía ponerle aquella obra sobre su mesa de escritorio, y á la mañana siguiente había empezado

2008 Ministerio de Cultura

este trabajo confrontándolo con el del Estado Mayor, y lo terminó sin descansar.

Su intención fué ofrecer una descripción sucinta de la guerra. Persiguiendo este fin ordenó el trabajo desde su punto de vista, es decir, describiendo los acontecimientos en conjunto como sólo pudo verlos quien ocupara su lugar de Jefe. Se hallan en esta obra todos sus pensamientos y su criterio de la guerra.

La disertación «Sobre el supuesto consejo de guerra en las campañas del Rey Guillermo I,» fué empezada en el año 1881. En la obra «Hombres y hechos, baladas patrioticas,» de Teodor von Köppen, que el poeta había enviado al Capitán general, se encuentra el poema «Un consejo de guerra alemán en Versalles» (junto con una explicación histórica), que relata un acontecimiento que nunca pasó; y la descripción del papel del jefe del Estado Mayor del ejército ante S. M. en las guerras de 1866 y 1870-71, no podía pasar sin rectificación. Para quitar en lo futuro valor á tales errores y fijar la verdad referente al mencionado consejo de guerra, escribió el Capitán general una disertación ampliada por el relato de sus recuerdos personales de la batalla de Königrätz. Esto es lo que publicó el profesor v. Treitschke poco tiempo después de la muerte del autor en la *Münchener Allgemeine Zeitung* en forma algo variada y abreviada de como la había recibido el afamado historiador del Capitán general.

Berlín 25 de Junio de 1891.

V. MOLTKE,

Coronel y Ayudante de S. M. el Rey y Emperador.

2008 Ministerio de Cultura

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

I

Han pasado los tiempos en que para fines dinásticos entraban en campaña pequeños ejércitos de soldados de oficio, para conquistar una ciudad ó una comarca. Una vez cumplida su misión, se retiraban á cuarteles de invierno ó pactaban la paz.

Las guerras de nuestros tiempos llaman á las armas á pueblos enteros; apenas hay una familia que no tome parte activa en ellas. El Estado tiene que emplear toda su fuerza financiera y nunca llega el día de poner fin á las empresas militares.

Mientras que las naciones lleven una existencia aislada, habrá conflictos que sólo por las armas podrán ser terminados, pero en interés de la humanidad hay que esperar que las guerras sean cada vez más raras como son más crueles.

Por lo demás, no es ya la ambición de los Príncipes, sino las luchas internas de los pueblos, el disgusto sobre la marcha interior de los negocios públicos, los manejos de los partidos, principalmente los de sus jefes, lo que pone la paz en peligro. Más facilmente acuerda la guerra una asamblea en que nadie toma sobre sí toda la responsabilidad, que una persona sola, por más elevada que sea su gerarquía, y más facilmente se encontrará un jefe de Estado amante de la paz, que una representación popular de sabios. Las grandes luchas del tiempo moderno han estallado contra el deseo y contra la voluntad de los gobernantes. La Bolsa tiene hoy tal influjo, que para sus jugadas puede llevar á campaña la fuerza armada. En Méjico y en Egipto han entrado los ejércitos europeos para liquidar las demandas de la alta Hacienda. Menos importa hoy si un Estado posee los medios de hacer la guerra, que si su Gobierno es bastante

2008 Ministerio de Cultura

fuerte para evitarla. La Alemania unida ha empleado hasta el día únicamente su poder para conservar la paz en Europa, pero un Gobierno débil es el mayor peligro para la paz.

Tales causas ha tenido la guerra de 1870-71. Un Napoleón sobre el trono de Francia tenía que probar sus derechos á él con éxitos políticos ó militares. Sólo por poco tiempo satisfacían las victorias de las armas francesas en lejanas tierras; los éxitos del ejército prusiano excitaban la envidia, parecían una arrogancia, un desafío, y se pedía venganza para Sadowa. La corriente liberal del tiempo se oponía contra el Gobierno del Emperador, tenía éste que hacer concesiones, su poder en el interior estaba debilitado, y la nación supo un día por boca de sus representantes que quería la guerra contra Alemania.

PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

La lucha que mantuvo Francia al otro lado del Océano, principalmente por cuestiones de interés financiero, había costado sumas inmensas y minado la disciplina de las fuerzas militares. Se estaba no menos que *archipret* para una gran guerra, y la sucesión en el trono de España tenía que servir de pretexto á ello. Para el 15 de Julio se habían llamado las reservas francesas, y como si no se quisiera dejar escapar la ocasión se entregó cuatro días después en Berlín la declaración de la guerra.

Se había destinado una división del ejército francés para la observación de la frontera española; se dejó en Argel sólo la fuerza necesaria y una débil división en Civitavecchia; París y Lyón fueron provistos de suficiente guarnición. Todas las tropas restantes: 332 batallones, 220 escuadrones, 924 cañones, formando una fuerza total de 300.000 hombres, constituían el ejército del Rhin, que dividido en ocho cuerpos debía ser dirigido, á lo menos por de pronto, por una sola dirección central. De este difícil problema podía encargarse únicamente el Emperador en persona y hasta su llegada se encargó el Mariscal Bazaine del mando de las fuerzas combatientes.

Probablemente se contó con la desunión de nuestros estados. No pudiendo considerar á los alemanes del Sur como aliados, se esperaba mantenerlos inactivos después de la primera victoria, ó ganarlos para la causa francesa. Aislada se hallaba Prusia con un formidable ejército mayor que el francés, pero esta desventaja podía ser igualada por una acción rápida.

En realidad se apoyaba el plan de campaña francés en un rápido procedimiento de ataque. Las importantes fuerzas de marina se querían emplear para un desembarco que podría entretener una parte de las fuerzas prusianas en el Norte; mientras que un ejército principal, como era de presumir, esperaría el primer ataque detrás de la fuerte línea del Rhin. Este río, rodeando las grandes fortalezas, debía ser pasado sin pérdida de tiempo cerca

2008 Ministerio de Cultura

y más abajo de Strassburg: de este modo se quería dividir, ya al principio, el ejército sud-alemán que tenía que defender la Selva Negra.

Para la ejecución de este plan hubiera sido preciso tener disponibles en la Alsacia las fuerzas principales. Pero la red de ferrocarriles sólo permitía llevar 100.000 hombres á Strassburg, mientras que debían esperar en Metz 150.000 hombres para ir más tarde. En el campamento de Châlons quedaban 50.000 como retén; también podían entrar en campaña 115 batallones tan pronto como la guardia nacional los hubiese sustituído en el interior del país.

A los cuerpos aislados se indicaron los siguientes puntos de reunión:

Guardia imperial, General Bourbaki, Nancy.

Primer cuerpo. Mariscal Mac-Mahón, Strasburg.

Segundo íd. General Frossard, Saint-Avold.

Tercer íd. Mariscal Bazaine, Metz.

Cuarto íd. General Ladmirault, Diedenhofen.

Quinto íd. General Failly, Bitsch.

Sexto íd. Mariscal Canrobert, Châlons.

Séptimo íd. General Félix Douay, Belfort.

Por consiguiente, sólo dos cuerpos en la Alsacia, cinco á orillas del Mosela, de los cuales avanzó ya el mismo día de la declaración de la guerra el segundo, como vanguardia, hasta Saint-Avold y Forbach, muy cerca de la frontera prusiana. Este cuerpo recibió la orden de no emprender ninguna acción seria.

Las tropas habían salido de sus cantones sin esperar la llegada de las fuerzas de repuesto y el armamento. Mientras tanto se aglomeraban en los depósitos las reservas llamadas: todas las estaciones estaban llenas y los caminos de hierro obstruídos por la aglomeración de trenes. El transporte de las tropas no podía efectuarse muchas veces porque se ignoraba en los depósitos donde se hallaban los regimientos á los cuales tenían que incorporarse los soldados. Si llegaban á su destino les faltaba el necesario armamento. Los cuerpos y las divisiones no tenían ni trenes, ni lazaretos y apenas el personal más necesario para la administración. No se habían establecido de antemano almacenes, estando las tropas destinadas á las fortalezas. Estas se hallaban en un estado deplorable, pues se habían cuidado muy poco de ellas, puesto que se esperaba operar muy pronto en país enemigo. Se habían repartído planos de Alemania pero no los de las propias comarcas. Innumerables quejas y exigencias llegaron al Ministerio de la Guerra en París que no pudo hacer otra cosa que dejar á las tropas que se arreglasen como pudieran. *On se débrouillera*, esperaba la autoridad central.

Cuando ocho días después de la declaración de la guerra llegó el Emperador á Metz, no estaban aún completos los regimientos y no se conocía allí el lugar donde se encontraban cuerpos enteros del ejército. El Empe-

2008 Ministerio de Cultura

rador mandó avanzar, pero los mariscales declaraban que esto no era posible á causa de la desorganización. Poco á poco se impuso el pensamiento de que tendría que defenderse el propio país en lugar de invadir el extraño. Se suponía que estaba reunido un fuerte ejército enemigo entre Mainz y Coblenz: en lugar de enviar desde Metz refuerzos á Strassburg, se mandaron del Rhin al Saar. Se había abandonado ya la idea de invadir la Alemania del Sur. La armada salió, pero sin un cuerpo de ejército que pudiera saltar á tierra.

En Alemania causó una gran sorpresa la declaración de la guerra, pero se estaba preparado. Se había previsto la posibilidad de la misma.

Después de la salida de Austria de la unión alemana, se había encargado Prusia de la dirección y encaminado todas sus fuerzas á conseguir una estrecha unión con los Estados del Sur de Alemania. Verificada la unidad, de todo el pueblo se apoderó un sentimiento patriótico. Todos los años se trabajaba en la movilización del ejército y se concertaban los preparativos entre el ministerio de la Guerra y el Estado Mayor. A cada autoridad se comunicaba lo que tenía que saber referente á este punto. Pero tambien se había llegado á un acuerdo con los jefes del Estado Mayor de los Estados de la Alemania del Sur. Se reconoció que una defensa aislada, por ejemplo, la de la Selva Negra, no podía contar con la ayuda de Prusia; que la Alemania del Sur estaría más segura haciendo un avance ofensivo por la Alsacia, operando desde el Rhin, pudiendo ser eficazmente ayudada por las fuerzas principales reunidas allí. Demuestra la completa confianza en la dirección prusiana, el que los Gobiernos de Baviera, Württemberg, Baden y Hesse, poniendo en apariencia á descubierto sus propios países, agregaron voluntariamente sus contingentes al ejército principal, y lo pusieron bajo el mando del Rey Guillermo.

Tan pronto como se hubo alcanzado este común acuerdo, se arreglaron los demás preparativos. Para todas las tropas hiciéronse los itinerarios de marcha, se determinaron los puntos de embarque, día y hora de la salida, duración del viaje, estaciones de descanso y puntos de destino. En la comarca de concentración se habían señalado los alojamientos según los cuerpos y divisiones; se había tenido en cuenta el establecimiento de los almacenes, y al presentarse la guerra no se necesitaba mada más que la firma del Rey para poner en movimiento esa máquina monstruosa. No había que cambiar nada en las medidas tomadas, sino ejecutar lo anteriormente pensado y resuelto.

Sobre la base de una Memoria presentada por el jefe del Estado Mayor prusiano, se dividieron todas las fuerzas móviles en tres ejércitos separados.

El primer ejército, bajo el mando del general v. Steinmetz, constaba al principio sólo del séptimo y octavo cuerpo, y una división de caballería se tenía que reunir como ala derecha al

2008 Ministerio de Cultura

rededor de Wittich; su fuerza era de 60.000 hombres.

El segundo ejército, bajo el mando del Príncipe Federico Carlos, compuesto del tercero, cuarto y décimo cuerpos, de la guardia y de dos divisiones de caballería, debía formar el centro al rededor de Homburg y Neunkirchen; su fuerza era de 134.000 hombres.

El tercer ejército, mandado por el Príncipe heredero de Prusia, comprendía el quinto y décimo primer cuerpos prusianos, el primero y segundo cuerpos bávaros, la división de campaña de Würtemberg y de Baden y una división de caballería, sumando una fuerza de cerca de 130.000 hombres, que tenían que reunirse como ala izquierda al rededor de Landau y Rastatts.

El noveno cuerpo se compuso de la décima octava división y de la de Hessen, y formaba, junto con el décimo segundo cuerpo sajón, cerca de Mainz, una reserva de 60.000 hombres para elevar las fuerzas del segundo ejército á 194.000.

Los tres ejércitos juntos contaban 384.000 hombres.

Quedaban aún disponibles el primero, tercero y cuarto cuerpos de 100.000 hombres, pero no era posible contar por de pronto con ellos, puesto que no se podían aprovechar para su transporte los ferrocarriles hasta veintiún días después.

La décima séptima división y la Landwehr estaban destinadas á la defensa de las costas.

Por consiguiente, era el ejército alemán mucho mayor en número que el ejército francés. Contando todas las tropas, activas y pasivas, había cerca de un millón de hombres y 200.000 caballos.

La noche del 16 de Julio se dió la Real orden para la movilización, y cuando catorce días más tarde se marchó S. M. á Mainz, habia á orillas del Rhin ya reunidos 300.000 hombres.

El plan de campaña entregado por el jefe del Estado Mayor y aprobado por el Rey, tenía por objeto la toma de la capital enemiga, lo que es en Francia de mayor trascendencia que en otros países. En la marcha hacia la capital se quería cortar la unión de las tropas enemigas con el Sur, tan rico en medios de ayuda, y llevarlas al Norte. Pero ante todo se había decidido atacar al enemigo donde se le encontrara y tener reunidas las tropas de tal modo que se pudiese dar siempre la batalla con fuerzas mayores.

La elección de los medios con los cuales se podía alcanzar este fin tenía que resolverse en el campo mismo, pero la marcha de las tropas hasta la frontera estaba ya preparada de antemano aún en sus menores detalles.

Es una equivocación creer que se puede determinar previamente un plan de campaña y llevarlo á cabo como se pensaba. Al primer encuentro con las fuerzas principales cambia el estado de las cosas según el éxito.

Muchas veces puede ejecutarse lo que antes sólo se pudo presumir intentar, y muchas veces es posible hacer lo que antes no se pudo imaginar siquiera. Comprender bien el cambio

2008 Ministerio de Cultura

de las cosas, ordenar para un término fijo lo más adecuado y llevarlo á cabo con decisión, esto es todo lo que el Jefe del ejército puede hacer.

La salida de las tropas francesas, no movilizadas con antelación, medida por sí muy arriesgada, parecía tener el objeto de sorprender con las fuerzas disponibles, que por el momento eran mayores, al ejército alemán, que aún no había formado su línea de combate.

No se desistió de la idea de establecer esta línea más allá del Rhin. El trasporte por ferrocarril de los cuerpos del segundo y tercer ejército debía terminar en el Rhin, y continuar las tropas á pie hasta los alojamientos, que se habían establecido á la orilla izquierda del río.

Los que llegaran primero avanzarían, sólo para hacer sitio á los que vinieran detrás, hasta la línea Bingen-Durkheim-Landau. Cuando se hubieran reunido divisiones y cuerpos completos provistos de los trenes necesarios, debía efectuarse la marcha contra la frontera enemiga; así se estaba siempre preparado.

Menos amenazada parecía la reunión del primer ejército, cuyo avance estaba protegido por la línea neutral y por las guarniciones que se habían dejado como á vanguardia en Trier, *Saarlonis* Saarbrucken.

En los primeros días del mes de Agosto estaba el primer ejército de 50.000 hombres concentrado en Wadern. El segundo ejército, cuya fuerza había llegado poco á poco á 194.000 hombres, tenía sus alojamientos más adelante, hasta una posición Alsenz-Gunnstadt, reconocida por el Estado Mayor, en la cual podía aceptar con confianza cualquier ataque. La quinta y sexta divisiones de caballería hacían reconocimientos frente al enemigo. El tercer ejército continuaba reuniéndose á ambos lados del Rhin.

Aún no habían emprendido los franceses nada serio cerca de Saarbrucken. El teniente coronel Pestel se oponía con éxito con un batallón y tres escuadrones á pequeñas tentativas del enemigo. En esto se había notado que las masas contrarias avanzaban hacia la derecha á Forbach y Bitsch. Era por consiguiente probable que los dos cuerpos franceses que estaban en Belfort y Strassburg se decidieran á intentar un paso sobre el Rhin y un avance por la Selva Negra. Por dos razones parecía por consiguiente necesario poner lo más pronto posible en movimiento el tercer cuerpo de ejército, en primer lugar, para proteger la orilla derecha del Rhin superior contra un avance en la orilla izquierda, y luego también para asegurar hacia esa dirección el avance del segundo ejército.

La orden de la ejecución de este plan había salido por telégrafo en la noche del 30 de Julio, pero el jefe del tercer ejército deseaba esperar la llegada del sexto cuerpo y de los trenes. No teniendo en consideración esta tardanza, se puso en marcha el segundo ejército hacia el Saar donde empezaban á moverse los franceses.

Habían pasado los días en que éstos pudieron haber obtenido alguna ventaja

2008 Ministerio de Cultura

de su precipitada reunión, pero la mala organización de las tropas inutilizaba todo ataque. Hacía largo tiempo que Francia esperaba noticias de triunfos de sus ejércitos y teniendo en cuenta la impaciencia del público, y sólo por hacer algo, se decidieron (como suele efectuarse en tales casos) á un reconocimiento forzoso, que tuvo el mal éxito que acompaña generalmente á empresas tales.

El 2 de Agosto se pusieron en movimiento tres cuerpos de ejército contra tres batallones, cuatro escuadrones y una batería en Saarbrucken. El Emperador mismo y el Príncipe real asistieron á la empresa. El tercer cuerpo avanzó contra Volklingen, el cuarto sobre Saargemund, el segundo contra Saarbrucken.

Después de una tenaz defensa y repetidos ataques ofensivos fué evacuado Saarbrucken, pero los franceses no avanzaron sobre el Saar por haberse convencido de que habían dado un golpe en vano, sin lograr siquiera enterarse de las posiciones del contrario.

La jefatura del ejército francés vacilaba largo tiempo entre decisiones opuestas. Simples noticias les hicieron arriesgarse á empresas que muy pronto fueron abandonadas porque no prometían el éxito apetecido. Se decía que habían pasado 40.000 prusianos por Trier y por esto se reforzó el ala izquierda; á la guardia se le dieron órdenes contradictorias y la simple presencia de una débil división en Lörrach, en la Selva Negra, dió por resultado la orden de que el séptimo cuerpo tenía que permanecer en la Alsacia.

Las fuerzas francesas estaban puestas en una extensa curva desde el Nied hasta el Rhin superior, mientras que el ejército alemán se aproximaba á Saar en compactas masas.

La gran extensión de la línea francesa tuvo finalmente por resultado dividir el ejército francés en dos. Al Mariscal Mac-Mahón se le dió interinamente el mando sobre el primero, séptimo y quinto cuerpo; este último debía avanzar desde Bitsch. Los restantes estaban al mando del Mariscal Bazaine, con excepción del cuerpo de guardia sobre el cual se había reservado el mando el Emperador.

Para el avance del segundo ejército alemán, se había hecho necesario asegurar el ala izquierda contra las fuerzas francesas de la Alsacia, y se ordenó que el 4 de Agosto tenía que pasar la frontera el tercer ejército, sin esperar los convoyes. El primer ejército estaba en el ala derecha cerca de Wadern y Losheim, ya tres ó cuatro marchas más cerca del Saar que el segundo ejército del centro. Se le dió, por consiguiente, la orden de concentrarse alrededor de Tholey y de hacer alto allí. No se podía exponer este ejército, el más débil, á un encuentro con las fuerzas principales de los franceses, y además tenía que servir como flanco ofensivo en el caso de que el segundo ejército, á la salida de la zona forestal del Palatinado, se encontrase con el adversario.

Para la ejecución de esta orden ha-

2008 Ministerio de Cultura

bía extendido el primer ejército sus campamentos al Sur hasta la línea de marcha del segundo ejército, y se mandó la evacuación de los cuarteles alrededor de Ottweiler. Era esto efectivamente difícil, puesto que todos los pueblos al Norte estaban ocupados y que además se tenía que proporcionar alojamiento al primer cuerpo que avanzaba desde Birkenfeld. El general von Steinmetr se decidió por consiguiente á emprender la marcha con todo el ejército en la dirección de Saarlonis y Saarbrischen. El segundo ejército estaba el 4 de Agosto preparado para las operaciones y recibió la orden de tomar posiciones al otro lado de la zona forestal de Kaiserslantirn.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA ATENEO BARCELONES

ENCUENTRO DE WEISSENBURG

(4 de Agosto)

En el mismo día pasaron los cuerpos del tercer ejército reunidos en vivacs, detrás de Klingsbach, la frontera francesa, con ciento veintiocho batallones, ciento dos escuadrones y ochenta baterías, para llegar en ancho frente al Lauter desde Weissenburg hasta Lauterburg.

Este riachuelo forma muy fuerte posición de defensa, pero el 4 de Agosto estaban allí únicamente una debil división y una brigada de caballería del primer cuerpo francés cuyo grueso iba en marcha hacia el Palatinado.

Ya muy temprano encontraron los bávaros en el ala derecha viva resistencia ante los muros de Weissenburg. Pero muy pronto pasaron los cuerpos prusianos el Lauter más abajo. El general v. Bosc condujo el undécimo cuerpo al Geisberg para rodear el ala derecha del enemigo, mientras que el general v. Kirchbach avanzaba con el primer cuerpo contra el frente de la posición enemiga. Entre tanto se habían dirigido treinta cañones contra la estación de Weissenburg. Después de una sangrienta lucha fué tomada ésta, y luego también la ciudad.

El general Donay había mandado ya á las diez de la mañana la retirada que estaba muy comprometida á causa del avance contra el Geisberg. Para efectuarla prestó á los franceses grandes servicios el muy bien defendido castillo del mismo nombre. En vano lo asaltaron con grandes sacrificios los granaderos del regimiento del Rey, número 7; después que se había logrado colocar la artillería sobre las alturas se rindió la guarnición.

La división francesa había atraido tres cuerpos alemanes y después de una tenaz defensa emprendió la retirada á desbandada y con grandes pérdidas. Su valiente jefe había perecido en la lucha. Los alemanes sufrieron proporcionalmente grandes pérdidas. El combate costó la vida á noventa y un oficiales y á mil cuatrocientos sesenta soldados. El general v. Kirchbach había sido herido en las primeras filas. La cuarta división de caballería sufrió muchas detenciones en su marcha de cuatro millas por el tropiezo con las

2008 Ministerio de Cultura

columnas de infantería y no llegó al campo de batalla; por fin perdió de vista al enemigo que se retiraba hacia el Oeste.

No teniendo la seguridad de saber por qué lado se presentarían nuevas fuerzas francesas, avanzó el cinco de Agosto el tercer ejército hacia Hagenau y Reichshofen por caminos divergentes, pero de modo que podía estar reunido otra vez con una pequeña marcha. El príncipe heredero intentó conceder á las tropas un día de descanso para conducirlas á nuevas luchas tan pronto como la situación se hubiese aclarado.

Pero ya por la noche tropezaron el ala derecha de los bávaros y el frente del quinto cuerpo, con el enemigo que se presentaba detrás del Saner con imponente fuerza. Se sospechaba que el Mariscal Mac-Mahón había retirado el séptimo cuerpo de Strassburg, pero se dudaba si intentaría unirse con el Mariscal Bazaine cerca de Bitsch, ó si aceptaba la batalla en los alrededores de Wörth. Posible era también que él mismo se hubiese preparado para el ataque, y para tener en todo caso suficientes fuerzas, quiso el Príncipe heredero reunir el ejército el 6 de Agosto cerca de Sultz. El segundo cuerpo bávaro recibió orden de observar con una división en dirección á Bitsch, y de atacar el flanco del enemigo por la orilla del Oeste del Saner con la otra división en el caso de que se oyese el estampido de los cañones de Wörth.

El Mariscal Mac-Mahón había ansiado tener lo más pronto posible juntos á sus tres cuerpos, y en realidad tuvo la intención de atacar sin pérdida de tiempo al enemigo que avanzaba. Del séptimo cuerpo había sido trasladada una división á Muhlhausen para protejer la Alsacia, pero apenas llegó á su destino fué otra vez conducida á Haganau y ocupó en la mañana del 6 de Agosto el ala derecha de la fuerte posición en la cual había entrado el primer cuerpo detrás del Saner y delante de Fröschwiller-Elsasshausen-Eberbach. En el ala izquierda se esperaba desde Bitsch la división Lespart del quinto cuerpo cuyo resto avanzaba desde Saargennine sobre Rohrbach. Por lo pronto formaba aquí la división Ducrot un flanco retirado.

Tanto en el lado alemán como en el francés deseaban los jefes el ataque á la mañana siguiente, pero como los combatientes se habían aproximado tanto se desarrolló facilmente la lucha aún contra la voluntad superior.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA ATENEO BARCELONÉS

BATALLA DE WÖRTH

(6 de Agosto.)

Habiendo tenido en la noche del 6 sus escaramuzas las avanzadas, creyó el jefe de la vigésima brigada alemana que sería necesario apoderarse del paso sobre el Saner que ofrecía un serio obstáculo. El puente que conducía á Wörth estaba destruído, pero los tiradores pasaron el río y penetraron á las siete de la mañana en la ciudad ocupada por los contrarios.

2008 Ministerio de Cultura

Pronto se vió que se tenía delante á un fuerte enemigo.

Las anchas praderas del Saner están por todas partes bajo el dominio de las colinas que le rodean, y el fusil Chassepot, de gran alcance, debía demostrar aquí su fama. Al otro lado del río había viñas y cultivos de lúpulo que ofrecían grandes ventajas á la defensa.

El combate que se originó cerca de Wörth fué interrumpido ya después de una media hora, pero como había tomado ya parte en él la artillería estaba dada la señal para la división bávara Hartmonn que ahora, avanzando desde Langenssulzbach, entró en un vivo combate con el ala izquierda de los franceses, que habían atacado por la derecha á Gunstett, donde tropezaron con el undécimo cuerpo.

En el quinto cuerpo, enfrente de Wörth, empezó la lucha tanto en el Norte como en el Sur y parecía necesario ocupar al enemigo su centro para evitar que se arrojara con todas sus fuerzas sobre una de las dos alas.

La artillería avanzó y á las diez de la mañana estaban en acción ciento ocho cañones en la pendiente de la colina, al Este del Saner.

Divisiones de la infantería pasaron el río, con el agua al pecho, pero este avance emprendido con pocas fuerzas fracasó y sólo con los mayores esfuerzos podían sostenerse en la otra orilla.

Llegó la orden del Príncipe heredero de no emprender en aquel día nada que pudiese conducir á una batalla. Pero el quinto cuerpo se encontraba ya en un combate tan serio que no se podía desistir de él sin sufrir grandes desventajas. El General v. Kirchbach se decidió por esto á insistir en la continuación del combate tomando sobre sí toda la responsabilidad.

El ataque de frente estaba rodeado de las mayores dificultades y no pudo tener un éxito favorable sin un eficaz apoyo de los flancos. En este momento desistieron del combate los bávaros en el ala derecha á causa de la orden que habían recibido y se retiraron á Langensulzbach. A la izquierda estaba el undécimo cuerpo para tomar parte decisiva en el combate. Se apoderó del Albrechtshäuserhof y penetró en el Niederwald.

Delante de Wörth consistía el combate en una serie de avances por ambas partes, teniendo siempre el que atacaba una desventaja á causa del terreno.

Al fin se consiguió llevar todos los batallones y la artillería del quinto cuerpo á la orilla izquierda del Saner, mientras que el undécimo cuerpo había encontrado ya allí fuertes puntos de apoyo para un avance ulterior.

Con gran decisión se arrojaron dos regimientos de coraceros y lanceros de la brigada Michel, á pesar de las dificultades del terreno, sobre la infantería que se dirigía á la derecha cerca de Morsbronn. Pero sin buscar la defensa en el terreno recibió el regimiento número 32, las huestes impetuosas de más de mil caballos; los coraceros sufrieron grandes pérdidas por el fuego

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE A LA BIBLIOTECA ATENEO BARCELONA

graneado de la infantería. Algunos jinetes rompieron la línea de los tiradores y pudieron escapar, muchos fueron hechos prisioneros en el pueblo y los que pudieron siguieron huyendo hasta Waldburg. Allí se encontraron con el regimiento prusiano de húsares número 13, sufrieron nuevas pérdidas y desaparecieron del campo de batalla.

El ala derecha de la infantería francesa logró rechazar el ataque de las divisiones avanzadas del contrario cerca de Albrechtshamerhof, pero un movimiento ulterior fracasó á causa del fuego de la artillería.

Habiendo avanzado finalmente los últimos batallones sobre el Saner, se retiró el undécimo cuerpo, paso á paso, á través del Niederwah. A las dos y media se llegó al borde Norte, donde se agregó el ala izquierda del quinto cuerpo. El incendiado Elsshausen fué tomado por asalto y ocupado el pequeño bosque al Sur de Froschwiller.

Apiñados en un reducido espacio, era muy crítica la situación de los franceses. Su ala izquierda se sostenía aún contra el renovado ataque de los bávaros, pero el frente y el ala derecha se vieron amenazados de cerca, y la retirada se hizo muy difícil. El mariscal Mac-Mahón intentó abrirse camino al Sur, con un fuerte ataque, al que cedieron las divisiones que estaban en desorden al Este de Elsshausen, á causa de las violentas luchas, fueron rechazadas en parte hasta el Nisderwald, pero pronto se reunieron otra vez y avanzaron de nuevo. La caballería francesa intentó aquí cambiar la suerte del día. A pesar del desfavorable terreno, se arrojó la división Bonnemais sobre el contrario sin defensa; pero sufrió grandes pérdidas y se dispersó sin haber conseguido un verdadero ataque.

Del Sur avanzaron también los Wurttember y del Norte los bávaros. El general v. Bose, si bien dos veces herido, llevó lo que pudo reunir de sus divisiones al asalto de Froschwiller, el último punto de apoyo del contrario.

La artillería avanzó á la distancia de un tiro y abría el camino á la infantería. Después de una pertinaz y valiente defensa, se retiraron los franceses á las cinco sobre Reichshofen y Niederbronn. El Falküsstein-Bach y la división Lepart ofrecieron alguna resistencia, pero también esta división fué arrastrada en la retirada general.

La victoria del tercer ejército costó cara, pues la pérdida fué de cuatrocientos ochenta y nueve oficiales y diez mil hombres. Las bajas de los franceses no se saben con exactitud, pero sólo en prisioneros tuvieron doscientos oficiales y nueve mil hombres. Treinta y tres cañones y dos mil caballos cayeron en manos de los alemanes.

La disolución interna del ejército francés debió ser tan grande, que ya no se le podía dirigir, pues sólo una brigada de la división Lespart tomó el camino de Bitsch para llegar al ejército principal cerca de Saint-Avold, el resto se retiró desordenadamente siguien-

2008 Ministerio de Cultura

do el empuje dado en la dirección al Sudeste sobre Zabern.

Como el mando superior del tercer ejército no había intentado un ataque el 6 de Agosto, no se había llamado la cuarta división de caballería, y por consiguiente no se pudo efectuar la persecución del enemigo. A las nueve de la noche llegó á Gunstett. Pero para estar prontos para entrar en batalla al siguiente día, prosiguió el Príncipe Albrecht la marcha, aun durante la noche, hasta Eberbach. Después de un descanso de tres horas, alcanzó, tras una marcha de nueve millas, las posiciones de la retaguardia enemiga á la entrada de la montaña, cerca de Steinbur. La división no pudo avanzar aquí sin infantería, pero su aparición había atemorizado de nuevo al enemigo. El primer cuerpo salió aún durante la noche y llegó á Saarburg, donde se reunió con el quinto cuerpo. Los franceses habían ganado de este modo un adelanto de cinco millas, y se retiraron sin temer la persecución hasta Luneville.

BATALLA DE SPICHEREN

(6 de Agosto.)

Dirijamos ahora nuestra atención á los acontecimientos del mismo seis de Agosto en otro teatro de la guerra.

Asegurada al Sur por el tercer ejército, había avanzado el segundo en dirección al Este, mientras que los cuerpos que aún faltaban fueron llevados por el ferrocarril. Los primeros cuerpos habían llegado el día cinco á la línea Neuntirchen-Emeibrücten, pasando sin impedimento alguno los largos desfiladeros de la zona forestal de Kaiserslantern. La caballería hizo reconocimientos sobre el terreno francés y anunció movimientos de retirada del enemigo. Todo indicaba que los franceses querían esperar el ataque de los alemanes en una fuerte posición, que se les ofreció detrás del Mosela donde Metz y Diedenhofen aseguraban las dos alas. Si se encontraba al enemigo en esta posición debía el primer ejército atacar de frente, el segundo rodear á Metz al Sur y obligar así al contrario á la retirada ó la batalla. En el caso de un fracaso encontraría el segundo ejército un refugio en el tercero, que avanzaba sobre los Vosgos.

Por haberse extendido demasiado el primer ejército en dirección Sudeste hacia el Saar contra la voluntad del jefe superior, tocó su ala izquierda la línea de marcha del segundo ejército, y así fué que divisiones de ambos se cruzaron el dia seis en Saarbrücken. Fuerzas para la lucha no podían faltar, pero como no se tenía la intención de dar una batalla en ese día, no se había preparado la llegada á tiempo, y con marchas tan distintas sólo podían venir las divisiones tarde y á diferentes horas.

La décimacuarta división del tercer cuerpo fué la primera que llegó, al mediodía del 6 de Agosto á Saarbrücken.

El general Frossard se había creído en este punto demasiado expuesto, y ya la noche antes emprendió sin per-

2008 Ministerio de Cultura

miso la retirada. Tomó con el segundo cuerpo posición en Spicheren, donde se atrincheró. Detrás se colocaron en distancias de dos á cuatro millas, el tercer, cuarto y quinto cuerpo, y cinco millas más lejos el cuerpo de guardia. El Emperador podía por consiguiente en los alrededores de Cochern reunir cinco cuerpos y conducirlos á la batalla, ó, si el general Frossard se sostenía con firmeza en su fuerte posición, ayudarle con lo menos cuatro divisiones.

Las alturas que se levantan inmediatamente delante de Saarbrücken podían dificultar el paso sobre el Saar. Ya se había sabido que los franceses las habían abandonado, pero el general v. Kamche creía ser lo más conveniente apoderarse de ellas sin tardanza, para asegurar el paso á las columnas que siguieran. Cuando ya por la mañana se presentaron dos escuadrones de la quinta division de caballería, fueron recibidos por un vivo fuego desde las alturas de Spicheren, pero según el comportamiento de los franceses se debía suponer que tenía que habérselas con la retaguardia de un enemigo que se retiraba. El general v. Kamche se decidió al inmediato ataque y esto con tanta más razón cuanto que se le había prometido ayuda. También el general v. Zastrow hizo avanzar la décima tercera división tan pronto como reconoció que la décima cuarta, estaba empeñada en un serio combate. Igualmente mandó el general v. Alvensleben llevar á Saarbrücken todas las tropas del tercer ejército que pudieran avanzar, y el general v. Goeben efectuó el avance de toda la décima sexta división. Con los dos últimos cuerpos habían emprendido espontáneamente los generales v. Dóring de Dudweiler y v. Barnekow de Fischbach la marcha en dirección al campo de batalla.

La posición de los franceses era muy ventajosa. En el centro había una pendiente y casi inaccesible roca, *Rothe Berg*, y á ambos lados estaban las dos pendientes del monte, cubierto de espesos bosques. A la izquierda formaban las grandes edificaciones de Stiering-Wusdel, un buen punto de apoyo.

Si se hubiera sabido la fuerza del contrario, la décima cuarta división hubiese esperado el completo desarrollo de su línea de batalla, antes de haber empezado el ataque. Disparaba á las doce de la mañana los primeros tiros la brigada François, que teniendo en cuenta la clase de enemigo que se le ponía enfrente, intentaba facilitar el ataque dirigiéndose por de pronto contra los dos flancos del contrario.

En realidad, lograron hacer progresos al principio. Por la izquierda rechazaron los soldados del regimiento número 39 á lós tiradores franceses del Gifert-Wald, pero tropezaron luego en el violento fuego de los batallones franceses colocados al otro lado del bosque, en una gran hondonada. En el ala derecha se apoderó el tercer batallón, en unión del regimiento número 74, del bosque de Stiering. Pero pronto llegó á sentirse la superioridad

2008 Ministerio de Cultura

del enemigo, y cuando se presentó en el campo de batalla la brigada Woyna, tenía que prestar su ayuda en ambas direcciones. Así se originó ya temprano una mezcla de batallones y compañías de diferentes divisiones, que fué aumentada por cada nuevo refuerzo y dificultó extraordinariamente la unidad en la dirección del combate. Más tarde se presentó aún la circunstancia de que había en el campo de batalla tres generales con mando, así que la dirección superior pasó de uno á otro.

Al mismo tiempo que las alas, había avanzado de frente en campo abierto, contra el *Rothe Berg*, el tercer batallón del regimiento núm. 74, y se había refugiado al pie de la roca buscando alguna protección. Cuando á las tres la artillería prusiana obligó al enemigo á retirar sus cañones *de las alturas*, empezaron los tiradores á subir á la roca con el general v. François á la cabeza. Los visiblemente sorprendidos cazadores franceses fueron rechazados de las trincheras á culatazos y bayoneta. Luego llegó la novena compañía del regimiento núm. 39, y avanzando con ésta cayó el bravo general traspasado por cinco balas. El reducido número de soldados se mantuvo valientemente en la estrecha saliente de la roca.

Sin embargo de esto, se había llegado á una crisis. La décima cuarta división estaba colocada en una extensión de tres cuartos de milla, el ala izquierda había sido rechazada en el Gifert-Walde por fuerzas muy superiores, y el ala derecha se vió muy apurada en Stiering. En este momento, á las cuatro, llegaron casi al mismo tiempo las cabezas de la quinta y décima división, habiendo ya entrado en acción sus baterías, que se habían adelantado en la marcha.

El ala izquierda, considerablemente reforzada, avanzó de nuevo. El general von Barnekow llevó sin cesar refuerzos al *Rothe Berg*, donde la infantería había gastado casi todas las municiones, y rechazó á los franceses de sus trincheras. Después de violentos ataques, se logró al fin apoderarse de la parte Oeste del Gifert-Walde. También el ala derecha avanzó hasta Alt-Stiering y se aproximó al camino de retirada del enemigo, á la carretera de Forbach.

El general Frossard había reconocido el peligro que le amenazaba y reforzado su ala izquierda con división y media. Estas se preparaban á las cinco para el ataque.

En el lado alemán faltaba una división compacta para oponer resistencia y así se perdieron de nuevo todas las ventajas alcanzadas.

La décima tercia división podría haber decidido el ataque y haber puesto fin al combate.

Después de una marcha de cuatro millas había llegado á la una á Futtlingen, apenas una milla distante de Stiering. Cuando se tuvo noticia del combate en Saarbrucken avanzó la vanguardia á las cuatro á Rossel y llegaron tarde porque según dijeron allí mismo, en el bosque no oyeron el estampido de

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE CATALUÑA

los cañones, creyendo, por tanto, que el combate había terminado. La división entró en vivacs cerca de Volkingen, que era el punto señalado anteriormente por el jefe del cuerpo, como punto final de la marcha; pero esta orden se dió cuando no se podía prever la actual situación.

Mientras tanto se habían opuesto al al ataque siete baterías sobre la altura de Folster y bajo el mando personal del general v. Zastrow, logró la infantería avanzar de nuevo.

Completamente inútiles á causa de la calidad del terreno, fueron los veintinueve escuadrones que se habían reunido poco á poco, viniendo de distintas direcciones, detrás de la línea de combate. En vano intentaron los húsares desplegarse sobre el *Rothe Berg;* al contrario, logró el Coronel v. Lynker, á pesar de innumerables dificultades, subir al monte ocho cañones para apoyar á la infantería que recibió con gran júbilo este refuerzo, por hallarse ya muy apurada.

Poco á poco, como iban llegando aceptaban el combate con tres baterías enemigas, pereciendo la mitad de los artilleros por el fuego de los tiradores franceses, que estaban sóló á la distancia de ochocientos pasos. Se ganó algún terreno hacia adelante, pero el poco espacio no permitía el desarrollo contra el ancho frente del contrario.

Se aproximaba una ayuda eficaz desde la derecha. El general v. Goeben había avanzado en dirección á Stiering, con todos los batallones de la décima sexta división que no habían entrado aún en combate. Haciendo frente una parte de éstos contra dicho pueblo subió la otra desde la carretera á los desfiladeros del bosque Spicheren, rechazando con un ataque á la bayoneta á los franceses del paso que conducía al *Rothe Berg* y los empujó más y más hacia el monte de Forbach.

Todavía á las siete se preparó para el ataque la división Laveaucoupet en el ala derecha de los franceses, apoyada por una parte de la división Bataille y entró otra vez en el Gifert-Wald; pero el peligro que amenazaba ahora al ala izquierda desde el bosque Spicheren dificultó el avance. Al anochecer retrocedieron los franceses en toda la línea.

Al oir los toques de retirada, el general v. Szhwerin, para dormir sobre seguro hizo ocupar á la bayoneta en varios puntos el pueblo de Stiering. Al propio tiempo había avanzado la vanguardia de la décima tercera división hacia Forbach, pero no entró porque se dejó engañar por dragones desmontados.

El general Frossard había desistido de hacer la retirada por la carretera Forbach-Saint-Avold y se dirigió con sus tres divisiones á Octingen. La noche y la imposibilidad de emplear en este terreno grandes masas de caballería le protegieron de la persecución.

Todavía por la noche ordenó el general Steinmetz la reorganización de las disueltas secciones de las tropas. Algunas habían hecho una jornada de seis millas; dos baterías que llegaron por ferrocarril desde Voeingberg á

2008 Ministerio de Cultura

Prusia continuaron la marcha hasta el campo de batalla. Sin embargo de todo esto, no alcanzó el combate emprendido con insuficientes tropas la fuerza numérica del defensor. Sólo trece baterías podían entrar en acción en tan limitado terreno y la caballería quedaba completamente nula. Fueron, por lo tanto, las pérdidas del que atacaba, mayores que las del defensor. Los prusianos perdieron cuatro mil ochocientos sesenta y un hombres; los franceses cuatro mil setenta y ocho; pero muy significativo es el elevado número de prisioneros no heridos que se hicieron al enemigo.

En completa contraposición de la ayuda que se prestaban los jefes prusianos y del deseo de las tropas de entrar en combate, estaban las incomprensibles marchas de las divisiones que tenía á su espalda el general Frossard y de las cuales se pusieron en movimiento tres para su socorro, pero de éstas llegaron sólo dos después de terminado el combate.

Posteriormente se ha sostenido que no se había dado la batalla Spicheren en el terreno debido y que se habían hecho fracasar planes más altos. Verdad es que no se la había previsto; pero, en general, habrá pocos casos en los que la victoria táctica no se amolde al plan estratégico.

Siempre se acepta y se aprovecha el éxito de las armas. Por la batalla de Spicheren se impidió que el segundo cuerpo francés se marchara sin haber sufrido pérdidas; además se había conseguido acercarse al grueso del ejército enemigo y la jefatura superior tenía una base sobre la cual poder operar.

EVOLUCION Á LA DERECHA, DEL EJÉRCITO ALEMÁN

El mariscal Mac-Mahon había tomado en su retirada una dirección que le imposibilitó el unirse con el mariscal Bazaine.

Como no se le perseguía podía haber aprovechado el ferrocarril Linneville-Metz para efectuar la unión con el ejército principal; este camino lo tenía aún libre el 9 de Agosto. Pero el rumor de que los prusianos se habían presentado ya en Pont á Mousson y el mal estado de las tropas, no le permitió llevarlos de nuevo cerca del enemigo.

El primer cuerpo se marchó al Sur hacia Neufchateau desde donde se le llevó por ferrocarril á Châlons. El quinto cuerpo fué llevado de una á otra parte por las órdenes más contradictorias del cuartel general imperial. Primeramente debía marcharse á Nancy, luego tomar la dirección opuesta á Langres. Llegado á Charmes, recibió la orden de marcharse á Toul y finalmente tenía que dirigirse desde Chaumont á Châlons. En este punto había reunido el general Frochu un nuevo cuerpo; el décimo segundo del séptimo cuerpo llegó de la Alsacia por ferrocarril sobre Bar-sur-Aube y París á Reims.

Así se formó hasta el veintidos de

2008 Ministerio de Cultura

Agosto un ejército de reserva de cuatro cuerpos y dos divisiones de caballería, bajo el mando del mariscal Mac-Mahon que á causa de la distancia de veinticinco millas no podía por de pronto socorrer al mariscal Bazaine muy amenazado por el enemigo.

Bajo la primera impresión de la doble derrota del 6 de Agosto se creyó conveniente en el cuartel general imperial, retroceder también con el ejército de Bazaine hasta Châlons, y el sexto cuerpo que se encontraba ya parte de él en marcha á Metz, recibió la orden de volver; tuvo bien pronto que desistir de esta resolución. El Emperador no tenía que temer solamente al enemigo, sinó también la opinión pública del país. La nación se hubiera altamente disgustado, si se pretendiese al comienzo de la campaña, de la cual se habían esperado los más brillantes resultados, sacar todas las tropas de provincias enteras: 200.000 hombres se podían aún reunir delante del Mosela para hacer la guerra sobre un excelente terreno, y si bién el contrario era superior en número había que tener en cuenta que también sus cuerpos estaban separados por una distancia de doce millas. Tenían que pasar aún el Mosela y por la separación que ofrecía este obstáculo podían ser débiles donde hubiera que dar la batalla decisiva.

El tercer ejército alemán no vió el estado de disolución del enemigo derrotado, como tampoco supo la dirección que había tomado en su retirada. Se esperaba encontrarle al otro lado de los Vosgos preparado para la resistencia, y como sólo se podía atravesar la montaña en columnas separadas, se avanzó con la mayor precaución y en cortas marchas de día. Si bién la distancia de Reichshofen hasta el Saar es sólo de seis millas, se llegó á este río después de haber transcurrido cinco días. No se encontró ningún enemigo excepto en las pequeñas plazas que defendían las carreterras principales de la montaña. Penosamente se rodeó á Bitsch; Lichtenberg se tomó por un golpe de mano; á Listzcletein lo abandonó la guarnición; á Ffalzburg cercó el sexto cuerpo y Marsal capituló después de una corta defensa.

El ala izquierda no tenía ningún enemigo delante, y quedaba en libertad de aproximarse más al centro. Para llevar los tres ejércitos á la misma altura se hizo necesaria una evolución á la derecha, pero como el tercer ejército no llegó antes del 12 al Saar, tenía que acortarse el avance del primero y segundo ejército. Se arregló el movimiento de las tropas de modo que el tercer ejército seguía su dirección á Saarunión-Dicuze y al Sur, el segundo ejército la de Saint-Avold-Noméný al Sur, y el primer ejército en la de Saarlonis-Les Etangs; este último marchó por consiguiente hacia Metz.

Las divisiones de caballería que reconocieron el terreno anunciaron una retirada general del enemigo. Llegaron hasta muy cerca de Metz y á ambos lados pasaron el Mosela, obligando á volver á algunas divisiones del cuerpo de Canrobert, que había recibido de nuevo orden para marchar á

2008 Ministerio de Cultura

Metz. Pero todas las comunicaciones confirmaban que había grandes masas en campamentos delante de Metz.

Podía deducirse de esto, tanto la retirada del enemigo, como también la intención de atacar con las fuerzas reunidas el ala derecha del ejército alemán, puesto que por el paso del Mosela no se podía evitar una separación del ala izquierda.

Si bien se limitaba la jefatura superior á dar por regla general órdenes cuya ejecución era cosa de los jefes de los ejércitos, se creyó necesario, en consideración á las circunstancias actuales, mandar á los cuerpos aislados por órdenes directas. Se trasladó para este fin el cuartel general de S. M. el 11 de Agosto á Saint-Avold á la primera línea y en medio del primero y segundo ejército, para poder mandar las órdenes inmediatamente á ambos lados. El 12 de Agosto marcharon los tres cuerpos del primer ejército hacia el Nicd alemán que encontraron abandonado por los franceses. Por la izquierda llegó el segundo ejército también con tres cuerpos cerca de Faulquemont y Morhange á la misma altura, yendo detrás otros dos cuerpos.

No encontrando ningún enemigo, llegó al siguiente día el segundo ejército al Seille y ocupó á Pont á Mousson con infantería.

El comportamiento inactivo de los franceses y las comunicaciones de la caballería que reconoció el terreno al otro lado del Mosela hasta Toul y la carretera de Verdún, hicieron sospechar que el enemigo no aceptaría la batalla delante de Metz, pero siempre quedaba la probabilidad de que se arrojara con doscientos batallones sobre el primer ejército que tenía inmediatamente delante.

Se mandó que los dos cuerpos del ala derecha del segundo ejército hiciesen alto al Sur, cerca de Metz, para en caso necesario atacar al contrario por el flanco. Si se dirigía el enemigo contra estos cuerpos, tenía el primer ejército que cumplir la misma misión.

Los restantes cuerpos del segundo ejército continuaron su marcha más al Sur; en caso de un ataque, después de haber pasado el Mosela, podían retroceder hasta llegar al tercer ejército.

No se tomaron tantas precauciones en todas partes. Se calculaba que los franceses habían emprendido la retirada en toda la línea, y no se debía dejarlos escapar sin causarles perjuicios; importaba mucho seguirles lo más pronto posible y muy de cerca. En realidad, habían resuelto los franceses retirarse más allá, y cuando por la tarde se observó por el séptimo cuerpo el retroceso del enemigo, se desarrolló aún en este lado del Mosela un combate, que tomó por la noche, y con el socorro de las próximas divisiones, las proporciones de una batalla.

BATALLA DE COLOMBEY-NONILLY

(14 de Agosto.)

El comandante de Metz había hecho la terminante declaración de que si se le dejaba solo, no podía sos-

2008 Ministerio de Cultura

tenerse ni catorce días más. La posición atrincherada y elegida para la protección de Metz cerca del Nicd resultó desventajosa á causa del terreno; la jefatura francesa esperaba encontrar cerca de Verdún una posición mejor.

La necesidad militar se sobreponía á las consideraciones políticas de la opinión pública, y si bien el Emperador había entregado el mando superior al mariscal Bazaine, se quedó, no obstante, en el ejército, pues no podía volver á París en tales circunstancias.

Por la mañana temprano del 14 de Agosto, pasaron los numerosos convóyes del ejército por la ciudad, y al medio día se pusieron en movimiento el segundo, cuarto y sexto cuerpo, mientras que el tercero quedaba en posiciones detrás del profundo valle del arroyo Colombey para proteger la retirada.

Cuando se notó la marcha, á las cuatro de la tarde, atacó el general von Der Goltz al enemigo con la vanguardia del séptimo cuerpo, y se apoderó del flanco derecho de Colombey y del castillo Aubigny.

Pero tan pronto como se escucharon los primeros cañonazos se volvieron las columnas francesas completamente preparadas para la lucha y deseosas de cambiar sus fracasos en victoria con un combate serio y decisivo. Con gran superioridad se arrojó la división Castagny sobre la débil división aislada en Colombey, y sólo con los mayores esfuerzos podía ésta sostenerse.

Sobre las dos carreteras de Saarbruken y Saarlonis se aproximó la vanguardia del primer ejército cuyas primeras baterías entraron en seguida en acción. Avanzando desde Lauvallier subió la infantería las alturas al Este de Bellecroix, también á la derecha, desalojando al enemigo del bosque, al Este de Mey, pero se abrió aquí el combate contra las masas del tercer cuerpo francés.

Teniendo el enemigo este refugio, no le podía arrebatar la victoria de Colombey-Nonilly ningún trofeo, pero con el éxito alcanzado debía contentarse la jefatura superior, puesto que el contrario se declaró en retirada y además se ganaba un día para el paso sobre el Mosela del segundo y tercer ejército.

15 *de Agosto.*—Por la mañana temprano avanzó la caballería hasta las fortificaciones de Metz, pero no encontraba por este lado ningún enemigo. Algunas granadas atemorizaron al cuartel general imperial en Longeville al otro lado del Mosela.

El Rey Guillermo se trasladó al primer ejército; se vieron grandes nubes de polvo al otro lado de la fortaleza. No cabía ya duda alguna de que los franceses habían emprendido la retirada, y al segundo ejército se le permitió pasar el Mosela con todos los cuerpos.

Del primer ejército debía quedar el primer cuerpo al Sur de Metz, cerca de Courcelles, para la seguridad del ferrocarril; los dos restantes cuerpos avanzaron á la izquierda hasta el Seille. También éstos debían pasar el río más

2008 Ministerio de Cultura

arriba dejar buen trecho entre las fuerzas y la fortaleza.

Los franceses habían emprendido el día anterior de nuevo la retirada, pero no llegaron más allá de una milla de Metz; sólo la caballería avanzó algo sobre las dos carreteras de Verdún.

Del segundo ejército alemán pasó el Mosela el tercer cuerpo sobre el puente de Novéant, que no había sido destruído, pero la artillería tenía que hacer el rodeo sobre Pont á Mousson.

Muy tarde, por la noche, podían las tropas ocupar los vivacs á la orilla izquierda del río. El décimo cuerpo dejó una división en Pont á Mousson y marchó con la otra hasta Fhiancourt. La caballería hizo reconocimientos sobre la carretera de Metz á Verdún y encontró cerca de Mars le Tour á la caballería francesa. Había escaramuzas, pero cuando al medio día se reunieron veinticuatro escuadrones prusianos, se retiraron los franceses hasta Vionville. El cuerpo de guardia y el cuarto cuerpo habían pasado la orilla izquierda cerca de Dieulonard y Marbache.

El tercer ejército ocupó la línea Nancy-Bayón.

La tentativa de apoderarse en este día de la fortaleza Diedenhofen por un golpe de mano, había fracasado.

Mientras tanto seguían la décima tercera, primera y segunda divisiones, á la vanguardia; las dos últimas las tenía el general v. Manteuffel, completamente preparadas después que hubo observado los movimientos del enemigo desde las avanzadas. También se presentó en el campo de batalla el general v. Zastrow, y se encargó del mando del ala izquierda. Pronto estuvieron sesenta cañones puntando al enemigo. El general von Ostende-Sacken avanza con la vigésima quinta brigada por el valle de Coincy, y sube al borde del terraplén. Toma por asalto el bosquecillo de pinos cerca de la carretera de Bellecroix, pero rodeado por tres lados lo pierde sufriendo muchas bajas, y lo toma de nuevo. Poco después se logra hacer avanzar dos baterías hasta Planchette; á este ataque retroceden los franceses hasta Borny, pero á ambos lados sigue el combate con mucha violencia.

Ahora amenaza á la derecha un peligroso rodeo. Cuando se hubo noticado al general Ladmiranet que su división Grenier había sido rechazada de Mey, volvió enseguida con sus dos divisiones, tomó á Mey de nuevo, y avanzó sobre la carretera de Bouzonville. Mientras tanto había tomado el general Manteuffel las medidas necesarias para sostener la parte del arroyo Vallières que protegía á los flancos. Se colocó como reserva general la primera brigada detrás de Noisseville; la cuarta se opuso con una parte de la artillería del primer cuerpo en la carretera de Bouzonville, cerca de Poix, al general Ladmirault, mientras que las restantes baterías flanqueaban su avance del borde del valle al Este de Nonilly.

A la izquierda se había sostenido durante todo este tiempo la división Ghinser, cerca de Colombey, cuando á las siete de la noche llegó para su

2008 Ministerio de Cultura

socorro la brigada Woyna, y tomó el bosquecillo al Este de Colombey.

Aquí era también muy necesaria la ayuda del segundo ejército, que había sido retenido á orillas del Seille.

La décima octava división de infantería entró en vivacs después de una gran marcha, pero cuando se notificó al general v. Wrangel que se oía el combate del primer ejército, puso enseguida en movimiento en esta dirección á sus tropas, que arrojaban de Peltre al enemigo, y ocupó, en unión de la brigada Woyna, á Grigy, ya algo á espaldas de la posición enemiga, delante de Borny.

También sobre el ala derecha de la línea de combate había avanzado la segunda división á Nonilly y las viñas fronterizas de Mey, habiendo arrebatado al enemigo al anochecer este lugar y el cercano bosquecillo. Los franceses no habían salido más allá de l'Orme y emprendieron ahora en toda la línea la retirada hasta Grigy. Solamente los fuertes, principalmente St. Julien, arrojaron sus balas contra los prusianos que avanzaban.

La lucha de la noche del catorce de Agosto costó la pérdida de cinco mil hombres, entre ellos doscientos oficiales, mientras que los franceses y principalmente su tercer cuerpo, perdieron sólo tres mil seiscientos hombres. El aprovechamiento de la victoria por una inmediata persecución estaba impedido por las obras de la cercana fortaleza. Ya por esta razón no se había deseado la batalla del primer ejército en este día, pero se tuvo en cuenta la posibilidad de ésta.

Si bien al principio del combate sólo una división del segundo ejército pudo socorrer al primero, no era su presencia injustificada sobre el flanco izquierdo del contrario.

La manera como se había originado la batalla, excluía su dirección con unidad.

Eran principalmente sólo las vanguardias de cuatro divisiones las que llevaban el combate, y aunque débiles y no pudiendo ser socorridas en el acto, atacaron con gran valentía á un enemigo de gran superioridad numérica. A consecuencia de esto se originaron muchas veces crisis que podían llegar á ser peligrosas, si el contrario con sus masas compactas hubiese avanzado con mayor decisión. El tercer cuerpo de los franceses no fué ayudado por el cuerpo de refuerzo que se encontraba muy cerca. Lo contrario se ve en esta batalla como en las anteriores en el lado prusiano; la ayuda recíproca de todos los jefes que se hallaban en el círculo del campo de batalla.

Gran parte del éxito se debió á la artillería. Adelantándose apoyó de la manera más eficaz á las vanguardias, que áun antes de que el grueso de las divisiones tuviese tiempo de llegar, rechazó á los franceses de su posición delante de Metz, hasta las fortificaciones de esta plaza.

2008 Ministerio de Cultura

PERTENECE A LA BIBLIOTECA ARTURO MARCELO P...

BATALLA DE VIONVILLE-MARS LA TOUR

(16 de Agosto.)

El segundo ejército creyó también que no se presentaría ya un serio combate á orillas del Mosela, y por esto se determinó que marchasen el 16 de Agosto dos cuerpos, el tercero y el décimo, sobre Gorze y Thiaucourt, al Norte, contra la carretera de Verdún; á los restantes se les ordenó avanzar á marchas forzadas al Oeste hacia el Mosela.

Los franceses no terminaron en este día su retirada de Metz. Todos los caminos estaban obstruídos por los convoyes. A la mañana siguiente quedaban aún tres divisiones en el valle del Mosela. Sólo el Emperador había salido á tiempo, bajo la protección de dos brigadas de caballería, sobre la carretera de Etain. El ala derecha no pudo seguir, y se suspendió la marcha para la tarde. Las tropas ocuparon de nuevo sus vivacs, pero las granadas alemanas empezaron á molestarlas desde las nueve de la mañana.

Protegido por la caballería, avanzó el coronel Körber con cuatro baterías hasta muy cerca de Vionville é hizo fuego sobre la caballería francesa que, sorprendida, huyó á través del campamento de la infantería, que se puso inmediata y ordenadamente sobre las armas, empezando la artillería un vivo fuego. Por lo pronto, ayudados por la infantería, se retiraron los cañones prusianos: inmediatamente se entabló el combate.

Después de un breve descanso, púsose en marcha el general v. Albensleben con el tercer cuerpo, temiendo no poder alcanzar al enemigo. A la izquierda marchaba la sexta división sobre Onville, á la derecha la quinta á través del largo valle sobre Gorze. Este punto de defensa había quedado desocupado por el contrario, que, en general, adoptaba muy pocas precauciones para su seguridad. En un terraplén al Sur de Flavigny, empezaba ya la vanguardia el combate contra la división francesa Vergé: el general von Stulpnagel reconoció muy pronto que tenía delante de sí á un enemigo que lucharía con todas sus fuerzas. Por esta razón hizo tomar posiciones á las diez á la décima brigada y abrir el fuego con veinticuatro cañones.

De ambos lados se procedió á la ofensiva. A la derecha avanzaron los prusianos sosteniendo un combate en el bosque, de dudoso éxito, llegando á las once al Bois de Saint-Avold en dirección á Flavigny. Su ala izquierda al contrario, fué rechazada, y también la artillería se vió muy comprometida, pero el regimiento núm. 52 equilibró el combate, aunque con muchas bajas. El primer batallón perdió todos los oficiales, la bandera pasó de mano en mano y el jefe de la brigada general von Döring cayó mortalmente herido. El general De Stulpnagel entró en la línea de tiradores animando á los soldados con su palabra, mientras el general v. Schwerin reunía alrededor de

2008 Ministerio de Cultura

sí los restos de las tropas que se habían quedado sin jefes, y ayudado por un destacamento del décimo cuerpo de Novéant se sostuvo en las alturas delante de Flavigny que abandonaron los franceses.

Todavía en la suposición de que los franceses habían emprendido la retirada, se mandó á la sexta división avanzar sobre Mars la Tour contra Etain, para impedir que el enemigo se marchase por la carretera al Norte de Verdún. Llegadas á las alturas de Fronville desde donde se podían observar los movimientos, evolucionaron las brigadas hacia Vionville y Flavigny. La artillería que iba delante formaba un poderoso frente de cañones preparados para el caso de un ataque ulterior. A pesar de sus grandes pérdidas, tomó la undécima brigada posesión, á las once y media, de Vionville. Desde allí y en dirección al Sur, fué dirigido el ataque, en unión con la décima brigada, contra el incendiado pueblo de Flavigny. Aquí se mezclaron las distintas divisiones, pero á los jefes les fué posible avanzar siempre aprovechando cada hondonada del terreno, á pesar del violento fuego de la infantería y artillería del enemigo. Flavigny fué tomado por asalto; un cañón y algunos prisioneros cayeron en manos de los valientes brandemburgueses.

Ahora formaban Vionville, Flavigny y la punta Norte del bosque de Saint-Arrould los puntos de apoyo del frente prusiano dirigido hacia el Oeste, que ocupaba una milla de extensión, y toda la línea de infantería y artillería estaba en el más violento fuego. Un segundo retén formaban la quinta y sexta división de caballería y la mitad de la trigésima séptima brigada cerca de Fronville.

Los franceses tenían una posición muy favorable que estaba protegida en el flanco izquierdo por Metz, en el derecho por las fuertes baterías de la Rönserstrasse y numerosa caballería; podían esperar sin temor el ataque de frente del atrevido contrario.

Para continuar la marcha hasta Verdún, era indispensable atacar al enemigo que estaba enfrente: sin embargo no se dió el ataque, sin que haya razones militares que expliquen el por qué. Debía presumirse que una parte del ejército alemán se encontrara ya entonces en la orilla izquierda del Mosela, y cuando durante el día entraron en acción las divisiones que habían quedado en Metz, tenían los franceses una gran superioridad. Parece que el principal cuidado del Mariscal era ayudar á Metz, y por eso dirigía sus miradas únicamente á el ala izquierda. Enviando siempre nuevos recursos á este punto, aglomeró todo el cuerpo de guardia y una parte del sexto cuerpo enfrente del Bois des Ognons, donde no hubo ataque alguno. Puede presumirse que sólo razones políticas decidieron al mariscal Bazaine á permanecer en Metz.

Lenta, pero incesantemente, avanzaron mientras tanto los prusianos desde Vionville y Flavigny, obligando á el ala derecha del segundo cuerpo francés, bajo un fuego muy certero de

2008 Ministerio de Cultura

la artillería, á emprender hacia Rezonville la retirada, que se tornó en huída después que los generales Bataille y Valazé hubieron perecido.

Para reanudar el combate se arroja el regimiento de coraceros de la guardia francesa con gran resolución sobre los perseguidores, pero todo fué inútil por el fuego que á doscientos cincuenta pasos les hicieron dos compañías del regimiento núm. 52, desplegadas en línea, y por el posterior á derecha é izquierda de la infantería que estaba colocada detrás: doscientos cuarenta y tres caballos cubren el campo, y sólo el resto vuelve en precipitada fuga perseguido por dos regimientos de húsares que venían de Flavigny. Una batería francesa situada delante de Rezonville apenas tiene tiempo para tirar algunos tiros antes de verse cercada. La falta de caballos impide llevar los cañones conquistados, y el jefe del ejército francés que había conducido en persona á las tropas, está durante varios minutos en peligro de caer prisionero.

También á la sexta división de caballería prusiana se había dado la orden de avanzar. Después que hubo pasado la línea de la artillería y se desplegó lo mejor que el espacio permitía, emprendió el ataque, pero encontró delante de sí tropas frescas y bien ordenadas. El mariscal Bazaine había tomado ya sus medidas para reponer las partes rechazadas del segundo cuerpo, por la division de los granaderos de la guardia, traídos de su ala izquierda, sustituyéndolas con una división del tercer cuerpo. La división de la caballería prusiana fué recibida por consiguiente con un fuego tan graneado de la infantería y de la artillería, que tuvo que hacer alto para retroceder tranquilamente protegida por dos escuadrones de hulanos á los que tuvieron que defenderla varias veces. No había comenzado, pues, al ataque, pero la artillería ganó tiempo para avanzar desde la punta del bosque hasta Flavigny. Eran ya las dos de la tarde; el general v. Alvensleben tuvo engañado al contrario respecto al número de las fuerzas porque atacaba siempre. Pero llegó el momento de pasar: los batallones estaban visiblemente mermados, sus fuerzas agotadas por un combate de cuatro horas, y casi se habían gastado todas las municiones. Detrás de toda la línea de combate no quedaba ni una batería de reserva. Se tenían, pues, que conservar de un modo defensivo, los laureles tan sangrientamente ganados.

En gran peligro estaba el ala izquierda, en frente de la cual se había desplegado una poderosa artillería en la Rönserstrasse. La gran superioridad permitió á los franceses extenderse más y más á la derecha, por lo cual amenazaron rodear las tropas.

El mariscal Canrobert comprendió que había llegado el momento de avanzar con todas sus fuerzas contra Vionville. En el lado alemán se podía disponer en este instante crítico de una pequeña parte sólo de la quinta división de caballería. Dos brigadas de ésta habían tenido que encargarse de la pro-

2008 Ministerio de Cultura

tección del flanco izquierdo, y de la duodécima brigada que había quedado detrás de Vionville: se habían enviado también dos escuadrones á los matorrales de Froinville. Los dos regimientos (coraceros de Magdeburg y hulanes de la Altmark) constaban cada uno sólo de tres escuadrones, en junto ochocientos caballos, cuando recibían la orden de salir al encuentro del enemigo que se aproximaba.

El general v. Bredow cruzó primeramente en columna la hondonada delante de Vionville, tomó luego el camino á la derecha, y pasó también con ambos regimientos en un frente, la cuesta al Este. Recibido con el más violento fuego de la infantería y artillería francesas, se arrojó sobre las filas enemigas. El primer encuentro salió bien; se rompieron las filas de los cañones, matando artilleros y caballos. La segunda línea no pudo tampoco oponer resistencia suficiente al empuje y áun las baterías francesas más alejadas se disponían á emprender la retirada. El valor y la alegría del feliz éxito del ataque llevan á los jinetes demasiado lejos; á una distancia de tres mil pasos del punto de salida se ven rodeados por la caballería francesa que llega de todas partes. Los valientes jinetes están obligados á batirse en retirada. Sólo la mitad vuelve á Flavigny donde se reunen dos escuadrones. El sacrificio de los dos regimientos tuvo por resultado que los franceses desistieran completamente del ataque de Vionville.

Cuatro de sus divisiones avanzan á las tres contra los matorrales de Trouville. La brigada de caballería Barby, colocada á la punta Oeste, tiene que retirarse ante el fuego del enemigo. También la infantería, colocada en el bosque, retrocede ante la gran superioridad numérica.

Las baterías que luchaban entre Vionville y los matorrales fueron atacadas por la espalda, y se vieron obligadas á emprender la fuga. Después de una hora logran los franceses al fin vencer la pertinaz resistencia de cuatro batallones brandemburgueses.

Cuando éstos se reunen cerca de Fronville, se ve que el regimiento número 24 ha perdido mil hombres y cincuenta y dos oficiales, y el segundo batallón del regimiento núm. 20 todos sus oficiales. La media brigada número 37, que había ayudado muy eficazmente desde el mediodía á estos regimientos, ocupa el pueblo y lo dispone para la defensa.

A las tres de la tarde se aproximó la tan deseada ayuda para el tercer cuerpo que había luchado sólo durante siete horas.

Avanzando el décimo cuerpo sobre Thiaucourt, había oído los ecos de los cañones en dirección á Vionville. El jefe, general v. Viogts-Rhetz, se dirigió en persona al campo de batalla y dió desde allí las órdenes necesarias á las columnas que se aproximaban.

GENERAL CONDE DE MOLTKE.

(Se continuará).

2008 Ministerio de Cultura

ÍNDICE

Páginas.

Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente, segundo y último, por José Ramón Mélida..... 5
Escenas de niños, poema, por Luis Cánovas..... 15
El Fausto en la música, III, La Condenación de Fausto, por Arturo Campión. 31
Carmencita, Elegía, por Calixto Oyuela..... 42
Angel Guerra, novela contemporánea, por J. Yxart..... 45
Rima, por F. Rivas Frade..... 53
La novela aristocrática, por El Marqués de Figueroa..... 54
Un incendio en el mar, narración, por Ivan Turguenef..... 66
De cómo España no tendrá nunca un buen Gobierno, cuento, por A. Dumas... 74
La muerte del Delfín, cuento, por A. Daudet..... 77
Recuerdos de mi juventud, San Sulpicio y los sulpicianos, por Ernesto Renán. 80
Marido y mujer, novela, primera parte, por El Conde León Tolstoy..... 84
Teófilo Gautier, estudio biográfico-crítico, por Emilio Zola..... 129
Recuerdos de mi vida, por Ricardo Wagner..... 151
La guerra franco-prusiana, por El general Conde de Moltke..... 180

2008 Ministerio de Cultura